



LA PORTADORA
Lorraine Cocó

Semillas  Negras

Annotation

Allison es una exitosa escritora de literatura romántica paranormal. Su vida parece el cumplimiento del sueño americano, hasta que su marido James, muere en un accidente de avión. A raíz de su muerte, descubre que el mundo que la rodea y el mundo que habita en su imaginación, no son tan distintos. Cuando se entera de que está embarazada de su difunto marido, y que su bebé es codiciado y perseguido, adaptarse a ese peligroso mundo, con el que tendrá mucho más que ver de lo que imagina, se convertirá en la única tabla de salvación para ella y su bebé. ¿Pero en quién confiar cuando todo el mundo ansía lo que lleva dentro?

LORRAINE COCO

LA PORTADORA

Autor-Editor

Sinopsis

Allison es una exitosa escritora de literatura romántica paranormal. Su vida parece el cumplimiento del sueño americano, hasta que su marido James, muere en un accidente de avión. A raíz de su muerte, descubre que el mundo que la rodea y el mundo que habita en su imaginación, no son tan distintos. Cuando se entera de que está embarazada de su difunto marido, y que su bebé es codiciado y perseguido, adaptarse a ese peligroso mundo, con el que tendrá mucho más que ver de lo que imagina, se convertirá en la única tabla de salvación para ella y su bebé. ¿Pero en quién confiar cuando todo el mundo ansía lo que lleva dentro?

Autor: Coco, Lorraine

©2014, Autor-Editor

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.72

LA PORTADORA

Lorraine Cocó

©2014, La Portadora © 2014 Lorena Rodríguez Rubio

Edición y corrección: Mimi Romanz.

Diseño portada y contraportada: Álvaro Rodríguez Rubio

Imágenes originales de Fotolia

Web de la autora: www.lorrainecoco.com

Web diseñador: info@consinergia.net

Web correctora: imaginandoromantica.blogspot.com.ar

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Esta obra está registrada en el Registro de la propiedad intelectual, y Safecreative con el **Código**: 1406221292603

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPITULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPITULO 8

CAPITULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPITULO 13

CAPITULO 14

CAPITULO 15

CAPITULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPITULO 20

CAPITULO 21

CAPITULO 22

CAPITULO 23

CAPÍTULO 24

CAPITULO 25

CAPITULO 26

CAPITULO 27

CAPITULO 28

CAPITULO 29

CAPÍTULO 30

CAPITULO 31

CAPITULO 32

CAPITULO 33

CAPITULO 34

CAPITULO 35

CAPITULO 36

CAPITULO 37

CAPITULO 38

CAPITULO 39

CAPITULO 40

CAPITULO 41

CAPITULO 42

CAPITULO 43

CAPITULO 44

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

AUTORA

MIS OBRAS

CAPITULO 1

LA tarde que Allison fue citada por el abogado, el sonido seco de la carpeta del señor Cousin al caer en la mesa de madera maciza de su caótico despacho la despertó del estado catatónico de los últimos días.

Echó un vistazo a aquella habitación por primera vez desde que había entrado hacía unos minutos. El mobiliario era caro y de calidad. La decoración cargada y no carente de cierta excentricidad. Las paredes estaban cubiertas de mapas de apariencia antigua marcados con multitud de púas de colores que localizaban sitios, imaginaba que de algún interés para el abogado.

Cuatro vitrinas cubrían una de las paredes y llenas de objetos extraños: máscaras tribales y artilugios estafalarios de madera y metal, papeles y más papeles, y una completa colección de brújulas y anteojos que, aunque parecían de valor, estaban amontonados unos sobre otros de cualquier manera.

No era el despacho de un abogado. De no conocer la profesión del señor Cousin, habría apostado por la antropología, arqueología, o alguna ocupación similar.

El hombrecillo no desentonaba en aquel ambiente variopinto. De muy baja estatura, a ella debía llegarle poco más que a la altura de los pechos, vestía con un traje en tonos castaños y estampado de cuadros, demasiado grueso para las temperaturas que sufrían en aquella semana de primeros de julio, aunque el ventilador de aspas que colgaba del techo lo mantenía aireado y se sentía fresco. La piel se le erizó, pero el abogado sudaba a chorros que surcaban su despejada frente y que empapaban el escaso pelo que le caía por los lados. La montura de sus gafas se resbalaba por su angosta y desproporcionada nariz una y otra vez, mientras intentaba mantenerlas en su sitio.

En aquel momento, abría una carpeta de cuero ajado y descolorido atada con un cordón elástico. Lo vio sacar unos papeles del interior y hacer un gesto que la dejó perpleja: se los acercó al rostro, los olfateó y cerró los ojos como disfrutando de aquel acto, haciéndola sentir incomoda al presenciar un momento aparentemente tan íntimo para él que, de manera súbita, pareció consciente de su presencia.

—Señora Connor, la he hecho venir con tanta urgencia porque tenemos un asunto muy delicado que tratar —comenzó a decirle el abogado sin levantar

siquiera la cabeza de los papeles que tenía sobre la mesa y que observaba con extremo interés.

Allison, sin embargo, no había podido escuchar más allá de aquellas dos palabras: «Señora Connor». Curiosamente, aquel hombre era la segunda persona en un año que la llamaba de esa manera... «Señora Connor». Nunca había utilizado su apellido de casada. Estaba tan acostumbrada al suyo que no se le ocurrió. Era algo en lo que pensar, le extrañaba, ya que había estado ansiosa por formar parte de James, de una familia...

—¡Ujum!... ¡Señora Connor!

Una vez más se había quedado perdida en alguna palabra...

—Lo siento, me he distraído.

—No se preocupe, estos no son momentos fáciles para usted. Prometo no dilatarme en exceso, pero como le decía es de vital importancia que mantengamos esta reunión. No quise molestarla el día del entierro, pero viendo que no se ponía en contacto conmigo para hablar del testamento de su esposo, creí necesario llamarla yo.

—Señor Cousin, mi marido no tenía posesiones. Ni siquiera nos había dado tiempo a establecernos en un sitio, juntos. Teníamos pensado comprarnos una casa, pero...

Sintió un nudo en la boca del estómago que amenazaba con estallar en llanto, aunque sabía que no sería capaz de hacerlo. Aun así, tampoco el resto de las palabras consiguieron salir de su boca.

—Lo cierto es que el señor Connor sí tenía propiedades. Más concretamente hablamos de una en Brawnsville, Texas, su ciudad natal —le dijo el abogado mientras le acercaba una foto.

La tomó entre los dedos con sumo cuidado. Parecía antigua, amarillenta por el paso de los años, pero la extrema delicadeza de su tacto se debía más bien al desasosiego que le producía tener la prueba palpable de toda una vida, la de su propio marido, totalmente desconocida para ella.

—¿No tenía usted conocimiento de esta propiedad?

Se limitó a negar con la cabeza mientras escudriñaba la foto con minuciosidad.

Parecía sacada de *La casa de la pradera*. ¡Dios! Era exactamente lo que había soñado de niña que sería su hogar. Una estructura de dos plantas en madera blanca y tejado negro. Las enormes ventanas con contraventanas de la misma robusta y blanca madera, la valla del mismo color. No era una construcción que llamara la atención por su tamaño, parecía incluso un poco

pequeña, pero tremendamente acogedora. La verja, que recogía un cuidado jardín, se abría al interior por una puertecita junto a un buzón antiguo, no se distinguía bien si de hierro forjado.

En los escalones que llevaban hasta el porche, tres figuritas. Un niño moreno, de facciones oscuras y mirada seria, sostenía con uno de sus brazos un bebé, mientras pasaba el otro de forma protectora sobre los hombros de uno más pequeño de cabello rubio y ondulado. Éste guiñaba los ojos cegado por el sol. Apenas eran dos rallas en aquella hermosa cara pecosa, pero no le hacía falta verlos para reconocer el increíble color verde.

Era su marido.

Se llevó una mano a la boca sintiendo temblar los labios por unos momentos bajo las yemas de sus dedos, que luego pasó con delicadeza por la foto buscando respuestas, buscando calor.

Se estaba asfixiando, volvían a apoderarse de ella las náuseas y los mareos de los últimos días. No aguantaba más en aquel despacho, y decidió marcharse, deseosa de salir y refugiarse en la tranquilidad de su casa y asimilar la vorágine de sentimientos que había despertado en ella aquel encuentro.

Al despedirse en la puerta del despacho, el abogado le dio una tarjeta suya, momento que aprovechó este para agarrar su mano. Se agachó y le dio un beso en el dorso, de manera anticuada, sosteniéndola demasiado tiempo y haciendo que aquel gesto fuese aún más incómodo para ella. No pareciéndole suficiente, se dispuso a olisquearla como un rato antes había hecho con los papeles. Inhaló lentamente y, cerrando los ojos, se inclinó un poco más hacia ella.

Se incorporó abruptamente sin soltarla. La mirada que le dedicó el abogado en ese momento le provocó otro escalofrío. Cargada de demasiado interés, como si fuese la primera vez que tenía ante su presencia a una persona como ella. Le recordó a la expresión de los niños cuando hacen un descubrimiento importante, sólo que la de ellos está cargada de inocencia e ingenua excitación, y la de aquel hombre tenía algo oscuro que le erizaba la piel. Quiso ignorar la sonrisa curiosa e indescifrable que paseaba por sus ojos, pero entonces dijo:

—Dos latidos —arrastró el sonido de cada letra al pronunciarla.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendida y aprovechó el momento para intentar deshacer el apretón de manos. Pero el extraño hombre no estaba dispuesto a soltarla tan fácilmente.

—Es usted fascinante, señora Connor, y tremendamente valiosa —añadió

ampliando la inquietante sonrisa—. Debería tener cuidado. En este mundo, muchas personas harían cualquier cosa por conseguirla —mientras pronunciaba aquellas escalofriantes palabras, entrecerró los ojos tras sus redondas gafas y volvió a olfatearla—. Exquisita, sin duda.

Ese fue el límite que sus nervios fueron capaces de soportar, por lo que se liberó con brusquedad y salió de su despacho prometiendo llamarlo en caso de necesitar sus servicios.

CAPITULO 2

HACÍA algunas semanas que había perdido la capacidad de reírse, de vivir, incluso de sobrevivir. Pero a los pocos días algo lo volvió a cambiar todo.

Primero, la visita al despacho del abogado y albacea testamentario de su marido, James. Fue toda una sorpresa recibir la llamada de aquel hombrecillo, del que, por otro lado, no había sabido nada de su existencia con anterioridad. El especial interés que mostró el abogado en que se citase con él aquella misma semana la había dejado intrigada, pues no imaginó que hubiese algo que tuviesen que notificarle.

James y ella habían vivido una relación relámpago, pero tan bonita e intensa como un sueño. Un sueño de los que sólo puedes tener cuando eres una niña. Cuando aún crees en la magia, no te cuestionas ningún pero, y la ilusión guía tus pasos sin esperar que haya una red de seguridad bajo tus pies.

Estaba en una firma de libros cuando lo vio por primera vez. James se acercó para pedirle que le firmara un ejemplar de su última novela, que quería regalar a su madre. Lo observó acercarse a la mesa vestido con su uniforme de piloto, blanco inmaculado, ajustado a sus anchos hombros, elegante y distinguido; como el príncipe de una de esas historias de dragones y princesas que tanto le gustaba leer de niña escondida en un rincón solitario del orfanato en el que se crió, mientras pasaba las horas dedicada a soñar.

James fue como una visión, con el cabello rubio perfectamente cortado y una sonrisa amplia y limpia como la de un niño. Se enamoró de él a primera vista, y él de ella, y la invitó a cenar aquella misma noche. Tardaron apenas unas pocas semanas en decidir que querían pasar el resto de sus vidas juntos y casarse. Y, aunque debido al trabajo de ambos no pudieron disfrutar de una luna de miel tradicional, el año que compartieron como marido y mujer fue un festejo diario de su amor.

No habían sido un matrimonio convencional ya que él viajaba constantemente y ella estaba de promoción por todo el país con su última novela. Pero había sido intenso, y ella se había sentido, por primera vez en la vida, completa, al formar parte de otra persona.

Al casarse con James pensó que nunca más volvería a estar sola o sentirse como la niña desgarbada de pelo rojo y rebelde que jamás era elegida para ser adoptada en el orfanato.

La visita de hacía unos días al señor Cousin había sido una sorpresa inquietante y reveladora, definitivamente. Aunque no tanto como descubrir aquella misma mañana que la vida le había vuelto a cambiar para siempre, que ya no volvería a ser la misma jamás.

Se había levantado temprano por no haber podido dormir en toda la noche, algo que últimamente le ocurría con demasiada frecuencia y hacía que se le hubiesen instalado de manera permanente unas feas y oscuras bolsas bajo los ojos que le daban un aspecto aún más frágil del habitual. Sentía que había cambiado por dentro, pero no había imaginado hasta qué punto.

Se observó en el espejo del baño, sosteniendo la prueba de que su vida no volvería a ser la misma. La mantuvo entre los dedos unos minutos mientras perdía la mirada en los ojos de la Allison que la observaba desde su reflejo. No era capaz de reconocerse en ellos.

En realidad, aquella imagen tan sólo le mostraba a una extraña en su baño, sosteniendo aquel trozo de plástico con dos rayitas dibujadas en rosa que cambiarían su vida para siempre.

Quiso acercarse a ella, abrazarla, decirle que no pasaba nada, que todo iba a salir bien, pero las palabras no salieron de su boca. Sólo vio cómo el rostro se le compungía en un gesto roto. Y de repente, se dejó caer. Su cuerpo adormecido durante días empezó a temblar desconsolado.

Durante aquellos días se había sentido en una enorme esfera de cristal que alguien especialmente aburrido vapuleaba de un lado a otro haciendo que todo temblara. A la sensación de desequilibrio se sumó la asfixia, la náusea y, por fin, el llanto. Ese llanto que había estado conteniendo durante semanas rompió sobre su rostro quebrado por el dolor y la esperanza.

Saber que iba a tener un hijo de su difunto marido, había sido lo que la había hecho reaccionar y tomar la decisión más drástica de su vida.

Mudarse a Brawnsville.

Y lo primero era contárselo a Jane. Fue a su despacho esa misma tarde con la intención de comunicarle sus planes, pero de ninguna manera podía decirle toda la verdad. No debía contarle lo que la había llevado a tomar esa decisión, al menos de momento. Conocía a su amiga y su vocación súper protectora para con ella. Siempre lo había hecho, como un perro guardián. Cuando comenzó a tener una relación con James, llegó al punto de investigarlo. Por lo que sabía que, de conocer su embarazo, habría hecho lo que estuviese en su mano para impedir su marcha.

—Ali, ¿qué demonios dices? Bromeas, ¿verdad?

Allison vio cómo los chispeantes ojos de su amiga y editora, Jane, adquirían toda su capacidad de expresión. En cualquier otro momento habría conseguido zafarse de su mirada inquisitiva, que tanto miedo daba a otros escritores, con una ridícula mueca o algún comentario jocoso, pero no sería así en aquella ocasión.

—Jane, ya he tomado una decisión. Estoy decidida. Sé que es algo repentino, pero tengo que hacerlo. Necesito ir allí y conocer a su familia.

—¿Y qué esperas ganar relacionándote con esa gente? ¿No crees que si realmente mereciese la pena hacerlo te los habría presentado él mismo? No han formado parte de vuestras vidas, no sabes nada de ellos. Viven en un pueblo perdido en la otra punta del mapa. ¿Vas a cruzar el país para conocerlos? Aún peor, ¿para comenzar una vida allí sin nadie? Aquí estamos los tuyos, tus amigos, tu gente.

Jane se dio la vuelta en mitad de su exposición, justo a tiempo para ver cómo se rompía por el dolor.

—Lo siento cariño...

Comenzó arrodillándose y limpiándole el rostro con un pañuelo de papel que sacó del bolsillo.

—Lo siento de veras, pero intento que no cometas un error. Ir a ese sitio...

—Brawnsville —la interrumpió entre lágrimas—. Se llama Brawnsville.

—Está bien, Brawnsville. Irte a vivir a Brawnsville, no te devolverá... a tu marido. James no va a volver —dijo casi en un susurro, como esperando que las palabras no hiriesen aún más su maltrecho corazón—. Me preocupas tú. Evidentemente, como editora, mientras reciba tus escritos, lo mismo da que los escribas aquí en Chicago, en una isla tropical o en ese pueblo perdido del mapa. Pero, personalmente, si el consejo se lo doy a mi amiga, a mi mejor amiga, no lo entiendo —dijo incorporándose y comenzando a pasear por la habitación mientras hablaba, algo muy característico en ella—. Tómame unas semanas para airearte, visita el pueblo, vete de vacaciones, pero no a vivir, y además, tal y como estás de ánimo, no deberías marcharte sola. Espérame un par de meses. Ahora tengo la promoción del libro del engreído de Jonathan Graus. Bien sabes que por librarme de ese engendro de hombre renunciaría a mis espléndidas vacaciones en la Toscana italiana y me iría contigo a disfrazarme de vaquera —colocó los dedos como si fuesen un par de revólveres y sopló después de hacer que disparaba al cartel de promoción del último libro de Jonathan.

—Lo siento, pero lo necesito ahora. Entiendo que te preocupes por mí, pero

no puedo esperar y voy a hacerlo.

Allison levantó la vista, y lo que Jane vio en sus ojos, aún brillantes por las lágrimas, la dejó sin palabras.

Determinación.

La clase de determinación que pararía el tráfico de la avenida Michigan o que llevaría a una persona a emprender una nueva vida. No había una sola palabra más que decir. La conocía desde hacía diez años y si había decidido marcharse, sólo quedaba una cosa que ella pudiese hacer. Pero estaba preocupada. Hasta el momento, había mantenido segura a Allison. Ella era la única que conocía su naturaleza mágica, su poder. Allison no había tenido la suerte que tuvo ella de nacer en una familia que la aleccionara sobre sus poderes, sobre lo que ella era en realidad. Jane siempre había sabido lo que era, Allison no. Si bien sus naturalezas eran muy diferentes, Allison era única en su especie y si alguien más lo descubriera estaría en serio peligro. Tenía que asegurarse de que no fuese así. Tendría que pedir ayuda para llevar a cabo su misión, pero mientras, respecto a su conversación con Allison, solo le quedaba una cosa por hacer:

—¡Prométeme que me llamarás! ¡Todos los días! —dijo Jane acercándose y fundiéndose en un profundo abrazo con ella—. Iré muy pronto a verte —terminó por prometer.

—Te voy a echar de menos —le dijo Allison entre sollozos.

—Y yo a ti, maldita cabezota —le contestó su amiga apartándole un mechón de pelo color cobre del rostro.

CAPÍTULO 3

RECOGER los recuerdos de toda una vida llevó a Allison mucho menos de lo que esperaba. De alguna manera, se las había ingeniado para no atesorar demasiadas cosas. Intentó convencerse de que aquello se debía a su naturaleza práctica, pero en realidad, dando un último vistazo al que hasta ese momento había sido su apartamento, se daba cuenta de que lo había tratado como un lugar provisional. No había querido hacer grandes reformas ni cambios drásticos en la estructura y decoración de la casa. La adquirió con los beneficios de su primer gran éxito como escritora, impaciente por tener su espacio por primera vez en la vida, algo suyo, su casa, su sitio.

En el orfanato cambiaba cada cierto tiempo de dormitorio según las necesidades de espacio y el número de niñas que hubiese. Siempre compartió habitación, eso no era problema para ella, le había hecho sentir segura y más tranquila. Pero las internas iban y venían y ella siempre estaba allí, viendo cómo el mundo cambiaba a su alrededor. Las vidas de las otras chicas que se marchaban acompañadas por sus nuevos padres, a veces, también encontraban en su esperado hogar más hermanos, otras, incluso, eran familiares que venían desde lejos a recogerlas. Aquellos recuerdos eran agrisados.

Pasados los primeros años en el orfanato se dio cuenta de que con lo único que podía contar siempre era consigo misma y su fértil imaginación. Llenó sus horas, sus días y noches, al igual que sus cuadernos, con los personajes que habitaban en su mente. Personajes que manejaba a su antojo, que vivían vidas extraordinarias como las que imaginaba, y que transcurrían fuera de los muros del orfanato. Personas y seres extra-ordinarios que habían sido su compañía y familia durante todos los años de su vida. La acompañaron en el orfanato, en la escuela básica, en la secundaria y en la universidad.

Consiguió una beca para Northwestern gracias a las estupendas notas que obtuvo y haber ganado el Premio Literario del condado de Cook, *El despertar de las letras*. Colaboró con el periódico universitario donde recibió halagos y premios por algunos de los artículos que escribió. Fueron unos años interesantes; estudiaba mucho, trabajaba en la biblioteca del campus, compartía habitación con otras chicas que comenzaron a formar su grupo de amigas definitivo, entre las que se encontraba su adorada Jane. Y descubrió que la escritura no tenía por qué ser solo un mundo de escapada, también

podía convertirse en su futuro, su medio de vida.

El éxito de su primera novela fue tan inesperado como abrumador. En unos meses se convirtió en un pez nadando en el mar, en lugar de en la que hasta ese momento había sido su acogedora pecera. Había agradecido tener a Jane con ella. Su amiga había leído algunas de las historias que había escrito en la universidad. Su familia estaba ligada y muy bien situada en el mundo editorial. Creyó en ella y comenzó a ocuparse pronto de lo que denominaba «el trabajo sucio», para que Allison solo tuviese que dedicarse al creativo.

Hacían un buen equipo.

Jane le había aconsejado también sobre cómo invertir el dinero. Un ejemplo era la compra de aquel bonito apartamento situado en el Downtown, en uno de los mejores barrios de Chicago.

Como no quería sentir que todo cambiaba demasiado en su vida, en lugar de comprar una casa grande y ostentosa, se había decidido por un coqueto apartamento de dos habitaciones, con techos altos, paredes blanquísimas, moderna cocina americana perfectamente equipada, grandes ventanales que iluminaban cada rincón de su hogar y un cálido y bello suelo de parquet en madera clara. Era todo lo que había esperado y necesitado.

Vivía en un décimo piso, lo que le proporcionaba unas estupendas vistas de la ciudad del viento. Desde la ventana podía disfrutar de la imagen de los enormes rascacielos bañados por el sol, como inmensos caballeros de brillante armadura desgarrando el cielo azul intenso que se reflejaba en las tranquilas aguas del río Chicago. Le encantaba contemplarlas cuando eran teñidas de verde cada año para la festividad de San Patricio, evocando en ella sensaciones extrañas de tiempos lejanos, imágenes impregnadas en sus retinas venidas de otros mundos, desconocidos para ella, pero al mismo tiempo, inherentes a su historia. Una historia desconocida, pues jamás había conseguido averiguar algo sobre sus orígenes.

Ese pensamiento la perturbó, y volvió a centrarse en el paisaje del río.

La vegetación que lo rodeaba esos días se confundía con el agua, haciendo que pareciese rebosar y querer invadir el Downtown, al igual que las luces y sonidos que llenaban una ciudad repleta de vida que le había inspirado día a día, hasta ese momento.

Sin embargo, desde que se marchó James tampoco había conseguido escribir. No le salían las palabras ni de los labios ni de la cabeza ni del corazón. Solo oía murmullos de pensamientos vagos ir de un lado a otro, incoherentes e inconexos aparentemente, y esperaba que eso también cambiase

con su marcha a Brownsville.

A parte de las pertenencias personales, ropa, ordenador, impresora, fax y algunos recuerdos de los viajes que había realizado en las promociones de sus libros, no había más que empaquetar. No tenía nada de valor ni algún mueble especial que quisiera conservar para su nuevo hogar. Tan solo la magnífica colección de libros, algunos atesorados desde la infancia, y que debían aguardar en Chicago a que Jane se los enviase semanas después, cuando tuviese un sitio adecuado para ellos en la nueva casa. Y su inseparable bicicleta que también tendría que esperar por problemas evidentes de espacio en el transporte. Por todo lo demás, no había tenido problemas para meter toda una vida en el escueto maletero de su lujoso *Jaguar XK* color plata.

No era el coche que hubiese elegido ella para realizar ese viaje, ni siquiera para pasear por la ciudad o hacer los recados de su vida cotidiana. Solía utilizar la red de trenes de la CTA, y la bicicleta para ir a pasear por Grant Park en su ruta habitual para visitar museos los domingos por la mañana. Chicago era una gran ciudad para ir en bicicleta, con sus más de ciento sesenta kilómetros de ciclovías, era una auténtica atrocidad desperdiciar la oportunidad de perderse entre sus calles y disfrutar de las vistas por estar pendiente del tráfico.

En la elección de su coche había tenido mucho que ver Jane también. El día que fueron a comprarlo Allison se decantaba una y otra vez por cómodos turismos, de amplios maleteros, gran fiabilidad, fáciles de manejar y desde luego con un glamour que no llegaba a la altura de las llantas de su fabuloso Jaguar. Jane le había dicho que esos no eran coches dignos de una escritora de éxito como ella.

Tal vez no lo habría elegido porque no se sentía una escritora de éxito, solo Allison, la misma Allison de siempre, que ahora se ganaba el pan dando vida a los personajes que siempre la habían acompañado en sus fantasías, no se sentía alguien especial, pero había accedido a comprar aquel coche del que al final había terminado encariñándose. No podía negar que para un viaje tan largo como aquel y hacer una mudanza, otro vehículo más amplio habría sido mucho más útil, pero se alegraba de hacerlo con su coche. Compañero inseparable durante los últimos tres años, era como viajar con un viejo amigo. Y tenía que reconocer que si había un coche cómodo y confortable en la conducción, ese era su Jaguar.

Y en ese instante ambos se dirigían a comenzar una nueva vida en un lugar en el que tampoco tenía raíces. Tal vez las de su marido fuesen suficientes para

proporcionarle la calidez y sentido que había buscado hasta este momento. Esperaba que así fuese, porque el motivo real de dejarlo todo e ir a Brawnsville no era otro que el de dar a su hijo lo que ella no había podido tener: una familia. No podía dársela por su parte, pero su padre sí tenía una. Y eso le daba una esperanza, aunque no pudiese evitar la incertidumbre y el temor de que se materializasen como verdaderas todas las dudas que Jane, como ella misma, se había estado formulando los últimos días sobre la familia de James.

No sabía qué iba a encontrar allí. Su marido le había hecho una descripción demasiado superficial. En las ocasiones que había hablado de su madre, lo hizo con evidente amor y admiración, no en vano, sabía que había tenido que luchar ella sola para criar a sus hijos desde jóvenes, pues su padre había fallecido, cuando él y sus hermanos eran unos niños, en un accidente de tráfico. James se la había descrito como una mujer fuerte a la vez que amorosa, firme en sus convicciones y de gran corazón, y eso la tranquilizaba.

James y ella mantenían comunicación por correo electrónico y, en contadas ocasiones, telefónica. Después de hablar con ella, James siempre le decía que estaba seguro de que cuando se conociesen se llevarían estupendamente bien, pero ese supuesto no se había llegado a materializar. James siempre daba largas al momento del encuentro. De su hermano mayor, Caleb, y su hermana menor, Casey, sin embargo, apenas sabía nada. La edad y poco más. Cuando había querido indagar en lo que a ella le parecía el maravilloso mundo de tener hermanos y la relación de su marido con los suyos, este siempre había contestado con evasivas, respuestas generales e impersonales, que, aunque no habían satisfecho su curiosidad, había dejado pasar para no incomodarlo.

Eran contados los momentos de los que habían dispuesto para disfrutar el uno del otro, y no quería empañarlos con temas que parecían no ser de su agrado, pues en aquellas ocasiones él se tensaba, se le oscurecía la mirada y parecía perdido durante unos minutos. Ahora, sin embargo, se arrepentía de no haber insistido un poco más.

Era consciente de lo poco que sabía de su marido, y aquel viaje habría sido mucho más sencillo de haber conocido por lo menos a qué tipo de recibimiento se iba a enfrentar al mudarse a Brawnsville, pero no iba a tardar en descubrirlo.

CAPÍTULO 4

CUATRO estados, dos mil trescientos veinte kilómetros, tres días y medio y veinticinco horas de conducción después, llegó por fin a su destino. Brawnsville la esperaba regalándole un espléndido y caluroso día de principios de agosto. Afortunadamente, el interior climatizado del coche le permitía disfrutar de las magníficas vistas sin sudar una gota, ya que no estaba provista de la protección ni la indumentaria necesaria para enfrentarse al calor texano.

Aquel pueblo no se parecía en nada a su Chicago natal. Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar, detuvo el coche ante el cartel de bienvenida que ofrecía en letras negras y verdes algunos datos de interés sobre el pueblo. Contaba con novecientos veintitrés habitantes, «ahora novecientos veinticuatro», pensó. Vivían casi más personas en la manzana donde se ubicaba su apartamento en Chicago que en todo el pueblo. Debía conocerse todo el mundo, iba a ser una sensación extraña pasar del anonimato de una gran ciudad a ser reconocida y reconocer a todo el mundo por la calle.

Aquel letrero de bienvenida, por tonto que pareciera, le hizo sentir emocionada y algo nerviosa, como un niño el primer día de escuela. La mezcla de incertidumbre, expectativas e incluso cierto miedo hicieron que comenzasen a sudarle las manos y tuviese que limpiarse las palmas en las perneras de los pantalones.

Lo siguiente en llamar su atención fue la distribución del pueblo, que recordaba a la que aparecía en las películas de vaqueros; una calle principal lo dividía en dos, sorprendentemente ancha y franqueada en sus extremos por los edificios principales de la ciudad, el ayuntamiento y la comisaría, y en el otro extremo, la iglesia. A ambos lados compartían acera de igual manera pequeñas tiendas con fachadas coloridas en madera y cuyos escaparates parecían sacados de revistas antiguas, con grandes almacenes de electrodomésticos, ropa, ferreterías... Para placer de su pasatiempo favorito, pudo comprobar que uno de los establecimientos era una bella librería de dos plantas, no sabía si muy acertadamente ubicada junto a la biblioteca del pueblo. Vio también un par de almacenes de materiales que seguramente tendría que visitar cuando hubiese hecho un inventario de las reparaciones que necesitaba la casa. Tal vez allí pudiesen darle referencias de alguien para

ayudarla con la reforma.

Otra cosa que llamó su atención fue la manera tan natural en la que compartían las calles vehículos todoterreno, turismos y personas a caballo. Acababa de llegar al viejo oeste con su flamante coche. Era como ir vestida de corista en un poblado Amis.

Impresionada por la singular belleza de aquel lugar de contrastes y mezclas, continuó por la avenida principal hasta que un cartel de madera con letras blancas indicó la entrada a la zona residencial en la que estaba situado su nuevo hogar. Giró a la derecha y no tardó mucho en encontrarlo, pues a los pocos metros de comenzar la calle pudo reconocer la construcción blanca de la fotografía.

Aun así, la sacó del bolsillo donde la había tenido guardada durante todo el viaje, como si necesitase la prueba palpable de que algo la había empujado hasta aquel lugar. Un vistazo a la fotografía le confirmó que aquella era la casa que buscaba y que seguía en pie, aunque parecía que necesitase ayuda urgente para continuar haciéndolo.

La pintura estaba descascarillada, la madera claramente envejecida. Se mantenía en su sitio, pero estaba pidiendo a gritos un lijado y pintura urgentemente, al igual que el resto de la fachada. Había que cambiar algunas maderas de las ventanas. La verja y el buzón de correos también tenían un aspecto alicaído. El jardín ya no aparecía como en la fotografía, verde, salpicado de flores y bien cuidado. Ahora, una selva de matojos habían asfixiado a las culpables de su belleza anterior.

Comenzó a subir los escalones no dejando que la apariencia desoladora de la casa la amilanase, pero antes de llegar a la puerta escuchó que alguien la llamaba a su espalda.

—¡Disculpe! —le gritó, sonriendo, una pintoresca mujer desde fuera de la valla.

Sobresaltada, se tomó unos segundos para fijarse en ella. Llevaba unos pantalones rojos a juego con una cinta que le ataba el pelo a modo de diadema y el cabello de un tono más rojo aún. Una amplia camiseta blanca y zapatillas de deporte del mismo color. Era bajita, debía medir unos diez centímetros menos que ella, que no sobrepasaba el metro sesenta y cinco. Lo que la convertía en una miniatura muy llamativa, ya que dudaba que pudiera pasar desapercibida. Daba la impresión de ser un polvorín a punto de estallar. Su voz algo chillona y cantarina la saludó con un acento ligeramente dulce del que estuvo segura que no le costaría acostumbrarse.

—¡Hola! Soy Carol, vivo en la casa de al lado. ¿Puedo ayudarla en algo?

—¡Hola, Carol! Encantada de conocerla. Soy Allison, su nueva vecina —le dijo acercándose hasta la valla.

La mujer fue entrecerrando los ojos hasta convertirlos en dos líneas de suspicacia.

—Esta casa lleva abandonada casi veinticinco años, debe haberse confundido, querida.

—Estoy segura de que es aquí, no se preocupe —contestó con la intención de girar sobre sus talones para volver hacia la entrada. Estaba ansiosa por inspeccionar su nuevo hogar.

—Pero esta casa pertenece a la familia Connor... —insistió la mujer con apremio.

—Lo sé.

Bajó la vista hasta sus manos entrelazadas impacientemente y acarició su anillo de bodas, una sencilla alianza de oro blanco con un diminuto diamante en el centro. Le dio un par de vueltas en el dedo antes de continuar con la explicación.

—Soy la señora Connor.

Los ojos de aquella pintoresca mujer pasaron de ser dos líneas en su rostro a abrirse como platos; llenos de curiosidad la recorrieron de arriba abajo. Las miles de preguntas que aparecieron en su boca se atragantaron en ella al escuchar sus siguientes palabras.

—Soy la mujer de James.

—¡Oh!, no sabíamos que James se hubiese casado antes de... Lo siento mucho, querida... —le dijo la vecina aventurándose a cogerle las manos. Unas manos menudas y regordetas de tacto frío y húmedo. Aquel gesto que pretendía demostrar cercanía, la hizo sentir incómoda. No era muy dada a tener contacto con otras personas y menos con una mujer a la que no conocía y de la que no quería recibir ningún tipo de compasión.

—De cualquier manera querida —continuó sin dejar de mantener el contacto —, no creo que sea conveniente que se quede usted hospedada en esta casa. Lleva muchos años abandonada, no está en condiciones de ser habitada. Hace un tiempo, yo misma hice una propuesta a la familia para ponerla en venta, porque soy agente inmobiliario, ¿se lo había dicho, querida?

—No, no lo había mencionado.

—Pues sí, lo soy —dijo ampliando su sonrisa de vendedora nata—. Pues, como le decía, vender esta casa hubiese sido la mejor opción para la familia,

pero rechazaron la oferta, según tengo entendido tiene algo que ver con el valor sentimental que tiene para la señora Connor, la otra señora Connor — añadió torciendo el gesto.

Escuchó a aquella mujer, que parecía no necesitar tomar aire para seguir hablando, y comenzó a sentir cómo le daba vueltas la cabeza y el mareo amenazaba con hacerla caer de bruces. No podía aguantar un minuto más y decidió terminar con aquello cuanto antes.

—Gracias, señora... —comenzó a decir cuando se dio cuenta de que la mujer no le había dicho su apellido.

—Carol, querida, llámame Carol. —insistió ella manteniendo la sonrisa más grande que hubiese visto jamás.

—Carol, le agradezco muchísimo su interés y preocupación —dijo sacando al mismo tiempo la mano aprisionada entre las de la vecina—, pero no será necesario. Vengo con toda la intención de quedarme. Dedicaré todo el esfuerzo y recursos que sean necesarios para restaurar la casa y voy a quedarme en ella. Siento tener que despedirme ahora mismo, pero comprenderá que vengo de hacer un larguísimo y agotador viaje y necesito descansar. Gracias por su bienvenida. —Con este pequeño discurso dio por zanjada la conversación, y se apresuró a subir los escalones que se dirigían al porche, rezando para que la contundencia de su tono hubiese hecho desistir a la charlatana vecina de cualquier intento de conseguir más información. Unos segundos después, suspiró agradecida cuando la oyó mascullar una rápida despedida a su espalda.

CAPITULO 5

LOS días amanecían en el rancho Connor rebosantes de aromas de la cocina: galletas de canela y jengibre, tortitas, huevos rancheros y café. Cada hombre que estuviese en las inmediaciones sentía su apetito despertar a los pocos minutos de que Pony entrase en la cocina. Siempre le había gustado preparar platos especiales para los suyos. Desde que sus hijos fueran pequeños, jamás había faltado una tarta casera o alguna variedad de pastel a los que les pudieran hincar el diente. Era una de las formas en las que ella prefería demostrar su amor a los suyos, y se veía gratamente recompensada pues, aún en el día de hoy con sus hijos con treinta y seis y veinticinco años, seguía viendo su sonrisa al morder una de sus galletas. ¡Ojala pudiese seguir viendo la del mediano de sus hijos!

James había fallecido hacía apenas dos meses y medio y, aunque habían pasado años desde que decidió marcharse del rancho, la correspondencia que mantenían era poco frecuente, aún no se había acostumbrado a vivir con aquel vacío. El dolor que le provocó pensar que jamás podría volver a hacerle galletas como cuando era niño, le atravesó el corazón hasta el punto de tener que agarrarse el pecho con la mano. No podía dejarse llevar por ese sentimiento. Casey se negaba a hablar sobre el tema, al igual que Caleb, aunque sabía que el sufrimiento de este último era aún mayor.

Los fantasmas del pasado lo atormentaban cada noche y lo estaban destrozando por dentro. El mayor de sus hijos no quería hablar y tampoco podía forzarlo, tenía que esperar a que estuviese preparado. Intentando desechar aquellos pensamientos tan dolorosos intentó centrarse en otra cosa.

Aquel día tenía una misión especial: hacer una tarta de cumpleaños para Jake, el capataz del rancho. Cumplía treinta y un años, y en los cinco que llevaba trabajando para ellos se había convertido en un miembro más de la familia. Lo quería como a un hijo, y como tal, cada día entraba en la cocina a «robarle» unas galletas.

—¡Bueno días, señora Connor! —la saludó este quitándose el sombrero y disponiéndose a entrar en la cocina.

—Jovencito, ¡ni se te ocurra entrar con esas botas de barro en mi cocina! —le regañó Pony levantándole un dedo a modo de advertencia.

Jake se limpió las suelas contra el felpudo de metal que había en el exterior

y le dedicó a Pony su mejor cara de falsa inocencia.

—¿Cuándo va a dejar de llamarme jovencito? —dijo Jake con una sonrisa juguetona.

Pony estuvo segura de que aquella era su arma letal para derretir a las mujeres, pero ella ya era vieja e inmune a los encantos masculinos.

—Cuando llegues a mi edad —le dio una galleta—. Mientras, seguirás siendo un jovencito.

—Hoy cumplo treinta y un años, señora —le dijo mientras se metía la galleta entera en la boca.

—Lo sé, te estoy haciendo tu tarta favorita. —Y le mostró el cuenco en el que batía vigorosamente los huevos.

—No tiene que molestarse —apuntó Jake sonrojado por los cuidados que le profesaba Pony. Lo cierto era que ella había sido lo más parecido a una figura materna que había tenido en su vida.

Jake se crió con su tío, un rudo vaquero al que tenía que agradecer haberle enseñado todo lo que sabía sobre caballos y cómo manejar un rancho. Su vida no fue nada fácil, su tío lo sacó de la escuela con catorce años porque hacía falta que se pusiese a trabajar y, desde entonces, lo hizo tanto como un adulto. Se levantaba al alba y se acostaba al anochecer con el cuerpo molido de tanto trabajar, pero jamás se había quejado y aunque nunca tuvo el cariño de unos padres, no lo echó en falta pues no sabía lo que era. Y estaba agradecido a su tío que había sido un ejemplo de honradez y trabajo duro, ayudándolo a convertirse en el hombre que era ahora.

Cuando llegó al rancho Connor, cinco años atrás, descubrió lo que se había perdido al conocer a la señora Connor, una madre amorosa que velaba y se preocupaba por sus hijos cada día. Decididamente, Caleb y Casey eran muy afortunados al tenerla. Aunque estaba seguro de que uno de los problemas de la pequeña de la familia, Casey, era haber sido tratada como una princesa. Demasiado cariño y protección la habían convertido en una niña mimada, que tendía a pensar que siempre se podía salir con la suya. «Y hablando de la reina de Roma...», pensó.

—¡Buenos días, mamá! —dijo Casey a su madre plantándole un amoroso beso en la mejilla—. Jake —fue el escueto saludo que le profirió a él, acompañado de un ligero ladeo de cabeza que dejó caer su larga melena negra como una cascada de seda.

—Casey —le contestó él en el mismo tono seco.

Jake vio a la princesa mimada estirarse con ciertas dificultades para coger

un bote de la estantería más alta de la alacena de la cocina. Si hubiese sido un caballero, pensó, la habría ayudado y le habría cogido él mismo aquel bote de confitura. Pero no lo era ni quería facilitarle las cosas ni perderse las vistas. Casey se había puesto un vaquero negro ajustado y una camisa blanca anudada en la cintura que dejaba esta al descubierto, mostrando una piel morena, tersa y aparentemente suave. Sobre sus caderas redondeadas descansaba un cinturón adornado con balas. Aquella postura también le daba una visión bastante provocativa de sus pechos elevándose erguidos contra la tela fina de la camisa.

Sí, aquella niña mimada era una auténtica pesadilla cuando uno pretendía hablar con ella; estirada, creída y desconsiderada, pero era una verdadera delicia mirarla. En su vida, jamás había conocido una mujer con semejante belleza: salvaje y refinada al mismo tiempo. Su mirada oscura y su increíble melena negra que le caía lisa hasta el final de la espalda, eran el resultado de su herencia genética *Kickapoo*. Pony era indio-americana, y su hija había heredado esas facciones exóticas de aspecto salvaje que magnetizaban a cuanto hombre posase la mirada sobre ella. Pero también poseía una gracia gatuna al moverse que recordaba a una chica fina y exquisitamente educada. Él sabía que eso solo era una fachada, Casey tenía más de salvaje que de cualquier otra cosa. Él había visto el fuego en su mirada cada vez que se cruzaban. No la soportaba, y ella a él tampoco, lo que facilitaba mucho el trabajo en el rancho, porque ambos se evitaban prefiriendo no cruzar sus caminos. Aun así, no podían rehuir momentos como aquel de convivencia familiar en los que tenían que verse, pero al menos ante Pony lo llevaban de la forma más educada posible.

—Voy a hacer una llamada mientras reposa la masa —dijo la señora Connor saliendo de la cocina mientras se limpiaba las manos con un trapo.

Unos minutos después, Casey rompió el silencio entre los dos.

—¿Vas a ayudarme o a seguir mirando? —le dijo ella dedicándole una mirada furiosa.

—No hay nada que desee mirar —contestó él ladeando la cabeza con la misma expresión inocente que le había dedicado a Pony minutos antes. Aquel comentario encendió aún más los ojos de Casey. «Era tan previsible», pensó, «enfadarla era tan sencillo como atizar el fuego de una hoguera».

Casey colocó una de sus manos en la cadera y lo obsequió con una sonrisa tan fría que provocaba el mismo efecto que una bofetada.

—Me alegro de que pienses así, porque aquí no hay nada que esté a tu

alcance —le dijo ella señalándose de arriba abajo, muy altiva.

Jake apretó los labios y entonces los de ella transformaron la sonrisa fría en una de plena satisfacción. Ella disfrutaba humillándolo, haciéndolo sentir inferior. Ya le había dejado claro más de una vez que, para ella, él sólo era el capataz, un trabajador más a su cargo, y como tal no merecía consideración alguna. En ese momento Jake tenía ganas de estrangularla, así que decidió marcharse.

—¡Qué tengas un buen día, princesa! —se despidió colocándose el sombrero y saliendo por la puerta.

Casey se quedó allí parada con el tarro de confitura en la mano, mirando la puerta que se cerraba frente a ella. ¿Cuántas veces había deseado que él la llamara así? Pero la forma en la que Jake le tiraba las palabras, como un lanzador de cuchillos, revelaba sus intenciones. Aquel «princesa» era un insulto. Se lo escupía cada dos por tres para hacerla sentir rastrera, y lo odiaba por eso. En realidad no lo hacía, pero ojalá fuera así, su vida sería más sencilla.

—¿Y Jake? —le preguntó su madre regresando a la cocina.

—Se acaba de marchar.

—¡Vaya! Quería pedirle unas cosas. ¿Le has dicho lo de la cena de esta noche? —preguntó su madre ajena al torbellino de emociones que la atormentaban cada vez que se cruzaba con él.

—La cena... no. Pensaba que se lo habrías dicho tú.

Casey llevaba toda la semana pensando en aquella cena. Una parte de ella se alegraba de no poder poner excusas para no asistir, mamá la habría matado de intentarlo. Caleb y ella apreciaban verdaderamente a ese hombre. Pero después de aquel pequeño encuentro, no sabía cómo podría sobrevivir a estar sentada a la misma mesa que él durante horas, mantener la compostura y ocultar lo que sentía por él sin que la perspicaz de su madre se diera cuenta. Prefería que sus sentimientos por Jake permanecieran en el anonimato, de lo contrario sería el hazmerreír del rancho. Todo el mundo sabía que él no la soportaba, sólo él se atrevía a hablarle a ella como lo hacía.

—Tendrás que ir a decírselo, Caleb y él van a salir a dar una vuelta por el rancho, tenían que hacer unas reparaciones.

—¿Y por qué tengo que ir yo a decírselo? ¡Qué lo haga Caleb ya que va a estar con él! —se quejó Casey que no estaba dispuesta a marchar corriendo detrás de Jake.

—Pues porque no he avisado a tu hermano, y de veras señorita Casey

Connor, cada día te comportas más como una niña. No entiendo por qué tienes que poner tantas pegas para cumplir un recado tan sencillo, ni que tuvieras algo mejor que hacer... —le dijo Pony reprobatoriamente.

—¿Ves? ¡Ahí radica el problema, mamá! —comenzó a quejarse Casey—. Todo el mundo piensa que la pequeña Casey no tiene nada que hacer, y que por eso tengo que estar siempre dispuesta a hacer recados como si tuviera aun diez años, y no es así ¡Yo tengo mis intereses! ¡Mi vida! —dijo ella sorprendiéndose a sí misma con aquel discurso. Había intentado evitar que su madre le siguiese preguntando porque no quería ir a hablar con Jake, y se le ocurrió la tontería de que la mejor defensa era un ataque. Y era una tontería porque hablando con su madre no se saldría jamás con la suya.

—Cuéntame tus planes —se interesó su madre dejando sobre la encimera las varillas y el cuenco para prestarle a ella toda su atención, y eso era lo último que Casey quería.

Pony levantó los brazos en dirección a su hija instándola a que hablara.

—Pues, unos planes, mamá, no es necesario que los comentemos ahora —le dijo ella dándose la vuelta con la excusa de coger un pedazo de tarta y así evitar la mirada inquisitiva de su madre.

—No tengo nada mejor que hacer, cuando alguno de mis hijos cree que estoy siendo desconsiderada con él. Me preocupan tus cosas, así que me gustaría que me contaras, ¿qué es lo que quieres hacer tan importante para ti, como para no poder ir un momento a decir a Jake que hemos preparado una cena para él esta noche?

Dios mío, su madre era buena, demasiado en realidad. Estaba completamente convencida de que estaba siendo desaprovechada en aquel rancho. Era la mejor interrogadora del mundo. Sabía qué teclas tocar para que te sintieras culpable y pensaras que hablar era lo mejor que podías hacer, que de hecho era lo que querías hacer. Pero ella no quería. Y no tenía una excusa lo suficientemente buena como para no poder hacer aquel recado tonto. Tenía que haber cerrado la puñetera boca y haber ido a hablar con aquel estúpido que no hacía más que traerle problemas.

—¿Y bien cariño? Me preocupan tus inquietudes, pero no tengo todo el día —le metió prisa su madre.

—Bien, está bien. No tengo nada tan importante que hacer que pueda impedirme ir a decirle a Jake lo de la cena, ¿de acuerdo? Ahora mismo voy —se rindió dirigiéndose a la puerta.

Reconocer aquello era más sencillo que inventar una excusa que la

mantendría sentada en la mesa de la cocina, con su madre, durante horas en las que ésta intentaría que su hija se desahogase sobre las cosas que le preocupaban.

—Bien, pues corre, no quiero que haga planes y al final se pierda su propia celebración de cumpleaños.

—Sí, mamá —contestó a su madre saliendo ya por la puerta.

Odiaba a Jake, lo odiaba a muerte por hacerle aquello, convertirla en una boba loca que andaba por ahí teniendo cambios de humor, mintiendo a su madre y a ella misma, que se pasaba la mitad del tiempo buscando excusas para verle y la otra mitad para evitarle. Cuando lo tenía cerca la cabeza le daba vueltas, el corazón le latía tan rápido que parecieran el de un pura sangre al galope. En ocasiones le había faltado el aire y había conseguido hasta temblar. Se sentía insegura y sin ningún control sobre ella misma. Y cuando estaba lejos de él o cuando llevaba más de dos días sin verlo se ponía triste y ñoña, susceptible y enganchada. Necesitaba verle aunque fuese desde lejos, y eso la hacía sentir patética; por aquello también lo odiaba.

Se acercó a los establos segura de que allí lo encontraría preparando su caballo, pero cuando estaba a punto de entrar lo oyó hablar con alguien. El tono seductor que dedicaba a su interlocutor la hizo pararse en seco y prestar atención.

—Ya sabes, preciosa, que sí tengo ganas de verte, por eso te llamo... Es que he tenido mucho trabajo, pero esta noche podría compensarte por lo de la semana pasada.

Casey escuchó la risa de Jake, juguetona y sexy, y sintió cómo le hervía la sangre en las venas. Estaría hablando con alguna fresca con la que quería quedar para aquella noche.

—...Tú ya sabes cómo... ¡Ah! ¿Sí?... Mmmm... Seguro que eso me va a gustar.

Se estaba poniendo enferma, no podía soportarlo más. Quería estrangularlo allí mismo.

—¡Ujum! —tosió a su espalda, pero él ni se inmutó.

¿Así de grande era su desfachatez para no terminar con aquella conversación aun estando en su presencia? Pensó.

—¡Ujum! —volvió a toser con más fuerza. Jake se giró lentamente sin soltar el auricular.

—¿Querías algo? —le preguntó tapando el altavoz para que la mujer con la que hablaba no la oyera.

—Sí, ¡qué dejes tus conversaciones privadas para cuando no estés trabajando! —le ordenó.

Jake elevó una ceja aparentemente divertido con la actitud de ella.

—Tú no eres quién para decirme cuando puedo hablar y cuando no — contestó sin dejar el aparato.

—Yo puedo ordenarte lo que me plazca, trabajas para mí, ¡capataz! ¿O se te olvida tu cargo?

—No se me olvida, princesa. ¿Y qué es lo que desea su alteza que ha venido hasta aquí a buscarme? —le dijo él con una sonrisa burlona.

—¡Yo no deseo nada de ti! —mintió—. Me ha mandado mi madre.

Jake la observó cruzarse de brazos y tamborilear la puntera de su bota de pitón contra la tierra como si estuviese siguiendo el ritmo de una canción, y supo que no lo iba a dejar tranquilo.

—Preciosa, tengo que cortar —comenzó a decirle a la chica que tenía al teléfono—. No se deben tener conversaciones de adultos en presencia de los niños —continuó riendo. No le hizo falta mirar a Casey para saber que la había puesto realmente furiosa—. Un beso, hermosa. Hasta esta noche — terminó y colgó dirigiéndose a Casey.

—Vas a tener que llamar a esa fresca con la que hablabas y cancelar la cita —le dijo con una mirada rabiosa.

—Es la segunda vez en esta conversación que te confundes creyendo que puedes decirme lo que puedo o no hacer, princesa —contestó acercándose a ella y deteniéndose a pocos pasos.

—¡A mí me da igual lo que tú hagas! —volvió a mentir—. Pero mi madre me envía para que te diga que ha preparado una cena en tu honor esta noche, para celebrar tu cumpleaños.

Casey apretó los dientes.

Era evidente que la chica no estaba conforme con el hecho de que le organizaran una cena de cumpleaños a un capataz, o tal vez, sólo se tratase de que era él el capataz en cuestión. De cualquier manera, el hecho de hacerla enfadar era siempre un placer y un motivo de diversión, pensó Jake.

—¡Pony es una gran mujer! Es una pena que no hayas heredado nada de ella. Dile a tu madre que estaré encantado de asistir a esa cena. Puedo ir al bar después.

Jake le notificó sus planes y se marchó pasando por su lado como si ella no tuviese nada más que decir.

¡Lo odiaba! ¡Lo odiaba a muerte! Le invadió la rabia por aquella

conversación, por la forma que tenía él de tratarla. Porque hubiese quedado con aquella fresca esa noche, por saber que era completamente invisible para él como mujer, peor aún, la despreciaba.

Todo aquello le colocó un nudo en la garganta que no la dejaba respirar. Lo sentía ahí asfixiándola hasta querer romper su dolor en un llanto impotente. Necesitaba salir de allí. Correr y sentirse liberada.

La sangre caliente hirviendo por sus venas en un torbellino impaciente que hacía latir cada célula de su cuerpo y, llegar al punto en el que los latidos de su corazón lo llenaban todo, como un zumbido sordo que transformaba en neblina lo que se ponía a su paso.

Tenía que salir a correr y perderse un rato. Solía hacerlo por la noche, cuando la oscuridad le regalaba la intimidad que necesitaba y los seres nocturnos eran los únicos testigos de su otra yo, de su naturaleza salvaje.

Pero no podía esperar.

Se quitó toda la ropa en uno de los establos vacíos, la dobló y escondió entre unas balas de heno. Se asomó y comprobó con cautela que nadie podía verla. Allí mismo se transformó en una preciosa loba de color gris y ojos ambarinos. Los caballos comenzaron a alterarse y golpear los establos, endiablados, por lo que, sin esperar, salió por la puerta trasera del establo y fue en busca de su ansiada libertad.

CAPÍTULO 6

AL abrir la puerta de su nuevo hogar, lo primero que tuvo que hacer fue contener la respiración. El aire era tan espeso, cargado de partículas de polvo y olores fuertes entremezclados, como el de la madera y la humedad, que sintió por unos segundos que se mareaba. Unos momentos apoyada en el marco de la puerta con los ojos cerrados le permitieron estabilizarse y continuar con la inspección.

Lo primero fue abrir la ventana que había junto a la puerta y que, tras rendirse a la insistencia con los pestillos oxidados que mantenían cerrada la contraventana, dejó entrar un torrente de la luz dorada del exterior que bañó todo el recibidor haciendo que despertarse abruptamente de su prolongado letargo.

El aire que entró, aunque demasiado cálido para ella, le regaló un renovado ambiente que hizo su respiración más ligera y llevadera. Fue entonces cuando se fijó en la escalera que comunicaba con la planta de arriba; toda de madera, escalones, paredes y una preciosa barandilla lo suficientemente ancha como para intentar deslizarse y bajar por ella. Pasó una mano por la superficie llena de polvo de aquella pieza exquisitamente tallada y casi pudo imaginar a su marido de niño bajando desde el piso superior.

La imagen le dibujó una tierna sonrisa en los labios. Cerró los ojos intentando guardar el momento. Con el paso de los días había llegado a temer que las imágenes de James se borrasen de su mente, y las necesitaba, aún más que el aire que respiraba. Decidió seguir la inspección antes de que el llanto se lo impidiera.

Después de la muerte de James no había conseguido soltar una sola lágrima, hasta el día que tomó la decisión de marcharse y, desde entonces, no había hecho otra cosa más que llorar. Cualquier pequeño detalle que la removiese por dentro hacía que rompiese en un llanto profundo y desconsolado que duraba hasta que su cuerpo, dolorido y cansado, se rendía al sueño. En aquel momento no podía dejarse llevar por semejante abandono, por lo que se dirigió a la puerta que tenía a la derecha.

Primero encontró un pequeño aseo y después se topó con el salón; una habitación amplia e imaginaba que luminosa por los dos grandes ventanales que veía en frente y a la derecha, la pared izquierda era presidida por una

bonita chimenea de piedra sobre la que descansaba una sencilla repisa. Estaba completamente vacío. Abrió los grandes ventanales para que al menos se llenase de la luz que necesitaba para inspeccionar mejor paredes y techos en busca de humedades y desperfectos que necesitasen reparación.

Al otro lado del recibidor, la cocina mostraba el mismo estado de desolación. Una fila de muebles bajos con un pequeño fregadero era todo lo que había allí.

Al inspeccionar el mobiliario se dio cuenta de que había que tirarlos todos. La carcoma se había dado un festín con ellos. Tenía que montar una cocina completa allí, pero aquella estancia tenía grandes posibilidades. La distribución cuadrada y el gran ventanal junto con la puerta, que dirigía a un bonito porche trasero, la hacían alegre y acogedora. Cuando terminase con ella no tendría nada que envidiar a la completa cocina que disponía en Chicago.

En la planta superior, una a una fue abriendo tres habitaciones. Las dos primeras de igual tamaño y forma cuadrada; a la izquierda, al final del pasillo, otra un poco mayor junto al baño. Esta tenía tan solo una pequeña cama individual y una bonita puerta de madera con doble hoja que daba a un balcón de apenas unos dos metros de ancho por unos tres de largo.

Se enamoró inmediatamente de aquella casa luminosa y espaciosa, toda de madera, paredes, techos, suelo... Era como estar en un gran árbol. Enseguida pudo imaginarse viviendo allí con su bebé, como si fueran los pequeños habitantes de una casa de muñecas; con colchas floreadas, visillos de encaje en las ventanas y muebles macizos y robustos.

Necesitaba ayuda, eso sí, y de manera urgente, porque las reformas y arreglos que precisaba aquella casa iban a ser mayores de lo que había imaginado.

Lo primero era visitar el pueblo y comenzar a aprovisionarse de todo lo requerido. La cama del dormitorio principal le daba la posibilidad de pasar la noche allí, pero necesitaba artículos de limpieza, comestibles y conseguir mano de obra y materiales para la reforma. Tenía mucho trabajo por delante y estaba deseosa de comenzar.

Al entrar en Broderick e hijo, se sintió como un hombre en una mercería: perdida. Enormes filas de estanterías de metal formaban el entramado de pasillos que disponían y clasificaban todo tipo de herramientas y utensilios extraños que jamás había imaginado que existiesen y de los que no tenía la menor idea de cuál serían su utilidad. Pasó unos segundos mirándolas como si

con aquel ademán pudiese familiarizarme con la mercancía y empezase a pensar que sabía lo que estaba haciendo. Después, se rindió por fin y decidió aproximarse al mostrador. Un hombre de mediana edad y calva reluciente se acercó enseguida con gesto amable.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —le preguntó mientras tiraba de uno de los tirantes que sujetaban sus pantalones vaqueros.

—Bien... Pues, no sabría qué decirle... Necesito muchas cosas, pero no sé por dónde empezar —contestó un poco perdida. Nunca había tenido que hacer la reforma de una casa, sabía qué quería reparar, pero no cómo hacerlo ni cuáles eran los mejores materiales para la tarea. Estaba segura de que aquel hombre pensaría que era tonta del bote, pero al mirarlo a los ojos solo vio curiosidad.

—¿Usted no es de por aquí verdad? —le preguntó mientras agarraba sus dos tirantes y metía una barriga inexistente.

—No, señor. Me llamo Allison —se presentó—. Acabo de mudarme.

—Yo soy Broderick, el dueño de esta ferretería —dijo el hombre ofreciéndole la mano y una pequeña y casi imperceptible sonrisa.

Allison estrechó la mano de aquel hombre, de palmas grandes y ásperas, con un rápido apretón.

—Encantada.

—Y dígame, señora, ¿cuál es su problema?

—Pues... como le decía, acabo de mudarme. Tengo que hacer bastantes arreglos en la casa y me preguntaba si usted podía recomendarme a alguien para el trabajo.

—Claro, ha venido usted al lugar indicado —contestó el hombre ampliando la sonrisa—. ¡Junior! —gritó este por encima de su hombro en dirección a la trastienda.

—¿Qué? —dijo una voz desde la parte de atrás.

—¡Ven! ¡Aquí hay una señora que necesita tu ayuda!

—¡Voy! ¡Un momento!

—Junior es mi hijo. Además de ayudarme en la ferretería, hace arreglos y chapuzas en las casas de la zona. Tiene buena mano con la madera y la pintura, seguro que podrá ayudarla.

—Eso sería estupendo —dijo aliviada. No podía creer que al primer intento hubiese conseguido quien le hiciese la reforma.

—Ya estoy aquí. —Desde detrás del señor Broderick, apareció ante ella una versión más joven pero tremendamente parecida a la de su padre. Incluso

llevaba el mismo tipo de vaqueros con tirantes. Los dos hombres de complexión media, ligeramente desgarbados y espalda ancha, solo que el hijo debía medir unos diez centímetros más que el padre y mostraba una abundante mata de pelo rubio donde su progenitor lucía una espléndida calva.

—La señora acaba de mudarse y está buscando a alguien que le haga los arreglos de la casa.

—¡Claro! ¿Qué tipo de arreglos? —le preguntó el joven que debía tener unos veintitantos años.

—Pues, la verdad es que son muchas cosas... Necesito pintar la casa entera por fuera y por dentro, arreglar algunas maderas en las ventanas, la valla, puertas, también hay que cambiar la cocina por completo, revisar la instalación eléctrica y seguro que habrá más cosas por hacer, eso es todo lo que he visto por encima. Quizás sea mucho trabajo para una sola persona, porque la verdad es que me urge mucho hacerla habitable, ya me he instalado.

—Bueno, no se preocupe por eso, mis primos, José y Antonio, pueden ayudarme si es necesario. Habría que ver el estado de la casa primero.

—¡Estupendo! Sin problema.

—Si le viene bien, Junior podría acercarse por su casa a eso de las cuatro y le echa un vistazo —dijo el señor Broderick.

Allison calculó rápidamente el tiempo que necesitaba para hacer el resto de las compras imprescindibles para aquel día y pensó que incluso podría darle tiempo a buscar un sitio donde comer algo.

—Perfecto, le escribo la dirección y lo espero a las cuatro. —Sacó la libreta de notas y la apuntó, después entregó el papel al joven Junior que lo tomó con una gran sonrisa, al parecer encantado de que lo hubiesen contratado para un nuevo trabajo.

—¿Esa no es la vieja casa Connor? —le preguntó el señor Broderick, sorprendido, cogiendo la nota de manos de su hijo.

—Sí, lo es. —Allison bajó la mirada. Era evidente que en ese pueblo todo el mundo se conocía y que su llegada no pasaría desapercibida. Se preguntaba cuanto tardaría la familia de James en descubrir que había llegado al pueblo. No es que pretendiese esconderse de ellos, al contrario, había ido para conocerlos y que formasen parte de la vida de su hijo, pero sí necesitaba un poco de tiempo para instalarse y pensar cómo iba a afrontar el encuentro—. Si me disculpan, acabo de llegar al pueblo y antes de las cuatro tengo aún algunas compras que hacer — dijo dirigiéndose a la salida—. Una cosa más, ¿podrían decirme dónde puedo aprovisionarme de víveres y artículos de limpieza? —

preguntó dando la vuelta ya junto a la puerta.

—Sí, claro, a unos cincuenta metros bajando la calle tiene la tienda de Sally, allí encontrará todo lo que necesita.

—Estupendo, muchas gracias. Lo espero a las cuatro, Junior. Ha sido un placer conocerlo, señor Broderick —se despidió saliendo de la tienda y topándose de nuevo con el calor sofocante de las calles de Brawnsville.

Una vez fuera, tuvo que entrecerrar los ojos hasta que se habituó otra vez a la luz del exterior. El sol brillaba radiante en lo más alto del cielo y la temperatura subía por momentos.

Comenzó a bajar con apremio la calle en la dirección que le había indicado el señor Broderick, rezando para que el establecimiento que le habían indicado estuviese equipado con aire acondicionado. No había previsto semejante subida de temperatura, y como el viaje lo había realizado cómodamente protegida del calor con la climatización del coche, se había vestido con ropa cómoda pero no lo suficientemente fresca; unos pantalones color camel de corte recto y un suéter de hilo fino con manga tres cuartos en crudo, zapatos de tacón y bolso en marrón.

Observó a las personas que se cruzaban con ella. La indumentaria generalizada en los hombres era de vaqueros y camisa o camiseta de manga corta; y en las mujeres, vestidos y pantalones en telas finas mucho más frescas que las que ella llevaba.

Empezó a arrepentirse de no haber cogido el coche aunque fuese un trayecto tan corto, se le hacía cada vez más dificultosa la respiración.

Podía ver el calor que emanaba del suelo. Apenas le quedaban unos metros para llegar hasta la puerta, ya podía ver el letrero de madera que pendía de la fachada. «Sally Monroe, comestibles y mucho más» era lo que podía leer en aquel cartel escrito en letra cursiva. Unas guirnaldas de flores pintadas en color violeta y verde encuadraban las letras, dándole un aspecto romántico y algo nostálgico. Le gustó.

De repente las flores del letrero comenzaron a moverse, a bailar lentamente por el filo del cartel, parecía que fueran a desbordarse y caer en la acera a sus pies. Después, comenzaron a danzar también las letras que se desdibujaban ante sus ojos como si se derritiesen, al igual que ella, por el calor. No conseguía mantener la mirada ni que todo dejase de girar, intentó encontrar un punto de apoyo con la mano derecha mientras su palma izquierda reposaba sobre la frente empapada de sudor, entonces, la tierra se abrió a sus pies y cayó.

Se sintió levitar, una campanilla tintineó en su mente y una bofetada de aire fresco le erizó la piel aún en plena oscuridad. A continuación murmullos y sonidos confusos, pasos que corrían de un lado a otro, caos; pero se sentía segura. Una masa cálida y firme la mantenía a salvo. El olor de un *aftershave* mezcla de sándalo y madera, se abrió paso en su mente inundándola de imágenes sensuales, gimió suavemente.

—¿Qué ha pasado? —escuchó en la lejanía que decía una mujer.

—Se ha desmayado en la calle —contestó una profunda voz masculina y con aquella voz la masa que la sostenía vibró bajo su cuerpo.

—¡Pobrecita! Le habrá dado un golpe de calor, estamos teniendo uno de los días más calurosos del verano —continuó la chica.

—A mí lo que me parece es que esta señorita de ciudad no parece haberse dado cuenta de que está en Texas, ¡mira cómo va vestida! —la criticó el hombre en tono despreciativo.

Intentó abrir los ojos ante semejante comentario, pero sus párpados parecían de acero inquebrantable.

—¿Dónde puedo dejarla? —prosiguió el hombre.

—¡Ay! Sí, perdona Caleb. Déjala en la mecedora, iré a por un paño mojado para ponérselo en la frente. —Oyó que decía la mujer mientras se alejaba.

Sintió cómo la depositaban sobre una superficie dura y no pudo evitar emitir una pequeña protesta. Aquel aroma turbador también se alejó de ella junto con la calidez del cuerpo que la había sujetado. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos nuevamente y la silueta de un hombre increíblemente grande inclinado sobre ella lo ocupó todo. Volvió a cerrar los ojos intentando incorporarse, pero entonces la voz femenina volvió para ponerle el paño húmedo en la frente.

—No se levante aún, será mejor que descanse un poco más, con esto se sentirá mejor —le dijo mientras le colocaba el paño.

—Yo tengo que marcharme, ¿te ocupas de ella? —dijo el hombre.

—Sí, no te preocupes, Caleb, yo la atiendo.

—Perfecto —contestó él.

Supo que se había marchado cuando volvió a escuchar las campanillas de la puerta.

—Voy a traerle un vaso con agua fresca, también le ayudará —se ofreció la mujer.

Allison aprovechó el momento para intentar incorporarse y abrir los ojos. Poco a poco las imágenes de la tienda comenzaron a tomar forma ante su mirada. Estaba sentada junto a un mostrador de madera oscura que parecía

muy antiguo, pero bien cuidado. Las estanterías en el mismo material, laminado, apoyaban sobre unas bonitas paredes color crema decoradas con las mismas flores que había visto en el letrero de la fachada. Era una tienda muy acogedora y puesta con evidente amor.

—¿Ya se sientes mejor? —le preguntó en aquel momento una mujer joven de cabello rubio por debajo de los hombros y enormes ojos azules que asomaban bajo un flequillo recto. Tenía un rostro amigable y dulce y en ese momento le ofrecía un vaso de cristal con agua.

—Sí, mucho mejor, gracias —contestó tomándolo y dando el primer sorbo. El agua bien fría resbaló por su garganta devolviéndole la vida. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que llevaba horas sin beber líquido. Aquello debía haber provocado su desmayo—. Gracias —repitió mientras se lo devolvía—. No sé lo que me ha pasado, imagino que el calor...

—Sí, es sofocante, apuesto a que podría hacer unos buenos huevos rancheros en el asfalto —comentó la mujer sin parar de sonreír mientras apoyaba ambas manos en las caderas.

Allison se la quedó mirando unos segundos sintiéndose incómoda con la situación. Había montado un buen numerito haciendo que tuviesen que recogerla del suelo. ¡Vaya forma de llegar al pueblo! Para colmo, el hombre que la había ayudado se había marchado sin que pudiera darle las gracias.

—Perdona, no me he presentado, soy Sally —le dijo la mujer.

—Yo soy Allison, encantada, y perdóname tú a mí por... el incidente.

—¡Oh! No te disculpes por eso, si no estás acostumbrada a este calor, es fácil que te pase, porque no eres de por aquí, ¿verdad? —le preguntó mientras se sentaba a su lado en un pequeño taburete.

—No, la verdad que no. ¿Tanto se me nota? —preguntó avergonzada. Las palabras del hombre que la había recogido seguían retumbando en su mente como un eco persistente.

—Un poco —dijo Sally encogiendo los hombros—. ¿De dónde vienes?

—De Chicago, acabo de llegar hace un par de horas.

—¡Vaya! Has hecho un largo viaje. ¿Tienes familia aquí? ¿Quieres que llame a alguien para que venga a recogerte? —se ofreció Sally levantándose de su asiento y yendo detrás del mostrador.

—¡Oh! No te preocupes, he venido sola, acabo de mudarme. El señor Broderick, de la ferretería, me ha dicho que aquí podría encontrar algunas cosas que necesito para instalarme.

—Por supuesto, yo te ayudaré. Sé lo difícil que puede ser llegar a un lugar

nuevo cuando no tienes a nadie. Yo me instalé en este pueblo hace algo más de cinco años, y también estaba sola, pero yo tuve suerte, conocí a Emma, la señora Thompson, ella fue mi ángel de la guarda.

Sally le contó algunas cosas mientras la invitaba a recorrer la tienda y juntas hacían una lista de las cosas que Allison necesitaba. La siguiente hora y media pasó volando. Sally no sólo le había vendido artículos de limpieza, higiene, alimentación, un espejo, utensilios de cocina, un par de juegos de toallas y sábanas, sino que también le facilitó una pequeña nevera que le enviaría a la casa junto con el resto de la compra, aquella misma tarde. Y durante aquel rato Sally amenizó las compras contándole algunas cosas de su vida: su llegada al pueblo estando embarazada y que su novio camionero la había dejado tirada en aquel pueblo con tan solo veinte años. Ella fue a comprarse algo para comer a aquella tienda con los únicos cinco dólares que llevaba encima. Sally conoció a la señora Thompson, una viuda de sesenta años que no había tenido hijos y poseía el establecimiento y la casa que se encontraba en la planta superior. Cuando la señora Thompson le preguntó que en qué la podía ayudar, Sally rompió a llorar. La mujer se apiadó de ella, la invitó a tomar un té y a contarle lo que le pasaba. Al escuchar su historia, le ofreció un trabajo y una habitación, se convirtió en su familia, su apoyo y su amiga. Cuando la señora Thompson falleció por culpa de un cáncer un año atrás, esta le dejó a Sally y a su hija la tienda y la casa, y allí había decidido quedarse para siempre. Era feliz en aquel pueblo en el que todo el mundo se conocía, aunque eso también le hubiese traído algunos problemas los primeros meses después de su llegada.

—Tuve algunos problemas con la «La liga de la moral» —le dijo Sally.

—¿La liga de la moral? —preguntó sorprendida—. ¿Qué es?

—Una agrupación de mujeres vinculadas a la parroquia que se cree con derecho a decidir lo que es moral y lo que no en este pueblo. Al ser madre soltera tuve algunos problemas con esas señoras que intentaron tacharme de inmoral y hacerme vacío en el pueblo, pero también hay personas buenas que no lo consintieron. En los momentos difíciles es cuando uno se da cuenta de con quién se puede contar y con quién no. ¿Sabes? Yo descubrí aquí a personas bellísimas que se convirtieron en amigas, en familia, como la señora Thompson o Caleb, el hombre que te ha recogido en la calle.

—Sí, no he podido agradecerle lo que ha hecho por mí... —Sus palabras fueron interrumpidas por el saludo alborotado de una preciosa niña rubia que entró como un torbellino en la tienda y se abrazó a Sally.

—¡Mami! ¡Tengo hambre! —declaró la recién llegada.

Sally se rió mientras daba un beso en la frente de su pequeña.

—Melania, esas no son formas. Saluda a nuestra nueva amiga, Allison.

—¡Hola! —dijo la niña medio escondida tras las piernas de su madre.

—Melania es un poco tímida al principio, pero luego se suelta y coge confianza —dijo Sally son una sonrisa amorosa hacía su hija.

—¿Sabes? A mí me pasa lo mismo.

Allison se agachó a su altura y le ofreció la mano.

—Encantada de conocerte. Tienes un nombre muy bonito.

—Gracias —dijo la pequeña saliendo un poco de su escondite mostrándole una sonrisa mellada que le convertía el rostro en la cara de un angelito travieso. Cogió su mano y la estrechó vigorosamente.

—¿Te quedas a comer con nosotras? —soltó aquella invitación de la manera más natural.

—¡Oh! No, ya he entretenido a tu mamá demasiado tiempo —se apresuró a decir, incorporándose.

—¡Menuda tontería! No me has entretenido en absoluto, y mi princesa ha tenido una gran idea. Acostumbro a hacer demasiada comida que luego tengo que tirar. ¿Te gusta el chili? Tengo una olla llena.

—No lo he probado.

—¡Dios mío! No puedes vivir en Texas y no catar un buen chili con carne. Te quedarás a comer con nosotras. No hay más que hablar, así podrás hablarme un poco sobre ti —le dijo Sally mientras cerraba la tienda y se dirigía a la puerta que comunicaba con la planta superior.

Sally era encantadora al igual que su preciosa hija. La trataron como si se conociesen de toda la vida, haciéndola sentir como en casa. Sally la puso al corriente sobre algunos detalles del pueblo, localizaciones y sitios donde podría encontrar materiales y mobiliario, y Allison le contó algunos detalles de su vida: el reciente fallecimiento de su marido, y que escribía novelas románticas de temática paranormal. También le relató cómo era vivir en Chicago, pero no se atrevió a explicarle los motivos que la habían llevado a tomar la decisión de mudarse allí, tan solo le dijo que necesitaba comenzar de cero. A ella le pareció razón más que suficiente y se alegró de que así fuese. No desconfiaba de ella, pero aún no se sentía preparada para hablar sobre el tema, ella misma no terminaba de creer los acontecimientos de las últimas semanas, y no sabía cómo explicar lo que sentía o se le pasaba por la cabeza

en aquellos momentos.

Estaba tan entretenida que cuando fue a darse cuenta, habían dado ya las tres y media.

—Voy a tener que marcharme, he quedado con el hijo del señor Broderick a las cuatro para que venga a ver los arreglos que hay que hacer en la casa — dijo levantándose de la mesa con pesar.

—Has hecho bien contratando a Junior, tiene unas manos increíbles trabajando la madera. El mostrador de la tienda me lo restauró él —apuntó Sally algo sonrojada mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Pues hizo un gran trabajo, me he fijado en él cuando estábamos abajo. Sally, muchas gracias por la comida y por todo, ha significado mucho para mí.

—No hay de qué, si necesitas alguna cosa más, ya sabes dónde encontrarme.

A punto estaba de salir por la puerta cuando algo le impidió continuar. Un dolor intenso atravesó su estómago y le provocó un escalofrío. Sabía lo que ocurriría a continuación y salió corriendo en dirección al baño. Sally, preocupada, la siguió, pero se mantuvo fuera para no incomodarla en un momento como aquel, cosa que agradeció. No tardó en ver cómo todo alimento que había metido en su cuerpo aquel día, se iba por la taza del retrete. El malestar le dejó el rostro pálido y perlado por un sudor frío que la hizo sentir enferma.

—¿Allison, te encuentras bien? ¿Puedo hacer algo por ti? Seguro que me he pasado con el picante y tú no estás acostumbrada a esta comida.

Avergonzada e intentando mantener la compostura, abrió la puerta del baño.

—No es la comida —comenzó a decirle a Sally que estaba evidentemente preocupada—, pero... ¿podrías hacer una última cosa por mí?

—Claro.

—¿Podrías recomendarme un ginecólogo?

CAPÍTULO 7

CUANDO CASEY entró en el comedor, donde su madre había dispuesto la cena, apenas había conseguido aplacar su estado de ánimo. Había pasado una hora intentando encontrar excusas que le permitiesen faltar, pero o no encontró o no quiso encontrar alguna. Después, pasó otra hora pensando qué iba a ponerse aquella noche, y otra más quitándose una y otra vez cada modelito que elegía y volviéndose a cambiar. Finalmente, se decidió por un sencillo vestido blanco sin mangas y largo por encima de las rodillas. Su madre iba a sentirse muy satisfecha al verla vestida así. A ella le gustaba que vistiera femenina, pero no tenía muchas oportunidades de hacerlo. Casey no salía por ahí con amigas ni amigos. Caleb la había mantenido siempre en una jaula de cristal, pensaba que el mundo era peligroso y que, como cabeza de familia, su misión era protegerla. Incluso la había mantenido alejada de la manada.

Cuando entró en el salón, no le extrañó que ya estuviesen todos allí. Su madre estaba terminando de colocar una bandeja sobre la mesa con mazorcas y patatas asadas, otras dos fuentes de ensalada que la presidían en ambos extremos, y una mayor en el centro mostraba un sabroso asado de cordero, el preferido del cumpleaños. Su hermano y Jake estaban sentados en los sillones de cuero frente a la ventana, enfrascados en una conversación tan interesante que no se dieron cuenta de que ella por fin había hecho acto de presencia. Fue su madre la primera en darse cuenta de que ella estaba allí.

—¡Oh, Casey! ¡Qué guapa estás! Deberías ponerte ese vestido más a menudo —le dijo sin dejar de sonreír, tal y como ella había previsto.

Caleb y Jake se giraron al escuchar el comentario. Las miradas de los dos hombres denotaban admiración, si bien aunque la de Caleb señalaba el evidente orgullo de hermano mayor, la de Jake, era una mezcla de asombro y evidente interés. No pudo evitar sonreír con satisfacción.

—¡Estas preciosa, Casey! —le dijo Caleb besándole la frente y sentándose al frente de la mesa en el lugar de la presidencia—. ¿A qué tengo una hermana preciosa, Jake? —le preguntó a su amigo y capataz.

Jake, que seguía mirándola sin parpadear, tosió de repente víctima de un conveniente ataque de tos.

—Mm..., sí, muy guapa —dijo en un tono apenas audible y desvió la mirada hacia los platos de la mesa.

Casey estaba contenta, feliz de haber conseguido que él la mirara con algo más que su burla habitual. La cena transcurrió con normalidad, al menos en apariencia. Para el resto fue una cena más en la que Caleb y Jake hablaban de distintos aspectos del rancho, hasta que su madre daba por finalizado el tema del trabajo y entonces comentaban los últimos acontecimientos que hubiesen sucedido en el pueblo.

Caleb contó que había tenido que recoger en la calle a una forastera que se había desmayado en la puerta de la tienda de Sally. Su madre se mostró preocupada por la mujer y después comentaron las altas temperaturas que estaban sufriendo esos días.

En definitiva, una cena como tantas otras, sólo que en ésta, a riesgo de que su actitud o comentarios demostrasen lo que sentía por Jake, ella se mantuvo más callada de lo normal, limitándose la mayor parte de las veces a asentir con la cabeza o contestar con monosílabos.

Su cambio de actitud no pareció evidente ni para su madre ni para su hermano, a Jake, sin embargo, lo pilló en varias ocasiones mirándola de manera interrogativa. Pero cuando ya pensaba que no podría mantener más la compostura y comenzó a revolverse en el asiento, su madre dijo que ella se marchaba ya para acostarse, estaba cansada, y Jake se levantó y anunció que él también lo hacía, pues había quedado con unos amigos.

Casey sabía con qué clase de amigos, más bien amiga, había quedado Jake, y le echó una mirada furibunda sin poderlo evitarlo. Aquella vuelta a su comportamiento habitual con él pareció divertirlo. Se despidió de todos, dio las gracias especialmente a su madre por la magnífica cena, y se marchó.

Casey subió corriendo los escalones hasta la planta superior donde se encontraba su dormitorio, cerró la puerta a su espalda. Una vez más le costaba respirar, fue hasta su cama y rompió a llorar. Estaba harta de todo, de aquel rancho, de aquella cárcel de cristal en la que la mantenían encerrada para protegerla, aún no sabía muy bien de qué.

Caleb siempre había sido protector con ella, pero especialmente después de la marcha de James. Echaba mucho de menos a su hermano, pero no quería pensar en eso. Prefería estar furiosa que volver a llorar, colérica por todo lo que le iba mal. Estaba cansada de su vida allí sin nada que hacer. Estaba harta de Jake, de mirarlo, buscarlo, soñar con él, de que le hiciera falta, de su desprecio, de lo que sentía por él.

Necesitaba salir de allí, se asfixiaba entre aquellas cuatro paredes. Comenzó a dar vueltas por la habitación como un perro atado con una cadena. Y se le

ocurrió algo.

Se paró frente a su armario, lo abrió y comenzó a sacar cajas del fondo, no sabía si la tenía aún, sólo se la había puesto una vez en el instituto para una función de teatro. Miró en las más altas, pero nada, en los cajones, y por fin al final del armario una caja forrada con papel de regalo color rojo llamó su atención. La sacó de allí y rompió las cintas que la mantenían cerrada con manos impacientes. Allí estaba, su peluca rubia platino de corte Cleopatra. Se colocó frente al espejo y se la probó. Le costó bastante esconder su larga melena negra dentro de ella, pero, una vez hecho, el efecto era bastante logrado. Sacó algunas prendas más, una minifalda vaquera, un top blanco, botas marrones, cinturón y sombrero a juego. Se miró en el espejo y la imagen que le devolvió este la dejó asombrada.

Aquella mujer no se parecía en nada a ella. Era muy difícil reconocerla bajo el flequillo y el sombrero. La peluca rubia le daba un aspecto más dulce y desenfadado y la ropa, más provocativa de la que solía utilizar, un toque excitante.

Le gustó el conjunto, una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios y supo que estaba lista para hacer una locura.

Las piernas no le respondían. Sabía que corría deprisa porque su entorno mutaba a gran velocidad, sin embargo, sentía los músculos entumecidos. Quería ir más rápido, mucho más rápido. Lo necesitaba o no podría salvarla. Miró al bebé que sostenía entre sus brazos, semitapado por una suave mantita de un tono lavanda muy similar al de un amanecer temprano. Parecía dormir plácidamente en sus brazos, ajena al peligro que las acechaba. Miró hacia atrás con la esperanza de que la distancia que las separaba de los monstruos que las perseguían no hubiese menguado. Pero comprobó con pavor que estaban mucho más próximos. Estaban apenas a unos metros de ser capturadas, y la angustia colapsó su garganta con un grito terrorífico. Su bebé abrió los ojos y los suyos se inundaron ante el pánico de perderla. Una lengua densa y sombría avanzaba a su espalda, helada y cortante, haciéndose paso entre los árboles a gran velocidad. Sus pies se elevaban sobre la hierba ligeramente húmeda en un intento por eludir el creciente peligro, pero se vieron atrapados por la lengua. Un llanto desgarrador quebrantó la noche.

Allison no podía respirar. Se incorporó en la cama sobresaltada, buscando

al bebé que lloraba hacía un momento. Pero, naturalmente, no lo encontró. Apenas unos tenues rayos de luna atravesaban la ventana, eran suficientes para poder apreciar los contornos del mobiliario de su nueva habitación.

Había sido una pesadilla.

Aunque muy real, había sentido cada uno de los movimientos de su cuerpo, el miedo, el pavor, la ansiedad, y el infinito amor hacia su bebé. Posó una mano sobre la tripa que aún no había efectuado cambio alguno, y la acarició sobre la camiseta de los Chicago White Sox, tres tallas más grandes que la suya, y que le encanta usar para dormir.

¡Había sido horrible! Jamás había sentido tanto miedo. Pero tampoco antes había tenido algo tan importante que temiese perder. Nunca imaginó que James desaparecería de su vida así de repente, pero le había dejado el mejor regalo que podía desear, un bebé. Alguien a quien cuidar, amar y proteger que le recordaría día a día el amor tan inmenso que había sentido por su marido. James estaría con ella para siempre, tal vez en los ojos de su hijo, en su pelo o en su arrebatadora sonrisa... ¡Había tantas cosas que deseaba que heredara de él!

El recuerdo del sueño tan realistamente vivido hacía unos minutos la clavó a la cama. Había leído que durante el embarazo era normal tener miedos infundados, procedentes de la inseguridad que provocaba en las mujeres el nuevo estado, sobre todo al ser primeriza y no saber lo que le podía esperar. Pero había imaginado que, de sufrirlos, serían más por temer algún contratiempo con el embarazo, problemas médicos que pudiesen afectar al bebé. No imaginó que temería que se lo robasen, que le quitaran a su pequeño tesoro.

Dobló las rodillas introduciéndolas en la camiseta y abrazándose fuertemente a ellas. «¡Nadie me quitará a mi bebé! Solo ha sido un sueño», se repitió una y otra vez. Uno terrible que no volvería a aparecer.

Había llegado a Brawnville para dar a su hijo la oportunidad de crecer en una gran familia que le diese todo el amor que ella no había tenido. Por supuesto, sola habría sido capaz de dar ese amor y seguridad a su bebé, pero no quería privarlo de una auténtica familia, con tíos, primos, abuelos..., Todo lo que ella había añorado. Él o ella, se merecían todo lo que le pudiese dar, y se lo conseguiría.

CAPITULO 8

TREINTA minutos más tarde, Casey se encontraba frente a uno de los bares más populares y frecuentados por los vaqueros a las afueras del pueblo. En el estacionamiento, una treintena de coches y algunas motos se encontraban aparcadas de forma irregular. Una pareja salió del local, abrazada y besándose en el momento en el que se acercaba a la puerta, y la música, el bullicio y una nube de humo se escapó rápidamente del interior. Respiró profundamente un par de veces y se estiró la escueta falda antes de entrar.

Sostuvo la pesada puerta de madera y entró en el local abarrotado de gente.

A la derecha, en el escenario, un grupo de country tocaba una versión bastante buena de *All night long* de Montgomery Gentry. En la pista, un abundante grupo de gente se movía al compás de la música. A la izquierda, unos vaqueros jugaban al billar y otros, sentados en las mesas, bebían cervezas de las botellas y tonteaban con las camareras vestidas con pantalones cortos vaqueros y camisetas blancas de manga corta. Frente a ella, la barra. Era el camino más corto y el más lógico al entrar en un bar, por lo que decidió dirigir sus pasos en aquella dirección.

Durante el trayecto se fijó un poco más en el local. No destacaba por nada en absoluto. En madera, decoración texana. Una hilera de herraduras colgaba sobre la barra, detrás de esta, un espejo que reflejaba un buen montón de jarras y vasos de whisky, algunas botellas y una antigua caja registradora con repujados en plata, todo de lo más típico. Estaba casi llegando cuando un brazo le rodeo la cintura atrayéndola hacia un vaquero de pelo ensortijado y camisa de cuadros.

—¿Te has perdido, rubia? Quédate con nosotros y seguro que te divertirás —le dijo el vaquero mientras deslizaba su mano hasta posarse en su trasero.

Casey dio un respingo e intentó apartarse de aquel tipo que apestaba a whisky barato y sudor.

—¡Suélteme! —le ordenó, pero él hizo oídos sordos y la apretó un poco más.

—No te hagas la estrecha, gatita, muchas de las mujeres de aquí estarían deseando tener tu suerte ahora mismo. A J.J. nadie le dice que no —le dijo mostrándole una sonrisa socarrona que le heló la sangre en las venas—. Dame un beso, guapa —continuó él aproximando su cara a la de ella que intentaba

escapar de él.

Casey estaba asqueada, quería soltarse del abrazo de aquel animal, que se acercaba cada vez más, no sabía cómo iba a salir de esa situación en la que se había metido ella solita. Caleb tenía razón al no dejarla salir de casa. ¿En qué estaba pensando? Si no estuviesen en público, podría dar una paliza a aquel tipo sin ningún problema. Lo agarraría, elevaría por el aire y lo empotraría contra la barra, y después, lo descuartizaría sin más. Si seguía insistiendo, ella misma le arrancaría los brazos, pero en aquellas circunstancias no podía hacer mucho, o revelaría su naturaleza más animal. Se removió en los brazos de aquel tipo y cuanto más lo hacía más divertido parecía él con la situación. Entonces, notó que él cedió en la presión, le miró el rostro y vio su expresión compungida de dolor. Estaba segura de no haber ejercido la fuerza suficiente para ser descubierta, por lo que no entendió la reacción del tipo hasta que escuchó una voz a su espalda.

—¿Qué haces tocando a mi chica, J.J.?

Casey se giró pálida como el papel. No sabía qué era peor, que aquel vaquero se estuviese propasando con ella y no supiese cómo salir de la situación o que Jake la pillara en aquella posición tan humillante, disfrazada y aparentemente desvalida. Jake mantenía retorcido el brazo del vaquero que se quejaba entre palabrotas.

—Jake, tío, deja a J.J. No sabía que esta chica estaba contigo —comenzó a decirle uno de los vaqueros que acompañaba al tal J.J. y que segundos antes se reía con la escena.

Jake le echó una mirada furiosa, y el vaquero dio un paso atrás, atemorizado.

—¡Discúlpate con ella! —ordenó dirigiéndose de nuevo a J.J. ejerciendo un poco más de fuerza.

—Lo... lo siento —dijo este casi sin voz.

—Lo siento, señorita, es lo que debes decir ¿Es que no te enseñó tu pobre madre a tratar con las mujeres, pedazo de carne?

—Perdón, lo siento, señorita —repitió el chico con esfuerzo.

—Está bien, vete antes de que me arrepienta y piense que necesitas un castigo mayor —le aconsejó Jake soltándolo.

Casey vio como el vaquero se marchaba a prisa rodeado por su amigos y salían del bar.

—Gracias —dijo Casey avergonzada bajando la mirada. Ahora se sentía ridícula con la peluca y aquella ropa, Jake iba a estar burlándose de ella de por vida, no iba a ser capaz de soportarlo.

—No hay de qué, señorita —le dijo él con una pequeña inclinación—. Es nueva por aquí, ¿verdad? No la había visto antes.

Casey no podía creer lo que estaba oyendo, miró a Jake a los ojos dispuesta a decirle por dónde se podía meter sus burlas, pero se quedó de piedra al descubrir que lo único que podía advertir en ellos era interés. ¿Era posible que no la reconociese? Se veían cada día en el rancho desde hacía cinco años, ¿Cómo era posible que no supiese que era ella? Vio que él seguía esperando una respuesta.

—¿Por qué no dejas que te invite a una cerveza y me lo cuentas?

Casey estuvo tentada de marcharse en aquel momento, coger la puerta y salir corriendo de allí antes de que él la descubriese, que no lo hubiese hecho aún, no significaba que hablando un poco más con él no lo hiciera. Pero la parte de ella que la había llevado a cometer la tontería de salir disfrazada aquella noche de casa la retuvo invitándola a vivir algo mucho más tentador, un rato con Jake en el que la tratase como a una mujer. Su rostro mostró una gran sonrisa cuando aceptó la invitación y siguió a Jake hasta la barra. Al llegar, este se sentó en un taburete alto y le ofreció el de al lado, ella lo rechazó y quedó entre las piernas de él por las apreturas de la barra, atestada de gente pidiendo sus copas.

—¿Qué quieres tomar, preciosa? —le preguntó con una de sus sonrisas encantadoras.

—Una cerveza está bien —le dijo ella, y Jake se la pidió a una camarera que los miró frunciendo el ceño. Al parecer, a la pelirroja de camiseta ajustada que les sirvió, no le hacía gracia que Jake estuviese con ella, pero a Casey le daba igual, ese era su momento.

Jake le dio la bebida y ella dio un sorbo directamente de la botella mientras él le preguntaba:

—Y entonces, ¿qué hace una chica como tú en un sitio como este? —sonrió en tono seductor.

Casey, ante una frase tan trillada estuvo a punto de atragantarse de la risa, pero tuvo que contenerse para no estropear el momento.

—He venido a pasar unos días —dijo con tono evasivo y dio otro sorbo a la cerveza. No le gustaba mucho, pero prefería tener la boca ocupada y no meter la pata.

—Pues quizás quieras que alguien te enseñe lo que hay por aquí antes de que te vayas...

Él hablaba y ella lo miraba bien de cerca, era como estar en el cielo, pensó

Casey que lo tenía tan próximo que se atrevió a apoyar una mano sobre uno de los muslos de él.

Alguien se acercó a la barra a su espalda y la empujó contra él. Jake la rodeó con el brazo y la mantuvo sujeta para que no cayese. Casey apoyó las manos sobre su pecho para frenar la caída y ambos se miraron a los ojos.

No supo cómo empezó todo, tampoco si de haberlo previsto habría hecho algo para evitarlo, probablemente no, pero sus labios se rozaron en una suave caricia que le electrizó la espalda hasta el cuero cabelludo. Sin separarse, se miraron a los ojos unos segundos y entonces él apoyó una mano en su espalda y la apretó contra él volviéndola a besar, esta vez con más intensidad.

Casey acarició su pecho, sintiéndolo duro bajo las palmas de sus manos, él le acariciaba los labios con la lengua haciendo que se mareara. Su corazón comenzó a latir frenético, sentía la palpitación en su garganta, quería más. Introdujo la lengua en su boca, no era una gran experta en besos, pero se dejó guiar por la necesidad tanto tiempo guardaba que tenía de él. Lo exploró ávidamente, lo saboreó, aquella mezcla de deseo, el sabor de la cerveza en su boca se convertía en el más dulce de los néctares. Embriaga de él, rodeó su cuello con los brazos y se apretó contra su cuerpo, que gimió con el mismo deseo que sentía ella. Jake la deseaba, era un sueño hecho realidad, Jake la deseaba y lo tenía todo para ella... Le faltaba el aire y separó levemente su boca de la de él para tomar oxígeno, sus frentes seguían en contacto, aun compartían el aliento.

—Espera un momento, preciosa, vas a hacer que me revienten los pantalones —le dijo él levantándose con voz ronca.

Casey miró la parte de su cuerpo a la que él hacía referencia, y lo vio excitado apretado contra el pantalón. Una sonrisa de puro placer apareció en su rostro, sonrojado y encendido.

—Voy un momento al baño, después, si te parece, nos marcharemos de aquí a otro sitio donde podamos estar más tranquilos. ¿Quieres? —le preguntó besándole las palmas de las manos con ternura.

Ella no pudo menos que sonreír y asentir con la cabeza, aún no era capaz de articular palabra.

Casey lo vio alejarse en dirección a los baños sin que pudiese borrarse la sonrisa de sus labios. ¡Había besado a Jake! ¡Lo había besado y había sido increíble! Le gustaba y lo deseaba, quería más y él le había insinuado que lo habría.

Se dio cuenta entonces de que el hecho de que estuviesen en un lugar

tranquilo implicaba no sólo intimidad, él podría descubrirla si las cosas se ponían más calientes, podría darse cuenta de que llevaba una peluca...

Sería su fin.

No podía dejar que él la descubriese. El miedo se apoderó de ella por completo, Jake saldría del baño en unos minutos y querría llevársela de allí. Tenía que marcharse ya, antes de que volviese.

Cogió una servilleta y escribió un simple «gracias por la cerveza, y los besos», la dejó bajo su botellín y se marchó.

CAPITULO 9

ESTABA sufriendo en primera persona una combustión espontánea. Era imposible poder sobrevivir a un calor semejante a menos que se fuese un cactus, un armadillo, una serpiente o cualquier tipo de bicho que se atreviese a salir con aquel calor sofocante.

El aire acondicionado de su *Jaguar* había decidido fallarle en el momento menos oportuno, justo cuando decidió salir del pueblo, aquella mañana, en busca de una tienda cercana en la que vendían muebles de madera artesanales según le había asegurado Junior.

No le quedaban muchas cosas por comprar, casi todo estaba ya encargado en establecimientos de Brawnville, pero no había encontrado una pieza que ansiaba desde que era niña, una mecedora. Siempre había imaginado que cuando fuese madre, acunaría a su bebé mientras lo mecía en una.

Le habían dicho que la tienda en cuestión estaba a unos quince kilómetros. El pueblo en el que se situaba se llamaba OakLeaf y para llegar a él tan sólo debía coger un par de desvíos que estaban bien indicados. Pero sin aire acondicionado y con unas temperaturas próximas a los cuarenta grados, aquellos aparentemente pocos kilómetros se estaban convirtiendo en una auténtica tortura.

Se daba cuenta en ese momento de que quizá se hubiese precipitado un poco en salir a la búsqueda de la mecedora. Faltaban muchos meses para que naciese el bebé. Bien podría haber esperado a un momento mejor, pero esa mañana, atrapada en la barahúnda de las reformas que comenzaron dos semanas atrás, pensó que ocuparse de la mecedora le daba la excusa perfecta para huir de allí por unas horas. Tanto Junior como José y Toni, trabajaban bien y rápido, pero eran extremadamente ruidosos, sobre todo los primos.

Al día siguiente de haber contratado a Junior, este apareció en casa para trabajar acompañado por sus dos primos. La primera impresión sobre los dos chicos fue un poco chocante. Eran bajitos, ninguno de los dos la superaban a ella en altura. De tez muy morena, ojos enormes y muy oscuros que miraban de forma risueña. Parecían buenos chicos, y Junior le había asegurado que eran muy trabajadores. Pero estuvo segura de que el grosor del esfuerzo físico recaería sobre Junior que los superaba en casi dos palmos de altura.

Esa fue su primera impresión. Y como pudo comprobar era errónea. Dos

días después comenzaron a llegar los nuevos muebles y materiales para la reforma de la casa. Cuando vio llegar el enorme camión a la puerta de su casa, esta se le antojó muy pequeña, y se preguntó dónde iba a meter todo. Lo siguiente en cuestionarse fue cómo iban, aquellos tres chicos, a ser capaces de vaciarlo ellos solos. No tardó en descubrir que había caído en un groso error.

José y Toni cargaban el mobiliario como si fuesen de juguete. No sólo los transportaban hacia la casa, sino que lo hacían sin esfuerzo aparente. Ni una gota de sudor vio derramarse por sus frentes. Quedó muy impresionada. Lo hacían tan bien, que Junior se limitó a ir organizando dónde iba cada pieza que descargaban. Estaba claro que él era la cabeza pensante y los otros dos, la fuerza bruta.

Otra cosa que descubrió de los hermanos era que se portaban como niños. Todo el día gastándose bromas, pasaban el día riendo y jugueteando entre ellos. En más de una ocasión los sorprendió retozando como dos cachorros que juegan a pelear. Pero siempre acababan en risas.

Sólo había un problema, eran muy ruidosos. Entre las risas y bromas de los chicos, los martillazos, los golpes, y el ruido de las herramientas eléctricas era insoportable permanecer en la casa. No podía hacer gran cosa allí ni siquiera trabajar en su último libro. Iba a visitar a Sally con frecuencia y hacía compras, pero ni tenía tanto que comprar ya, ni podía pasarse el día entreteniéndola a Sally en su tienda, así que buscaba frenética la forma de ocupar su tiempo para no volverse loca.

Esa necesidad de escapar de casa había sido la que la había empujado a salir aquella mañana, pero ahora mismo el ruido le parecía solo música celestial.

Estaba a punto de desistir cuando divisó, a unos cien metros de distancia, una construcción de madera en varias alturas, grande y decorada con macetas rebosantes de plantas y flores de diversos colores. En el porche, varios percheros mostraban alfombras indias artesanales y, un poco más lejos, una exposición de cacharros de cocina de latón y barro, muebles de madera y estatuas de escayola y piedra. Un batiburrillo de cosas que no tenían nada que ver las unas con las otras. En definitiva, un mercadillo. Unos minutos más tarde, ya había elegido su deseada mecedora. En su vehículo no había espacio suficiente para llevarla, y la tienda no disponía de servicio de transporte, por lo que no le quedó más remedio que ser ingeniosa e inventar la forma de cargarla sobre el coche. Pidió que la envolviesen en mantas gruesas y la atasen sobre el techo. Pasaron las cuerdas para sujetarlas por el interior dando

vueltas e intentando inmovilizarla para que no se moviese durante la conducción. Y, mientras un par de chicos de la tienda realizaban esta tarea, ella se dio una vuelta por la exposición desierta de visitantes por si encontraba alguna pieza más de su interés.

De todas las que encontró, una llamó especialmente su atención, escondida esta entre algunas estatuas de dioses griegos, mujeres y hombres envueltos en togas, de rostros y cuerpos de perfectas proporciones que representaban escenas de alguna celebración campestre. Levantaban sus copas al cielo, riendo y bailando. Al pasear entre las figuras se sintió una intrusa en una fiesta a la que no había sido invitada, sin embargo, continuó con paso decidido hacia la pieza que se apoderó de su interés. Cuando llegó hasta la fuente, algo la impulsó a acariciar su superficie con ambas manos y, al hacerlo, una corriente eléctrica la dejó pegada a ella.

Los dedos agarrotados se aferraron a los bordes de la fuente redonda en cobre y pie de piedra, todo decorado con labrados antiguos. Mientras intentaba entender qué impedía que se separase de la fuente, el brillo del sol, que iluminaba los filos del cuenco donde se depositaba el agua, comenzó a moverse haciendo espirales en un movimiento hipnótico que atrapó su mirada. Esa primera luz hacía su recorrido bajando en círculos hasta el centro de la fuente, otras más iban saliendo del filo siguiendo la elipse de la anterior. La intensidad de las luces al encontrarse en el fondo de la fuente la cegó unos segundos. Quiso cerrar los ojos para protegerlos, ya que seguía con las manos pegadas al metal, pero fue imposible, lo que le permitió ver cómo, del fondo de la fuente sin orificios ni desagües, comenzaba a emerger el agua más pura y cristalina que hubiese visto en la vida. En ella bailaban las luces que momentos antes habían caído en su interior. Estaba embelesada, absorta en la danza cuando todo se oscureció. Se quedó aterrorizada al ver su imagen cambiante en el agua de la fuente. Sus iris se dilataron hasta cubrir de negro los globos oculares, dando una apariencia fantasmal a su rostro pálido y de mirada perdida.

Entonces, su reflejo desapareció del agua y se vio transportada a una escena ligeramente familiar para ella; una mujer de pelo largo, rojo y ondulado hasta la cintura llevaba un vestido por encima de las rodillas, desgarrado por algunas zonas que dejaban al desnudo algunas partes de su cuerpo. Corría descalza sobre la hierba con un bebé en los brazos, envuelto con un ligero arrullo color lavanda. En ese momento miraba hacia atrás con rostro aterrado comprobando si sus perseguidores estaban más cerca. Aquel movimiento le

enredaba algunos mechones alrededor del rostro, lo que le impidió vérselo con claridad. Apresuró el paso y sus pies iban tan deprisa que parecía despegarlos del suelo y caminar sobre el aire frío de la noche. El bebé se revolvió un poco entre sus brazos, comenzando a gorjear, y ella le susurró dulcemente. Las palabras salieron de sus labios como los sonidos de una flauta, parecía cantarle más que hablar al bebé. «Sólo un poco más mi vida», le dijo en alguna lengua extraña para ella que, sin embargo, consiguió descifrar a pesar de no haberla escuchado jamás. La pequeña entre sus brazos se calmó al instante y le mostró una diminuta sonrisa. La visión regresó a la madre que volvió a mirar a su espalda y comprobó con terror que sus perseguidores habían ganado terreno. La seguían ahora a pocos metros. Vestidos de negro y encapuchados, era incapaz de ver los rostros de aquellos hombres. Pero el hedor que emanaban la obligó a arrugar la nariz, y las náuseas ascendieron por su estómago y esófago hasta llenar su boca y sus fosas nasales. «Ya hemos llegado», dijo la mujer y apretó al bebé contra su pecho. La vio correr hacia un árbol enorme, su tronco, inmenso como una pared, franqueaba el camino impidiéndole el paso. Cuando lo creía todo perdido para las dos, vio cómo escalaba el tronco con la facilidad de un mono hasta la parte superior. Sus captores se arremolinaron abajo, mirando hacia arriba, fue cuando vio sus rostros desfigurados: cicatrices de quemaduras y unos ojos color púrpura. Sus capas negras movidas por la brisa de la noche transformaban la base del árbol en un mar de oscuridad. Y entonces la mujer saltó de la copa hasta el suelo. Allison soltó un grito agudo, aterrorizada ante la idea de que fuesen atrapadas. Pero, antes de caer al suelo, ambas desaparecieron.

CAPÍTULO 10

NO encontraba sentido a lo que había ocurrido en el mercadillo. En su mente, desorientada y confusa, daban vueltas y más vueltas las imágenes de lo sucedido sin encontrar una explicación. Cuando por fin consiguió apartarse de la fuente, salió despavorida de la exposición y de la tienda. Tras balbucear algunas palabras y abonar el importe de la mecedora, tomó el camino de regreso con su coche, ahora ataviado con una mecedora envuelta en mantas decoradas con girasoles de colores. Una imagen de lo más variopinta y excéntrica. Pero lo que menos importaba en aquel momento era lo que la gente pudiese pensar de ella. Ni siquiera era capaz de ver la carretera que se desdibujaba por el calor ante sus ojos. Sólo conseguía revivir una y otra vez la escena en la que la había sumergido la fuente.

¿Qué había pasado? ¿Por qué había vuelto a soñar con aquella mujer? Ahora sabía que no se trataba de ella, que no era ella la que corría para proteger a su bebé, aunque en sus sueños lo había dudado por las similitudes que había entre ambas; la complexión, el cabello rojizo, el color de la piel... Pero ahora estaba segura de que aquella mujer y ella, no eran la misma persona. Lo había distinguido con claridad al no estar en esta ocasión soñando como lo había hecho en la anterior. Estaba muy despierta cuando aquellas imágenes penetraron en su mente, invadiéndola, poseyéndola y haciéndola vivir la experiencia más angustiada de su vida. Había sentido el miedo de aquella mujer como suyo. La angustia y desesperación por proteger a su hija. El horror que la atenazaba ante la posibilidad de que esta fuese capturada por aquellas horribles criaturas. ¿Por qué querrían aquellos seres abominables apoderarse de la pequeña?

En otras ocasiones había imaginado de forma muy real aspectos, datos y características de seres fantásticos que venían a su mente invadiéndola de imágenes que más tarde utilizaba para las novelas. Lo llamaba «olas creativas». No sabía de dónde salían y cómo se formaban, pero eran parte de su proceso creativo. Eran tan inherentes e innatas en ella que jamás se las había cuestionado. Cada escritor tenía sus procesos y ese era el suyo. Pero lo que acababa de vivir distaba mucho de las denominadas «olas creativas».

Su mente había sido violada. Pensaba en sus cosas, no buscaba ideas. Lo que había imaginado ni siquiera tenía que ver con la trama de su última novela,

basada en una *dhampira*. La escena, porque había sido como ver una parte de una película, y sentirla de alguna manera como una espectadora contagiada por los sentimientos vividos por la protagonista, su realismo e intensidad, había sido mucho más que empatizar con la angustia de la mujer que, por alguna extraña razón, había descubierto que le resultaba familiar, aunque no conseguía ubicarla en sus recuerdos. Sí, esa escena la poseyó como si su mente solamente se tratase de una vasija que había que llenar con aquella historia. Un mero objeto, un elemento catalizador, pero, ¿con qué fin?

No tuvo tiempo de buscar una respuesta a la pregunta, porque en ese momento un lobo grande con el pelaje gris brillante se cruzó en su camino. Sin pensarlo dos veces, giró el volante con brusquedad para evitar aplastar al animal. Mala decisión. El coche perdió el control derrapando sobre el asfalto caliente y lleno de tierra. Se vio contra el sentido de la carretera y, a continuación, una explosión en el lado del copiloto le advirtió que acababa de reventar una rueda. Intentó detener el coche que seguía dando vueltas y que finalmente acabó fuera de la vía en la cuneta lleno de polvo que entraba por las ventanas y le llenaba los ojos, pelo y boca de tierra. Estaba segura de que podría sacárselo hasta del interior de las orejas. No veía nada. Pensó en salir del coche, pero imaginó que el lobo que acaba de ver seguiría muy cerca y cambió de opinión. ¿Qué demonios hacía un lobo en aquella carretera? La nube de polvo tardó unos segundos en disiparse dejándole una imagen desoladora. La carretera completamente vacía a su izquierda, en medio de la nada, cuatro matorrales amarillentos salpicaban el paisaje desierto bajo aquel calor de justicia. Y ni rastro del lobo. Aquello por lo menos era tranquilizador, aunque no imaginaba a dónde podría haber ido o haberse guarnecido aquel enorme animal. ¿Estaría teniendo visiones? ¿Se habría vuelto loca? ¿Y si había imaginado aquel lobo como minutos antes lo había hecho con las imágenes de la fuente?

Fuese lo que fuese lo que le estaba ocurriendo tenía que salir de allí. El sol seguía subiendo. Cogió la botella de agua que se llevó de casa aquella mañana. Había caído entre los asientos durante el accidente. La abrió y se la acercó a la boca seca de haber masticado tierra. ¡Qué asco! Escupió. El agua estaba tan caliente como una sopa. Tan sólo sirvió para enjuagársela y limpiarse el rostro. Buscó su teléfono móvil que encontró también en el suelo del coche entre algunas revistas y catálogos de muestras que había usado los últimos días para la reforma de la casa. Decidida a evaluar de cerca los daños y viendo que ni siquiera aquel lobo solitario había querido hacerle compañía,

salió del coche dispuesta a encontrar solución a aquella situación horrible.

Efectivamente, había reventado una rueda. Suspiró con desgana. La mecánica era otra de sus asignaturas pendientes. Jamás había cambiado una, cosa que la avergonzaba de alguna manera por convertirla en aquel momento en una mujer patética y desvalida en problemas en medio de la nada. Sabía que su maletero estaba provisto de una de repuesto y un gato, pero no tenía idea de cómo usarlos ni qué pasos dar para sustituir aquella dichosa rueda. La única salida estaba en localizar ayuda que la sacase de allí. Pensó en a quién podía llamar y finalmente se decantó por Junior. Buscó en la agenda del teléfono y marcó el número con la esperanza de que oyese la llamada en medio de la marabunta que debían estar montando sus primos, pero ni siquiera dio señal. Miró el teléfono, enfadada y estupefacta. ¿Cómo era posible que en unos tiempos como aquellos, de satélites, microchips y alta tecnología, el maldito móvil no tuviese cobertura? Estaba perdida en medio de la nada, bajo un sol de justicia; intentó imaginar cuánto tardaría alguien en echarla de menos en el pueblo antes de salir a buscarla. Días, semanas tal vez. La perspectiva de pasar horas allí en aquellas condiciones estaba haciéndola delirar.

Caleb estaba furioso. Había salido del pueblo para visitar a un amigo ganadero con el que tenía algunos negocios pendientes, cuando vio a Casey corriendo junto a la carretera. No lo había podido creer al verla. Sabía que su hermana era una irresponsable, pero no había imaginado que tanto. Transformarse y mostrarse a plena luz del día era lo más estúpido que la había visto hacer jamás. Y no sólo se ponía en riesgo a ella misma, también a la familia y a la manada. Cuando diese con ella sería duramente reprendida por ello. Si tenía que encerrarla en el rancho para evitar que lo repitiera, lo haría.

Miraba a un lado y a otro de la carretera para ver dónde se había metido cuando algo llamó su atención. En la cuneta de la vía había un lujoso Jaguar con una mecedora en el techo. ¡Dios mío! ¡Qué le quedaba por ver! Y al irse acercando, la escena iba tornándose cada vez más cómica. Habían envuelto el techo con telas floreadas que caían por los laterales del coche, y una bonita pelirroja realizaba algún tipo de danza extraña con el brazo en alto buscando cobertura con el móvil. Era una escena graciosa hasta que se dio cuenta de que ya había visto a la chica en cuestión. Era la forastera que unos días antes se había desmayado frente a la puerta de la tienda de Sally. Según parecía, aquella señorita de ciudad no sabía hacer otra cosa más que meterse en dificultades, pues era evidente que tenía algún tipo de problema con el coche.

¡Maldita sea! No podía perder el tiempo en volver a rescatar a la damisela en apuros. Tenía cosas más importantes que hacer como buscar a Casey y ocuparse de que su hermana dejase de hacer estupideces. Los comportamientos de su hermana eran muy peligrosos. Él era el jefe de la manada, era responsabilidad suya mantenerlos a salvo, y Casey lo sabía. Que fuese ella precisamente la que fuese contra las leyes era algo serio y tenía que ponerle freno cuanto antes. Cosa que no podría hacer de tener que detenerse para ayudar a aquella señorita problemática. Casey era rápida, muy rápida. Tenía que encontrar su rastro y seguirla hasta dar con ella. Estaba a punto de pasar de largo sin parar cuando la pelirroja le dedicó una mirada de súplica. Clavó el pie en el pedal de freno de inmediato, haciendo detener el coche frente al de ella. Maldijo entre dientes a aquella mujer inoportuna, pero aun así bajó del coche intentando contener su humor de perros.

—¡Gracias a Dios que ha pasado por aquí! —le dijo la mujer agradecida—. Se me ha reventado una rueda y este calor me está matando...

—Está usted en Texas, señorita, ¿qué esperaba, una suave brisa primaveral? —preguntó él dirigiéndose directamente al maletero de ella. Vio que lo miraba atónita sin hacer movimiento alguno—. ¿Piensa abrirlo o también tengo que hacerlo yo?

—¡Oh! Disculpe —se apresuró ella a contestar, abrió el coche, cogió las llaves y accionó el botón de apertura del maletero—. Siento estar entreteniéndole, de veras. Me siento estúpida, pero no he cambiado una rueda jamás y no tengo idea de cómo hacerlo. —Quiso justificarse ella.

—Imagino que sí. —Se limitó a contestar él entre dientes.

—¿El que no haya cambiado una rueda? Es evidente, ¿verdad? —preguntó ella con gesto inocente.

—No, me refería al hecho de sentirse estúpida. Cambiar una rueda no es para tanto, como tampoco hace falta ninguna carrera para saber cómo vestirse por aquí para no desmayarse —volvió a escupirle él dedicándose a la tarea de cambiar la rueda sin mirarla.

Allison se quedó perpleja ante aquel comentario. Entonces hizo más hincapié en fijarse en aquel hombre. Era muy alto, aproximadamente metro noventa, de inmensas espaldas, cabello oscuro a la altura de los hombros y tez morena. De facciones exóticas, tenía un aspecto firme y peligroso. Su mirada era dura e inflexible y estaba evidentemente molesto con ella por tener que ayudarla en aquel momento, aunque al parecer ya se habían encontrado con anterioridad por el comentario que hacía sobre su desmayo. Y al pasar por su

lado en dirección a la rueda lo supo. El olor de su *aftershave*, mezcla de sándalo y madera, inundó sus sentidos y no tuvo duda de quién era aquel hombre. Él la había recogido en la calle el día que se desmayó frente a la tienda de Sally. Entonces no había tenido la oportunidad de agradecerle su gesto y ahora le debía dos favores. Recordó las sensaciones que le había provocado aquel *aftershave* y el contacto del cuerpo duro y firme sujetándola y no pudo evitar sonrojarse. Ahora entendía por qué. Aquel hombre poseía un atractivo verdaderamente imponente. No sabía si alguna vez en su vida habría sonreído, pero de ser así su rostro debía transfigurarse en un hombre de una belleza brutal.

Se parecía a los personajes masculinos que imaginaba para sus novelas: fuertes, peligrosos y excitantes. Lo que no imaginaba era semejante hostilidad. Era evidente que ella lo importunaba. Nada más lejos de su intención que solo se sentía agradecida por aquella ayuda. Pero como no sabía cómo solucionar la situación sin meter aún más la pata con aquel hombre que parecía molesto con su sola presencia, prefirió echarse a un lado y no molestar.

Lo vio coger las herramientas y cambiar la rueda de forma diligente. Apenas le llevó unos minutos hacer un trabajo que a ella le habría costado horas, si hubiese sabido hacerlo, claro, por lo que se sentía muy agradecida y tenía la necesidad de hacerle llegar esa gratitud al terminar.

—Ha sido usted muy amable. ¿Cómo puedo agradecerle su ayuda?

No obtuvo respuesta.

—Créame que siento haberle entretenido —insistió—. Si no se me hubiese cruzado ese maldito lobo...

—¿Cómo? —le preguntó él en tono seco mientras se levantaba y se acercaba ella rápidamente. Aquel comentario sí pareció interesar al hombre que ni siquiera la había mirado mientras ella hacía intentos por hablar con él.

—Bueno... Que me dio un susto de muerte... No esperaba ver un lobo en mitad de la carretera y di un volantazo perdiendo el control del coche... Si no llega a aparecer ust...

—¿Le ha pasado algo al lobo? —le preguntó él sin dejarla terminar mientras comenzaba a mirar a un lado y a otro de la carretera pasando por su costado e ignorándola nuevamente.

A Allison, la actitud de aquel hombre, ya comenzaba a crisparla. No podía entender lo molesto que parecía con ella, su hostilidad y mal humor. Pero que él pareciese más preocupado por aquel lobo que la había sacado de la carretera que por ella ya fue el colmo.

—¡No, a ese maldito lobo no le ha pasado nada! ¡Lo esquivé! Fue él el que se cruzó en mi camino, no al revés, pero mi intención no era hacerle daño. Me vi fuera de la carretera por evitarlo y él desapareció. ¡Puede quedarse usted tranquilo! Y ahora... De veras que le agradezco su ayuda. Así que si puedo compensarle de alguna manera... Si le parece le extenderé un cheque.

Atónito, Caleb dejó de buscar a su hermana en las inmediaciones y lentamente se giró para echar un vistazo a la mujer. No podía creer lo que estaba oyendo. Ella quería extenderle un cheque por cambiarle la maldita rueda. No se había equivocado con ella. La gente de ciudad pensaba que todo se solucionaba con dinero y esa señorita no era una excepción. De no saber que había sido Casey la responsable de que se saliese de la carretera, habría estado tentado de volver a cambiarle la rueda por la reventada.

—Déjelo estar —fue la escueta respuesta que le dedicó él mientras pasaba por su lado para devolver las herramientas al maletero del *Jaguar*.

—Insisto. Es evidente que le he importunado sobremanera en las dos ocasiones que me he cruzado en su camino, y me sentiría más a gusto conmigo misma si no estuviese en deuda. De manera que dígame, ¿cómo puedo compensarle por las molestias que le he ocasionado? —le dijo ella siguiéndolo hasta la parte trasera del coche, talón de cheques y bolígrafo en mano.

Caleb la observó acercarse con los malditos cheques. Quería terminar con todo eso cuanto antes y más después de saber que Casey no podía estar muy lejos.

—¡Lo que puede hacer, señora, es no volver a cruzarse en mi camino! —le espetó escupiéndole las palabras y, dando la conversación por concluida, comenzó a dirigirse a su *Jeep*.

Allison se quedó con la boca abierta. Tenía mucho que agradecer a aquel hombre, pero de ninguna manera creía ser merecedora de aquel trato horrible. Lo vio pasar por su lado volviendo a ignorarla y comenzar a marcharse. Quizá la actitud más acertada habría sido la de dejarlo pasar, pero ella de ninguna manera estaba dispuesta a ceder de aquella manera.

—¿Cómo ha dicho usted? —le dijo ella elevando la voz, lo que provocó que se detuviese y se girase a mirarla. Pero antes de que él le contestase ella pensaba decirle un par de cosas—. ¡Yo no le pedí que se detuviese! Evidentemente, se lo agradezco. Pero en ningún caso creo ser merecedora de este trato hostil y salvaje que me está dando.

—¿Salvaje?—le dijo él con la mirada encendida. Y sin pensárselo dos

veces comenzó a caminar hacia ella con paso enérgico.

—Sí, salvaje he dicho. Debería aprender modales. Solo trataba de agradecerle su ayuda y ha sido usted grosero, maleducado... —A aquella altura de su discurso él ya estaba frente a ella mirándola amenazadoramente, pero no pensaba amedrentarse— ...Y salvaje.

¡Salvaje! Aquella molesta mujer podía haberlo llamado muchas cosas, y ante cualquiera de ellas él no se habría inmutado en absoluto, pero salvaje... Desde niño había tenido que escuchar insultos como ese de personas del pueblo que se referían a él como tal haciendo alusión a sus orígenes indios. Estaba harto de comentarios como aquel de gente como ella. La observó mirarlo con la barbilla levantada, orgullosa y altiva. Sus ojos, de un verde impactante, le dedicaban una mirada desafiante, algo a lo que él no estaba acostumbrado. Tanto fuera como dentro de la manada, él era un hombre respetado y temido; bien por su posición, bien por su aspecto físico. Nadie se había atrevido a provocarlo desde hacía muchos años. Pero aquella mujercita sí pensaba que podía hacerlo. Creía que podía llegar con su chequera y darle clases de modales. Evidentemente ella no sabía con quién estaba tratando, pero pronto lo averiguaría.

La primera intención de Caleb fue soltarle un discursito a esa señorita que pretendía darle lecciones. Tenía un montón de cosas que decirle a la molesta mujer, pero entonces la vio morderse ligeramente el labio inferior mientras esperaba nerviosa a que él le dijese algo. Aquella actitud momentáneamente insegura lo llevó a hacer algo de lo que estaba seguro que se arrepentiría después.

CAPÍTULO 11

Allison sintió el cuerpo de aquel enorme hombre atraparla contra el capó del coche. No tuvo tiempo a reaccionar cuando sus labios, firmes y exigentes, se apoderaron de su boca. La sorpresa había hecho que ella abriese los suyos, lo que le permitió a él hacer una incursión aún mayor y se apropió de la cavidad introduciendo la lengua y saboreando cada recóndito espacio del interior. Una descarga se apoderó de ella como si estuviese unida a él por una fuerza invisible que le impedía moverse o reaccionar. Se limitó a sentir, a apreciar como cada célula de su cuerpo reaccionaba de manera desesperada ante el contacto de aquel hombre, despertando de un infinito letargo que le había impedido percibir nada remotamente parecido. El sabor de su boca, de su lengua, fue apoderándose de cada una de sus papilas como un néctar exquisitamente adictivo. Se vio envenenada por aquel beso como si partículas invisibles entrasen en un torrente a su cuerpo a través de su boca llegando hasta su sangre y haciendo que esta hirviese despertando hasta el último espacio de su ser que reaccionaba con desesperación.

Él la elevó rodeándola con un solo brazo y la depositó sobre el capó del coche. Su respiración era acelerada y entrecortada. Su cuerpo duro se dejó caer sobre ella lo suficiente para que notase el poder que emanaba; fuerte e inmenso, perturbador y sobrecogedor. De manera súbita, él abandonó sus labios, haciendo que las células del cuerpo de Allison protestasen desesperadas, pero no se apartó del todo. Apoyó la frente en la suya y respiró profundamente contra su boca, intentando recomponerse. Allison lo sintió temblar ligeramente sobre ella. No se atrevía a moverse, tampoco sabía si quería hacerlo. Jamás había sentido nada igual, de hecho, nunca pensó que alguien pudiese sentirse así. Se vio a sí misma agitarse bajo el cuerpo del hombre y al hacerlo él levantó ligeramente el rostro para observarla con una mezcla de sorpresa y confusión. Allison se quedó pegada a aquella mirada. Los ojos de él habían cambiado de color. Estaba segura de que momentos antes sus iris eran de un marrón chocolate que en nada se parecían al color ambarino salpicado de motas doradas que la analizaba en aquel momento.

—Tus ojos... —dijo apenas en un susurro y levantó la mano, fascinada, con la intención de acariciar su rostro, pero entonces él se apartó de ella con brusquedad, masculló algunas palabras de manera ininteligible y se alejó

dirigiéndose a su coche. En un minuto lo vio subir a su vehículo, arrancar el motor y marcharse dejando tras él una nube de polvo y tierra. Allison se quedó por largos minutos allí quieta, consternada y confusa. Temblando y viva por primera vez en toda su existencia.

Caleb comenzó a conducir preguntándose, aturdido, qué acababa de suceder. Su último pensamiento consciente había sido el de querer besarla. Más que el deseo de hacerlo, se había impuesto a su voluntad el afán de castigarla, de que ella se arrepintiese de sus palabras. Pero entonces algo mayor se apoderó de él aplastando cualquier tipo de pensamiento racional que hubiese en su cabeza; se dejó arrastrar por una fuerza, una necesidad mayor que él mismo. Cualquier atisbo de cordura desapareció ante la urgencia de estar con ella. Había sido mucho más que desear a aquella mujer. Era como si cada célula de su cuerpo hubiese esperado toda una vida para encontrarse con ella, con su sabor, con su tacto bajo las yemas de los dedos, con el ritmo desenfrenado de su corazón, el sonido de su sangre corriendo como un torbellino por sus venas. La había sentido vibrar bajo su cuerpo. Su contacto había sido lo más abrumador que había sentido jamás, y aquello no podía estar bien. Era la primera vez en su vida que perdía el control, había dejado que su cuerpo tomase el dominio sin escuchar a su mente. Su parte animal había despertado como en una sacudida, habiendo estado incluso a punto de mostrarse ante ella con su naturaleza salvaje. ¿Qué le había pasado? El día que la vio por primera vez cayendo al suelo frente a la tienda de Sally, había ido corriendo a su encuentro para sostenerla. Su contacto fue perturbador para él hasta el punto de tardar unos segundos en reaccionar y empujar la puerta del establecimiento para depositarla en una de las sillas que esta tenía a disposición de los clientes en su local. La había visto exquisitamente bella en sus brazos; su piel era pálida y cremosa, y su cabello, llamas de fuego que encuadraban un rostro perfecto de pestañas infinitas y labios llenos y jugosos. No había visto a una mujer tan hermosa jamás. Después se fijó en su ropa y dedujo que no era de allí. Debía ser una forastera que venía de la ciudad. Una de tantas que visitaban el pueblo unos días y se marchaban sin dejar huella de su paso. Lo había turbado tanto que al momento se sintió molesto por haber tenido que rescatarla. Y ahora aquello. No podía describir con palabras lo que ella le acababa de hacer sentir. Tampoco la necesidad animal, que se le había quedado grabada a fuego, de poseerla por completo, de hacerla suya.

Todo eso no podía estar pasándole. Él era el jefe de la manada, no un

cachorro inexperto e inseguro. Tenía personas a su cargo que dependían de su cordura, de su buen juicio, de su frialdad. En ese momento un pelaje gris y brillante llamó su atención a uno de los lados de la carretera. Tocó el claxon y su hermana se detuvo en seco. Paró el vehículo junto a ella y abrió la puerta del copiloto sin bajar del coche.

—¡Sube! —le ordenó con furia.

Casey se limitó a bajar la cabeza y obedecer con un sollozo.

Allison, finalmente, consiguió despertar de su turbación y entró en el coche. Aquel había sido el día más extraño de su vida. La visión en la fuente, el lobo y el beso de aquel hombre... Se sintió sobrepasada por las sensaciones que la embargaban. ¿Qué había pasado con su vida? Desde que James muriera, hacía varias semanas, todo se había vuelto patas arriba. Su vida, sus sueños y hasta ella misma. No podía reconocerse en la mujer que se había dejado besar por aquel desconocido. No solo había permitido que la besara, había deseado que continuase haciéndolo y sintió su separación como una pérdida irreparable. ¿Qué le estaba pasando? Posó sus manos sobre el vientre intentando aferrarse a lo único que le impedía dejarse llevar por la locura: su bebé.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos de manera descontrolada, desconsolada. Se sentía perdida y abrumada. Echó de menos en aquel momento tener junto a ella a Jane. Su amiga habría sabido qué decirle, claro que Jane habría alucinado ante su relato de todo lo ocurrido durante el día. De hecho, de contárselo, estaba segura de que aparecería allí tomando el primer vuelo disponible y la sacaría del pueblo antes de que diese tiempo a pestañear. Por esa razón, ante el temor de que intentase algo semejante, aún no le había confesado su embarazo.

Arrancó el motor deseando llegar a casa y refugiarse en la soledad de su dormitorio, donde esperaba encontrar algo de cordura a todo lo ocurrido. Debía encontrar una explicación racional ante los hechos que estaban vapuleando su vida. En el caso del beso con aquel extraño solo podía tratarse de una cosa: las hormonas. Había leído que las mujeres embarazadas pasaban por cambios hormonales tan brutales que a muchas les cambiaba el carácter incluso durante los meses de embarazo. Eso debía ser lo que le había pasado, ni más ni menos. No quiso pensar más en el tema pues hacerlo suponía revivir en su mente los sentimientos y sensaciones que se habían apoderado de ella bajo el contacto de aquel hombre. Se dedicó a divagar entonces sobre las visiones. El sonido de su teléfono móvil la rescató de sus pensamientos

incoherentes. Miró el aparato junto a ella y lo tomó del asiento del copiloto, advirtiéndole el temblor de su pulso.

—¿Diga? —preguntó con voz trémula, fracasando en su intento de sonar natural.

—¿Allison? —la llamó la voz de Sally impregnada de preocupación—. ¿Dónde estás? Llevo más de media hora en la puerta de tu casa, esperándote, te llamaba pero me daba que tenías el teléfono apagado.

—Sí, me quedé sin cobertura y después pinché una rueda y... —no sabía cómo explicar el resto y continuó obviando el encuentro con aquel hombre—, bueno, que ya estoy de camino para allá. ¿Puedes esperarme o quieres que vaya a verte yo cuando llegue? —le preguntó.

Sally pareció sopesar su respuesta durante unos segundos y después contestó:

—Te espero aquí mejor. Junior me ha ofrecido una limonada, se la aceptaré.

—Bien, pues ahora nos vemos.

—Hasta ahora —le dijo Sally despidiéndose.

El resto del camino lo realizó sumida en un torbellino de emociones, a cada cuál más disparatada. Cuando llegó hasta su nueva casa, apenas había conseguido mitigar el temblor de su cuerpo. Detuvo el coche frente a la puerta y entró en la casa encontrando a Sally en la cocina, tal y como le había dicho, tomando una limonada con Junior. Sally reía con el relato de una de las historias de Junior sobre sus primos. El rostro de su nueva amiga parecía haber rejuvenecido unos años allí relajada y disfrutando del momento. En cuanto la vio se levantó como un resorte de la silla y se dirigió a ella con las mejillas coloradas como si la hubiese pillado haciendo algo indebido.

—¡Ya estás aquí! Me tenías preocupada —le dijo Sally.

—Yo me voy, os dejo solas —dijo Junior al verla—. Sally, me ha encantado hablar contigo —dijo el chico con una sonrisa casi tímida y salió de la cocina rápidamente.

Sally se lo quedó mirando mientras salía, una sonrisa se paseó por sus labios y enseguida volvió a dirigirle su atención a Allison.

—Tranquila, estoy bien —dijo intentando aparentar normalidad.

—Pues tienes mala cara —aseguró Sally posando una mano en su frente como una madre—, estás pálida. ¿Cuánto hace que no tomas líquidos? Ven, siéntate —le ordenó y fue a sacar un vaso para servirle a ella también una limonada fresca.

Allison lo aceptó y comenzó a beber con apremio.

—Te sentará bien. Tienes que beber muchos líquidos en tu estado, Alli, debes cuidarte —le aconsejó su amiga con sincera preocupación.

—Lo hago, de veras. Hoy ha sido un día de locura, pero te prometo que lo hago.

—Bien, eso está bien. Aun así, creo que necesitas salir más, pero con amigas. Nada de volver a hacer excursiones tú solita.

—Sí, mamá —fue la escueta respuesta de Allison sacándole la lengua.

Sally le dedicó una mirada de “muy graciosa” y prosiguió.

—En fin, que se me ha ocurrido que te vendría bien una reunión de amigas. Yo quedo cada semana con las chicas en la peluquería de Barbie. Les he hablado de ti y están todas deseando conocerte. Así que esperaba que me acompañases en la próxima.

—Sally, no sé... —quiso excusarse ella. No se encontraba muy bien, so sabía si estaba preparada para conocer gente nueva.

—Sí sabes —insistió Sally. Somos un grupo pequeño, solo cuatro o cinco, depende del día, y además de aprovechar la cita para ponernos guapas, también hablamos sobre cine, libros, música y las últimas historias del pueblo. Estoy segura de que te sentará estupendamente tener una distracción. No puedes vivir aquí y quedarte aislada del mundo encerrada en casa.

Allison reconoció que tenía razón, si había algo de lo que estuviese necesitada en aquel momento era de una distracción. No debía permitir que su decisión de permanecer en el pueblo se viese quebrada por ningún misterioso hombre, sus cambios hormonales o delirios sufridos por el acuciante calor.

—Está bien —concedió finalmente.

—Perfecto. ¡Vamos a darle emoción a tu vida en este pueblo! —le dijo Sally entusiasmada.

Allison pensó que no sabía si sería capaz de soportar más emoción.

CAPÍTULO 12

CASEY vio a su hermano dejarse caer en uno de los grandes sillones del salón. Ella, a sus pies, sentada en el suelo, esperaba nerviosa que él le dijese el castigo que pensaba imponerle por la imprudencia de aquel día. Estaba hecha un manojo de nervios y no dejaba de frotarse las manos en un gesto nervioso contra las perneras de sus pantalones vaqueros. Sabía que su hermano estaba furioso, hasta el punto de no haberle dirigido la palabra en todo el camino de regreso al rancho. La mandó a su cuarto cuando llegaron para que se transformara y vistiera, pero nada más. Al bajar al salón donde él la esperaba lo había encontrado con los brazos cruzados frente a la ventana y con la mirada perdida. Ella no quiso aventurarse a pronunciar palabra, pensando que en cualquier momento estallaría su ira, pero él se había dejado caer en el sillón y, aunque la tenía frente a sus ojos, parecía no verla.

Los siguientes minutos se hicieron eternos aguardando que algún sonido saliese de sus labios. Sabía que había cometido una imprudencia, aún más, había ido contra sus órdenes directas de no transformarse en pleno día y vagar por lugares por los que pudiese ser vista. Y no era la primera vez que lo hacía. Cada vez que discutía con Jake o se sentía frustrada ante su vida, su desazón, su ansiedad ante un futuro incierto, sentía la necesidad de huir de allí y marcharse. Sin pensarlo dos veces, se veía transformada y corriendo como si aquello le permitiese huir de sus propios pensamientos y sentimientos. Pero no podía decir todo aquello a su hermano. Frente a él no tenía excusa para su comportamiento y era merecedora del peor de los castigos, de hecho, el suyo debía ser un castigo ejemplar que dejase claro en la manada que ningún tipo de desobediencia sería permitida bajo su mando.

Entonces Caleb le dirigió la mirada, su intensidad hizo que diera un respingo en el suelo como si con ella hubiese recibido también una bofetada.

—Tal vez debas marcharte unos meses —fueron sus primeras palabras, y Casey sintió que se le detenía el corazón en el pecho—. Hace meses me pediste que te dejase hacer aquel curso de doma en Colorado. Creo que es el momento de que lo hagas. —Terminó en un tono desprovisto de cualquier emoción. Eso sí hizo que a Casey se le erizase la piel. Habría preferido un millón de veces que Caleb le mostrase su furia. Además, no entendía por qué quería él que se marchase en ese momento.

Casey había pasado meses intentando convencer a su hermano para que la dejase realizar aquel curso. Meses en los que sus discusiones fueron cada vez más frecuentes y en las que él no había cedido ni un centímetro de su posición. Le había dejado claro que jamás la dejaría marchar a Colorado ella sola y realizar ese curso que le llevaría un par de meses en los que estaría lejos de casa y de su protección. Después se enteraron de la muerte de James, y Casey dejó de insistir. No creyó oportuno alterar aún más a su hermano y dejar a su madre en un momento como aquel. Aunque había deseado marcharse, huir de allí más que nada en el mundo, había desistido sabiendo que jamás lo conseguiría. Y ahora, cuando por fin había logrado estar cerca de Jake, aunque fuese con un absurdo disfraz, aunque tuviese que dejar de ser ella, había probado lo que era perderse en sus besos. Había hecho realidad su sueño de sentirse acariciada por él, deseada por él, ser el objeto de su atención. Y entonces Caleb quería mandarla fuera.

—Caleb... yo... siento lo que he hecho hoy, de veras. No sé explicarte lo que me pasa últimamente, pero a veces es como si no fuera yo...

Caleb la miró directamente a los ojos al escuchar sus palabras, pero lejos de encontrar en ellos la furia esperada tan solo mostraba curiosidad y asombro. No pronunció palabra y ella prosiguió:

—De veras que siento mucho haber cometido esta imprudencia y acataré cualquier castigo que me impongas, pero, por favor, no me mandes lejos. No quiero marcharme en este momento.

Caleb le devolvió una mirada perdida, atormentada quizás, y levantándose salió del salón sin decir nada.

Casey se quedó sentada en el suelo. Se abrazó las rodillas y rompió a llorar consciente de la decepción de su hermano. Minutos más tarde, decidió ir a montar y meditar sobre lo que él le había dicho y con paso firme se dirigió a los establos. Allí, como si el dueño de sus pensamientos no pudiese hacer otra cosa más que atormentarla, vio a Jake enfrascado en otra de sus melosas conversaciones con alguna fresca del pueblo. ¡No lo podía creer! La había besado a ella hacía unas noches, pero era evidente que para él no había sido suficiente. Había tardado apenas unos pocos días en borrar el sabor de sus besos con otra mujer. La furia volvió a apoderarse de ella. Estaba cansada de aquella esclavitud emocional, de verse atrapada por el deseo que la consumía por él, por su influjo, por buscar sus miradas. Su vida estaba cayendo en un pozo por culpa de aquel hombre que no tenía pensamiento más que para su bragueta. Se encaminó hacia él sin pensarlo dos veces. Jake la sintió a su

espalda y giró sobre sus talones sin esperar lo que vino a continuación. Sin mediar palabra, Casey le soltó un bofetón que casi lo tira de espaldas contra el heno del establo. Él la miró con ojos desorbitados, confuso y sorprendido, pero ella no pensaba darle una explicación. La vio subir con agilidad en su caballo y salir al galope con el rostro lleno de lágrimas.

Jake se quedó allí, incrédulo, sorprendido y, sobre todo, preocupado al ver el estado en el que ella se había marchado. Habían discutido muchas veces, cientos, miles, y en cada una Casey le había mostrado aquel carácter suyo fiero y salvaje. Su fuerza, su energía devastadora, pero jamás lo había agredido de aquella manera. Tampoco antes la había visto llorar. Apremiar su rostro cubierto por las lágrimas había sido más impactante aún que aquel bofetón que seguía haciendo latir su mejilla y que seguro le dejaba un buen cardenal. No sabía qué había hecho él para provocarla y merecer aquella reacción. Cuando ella entró en el establo, él mantenía una conversación con Mandy, la florista del pueblo, le estaba encargando un ramo para Pony para agradecerle la cena por su cumpleaños, y sin venir a cuento Casey lo había abofeteado. Debería estar furioso, querer estrangularla, mejor, esperar a que ella regresase y obligarla a disculparse por sus actos, aunque para ello tuviese que ponerla sobre sus rodillas y darle un par de cachetadas en el trasero como reprimenda. No consentiría que lo tratase de aquella manera. La princesita del rancho iba a enterarse de quién era él y de las consecuencias que tenía aquel trato vejatorio.

No tenía nada mejor que hacer que esperarla pacientemente, tarde o temprano, ella aparecería y sería el momento de hacerle pagar. Se sentó sobre un barril vacío que tenía a la puerta del establo y apoyó la espalda aguardando su regreso. Pero, cuatro horas más tarde, Casey seguía sin dar señales de vida.

Durante la primera hora de espera su enfado había ido en aumento, alimentado de los recuerdos de las discusiones vividas en los últimos meses entre los dos. En la segunda comenzó a preguntarse cuánto tardaría en regresar, Casey no solía tomar paseos de más de una hora, pero a partir de la tercera la preocupación superó cualquier atisbo de ira que sintiese anteriormente. Sus ansias de venganza fueron sustituidas por el temor de que le hubiese sucedido algo. Casey era una experta amazona, pero su temperamento podía llevarla a cometer errores. La tarde regalaba los últimos rayos de luz en el horizonte, pronto sería noche cerrada y ella seguía ahí fuera en algún lugar. La imaginó tirada en el suelo tras sufrir una caída, y el corazón se le detuvo por unos segundos. No podía esperar más. Sacó su caballo del establo y estaba a punto

de montar, cuando vio en la lejanía a Tornado que regresaba con paso lento. Pero no veía a Casey. El temor atenazó su pecho dolorosamente, y entonces apreció el bulto del cuerpo que se desplomaba sobre el lomo del caballo. Su melena negra caía en una cascada. Fue corriendo hasta ella llamándola a gritos, pero no se incorporó. Sintió cómo se le iba la vida con cada paso que daba a su encuentro, si algo le pasaba a aquella tozuda e insufrible mujer, su vida se vería rota para siempre.

Llegó a su altura y detuvo al caballo. Lo sujetó por las riendas mientras se acercaba hasta Casey que seguía tirada sobre el lomo. La tomó en sus brazos y la sintió caer flácida sobre ellos. Su cuerpo emanaba calor. La depositó en el suelo con cuidado, colocando la cabeza sobre sus piernas y le apartó el cabello de la cara. Acercó su rostro a la boca de la chica con la intención de averiguar si respiraba, de encontrar el latido de su corazón. El aliento cálido de Casey le acarició la mejilla y lo sintió como la más dulce de las caricias sobre su piel. Estaba feliz. Ella estaba viva, estaba bien. Revisó su cuerpo buscando heridas superficiales, contusiones, pero no encontró nada. Tan solo había perdido el sentido sobre el caballo. Nada que no pudiesen solucionar unas horas de descanso y bastante líquido. La volvió a tomar en brazos y la llevó por el lateral de la casa hasta el interior. Subió la escalera de servicio y cargó hasta su dormitorio, esperando no cruzarse con nadie. Por suerte, así fue y en unos minutos la depositaba sobre la mullida colcha de su cama. Casey se removió ligeramente y suspiró. Su rostro estaba relajado como jamás había conseguido verla. Su belleza salvaje se tornaba dulce y conmovedora, desprovista de toda aquella altanería con la que lo obsequiaba una y otra vez. La vio entreabrir los labios y fijó la vista en ellos. Llenos, sensuales, dibujados perfectamente con la palabra provocación. Y no pudo evitar inclinarse sobre ella y rozarlos con los suyos. La suavidad de su boca lo emborrachó en un segundo. La vio respirar con profundidad alterando el ritmo de su pecho que subía y bajaba en un ritmo excitante. Deseaba a aquella mujer, la anhelaba como jamás había hecho con otra, y tenía que hacer lo más doloroso que había hecho jamás, apartarse de ella. Se incorporó perezosamente y se alejó un par de pasos de la cama. La observó bella, perfecta, indomable, inalcanzable... Se giró sobre sus talones para dirigirse hacia la puerta y entonces vio algo, sobre una silla, junto a la pared. Se acercó lentamente sin poder creer lo que tenía ante sus ojos. La acarició dejando que se resbalasen entre sus dedos los cabellos dorados de la peluca rubia que descansaba encima del mueble. Miró a Casey que seguía dormida en la cama,

y una sonrisa se dibujó en sus labios.

CAPITULO 13

A ALLISON le costó horrores abrir los ojos esa mañana. Los últimos cuatro días, desde las inquietantes visiones y el encuentro con el desconocido, no había pegado ojo. Su estado de nervios había ido en aumento hasta creer que se volvería loca. No sabía ya qué pensar. Necesitaba relajarse y descansar. Tampoco había podido escribir ni concentrarse en ninguna actividad, pero por fin había dormido. Cerró los ojos bien entrada la madrugada, pero cayó en un profundo sueño. No recordaba nada de lo soñado y era estupendo. Las noches anteriores, si su mente agotada se permitía caer en el sopor, imágenes de la visión de la fuente, el lobo y el hombre que la besó se alternaban en su mente haciendo que se despertase abruptamente con el corazón acelerado, la respiración quebrada y empapada en sudor. Pero esa noche no, porque el sueño la arropó dejando que su mente descansase por unas horas. A las nueve de la mañana, sin embargo, ya estaba en pie. Tenía que abrir a Junior y sus primos que aquel día lo dedicarían a restaurar el salón. La cocina y el baño de la planta superior, ya estaban terminados. También la pintura de las habitaciones y el columpio del jardín. Estaba muy satisfecha con el trabajo y con los cambios que poco a poco se efectuaban en su casa. Cada día le era más fácil imaginarse allí una nueva vida con su hijo. Estaba tomando un cacao en la cocina, divagando sobre las cosas que aún quedaban por arreglar, cuando llamaron a la puerta. Se acercó a ella con la taza en las manos y la abrió.

—¡Hola guapa! —dijo Sally entrando con una sonrisa—. ¿Aún no estás lista?

—¿Lista para qué? —quiso saber Allison invitándola a seguirla hasta la cocina.

—¡Para la peluquería! ¿No recuerdas que íbamos esta mañana? Te lo dije hace días.

Sally se sentó frente a ella y la miró con curiosidad. Su amiga no parecía tener buena cara. Se conocían desde hacía pocas semanas, pero ya habían mantenido unas cuantas conversaciones profundas. Se habían contado las cosas que les habían marcado en la vida, sus miedos más profundos y pasiones más arraigadas. Y eso había dado cimientos fuertes a su relación. En aquellas semanas había conocido a una mujer muy sensible, pero al mismo tiempo fuerte y decidida, con una energía arrolladora. Sabía que estaba pasando por

un momento difícil, bastante complicado y duro que muchas otras mujeres no sabrían cómo afrontar, pero ella lo estaba haciendo estupendamente. Sally recordaba con mucha claridad cómo habían sido aquellos primeros tiempos en el pueblo, sola y embarazada, y no pensaba dejar que Allison se sintiese de la misma manera, estaba decidida a que se adaptase, encontrase su lugar en aquel pueblo y forjase una vida feliz para ella y su pequeño.

—Lo siento, la verdad es que se me había olvidado por completo. Han sido días... un poco extraños. No conseguía dormir, estaba agotada...

—Sé por lo que estás pasando, no es fácil —le dijo Sally.

Allison miró a su nueva amiga y sonrió. Sally intentaba cuidarla y ponerse en su lugar. Sabía que en todo momento estaba haciendo referencias a su embarazo, pero ella no tenía idea de las cosas extrañas que pasaban en su vida últimamente. A pesar de ello, contestó:

—Sé que me entiendes. Muchas gracias por estar aquí intentando hacerme la adaptación más sencilla.

—No hay de qué —le dijo ella devolviéndole la sonrisa—. Por eso tienes que hacerme caso y venir conmigo a conocer a las chicas. Te encantarán.

Allison lo pensó unos segundos dudando mientras terminaba su cacao. Una parte de ella, perezosa y aún cansada, solo pensaba en quedarse en la cama, pero la otra, la que la había llevado a cruzar el país para afincarse en aquel pueblo, estaba a punto de darle una patada en el trasero para mandarla con Sally. Sabía que tenía razón, que tenía que hacer amistades en el pueblo y conocer gente. También sabía que de quedarse en casa ni conseguiría trabajar ni dormir por el ruido, de manera que decidió que ya era hora de empezar con su nueva vida. Aquel día conocería a las amigas de Sally y el siguiente paso sería presentarse a la familia de James.

—De acuerdo —aceptó finalmente—. Dame cinco minutos, me visto y estoy aquí en seguida —le dijo mientras dejaba la taza en el fregadero y salía de la cocina con energías renovadas por haber tomado una decisión.

Cuando entraron en el salón de belleza de Barbie, tras escuchar la campanilla que colgaba de la puerta, Allison solo pudo entrecerrar los ojos. Jamás había visto tanto rosa chicle junto; paredes, techo, tapicería de los sillones, e incluso la pequeña alfombra que daba la bienvenida era de este color. Para su sorpresa, sin embargo, la dueña del salón iba por completo vestida de negro. Nada más entrar por la puerta una rubia de pelo cardado, perfecto maquillaje y cintura de avispa las saludó efusivamente y se dirigió

hasta ellas con grandes aspavientos.

—¿Así que no eres una invención de nuestra pequeña Sally? —le dijo la mujer que rondaba los cuarenta años. La tomó por las manos y la inspeccionó de arriba abajo unos segundos, después se acercó más a ella y le depositó un beso en cada mejilla, pero sin llegar a tocarla.

—Me temo que no, soy de carne y hueso —contestó Allison con una sonrisa.

—Pues, bienvenida, nos encanta tenerte aquí con nosotras, una loca más para el grupo —dijo Barbie invitándola a adentrarse en el salón—. Este pueblo no tiene mucho que ofrecer, creo que para alguien que ha vivido en una gran ciudad como tú, puede llegar a ser aburrido. Somos pocos y nos entretenemos como podemos —añadió la mujer con una mueca.

—A mí me gusta este pueblo —comentó una chica joven desde uno de los sillones a la espera de ser atendida. Asiática, joven, con el cabello largo, liso y negro recogido en dos trenzas que le caían a los lados. Tenía un rostro dulce y una mirada apacible.

—Allison, esta es Annie, la maestra de Melania —las presentó Sally.

—Encantada de conocerte, Annie.

—El gusto es mío —contestó ella con una tímida sonrisa.

—Annie, tú eres rara —siguió hablando Barbie—, te pasas la vida encerrada en casa y tu idea de plan para un sábado por la noche es un libro. Bueno, no es que tengan nada de malo los libros —añadió la rubia dirigiéndose a Allison—, ya nos ha dicho Sally que eres una gran escritora, pero si yo tuviese su edad... —dijo señalando a la chica y moviendo el peine que tenía en la mano en el aire como si fuera una varita—, utilizaría este cuerpo divino para pescar a un buen chico.

—¡Barbie! —protestó Annie.

—También puedes buscar uno malo, si son los que te van, malotes y peligrosos. El problema es que no te hemos visto con ninguno, ni bueno ni malo.

—Mis gustos... No son asunto tuyo —se defendió la chica que la miró ceñuda—. Además, no entiendo por qué te metes siempre conmigo. ¡Sally tampoco ha tenido una cita en años!

—Ey, ey, ey, a mí no me metáis en esto. Yo tengo bastante con la tienda y criar de una niña como para malgastar mis energías en conocer a algún hombre —dijo Sally sentándose en una silla y cogiendo una revista.

Allison se acomodó junto a ella para disfrutar tranquilamente de la animada conversación de las tres mujeres.

—Sí, sois igual de aburridas las dos. ¿Si no salís con hombres, cómo vamos a tener conversaciones interesantes? —preguntó Barbie mientras hacía un gesto a Annie para que se sentase en el sillón frente a ella. Annie obedeció resoplando y se cruzó de brazos esperando que Barbie comenzase a peinarla.

—Ahora que tenemos a Allison aquí, podríamos abrir por fin el club de lectura —dijo cambiando el gesto fruncido por uno de verdadero interés.

—¡Me parece una gran idea! —se sumó Sally—, seguro que se unirían unas cuantas mujeres más. Podemos organizar tardes de té, debates y lecturas en mi tienda.

—¡Ay, Dios mío! Yo lucho día a día por no parecer una ancianita —protestó Barbie mirándose en uno de los espejos mientras estiraba su cara—. Y vosotras queréis que empecemos a reunirnos como ellas delante del té y las pastas. Vamos a parecernos a la dichosa Liga de la moral, aunque creo que ellas pensando maldades se divierten más de lo que lo vamos a hacer nosotras.

Sally se levantó de su silla y fue hacia el mostrador.

—No seas cuentista y cuéntanos, ¿qué tal está el librito que te estás leyendo? —preguntó sacando un voluminoso ejemplar de debajo del mostrador. La portada de una pareja semidesnuda besándose dejaba claro que Barbie era aficionada a la literatura romántica erótica.

Todas se echaron a reír.

—No os lo vais a creer, pero es simple investigación —se defendió ella muy digna levantando la nariz.

—¿Y has investigado mucho? —le preguntó Allison a Barbie sorprendiéndola— Lo digo por consultarte cuando tenga que escribir una escena subida de tono, seguro que puedes aportarme ideas interesantes —le dijo con una gran sonrisa.

Barbie la miró unos segundos y después se echó a reír.

—Está claro que vas a adaptarte al grupo divinamente —apuntó ésta guiñándole un ojo.

La siguiente media hora, mientras Barbie hacía un recogido con el largo cabello de Annie y comenzaba a teñir a Sally que quería darse unos reflejos, estuvieron hablando de la divertida lectura de la dueña del salón.

—Pues no sabía que vendiesen libros de ese tipo en la librería del pueblo con lo pesada que es la Liga de la moral —comentó Annie.

—Y no lo hacen, al menos de cara al público —contestó Barbie.

—¿Pero tanto poder tienen esas mujeres? —preguntó Allison, sorprendida e incrédula ante aquella posibilidad.

—Me temo que sí —dijo Sally con una mueca, y Allison recordó que le había contado los problemas que aquella liga le había ocasionado cuando se instaló en el pueblo—. La cabecilla es tu vecina, Carol Adams, la mujer del reverendo.

—Tranquila, contigo no se meterán. Eres viuda, ¿qué podrían reprocharte? Además, de un Connor, habría que ser muy estúpida para decir algo que molestase a alguno de ellos —dijo Barbie dejando caer el comentario.

El semblante de Allison cambió de repente. Estaba muy interesada por saber cosas de la familia de James, pero aquello le recordaba que tenía que enfrentarse a ellos pronto. Y las palabras de Barbie no eran tranquilizadoras. ¿Les tenían miedo?

—Lo siento, tengo la mala costumbre de hablar sin pensar —se disculpó mortificada Barbie ante la mirada de recriminación que le dedicó Sally.

—¡Oh! No tienes por qué. No has dicho nada malo. Y... no los conozco aún. No sé en realidad cómo son —dijo bajando la cabeza y fijando la vista en el filo de su vestido.

Sally sabía que eso no era verdad, al menos no del todo. El hombre que había recogido a Allison de la calle cuando se desmayó no era otro que Caleb, el hermano mayor de James. Pero después de que la criticase tras meterla en la tienda, no quiso comentarle quién era a su amiga. No quería ponerla más nerviosa de lo que estaba por conocer a aquella familia. Sabía que ella no tenía nada que temer, pues conocía toda la familia, incluso el mismo Caleb la había defendido y apoyado cuando ella tuvo problemas al llegar al pueblo. Sabía que eran buenas personas, pero Allison le había comentado en algunas ocasiones lo nerviosa que estaba ante la idea de conocerlos, incluso llegando a posponer el momento y no habiéndolo hecho hasta la fecha.

—No tienes nada que temer —dijo finalmente intentando que se animase—. Son buena gente. Estoy segura de que Pony te acogerá con los brazos abiertos. Es una mujer increíble; buena, sabia y generosa. Le va a encantar la idea de ser abuela.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás embarazada? —preguntaron Barbie y Annie al unísono.

En ese momento escucharon la campanita de la puerta anunciando la entrada de una nueva cliente. Las cuatro mujeres miraron en aquella dirección y vieron entrar a una chica muy joven, con una melena oscura y brillante desfilada por delante que enmarcaba un rostro pálido de grandes ojos violetas. Era el color más llamativo que Allison hubiese visto jamás. Vestía toda de negro, llevaba

una camiseta de escote amplio que dejaba un hombro al aire sobre otra de tirantes y un pantalón ajustado que acompañaba con botas de estilo militar. Las uñas cortas y pintadas también en negro y dos brazaletes de cuero en ambas muñecas. A Allison le gustó de inmediato su estilo oscuro y gótico y se preguntó cómo encajaría aquella chica en el pequeño pueblo tejano.

—Hola —saludó mirando directamente a Allison, después desvió la mirada con rapidez y se dirigió a Barbie—. Te he traído los libros que encargaste. Acaban de llegar.

—Gracias, Lucy —dijo esta cogiéndole el paquete de las manos—. Así es como consigo mis libros. La señora Pears me los pide y entrega como si hiciéramos contrabando —rió—. ¿Sabes, Allison? Lucy también es nueva en la ciudad. Es sobrina segunda de la señora Pears, lleva aquí solo unos días. La ayuda en la librería, así que si alguna vez necesitas libros, ya sabes a quién pedirselos.

—¡Claro! Soy una gran lectora...

—Y escritora —añadió la chica interrumpiéndola.

Allison se sorprendió de ser reconocida.

—¿Me conoces?

—Claro, he leído todos sus libros. Es muy interesante su... visión de las distintas especies... sobrenaturales —apuntó la chica con voz susurrante. Y la miró directamente a los ojos de manera intensa.

—Pues me siento halagada, de veras. No esperaba encontrar aquí a una seguidora —apuntó Allison con sinceridad y acompañó su comentario con una sonrisa.

Lucy se la devolvió de manera casi imperceptible.

—Bueno, tengo que marcharme. La nota está dentro, la señora Pears dice que te la apunta en la cuenta —comentó a Barbie—. Hasta luego —añadió para el resto, pero solo miró a Allison de soslayo.

—¡Qué chica más extraña! —dijo Barbie en cuanto la muchacha se hubo marchado.

—Un poco sí —la apoyó Annie.

Allison se dejó llevar por un impulso y dijo:

—Ahora vuelvo, voy a preguntarle una cosa a Lucy. —Salió corriendo de la tienda justo a tiempo de verla subirse a una impresionante *Ducati Monster*. La enorme moto parecía aún mayor junto a ella que era más o menos de su altura, aunque más menuda de cuerpo. Se preguntó cómo sería capaz de llevar una maquina tan pesada. Vio que Lucy se ponía el casco y subía a la moto, y se

apresuró a llamarla antes de que se marchara. La joven se giró y la miró sin el menor atisbo de sorpresa. Se quitó el casco y sin bajar de la *Ducati* la miró.

—Perdona, Lucy, quería hacerte una pregunta —le dijo cuando llegó a su altura.

—Claro —se limitó a contestar la chica.

—Necesito una ayudante. Tengo demasiado trabajo y con la mudanza y...

—El embarazo —terminó de apuntar ella. Era evidente que había escuchado su pequeño secreto al entrar en el salón.

—Sí, y con el embarazo —corroboró ella con una sonrisa—. En fin, que voy a necesitar alguien que me ayude a buscar la documentación de los libros, datos y demás cosas que necesito para escribir. Me preguntaba si te interesaría el trabajo.

—Claro, podría hacerlo sin problemas. Junto a la librería está la biblioteca, podría buscar cualquier cosa que necesitase —comentó con una sonrisa casi imperceptible.

—Perfecto. Me alegro de contar con tu ayuda —expresó Allison con sinceridad.

—Y a mí, poder ayudarla —dijo la joven colocándose de nuevo el casco. Arrancó el motor y se marchó calle abajo en dirección a la librería.

Lucy no podía creer la suerte que había tenido. Había sido mucho más fácil de lo que pensaba acercarse a Allison, y que ella le hubiese propuesto ser su ayudante le daba además la posibilidad de estar cerca, ganarse su confianza y cumplir con la misión que le habían asignado. Las cosas no podían salirle mejor, se dijo con una sonrisa.

CAPITULO 14

ESA mañana, Caleb se acercó al pueblo con muy pocas ganas de hacer las compras de aprovisionamiento para el rancho. Desde su encuentro con la desconocida estaba de un humor de perros. Aun no encontraba explicación a su reacción, a su descontrol al tocar a aquella mujer, a las sensaciones que lo habían embargado junto a ella. Ni siquiera lo había comentado con su madre. Ella le había insistido en que algo le ocurría y lo había instado a hablar, pero se había escabullido con evasivas. No sabía dar explicación a todo aquello y saberse fuera de control lo atormentaba sobremanera. Lo último que necesitaba en su estado era pasearse por el pueblo. No estaba de ánimo para entablar conversación con la gente, cosa imposible allí. Siempre había alguien que lo detenía para preguntarle por su madre, su hermana o el funcionamiento del rancho. Aun así consiguió hacer la primera parte de las compras de manera rápida, eficaz y sin interrupciones. La siguiente parada era en la ferretería Broderick y esperaba tener la misma suerte.

Cuando entró en el establecimiento, el viejo Broderick lo saludó con un breve movimiento de cabeza y volvió a agachar la mirada concentrado en su periódico mientras él se dirigía a las estanterías en busca de algunos clavos y una manguera nueva para el huerto de su madre. Estaba concentrado en elegir entre los múltiples tamaños de clavos que había en el estante cuando la puerta de la ferretería se abrió e hicieron acto de presencia Carol Adams y un par más de mujeres que reconoció también como pertenecientes a la dichosa Liga de la moral. Las vio dirigirse al mostrador y escuchó resoplar al viejo Broderick por tener que interrumpir su lectura de la sección de deportes para atender a aquel trío de cotorras. Caleb sintió compasión por él.

—Hola, Broderick —lo saludó la señora Adams.

—Señoras —se limitó a contestar él.

—Tengo entendido que tu hijo está haciendo la reforma de la vieja casa Connor —le dijo ella yendo directamente al grano.

Caleb estaba a punto de poner distancia con el grupo para no tener que escuchar el puñado de sandeces que saldrían de sus bocas cuando se quedó paralizado en el pasillo, debía haber escuchado mal. Esa casa estaba vacía desde que fueron niños. Su madre se la había dado a James en herencia.

—Sí, Junior se ocupa de la reforma. La más grande que ha tenido que hacer

hasta la fecha —dijo con orgullo—. Allison está muy contenta con su trabajo.

—¿Allison? ¡Cuánta confianza! —comentó la señora Adams con maligno interés.

—Bueno, ella insistió. Es una mujer encantadora. Y una de las mejores clientas que he tenido jamás. Nunca he visto mayor despliegue de recursos para acondicionar una casa. La está reformando entera; cocina, salón, dormitorios... Absolutamente todo.

Caleb no podía creer lo que estaba oyendo; una mujer había ocupado la casa de su hermano. Había usurpado la herencia de James. Estaba cambiando el hogar que había sido de su madre y que esta entregó a su hermano cuando se marchó. Los dolorosos recuerdos de aquellos días lo golpearon con fuerza haciendo que su corazón se desbocase y le dolieran las entrañas. No lo iba a consentir. Y sin mediar una palabra se marchó de la ferretería como alma que lleva al diablo.

Allison acababa de regresar de la peluquería y tenía que reconocer que había sido una mañana increíble. Se había reído, relajado y eliminado las tensiones de los últimos días, olvidando por unas horas todas las cosas extrañas que le habían sucedido desde su llegada al pueblo. Tenía que reconocer que, sobre todo, le había servido para ver pintado de un renovado optimismo su futuro en aquel pueblo. Sintió que podría encajar sin problemas.

Llegó a su nueva casa y lo primero que hizo fue ir a la cocina para servirse una limonada y prepararse una ensalada de pollo. Encendió la radio que tenía en una de las modernas estanterías que le habían instalado en los últimos días, y las notas de *Septembre* de Dountry inundaron la estancia. Era una de sus canciones favoritas y se sintió contenta de escucharla de nuevo. Se dirigió a la isla que presidía la cocina, pero al pasar frente a las puertas acristaladas de la alacena se detuvo a observar su reflejo. Barbie había obrado milagros con su cabello haciendo que luciese mucho más sedoso y brillante. Las ondas suaves le caían junto a las mejillas hasta el pecho como una cascada cobre de aspecto casi mágico que le profería al rostro un halo de luz. Sonrió a su imagen un segundo y fue hasta la nevera, sacó las verduras y comenzó a partirlas en la gran tabla de madera que tenía sobre la encimera mientras canturreaba el estribillo de la canción. En ese momento llamaron a la puerta y el sonido del timbre la sobresaltó haciendo que se cortase en un dedo. Se miró el corte, no era profundo, y se limitó a metérselo en la boca chupándolo y limpiando la sangre mientras se dirigía hasta allí. La abrió y se quedó paralizada con el

dedo aún en la boca.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —le preguntó el desconocido con tono acusatorio.

Allison no podía creer que él estuviese ante su puerta, debía ser una alucinación, esperaba con desesperación que lo fuese. Se agarró con fuerza al marco de la puerta.

—Creo que soy yo la que debo hacer esa pregunta —terminó por contestarle ella.

—Tú no tienes derecho a preguntarme nada en absoluto, esta casa no es tuya. ¡No puedes estar aquí!

Allison lo miró completamente perpleja. ¿Quién demonios pensaba aquel hombre que era? No tenía suficiente con insultarla y besarla, ahora se creía con derecho a decirle dónde debía vivir. El enfado comenzó a sobreponerse a la sorpresa y sus mejillas se tiñeron de escarlata por la furia que sintió crecer en ella.

—¡Márchese ahora mismo de mi propiedad! Estoy harta de su trato, de su falta de modales y de... —iba a decirle de las reacciones que le provocaba, pero la lucidez se interpuso en su discurso—, y de su mirada soberbia y arrogante. ¡No sé quién es ni me importa, pero quiero que se marche inmediatamente de aquí y no vuelva a molestarme! —le gritó y comenzó a cerrar la puerta en sus narices, con el pulso acelerado y la respiración espesa. Pero el desconocido tenía otros planes y, apoyando una de sus grandes palmas en la madera blanca, detuvo su intento.

—¡Si alguien debe marcharse inmediatamente de aquí, es usted! ¿Cómo se atreve a ocupar una casa que no es suya? —le dijo él sin amedrentarse lo más mínimo ante su discurso.

—Esta es mi casa —se defendió ella tras llenar los pulmones de aire intentando serenarse. Aquel hombre era enorme, si se proponía entrar a la fuerza, lo conseguiría sin problemas. Junior y sus primos se habían marchado antes de que ella llegase, estaba completamente sola.

—¡Imposible! Esta casa era de mi hermano James. Soy Caleb Connor, ¿quién demonios es usted?

Allison sintió que el aire se le quedaba atrapado en los pulmones de manera dolorosa. Todo comenzó a darle vueltas y tuvo que agarrarse con más fuerza al marco de madera. «No puede ser», pensó, aquel hombre no podía ser el hermano de su marido, su cuñado. Había besado al hermano de James...

Caleb vio como la mujer cambiaba el color de su semblante de un rojo escarlata al blanco ceniciento en cuanto nombró a su hermano. La observó

sujetarse con fuerza al marco de la puerta y temió que volviese a desmayarse como el día que la encontró por primera vez. Tuvo que refrenar unas ganas inmensas de tomarla en sus brazos y sostenerla para evitar que así fuese, pero se reprendió mentalmente en cuanto dicho pensamiento se paseó por su cabeza. Aquella mujer había vuelto a irrumpir en su camino y de la peor manera; se había adueñado de la casa de su hermano. James podía tener muchas cosas contra ellos, pero jamás habría vendido la casa en la que habían vivido su infancia, jamás se habría desecho del lugar en el que pasaron los mejores años de sus vidas cuando aún nada se interponía entre ellos, cuando eran simplemente hermanos sin nada que los hiciese diferentes. Los recuerdos volvieron a golpearlo con fuerza y se obligó a cambiar la línea de sus pensamientos. Ahora solo debía ocuparse de aquella mujer que se mantenía con rostro desencajado y pálido completamente inmóvil frente a él.

—Dígame de una vez, ¿qué hace en la casa de mi hermano? —le volvió a preguntar en tono firme sin dejar de mirarla a los ojos. Sintió como en el instante en que sus miradas se cruzaron un fuego intenso comenzó a abrazarlo por dentro.

—Ahora es mía —dijo ella en un susurro. Se detuvo un segundo, bajó la cabeza y la volvió a subir mirándolo de nuevo con aquellos intensos e infinitos ojos verdes y pronunció las palabras que pararon en seco su corazón, deseando haber muerto en aquel instante—. Soy Allison O'Rourck, la viuda de James.

CAPITULO 15

ERAN las tres de la mañana y Caleb aún no había regresado al rancho. Llevaba horas dando vueltas por las afueras del pueblo. Su madre y su hermana habían llenado su buzón de mensajes del móvil y estaba seguro de que la primera habría mandado ya a un par de hombres en su busca. No era habitual que él desapareciese, pero no se veía capaz de enfrentar a su madre y darle la noticia de que la viuda de James estaba en el pueblo cuando aún no sabía lo que debía pensar él sobre ello. Además de las ideas, recuerdos y dolor que ella atraía con su presencia, pues hacía recordar la desgarradora marcha de su hermano, era la causante de que durante las últimas semanas su vida y autocontrol se hubiesen vuelto del revés.

Lo último que habría esperado es que la mujer que lo tenía loco, la que había besado sin control, la que se había apoderado de su mente ocupando cualquier resquicio de cordura, fuese la esposa de su hermano. ¡Había besado a la mujer de James! ¿Cómo había sido capaz de hacer algo semejante? Su hermano se revolvería en la tumba de saberlo. Lo veía capaz de alimentar el odio y el rencor que le demostró al marcharse por su atrevimiento. De haber estado vivo, lo habría intentado matar sin dudarlo. Y él no sabía si se habría defendido, pues no había nada peor que acercarse a la mujer de un hermano. Aunque no lo supiese, aunque James estuviese muerto, había deshonrado su memoria.

Recordó la última conversación con él; este lo había mirado con odio, con repulsa. James se sentía herido, menospreciado e inferior. Caleb no era responsable del reparto que la naturaleza había hecho de sus dones en la familia, pero para James, Caleb era la encarnación de lo que él nunca llegaría a ser. A pesar de su naturaleza de semidiós, James no tenía ningún poder.

El padre de los hermanos Connor era un semidiós. Pero uno puro que aún conservaba algunos de sus poderes, como la telequinesis o la amnepatía. Pero Hunter Connor había decidido casarse y engendrar con una licántropo, lo que había mezclado su sangre. Este hecho daba una única oportunidad genética a su descendencia: o heredaban la naturaleza salvaje de la madre, como era el caso de Casey y de Caleb, o serían semidioses sin ningún tipo de poder, pues estos quedaban dormidos, eran relegados poco menos que a simples humanos. Los dioses y semidioses eran la única especie castigada. Para mantener la

pureza de su raza debían mezclarse y engendrar entre ellos, teniendo hijos fuertes con dones sobrenaturales que pasarían a su progenie. En la familia Connor todos tenían esos dones menos James, y aquello era más de lo que podía soportar. Mientras fueron niños, y Caleb y Casey no dieron el cambio propio a los licántropos que despertaban su naturaleza animal al llegar a la pubertad, todo fue bien. Pero cuando James vio que su hermano mayor se convertía no solo en un licántropo, sino en uno poderoso ya que estaba destinado a ser jefe de la manada, y que su hermana menor comenzaba a revelarse como una de ellos, haciendo que él fuese el único que jamás llegaría a ser especial, algo enfermizo comenzó a crecer en su interior. Empezó a observarlos de otra forma. Su mirada se tornó turbia, sus actos desafiantes y en última instancia peligrosos para él y para el resto de la familia.

Su padre ya los había dejado. Jamás le fue perdonado que fuese contra las leyes de su raza y fue asesinado por los miembros de su propia familia. Mucho antes de lo esperado, Caleb se convirtió en el cabeza de familia y no podía consentir que con sus actos imprudentes James pusiese en peligro ni a él mismo ni a su madre ni a su hermana; debía protegerlos a los tres. Pero cualquier intento por su parte de hacer entender a su hermano que debía acatar las normas y leyes de las razas, James las recibía como provocaciones, recuerdos constantes de su inferioridad. Finalmente no pudo más y decidió marcharse.

Aquello rompió el corazón de su madre. Lo partió en pedazos que no consiguió que se volviesen a unir. A partir de ese momento solo mantuvo contacto con James a través de escuetos y contados correos. Ni Caleb ni Casey volvieron a hablar con él. Dejaron de mencionarlo, resultaba más fácil ignorar su ausencia que asumirla. Fingir que todo estaba bien, a recordar que sus vidas se habían roto para siempre. A menudo se había preguntado cómo estaría su hermano, qué le había deparado el destino, pero la información que este daba a su madre era muy dispersa en el tiempo y limitada. Cuando unos años atrás su madre les dijo que se había convertido en piloto, se había alegrado por él. El consuelo que le quedaba era que una vida alejada de ellos y del recuerdo constante de lo diferentes que eran lo ayudase a superar su dolor y frustración y conseguir una existencia feliz, la de un mortal feliz, con una vida plena y satisfactoria. Si su ausencia era el precio que debían pagar para que él lo consiguiera, así sería. Aunque esta los matase día a día dolorosamente. James había dado pocos detalles de su vida, les había ocultado la mayoría, incluyendo el hecho de que se hubiese casado.

Un pensamiento pasó por su mente de manera inquietante, ¿y si aquella mujer les había mentado? No sabían nada de ella. Podría ser una estafadora, podría haberse acercado a su familia utilizando la memoria de James para estafarlos, para robar las posesiones de su hermano. Todo el mundo sabía que vivían en abundancia. Una parte de él deseó aferrarse a aquella posibilidad que lo liberaba de la culpa de haber deshonrado a su hermano, de tener que confesar a su familia lo que había hecho. Ya no sabía en qué creer, pero sin duda tendría que descubrir la manera de llegar a la verdad. Lo primero era volver al rancho y hablar con su madre, por duro que esto fuese, ella tenía que saber lo que estaba pasando, y si aquella mujer lo que pretendía era aprovecharse y hacer daño a su familia, lo lamentaría. No sabía cuánto.

CAPITULO 16

CUANDO CALEB llegó al rancho, su madre y su hermana lo esperaban impacientes. La primera mirada de su madre fue de alivio, la segunda, de enfado por haberle hecho pasar aquellas horas de angustia e incertidumbre.

—¿Dónde has estado? —lo interrogó sin elevar la voz, pero con evidente tensión contenida. Su mirada era firme y Caleb a duras penas pudo sostenérsela.

—Necesitaba airearme, dar una vuelta —se limitó a decir él mientras paseaba frente a ella como un león enjaulado. Sabía que tenía que contar todo lo sucedido a su madre, pero debía pensar muy bien cómo lo haría, medir sus palabras. No sabía cuál sería su reacción al conocer la llegada al pueblo de una mujer que decía ser la esposa de James. De estar diciendo la verdad, ¿por qué no se había acercado a ellos antes? Habían pasado semanas desde que la vio por primera vez. Si quería aprovecharse de ellos, qué sentido tenía que no se hubiese presentado. ¿Y si estaba equivocado? Los pensamientos iban de un lado a otro en su mente de manera incoherente.

—¡Caleb! Dime que es lo que pasa. Llevas días extraño, pero tu comportamiento de esta noche es inaceptable. ¡Quiero una explicación! —le ordenó.

Caleb la miró largamente y bajó la cabeza en silenciosa rendición.

—Siéntate, madre. Tienes razón, tengo algo que contar y será mejor que escuches lo que tengo que decir sentada.

Pony se agarró el pecho y siguió el consejo de su hijo tomando asiento frente a él. Casey la imitó y se acomodó en otro de los sillones cercanos.

Caleb se tomó un segundo para pensar cómo comenzar a contar toda aquella locura, y decidió obviar el detalles de los encuentros anteriores con aquella mujer.

—Esta mañana en la ferretería de Broderick escuché algo... —comenzó a decir, pero volvió a hacer una pausa.

—¿Qué escuchaste? —le preguntó su hermana impaciente.

Caleb resopló.

—Desde hace pocas semanas, la casa de James está ocupada por una mujer que dice ser su viuda —dijo intentando soltar toda la información de la manera más concisa posible, evitando en todo momento expresar todo lo que

encerraba aquella frase para él.

Miró a su madre y la vio blanca como el papel. Ésta bajó la mirada y cerró los ojos.

—¡Yo quiero conocerla! —saltó su hermana sin pensárselo dos veces.

—¡No esperaba menos de ti! —la increpó él en tono furioso—. ¿Es que no puedes pensar un segundo? —Su tono iba en aumento—. ¡Esa mujer podría ser una farsante, una estafadora!

—O puede que no. ¿Y si de veras es la mujer de James y ha venido a quedarse a vivir? ¿De veras quieres perder la oportunidad de saber cómo era su vida antes de morir, de que lo perdiésemos para siempre?

Los ojos de Caleb adquirieron el color del oro fundido. Los músculos de su torso y cuello se tensaron tomando la apariencia inquebrantable del acero. Un gruñido profundo se escapó de su garganta haciendo temblar su poderoso pecho, e inmediatamente su madre se levantó del asiento.

—Casey, vete a tu cuarto. Hablaré contigo mañana —le dijo Pony en tono pétreo.

—Pero, mamá... —quiso protestar ella.

—¡He dicho mañana!

Casey comenzó a marcharse apretando las mandíbulas y sin entender por qué su madre la trataba como a una niña mandándola a su cuarto. En cuanto se hubo marchado, Pony se dirigió al mayor de sus hijos.

—Siéntate, Caleb —le dijo su madre en tono suave, intentando aplacar a la bestia que lo poseía.

—Madre, tenemos que actuar. Averiguaré lo que quiere esa mujer, estoy seguro de que es una estafadora. ¿Por qué demonios habrá venido hasta aquí si no? ¡No dejaré que se acerque a vosotras!... —apretó los dientes.

Pony sabía que aquella noticia había hecho remover todos los recuerdos dolorosos y desgarradores que atormentaban su corazón desde que se produjera la marcha de su hermano, en gran parte, porque se sentía responsable de ello.

—No harás tal cosa, hijo —comentó posando una mano sobre su pecho.

—Pero, madre... Debo protegeros... —protestó—. Ella...

Pony lo miró a los ojos y vio algo inquietante en ellos.

—¿La has conocido? —le preguntó con cautela.

Caleb asintió.

—Cuando escuché que estaban reformando la vieja casa fui hasta allí para averiguar lo que pasaba... Ella misma me lo dijo...

—¿Y cómo es? —quiso saber su madre con una mirada esperanzada, casi ilusionada. Caleb se quedó perplejo. No quería que Allison formase parte de sus vidas.

—¡Madre! ¿Qué más da cómo es? ¡No es la mujer de James! ¡No puede serlo! —gritó. Se levantó y comenzó a andar dándole la espalda a su madre.

—Sí lo es, Caleb.

Aquellas palabras detuvieron sus pasos, haciendo que se quedase paralizado en medio de la sala. Finalmente se giró y observó a su madre que mantenía una postura relajada; sentada en el sillón y con las manos entrelazadas en el regazo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo entornando los ojos.

—James estaba casado. Contrajo matrimonio hace poco más de un año.

Caleb la miró sin comprender. ¿Cómo sabía su madre aquel dato? ¿Y por qué no lo había compartido con sus hijos? Pero antes de formular las preguntas en voz alta, su madre continuó:

—Durante todo este tiempo, me han mantenido informada de algunas cosas sobre tu hermano. Su marcha de aquí no fue muy... pacífica. No sabía de lo que sería capaz y pedí ayuda para que fuese vigilado.

—¿A quién? ¿Cómo? —A Caleb cada vez le costaba más entender lo que su madre le quería decir.

—Ven aquí, hijo, siéntate a mi lado —le dijo instándolo a tomar asiento junto a ella.

Caleb obedeció por inercia, aparentemente tranquilo, pero su interior bullía como un volcán a punto de erupcionar. Cuando lo hizo, su madre posó una mano sobre su brazo. El contacto cálido lo hizo despertar.

—Caleb, tu hermano nunca supo asumir las diferencia que había entre vosotros. El dolor y la frustración crecieron dentro de él convirtiéndolo en un ser oscuro, atormentado. Soy madre, pero no estoy ciega, amo a mis hijos con sus defectos y con sus virtudes. Y temía por él. James decidió marchar, pero no podía dejar que lo hiciera sin asegurarme de que no sería un peligro ni para él mismo ni para el resto. Creí que la mejor opción era pedir ayuda a aquellos que tienen ojos en todos lados.

—Los guardianes de las razas... —dijo Caleb en voz baja.

—Sí, hijo, Los guardianes de las razas lo han estado observando. A distancia, pero asegurándose de que su vida transcurría con normalidad.

Caleb se quedó con la mirada perdida en el dibujo del suelo de madera bajo sus pies. Los guardianes de las razas, como bien decía su nombre, no eran

otros que los que velaban porque las distintas razas respetasen los tratados entre ellas. Habían instaurado leyes, creado un ejercido mixto, constituido un gobierno y conseguido ser el mayor poder sobrenatural que había en el mundo. Estaba compuesto por miembros de todas las razas y hacían cumplir la ley sin excepción. Su madre se había arriesgado mucho al contar con ellos, si James hubiese quebrantado alguna de las leyes que los regían, habría sido enjuiciado y castigado sin que ellos hubiesen podido hacer nada por ayudarlo. Debía haber sido muy duro para ella tomar esa decisión, y siendo así, se daba cuenta de cuán peligroso había considerado ella que era su hermano. Un escalofrío recorrió su espalda. Recordando a su hermano, a su pequeño hermano, con el que jugaba desde niños, el que lo miraba con admiración cuando lo rescataba de algún problema siendo pequeños, no podía creer que fuese capaz de cometer atrocidades tales que requiriesen de la intervención de Los guardianes. Pero según parecía, su madre sí.

—¿Y cuándo supiste que se había casado? ¿Por qué no nos contaste nada? — le preguntó turbado aún por todos aquellos pensamientos.

—Poco después de su matrimonio. James me escribía muy de cuando en cuando, y era muy escueto en la información que daba. Nunca me contó que hubiese conocido a una mujer ni su posterior matrimonio. No lo supe por él, sino por uno de los guardianes. Se puso en contacto conmigo para comunicármelo. James se había casado con una humana, una mortal con nada fuera de lo normal.

Caleb pensó que la última palabra con la que él describiría a la mujer, era “normal”.

—Desde que murió tu hermano, en ocasiones, he pensado en ponerme en contacto con ella, buscarla y preguntarle sobre él. Pero en el último momento siempre decidía que era mejor dejarlo así. Imagino que ella no sabe nada sobre nosotros probablemente James le habrá contado muchas mentiras que impedirían que ella quisiese conocernos, pero... Está aquí...

El tono esperanzado de sus últimas palabras alertó a Caleb que volvió a levantarse como un resorte.

—Pero no sabemos qué quiere de nosotros...

—Me da igual, Caleb. Sea lo que sea, tiene derechos... Y yo sé lo que quiero de ella. Quiero conocerla, saber cómo es la mujer de la que se enamoró mi hijo, cómo era su vida antes de morir.

—No sé si deberías conocerla madre, no sabemos...

—No te estoy pidiendo permiso, Caleb, ni siquiera quiero saber tu opinión.

Eres el jefe de la manada, pero yo soy tu madre y es mi deseo conocerla. Yo decidiré si es buena o no para mí, para nosotros.

CAPÍTULO 17

ALLISON estaba frente al espejo con la mirada perdida. Llevaba más de veinte minutos allí parada, observando su reflejo y preguntándose quién era aquella mujer. No se reconocía de ninguna de las maneras; ni física ni psíquicamente. En las últimas semanas, su aspecto había cambiado de manera casi imperceptible para los demás, pero sí mucho para ella. Su cabello se veía más brillante, como un halo de luz, en realidad toda ella parecía desprender un brillo especial. Su piel estaba más fina y tersa. Sus curvas más redondeadas, menos sutiles, más sinuosas. Sus ojos, siempre verdes e intensos, ahora parecían además refulgir vibrantes y llenos de fuerza.

Nunca imaginó que el embarazo provocase aquellos cambios tan espectaculares en su cuerpo. Se tocó el vientre, algo más abultado, y sonrió. Aquel pequeño era lo único que la obligaba a mantenerse cuerda. Después de los acontecimientos de los últimos días y, sobre todo, de la revelación del día anterior, necesitaba más que nunca algo que la anclase a la realidad.

Aquella noche, cuando los sueños sobre mujeres de cabello rojo como el suyo huyendo de terroríficas criaturas para salvar a su bebé, de lobos que se cruzaban en medio de la carretera obligándola a salir de ella, de hombres de aspecto peligroso, mirada hiriente, lengua acusatoria y ojos cambiantes, se apoderaron de ella, sólo pudo pensar en una cosa: tomar la maleta, su coche y salir corriendo de allí.

Pero después pensó en su bebé. En la vida que podía ofrecerle, en la que ella había tenido y tuvo claro que no era la que quería para él.

Su hijo merecía una familia. Ella había complicado las cosas dejándose besar por aquel hombre, dejando que pasase el tiempo en lugar de presentarse a la familia, no cuidándose lo suficiente, bebiendo poca agua, alimentándose de mala manera y haciendo que su cuerpo se revelase teniendo alucinaciones, mareos y trastornos de sueño.

Pero todo eso iba a acabar.

Iba a tomar las riendas de su vida de una vez y haría lo que fuese preciso para dar a su hijo todo cuanto merecía.

Decidió que era hora de ponerse en marcha y, tras lavarse la cara con agua fría y recogerse el cabello en una coleta, bajó las escaleras y fue hacia la cocina. Junior y sus primos estaban haciendo trabajos en el jardín y optó por

preparar café también para los chicos. Se acercó al fuego y puso a calentar agua en la tetera para su infusión de rooibos y dio al botón de encendido de la cafetera. En ese momento llamaron a la puerta. Esperaba algunos muebles del jardín aquella mañana y deseó que no se hubiesen equivocado con el pedido por tercera vez.

Nada más abrir la puerta Allison sintió como todas las decisiones, propósitos y energías renovadas de las que había hecho acopio minutos antes desaparecían inmediatamente, volviéndola a convertir en una mujer perdida, insegura y deseosa de encontrar un agujero en el que esconderse. Quiso cerrar de un portazo, pero la fuerte mano de Caleb se lo impidió.

—No vengo a pelear —le dijo él, pero su tono serio y su mirada impertérrita no decían lo mismo.

El pitido de la tetera en el fuego la sobresaltó y, dudando, finalmente se adentró en la casa para apartarla del fuego, necesitaba unos segundos para recuperarse.

—Quédese en la puerta, ahora salgo —le gritó a Caleb. Pero al girarse vio que él haciendo caso omiso y había entrado en la casa tras ella. Se puso nerviosa.

Lo vio mirar a un lado y a otro con las manos en los bolsillos, evidentemente asombrado con los cambios que había efectuado en la casa. Aprovechó que parecía entretenido en ver todo lo que ella había transformado allí y lo observó. Caleb era un hombre sobrecogedor que en nada se parecía a James, que tenía un estilo más elegante, atlético, mirada aniñada y sonrisa perpetua. Pero Caleb era imponente, fuerte, amenazador, emanaba una energía arrasadora. Su sola presencia perturbaba el ambiente de una manera indescifrable. Parecía controlarlo todo, cada movimiento, cada gesto. Observó su rostro tenso e impertérrito. Estar allí debía traerle algunos recuerdos, pero en su rostro no se podía leer ninguna expresión. Control fue la palabra que vino a su mente.

—Has hecho muchos cambios aquí.

Su voz profunda y grave la sacudió.

—Sí... La casa necesitaba una buena reforma... —contestó ella evitando su mirada. Apagó la cafetera y sacó la jarra—. He preparado café para los chicos, ¿quiere tomar uno?

Caleb sonrió por primera vez y a ella estuvo a punto de caérsele la jarra de las manos. Una hilera de dientes afilados, perfectos y blancos asomó entre sus labios. Aquella sonrisa le profería un toque peligroso y sexy. Bajó la mirada y

sintió sus mejillas arder.

—Ahora que sabes que soy tu cuñado, ¿no me tuteas?

Allison tragó saliva. No quería recordar que era su cuñado. Solo quería levantar una barrera entre ellos.

—Es mejor así —le dijo intentando infundir confianza a sus palabras, pero lo cierto era que estar juntos en la misma habitación le resultaba altamente perturbador.

Caleb la miró con intensidad, recorriéndola lentamente con la mirada. Apoyó ambos brazos en la encimera de la isla frente a ella, y Allison tuvo una visión abrumadora de sus poderosos brazos. Aquellos brazos podrían partir el cuello de un hombre con un solo movimiento o abrazar a una mujer y que jamás se volviese a sentir insegura en la vida. Deslizó la mirada por ellos, por su pecho, por su fuerte cuello y tragó saliva de nuevo. Se encontró con la mirada curiosa de él.

—Tal vez... —le contestó y Allison tuvo que hacer un esfuerzo para recordar a qué se refería.

—¿Para qué ha venido? Imagino que no será para ver las reformas de la casa ni beberse mi café.

Caleb la observó mientras le decía aquellas palabras, era fascinante el brillo que adquirirían sus ojos cuando se enfrentaba a él. Los labios de Allison se entreabrieron ligeramente como si fuese a decirle algo y la necesidad de besarla lo golpeó con fuerza. Sacudió la cabeza intentando echar aquel pensamiento de su mente y se apartó de la mesa.

—No he venido por decisión propia. Mi madre quiere conocerte —dijo tuteándola y su expresión cambió inmediatamente, haciendo evidente que no estaba de acuerdo con ese hecho.

Allison se puso nerviosa. Había llegado el momento. La madre de James, de Caleb, quería conocerla, pero ¿cuál sería el recibimiento por su parte? ¿Qué le habría contado Caleb de sus encuentros anteriores? Suspiró, no tenía nada que pensar. Había ido hasta allí para eso. Sí la señora Connor no la quería allí, era mejor saberlo cuanto antes.

Caleb la vio dudar y se preguntó qué clase de mujer había detrás de aquella imagen de diosa.

—Está bien, ¿cuándo? —le preguntó aceptando el encuentro.

—Ahora, te espero mientras te vistes —le dijo él con tono firme, no dejando lugar a la protesta.

Allison se sintió tentada de ponerle las cosas un poco difíciles a aquel

hombre soberbio y dictador, pero reconoció que hacer esperar a la madre de James no era una buena idea.

—Vuelvo en unos minutos —concedió finalmente y pasó por su lado para salir de la cocina.

Caleb sintió el calor del cuerpo de Allison a pesar de no tocarla, su olor lo inundó cuando la tuvo próxima y sus sentidos despertaron abruptamente revelándole que estaba a punto de perder el control de nuevo.

Allison sintió como se le erizaba la piel al pasar junto a Caleb y un escalofrío la recorrió como una descarga eléctrica pegándola al suelo. Estaba a punto de girarse hacia él llevada por una fuerza superior a ella, cuando Junior y los primos aparecieron por la puerta lateral que comunicaba con el jardín trasero. El momento se rompió y ella aprovechó para salir de allí rápidamente antes de que su cuerpo la volviese a traicionar. Abandonó la cocina viendo de reojo una escena que la dejó perpleja. Cuando los primos de Junior llegaron frente a Caleb, ambos lo saludaron con una inclinación reverencial de sus cabezas y se marcharon rápidamente.

CAPÍTULO 18

ALLISON vio a lo lejos la entrada al rancho y, a pesar de que el encuentro con Pony se acercaba, lo que sintió fue un gran alivio. Desde que entró en el *Jeep Wrangler* negro de Caleb y este se subió a su lado, había comenzado a faltarle el aire. El interior del vehículo era amplio, pero no lo suficiente para no sentirse perturbada ante su proximidad. Permaneció los cuarenta minutos que duró el viaje pegada a la puerta del copiloto, sujetándola con fuerza hasta que los nudillos se le quedaron blancos y la mano dormida. Se sentía perdida al lado de aquel hombre. Intentó mantenerse distraída admirando el paisaje, pero ni un desfile de elefantes rosas y topos verdes habría conseguido desviar su atención del hombre que estaba sentado a su lado. Sus sentidos, algo más afinados por el embarazo, trabajaban en su contra, haciendo que su olor a madera y sándalo la emborrachara, el calor de su cuerpo llegase hasta ella casi como una caricia o que su respiración fuerte y profunda fuese todo el aire que ella anhelase respirar. Perdida, no había otra palabra que pudiese describir cómo se sentía ante él.

Caleb detuvo el coche junto a la entrada del rancho, una construcción grande color mostaza de dos plantas con un porche amplio en madera adornado con flores y plantas en antiguos abrevaderos de latón. Un balancín, un banco, una mesa baja y dos sillones conformaban una zona de estar que parecía bastante acogedora. En uno de los sillones con tapicería floreada esperaba una señora de unos cincuenta años con ascendencia claramente india. Llevaba el cabello, negro y salpicado de canas, recogido en una trenza y vestía pantalones y camisa amplios en tejido vaquero. Cuando bajaron del coche, se levantó del sillón y los miró con expresión afable y una sonrisa en los labios.

Allison recibió aquella sonrisa como una brisa fresca en medio del desierto, reconfortante y tranquilizadora. Se la devolvió algo menos nerviosa.

—Bienvenida al rancho Connor —le dijo la señora Connor mientras subía los tres peldaños que las separaban. Allison no podía ver a Caleb que estaba a su espalda, pero sintió como este se tensaba.

—Muchas gracias, señora Connor. Estaba deseando conocerla —le dijo llegando hasta ella.

—Pony, por favor, llámame Pony —recorrió los centímetros que las separaban y le dio dos afectuosos besos—. Caleb me ha dicho que te llamas

Allison —comentó guiándola hasta la zona de asientos.

—Sí, señora, Pony, perdón —se corrigió con una sonrisa—. Me llamo Allison O'Rourck —se presentó tomando asiento en el balancín donde ella le indicaba. Vio que sobre la mesita Pony había dispuesto una jarra con té helado y unos bizcochos para amenizar el encuentro, y le gustó el detalle. Colocó las manos entrelazadas en el regazo, algo nerviosa, y la miró a los ojos. Pony le devolvió una mirada sorprendida.

—¿Allison O'Rourck? ¿La famosa escritora?

Caleb, que se había apoyado en la barandilla del porche con los brazos cruzados, miró a su madre sin comprender.

—Sí, la misma —dijo un poco avergonzada. Y se preguntó por qué James no le habría dicho su nombre a su madre, era muy extraño.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa y honor tenerte en mi casa! Soy una gran admiradora tuya.

—Algo me comentó James cuando nos conocimos. Vino a una presentación para que le firmara un libro que pensaba regalarle...

El rostro de Pony expresaba a las claras que no tenía idea de lo que le estaba hablando y en el momento en el que sus labios pronunciaron el nombre de James, Caleb cambió de postura y su mirada se volvió pétrea. Allison recordaba perfectamente cómo, días más a tarde a su primer encuentro con James, le preguntó si le había gustado el libro a su madre y él le había dicho que sí, que estaba encantada con el regalo.

—¿No recibió el libro? —se atrevió a preguntar.

Pony suspiró.

—Me temo que no, imagino que se perdería en el correo... Es una pena, me habría encantado por ser una obra tuya y por venir de parte de mi hijo —añadió Pony con tristeza. Su rostro era el firme reflejo del dolor de una madre ante la separación de su hijo.

Allison podía entender que el libro se hubiese perdido, pero ¿por qué James le había mentado entonces? ¿Qué necesidad había tenido de hacerlo? Se miró las manos sobre el regazo sin comprender.

—Imagino lo duros que estos momentos deben ser para ti —le dijo Pony poniendo una mano sobre las suyas que temblaron repentinamente. Allison la miró y se perdió en su mirada sincera. Pony era transparente y rebosaba bondad, tal y como le habían dicho las chicas—. Yo también me quedé viuda cuando aún era joven, es duro perder al ser amado de manera repentina y trágica.

—Sí que lo es...

Caleb soltó un gruñido que las sorprendió a ambas y se giró dándoles la espalda, mirando al horizonte.

—Pero ahora estás aquí, estoy feliz de que hayas venido, Allison. Tenemos muchas cosas de las que hablar. Me gustaría que me contaras cosas sobre ti y sobre mi hijo... Su ausencia en esta casa... ha sido dura de soportar.

Las palabras de Pony quedaron suspendidas en el aire como notas de una trágica canción. El teléfono de Allison sonó rompiendo la tensión del momento y se apresuró a cogerlo. La llamada era de Jane.

—Discúlpeme un momento, por favor —dijo levantándose del asiento—, solo será un segundo, es mi editora —explicó.

—Adelante, mientras te serviré un té —añadió Pony agradeciendo la interrupción. No quería que aquel primer encuentro con su nuera fuese empañado por los dolorosos recuerdos.

Allison le dio la espalda unos segundos mientras le pedía a su editora que la llamara en otro momento alegando que estaba ocupada. Pony se dispuso a servirle un vaso con té y la observó apartarse la cascada brillante de cabello cobrizo de la nuca echándosela a un lado. El amplio cuello de su vestido dejó la clara piel del comienzo de su espalda descubierto y entonces lo vio.

Allison escuchó el estruendo de uno de los vasos de cristal contra el suelo justo en el momento en el que comenzaba a girarse de vuelta a su asiento. Los ojos de Pony miraban aterrorizados los trozos de cristal sobre la mesa y el suelo de madera del porche, y Caleb, agachado a su lado, la tomaba de la mano y la miraba preocupado.

—¡Madre! ¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa?

—¡Señora Connor! ¿Está bien? —preguntó Allison acercándose a ella, preocupada.

Pony la miró sin parpadear con una mirada que reflejaba en partes iguales sorpresa, incredulidad y horror. La observó de aquella manera por largos segundos y finalmente dijo:

—Caleb, déjanos solas —le ordenó.

Caleb miró sorprendido a Allison y después a su madre que no apartaba la vista de ella de manera extraña, como sorprendida y aterrorizada.

—¡No pienso dejarte a solas con ella! —le dijo en tono firme, incorporándose. No sabía lo que estaba pasando allí, pero no le gustaba. Jamás había visto así de afectada a su madre.

Pony miró a su hijo y por sus ojos se paseó un brillo plateado que confería a

su mirada oscura una apariencia fantasmal, y Caleb dio un paso atrás.

—Madre...

Pony le mantuvo la mirada y, finalmente, Caleb la desvió y se marchó murmurando.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Allison que aún no comprendía qué había pasado.

—Sí... es solo un mareo, a veces me pasa. En un minuto me encontraré mejor —le dijo Pony cerrando los ojos unos segundos mientras se aferraba al asiento.

Pony no podía creer que estuviese en presencia de aquella criatura. De niña había escuchado historias, leyendas sobre la existencia de seres como ella, pero las mismas leyendas decían que estaban extintas. Allison era una Portadora, una Portadora... Sus manos comenzaron a temblar. Frente a ella tenía al ser más poderoso y codiciado de todas las razas sobrenaturales. El árbol de la vida tatuado como una caricia nacarada en su piel, en la base de su nuca, así lo atestiguaba. La miró con atención y observó su maravillosa tez pálida, la fuerza inquebrantable de la naturaleza que habitaba en su mirada, no en vano, aquella criatura tenía el poder más extraordinario y codiciado. Las distintas razas, a lo largo de los siglos, se habían visto degradadas por las mezclas de sus sangres. Los poderes conferidos a cada una de ellas se habían visto adulterados, minimizados y, en algunos casos como le había sucedido a su hijo James, extintos. Pero aquella criatura era una náyade; un ser mágico del agua, pero, además, una portadora de vida y pureza. Las náyades portadoras eran capaces de engendrar seres mágicos puros y poderosos, los más poderosos de su especie, según fuese el padre que los engendrara. La sangre del progenitor que habitaba en la criatura que se gestaba en su interior era depurada por su fuerza mágica. Por aquella razón, esas exquisitas criaturas habían sido perseguidas para ser violadas y explotadas. Se decía que cuando entre las ninfas del agua nacía una náyade portadora, su madre la escondía de los ojos del resto de las razas, haciéndola pasar inadvertida para estos, incluso entre los humanos no llamaban la atención. Después de que su hija estuviese a salvo, la madre volvía a su lugar de origen y, bajo el árbol de la vida, se la quitaba para que ningún ser pudiese utilizar magia alguna que le ayudase a revelar el lugar en el que estaba escondida su hija. Este sacrificio por amor cerraba el hechizo de protección del bebé borrando su marca de nacimiento. La Portadora no era encontrada jamás, durante milenios había sido

así. Entonces, ¿cómo podía estar ella frente a una?

Y lo supo. Su hijo James la había encontrado, ¿pero cómo? Fuese como fuese, una cosa estaba clara, había querido cometer la mayor de las atrocidades con ella. James no ansiaba tener un hijo poderoso, ansiaba el poder para él, y la sangre de un vástago suyo podía proporcionárselo.

—Pony, ¿se encuentra mejor? ¿Quiere que le traiga un vaso con agua? —le preguntó Allison preocupada. Pony llevaba varios minutos con los ojos cerrados y temía por ella.

Caleb volvió a salir al porche incapaz de cumplir por más tiempo la orden de su madre, él era el jefe de la manada, fuese lo que fuese lo que estaba sucediendo tenía derecho a saberlo. Al salir vio a Allison inclinada sobre su madre.

—¿Qué le has hecho? ¿Por qué está así? —la acusó.

—Yo no he hecho nada, ¿por qué iba a querer hacerle daño? —se defendió ella sorprendida por la acusación.

—¡Caleb! —quiso detenerlo su madre, pero él estaba harto ya de aquello

—¡No lo sé! No sé por qué has venido... ¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó en tono furioso.

Allison se puso en pie dispuesta a enfrentarse a él.

—Busco una familia. He venido porque estoy embarazada... En mi interior llevo al hijo de James.

CAPÍTULO 19

DESPUÉS de pronunciar aquellas palabras, Allison se dejó caer de nuevo en el asiento del balancín, sin energía y aliviada. Caleb la miró con rostro desencajado, y Pony sin atisbo de color en la piel. No sabía cómo actuar, parecía que aquellas palabras habían caído en la familia como una jarra de agua fría.

—Lo conseguí... —dijo Pony con mirada perdida.

—¿Cómo? —preguntó Allison sin entender.

—James... Él te buscó y lo conseguí... Estás embarazada, ¿sabes lo que eso significa?

Allison y Caleb se miraron unos segundos. La expresión de él, una vez más, era imposible de descifrar para ella. Tampoco entendía la reacción de Pony que hablaba como en estado de shock.

—¿Qué voy a tener un bebé...? —preguntó como si la respuesta fuese de lo más evidente.

Pony la miró perpleja y abrió aún más los ojos si cabía.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no sé? —preguntó alucinando.

—No sabes lo que eres... ¿cómo es posible? ¿Y cómo lo supo él? ¿Cómo supo él lo que eras?

Pony se agarró el pecho con fuerza, saber cuáles habían sido los planes de su hijo la desgarraba por dentro. Sabía que la envidia y la codicia habían vuelto su corazón oscuro, pero no pensó que sería capaz de seducir a una mujer y engendrarle un hijo con el fin de matarlo y beberse su sangre. Cuando James se marchó de allí, nunca pensó en aquella posibilidad. No quiso creer que fuese capaz de semejante atrocidad, pero además contaba con que jamás encontraría a una criatura como Allison. Pero a pesar de haberlo conseguido, engañarla y que ella quedase embarazada, afortunadamente, no había podido llevar a cabo su plan. Saber que debía sentir alivio por el fallecimiento de su hijo era como sentir desgarrarse lentamente cada tejido de su maltrecho corazón. ¿Y ahora qué iban a hacer?...

Allison no entendía nada. ¿Qué se suponía que debía saber ella? Su encuentro con Pony iba bien hasta que recibió la llamada de Jane, entonces, todo cambió. No sabía si Pony tenía algún tipo de enfermedad, pero parecía

estar afectada por las emociones de aquel día, incluida la noticia de que iba a ser abuela. Tal vez había sido demasiado para ella. Su intención no había sido la de soltar aquella información a bocajarro. Se había sentido presionada, acorralada por Caleb que quería ver en ella a algún tipo de delincuente aprovechada que iba a hacer daño a su familia. Al ver cómo él la acusaba, lo soltó sin más, sin pensar en cómo caería aquella información. Ahora se sentía mortificada y responsable del estado de Pony.

Caleb observó con preocupación a su madre. Llevaba largos minutos desvariando, diciendo palabras ininteligibles, frases inconexas acompañadas de miradas perdidas. Era evidente que no estaba bien. Aquel encuentro debía terminar. Sabía que no era una buena idea. Tal vez recordar a James y la noticia de que iba a ser abuela de su hijo habían sido demasiado por asimilar de golpe. Aun así, su madre era una mujer muy fuerte, y no terminaba de entender qué le pasaba, a menos que Allison le hubiese hecho algo.

—¡La reunión ha terminado! —decretó.

—¡No!... Quiero hablar con Allison —dijo su madre sin fuerza en la voz.

—No estás en condiciones de seguir hablando de nada —apuntó su hijo a su lado—. Ahora debes descansar, madre —añadió ayudándola a levantarse. Cuando Caleb comenzó a girarla para llevarla al interior de la casa, Pony agarró con fuerza una de las manos de Allison.

—Eres bienvenida a esta casa y a esta familia, Allison. Siento por todo lo que has debido pasar, pero ahora somos tu familia. Tú bebé y tú... —dijo posando una mano temblorosa sobre su vientre, emocionada comenzó a llorar —... lo sois. Por favor, permíteme visitarte pronto.

—Por supuesto que sí —le dijo Allison tomando sus manos—. Por supuesto que sí. Por eso he venido, quiero que mi bebé tenga la familia que yo no tuve. Pero tranquila, ahora debe descansar. Seguiremos hablando en otro momento.

Caleb le dirigió una mirada helada, pero Allison la ignoró deliberadamente y entonces él se limitó a acompañar a su madre hasta el interior de la casa.

El camino de regreso, lo hicieron en un incómodo silencio. Allison hubiese preferido casi que él la acusara de las mil atrocidades que quisiera inventar sobre ella, a verla con las mandíbulas apretadas y la mirada furiosa. Parecía a punto de estallar en cualquier momento, pero no saber cuándo sería la mantenía en tensión como si caminase por un campo de minas. No sabía lo que le pasaba a Caleb con ella, pero empezaba a estar cansada. Apenas se conocían, y ya había demasiadas cosas entre los dos. Intentó dejar de pensar

en él y centrarse en cómo había ido el encuentro con Pony, y fue aún peor. Cuando la vio en el porche sonriéndole había despertado en ella la esperanza de que el encuentro transcurriese como en sus sueños; entrañable, tierno, esperanzador y nostálgico ante los recuerdos de James, pero nada de eso había pasado. Si bien Pony le había dado la bienvenida a la familia, todo lo demás había sido extraño, dentro de un ambiente de misterios, secretos e intrigas. De hecho, Pony le había preguntado si no sabía algo... ¿Qué debía saber? ¿Qué no le había contado James? ¿Por qué este no le había dicho a su familia que estaba casado con ella? ¿Por qué le mintió sobre el libro? ¿Qué había pasado entre su marido y Caleb? Decenas de preguntas se agolpaban en su mente volviéndola loca.

—Ya hemos llegado —le avisó Caleb deteniendo el *Jeep* frente a la puerta de su casa.

Allison lo miró y lo vio salir rápidamente del vehículo y rodearlo con una agilidad inusual en un hombre de aquel tamaño. Le abrió la puerta con una cortesía que no esperaba. Se preguntó si el cambio repentino se debía a que él ya había asimilado que ella llevaba en su interior al bebé de su hermano. Pero la expresión de Caleb, aunque menos tensa, seguía sin descifrarle nada sobre lo que pensaba.

Allison bajó del vehículo y le dio las gracias en un susurro, pasó por su lado y sintió como se le erizaba la piel. Apresuró el paso hacia la entrada de la casa, pero cuando aún no había abierto la puerta, sintió el calor del cuerpo de Caleb pegado al suyo y se giró sin aliento.

Caleb había pasado todo el camino intentando digerir los acontecimientos transcurridos en su casa. Cuanto más pensaba en ellos, más confuso estaba. Tendría que tener una conversación con su madre en cuanto esta se sintiese mejor. Una conversación que le aclarase qué había querido decir con aquellas frases, esas preguntas, ¿Qué era lo que la afectaba tanto de Allison? Tal vez así podría entender también qué era lo que ella provocaba en él, el descontrol que sentía a su lado. La noticia de que iba a ser tío, además, lo complicaba todo de manera enorme. Si ya era horrible sentirse atraído de esa manera incontrolada por la viuda de su hermano, era mucho peor sabiendo que ella gestaba en su interior a su hijo. Pero cualquier pensamiento de aquellos que lo habían atormentado por el camino, habían desaparecido cuando ella pasó por su lado al salir del *Jeep* y sus brazos se rozaron. Sin ser consciente de ello se vio siguiéndola hasta la entrada de la casa y acercarse a ella como si su cuerpo necesitase su calor. Cuando Allison se giró y lo miró con aquella

mezcla de sorpresa e incomprensible anhelo, como el suyo, dejó de pensar. Acercó su rostro al femenino deteniéndose a unos milímetros de sus labios.

—¿Qué clase de hechicera eres? —le susurró contra los labios.

Allison recibió su aliento como una caricia íntima y deliciosa. Contuvo la respiración guardando en sus pulmones el aliento de él como un tesoro. Estaba asustada, excitada, descontrolada, pero no se movió.

—¿Qué me estás haciendo? —volvió a preguntar acercándose aún más, provocando que esta vez sus labios sí se tocaran con el movimiento.

Un pequeño gruñido escapó de los labios de Caleb. Allison sintió despertar de nuevo cada célula de su cuerpo ante su contacto. Era la sensación más sobrecogedora que hubiese experimentado jamás. Él posó de nuevo los labios sobre los suyos, en un beso íntimo y tierno, en nada parecido al primero que se dieron, como queriendo memorizar el contacto en la piel sensible y palpitante de sus labios, que se presionaron ligeramente. Las bocas de ambos se abrieron y compartieron el aliento con las frentes pegadas. Respiraron con dificultad y Caleb notó de nuevo como despertaba su parte animal que quería poseerla en ese mismo instante. Luchando con todas sus fuerzas, como si frente a él tuviese al mayor y más poderoso de los guerreros, se apartó de ella.

—Esto no quedará así, Allison, te lo prometo —le dijo antes de marcharse.

CAPITULO 20

CASEY regresó al rancho después de haber pasado el día en el pueblo. Había estado haciendo algunas compras y recogiendo unos paquetes en la oficina de correos. Entre ellos, un sobre grande, amarillo, con rótulos de la escuela de doma con la que llevaba meses soñando, llamó su atención. Hacía tiempo que estaba esperando aquella información. Había deseado muchas veces tener la oportunidad de salir de aquel rancho en el que era constantemente vigilada y comenzar una vida fuera. Pero eso era antes. Desde que besó a Jake, la idea de marcharse de allí se hacía insoportablemente dolorosa. Sabía que lo que habían tenido aquella noche no era más que un espejismo, pues Jake no sabía que la mujer a la que había besado apasionadamente en el bar era ella. En realidad él no sabía nada sobre ella. Un mundo los separaba, había tantas cosas que impedían que algún día pudiesen estar juntos, que su única salida residía en aquel sobre. Poner distancia tal vez sanaría sus heridas con el tiempo.

Jake no solamente la veía como a una niña malcriada, tampoco sabía de su naturaleza salvaje. Muy pocos humanos en aquellas tierras conocían lo que eran en realidad, tan solo los que tenían algún parentesco familiar con su raza, pero el resto vivía en la ignorancia. Caleb había estado en varias ocasiones a punto de revelar a Jake el secreto de su familia, pero, finalmente, había decidido no hacerlo por su propia seguridad. Siempre decía que cuanto menos supiesen aquellos que los rodeaban, mucho mejor. Casey no podía ni imaginar lo que pensaría Jake de ella si supiese que en su interior vivía una loba. Que su naturaleza salvaje podría partirlo en dos en un ataque de furia. Tal vez la mirase con repulsión, con asco, con miedo. O como su hermano James; con rencor, con envidia, con recelo. Jamás lo haría con amor.

Saber que esa era la mayor de las verdades, la única que debía asumir, le rompió el corazón. Había probado la miel de sus labios, pero debía alejarse de allí cuanto antes. Dejó el resto de la correspondencia sobre la mesa de la cocina y encontró una nota de Caleb. Le decía que su madre estaba descansando y le pedía que no la molestara. Se preguntó qué habría pasado en el encuentro con la mujer de su hermano, pero contuvo el impulso de ir a interrogarla. En su lugar, se fue a su cuarto para inspeccionar con detenimiento el contenido del sobre amarillo.

Jake y Caleb llevaban un rato cabalgando en silencio. Sus paseos solían estar plagados de conversaciones sobre el rancho, el funcionamiento, las reses, los caballos... Pero todos los intentos de entablar conversación con su jefe y amigo se habían topado con un enorme muro de silencio que no había conseguido atravesar. Caleb estaba perdido en sus propios pensamientos, y finalmente Jake decidió desistir en su intento. Su jefe parecía tener cosas más importantes en las que pensar, y cosas no muy agradables, pues la tensión de sus hombros, su mandíbula apretada y mirada impertérrita decían a las claras que no estaba de buen humor.

—¿Te has sentido alguna vez atraído por una mujer prohibida para ti? —le preguntó Caleb de improviso sin dirigirle la mirada.

Jake se atragantó con su propia saliva al escuchar aquella pregunta. A duras penas consiguió negar con la cabeza. Estaba mintiendo bellacamente, pero por nada del mundo le confesaría a su jefe los pensamientos pecaminosos que tenía con su hermanita. Caleb era un buen hombre; honesto, trabajador, honrado y... protector, en especial con su hermana. Había visto sacar del rancho a patadas a más de un moscón de los que rondaba a la princesa. No quería imaginar qué le haría a él si supiese que la había besado y que en su mente vagaban todo tipo de escenas indecorosas cada vez que la sentía cerca. Podían ser amigos, respetarse, pero por eso no dejaba de ser tan solo el capataz.

¿Se habría dado cuenta su jefe de cómo miraba a Casey?

—Pues tienes suerte, amigo. No creo que haya algo tan frustrante como saber que jamás tendrás a la persona que deseas —continuó hablándole éste.

—Imagino que sí —consiguió contestar Jake—, por suerte no es mi caso —volvió a toser.

Caleb detuvo el caballo y lo miró durante largos segundos.

—Lo siento, Jake, creo que últimamente no tengo la cabeza en mi sitio. Mejor dejamos el paseo, ¿te parece?

—Claro, tranquilo —dijo Jake sin entender qué le pasaba.

Caleb asintió con la cabeza y se marchó en dirección al rancho. Jake se quedó allí un rato, mirando al horizonte. No sabía a cuento de qué Caleb le había hecho esa pregunta, si sabía o no las cosas que le provocaba su hermana, pero una cosa estaba clara, Casey era una mujer prohibida para él y tenía que asumirlo. Tenía que dejar de hacerse el encontradizo con ella por el rancho, de buscar discutir para verla encendida y prestándole atención, de soñar con

volver a besar sus carnosos y deliciosos labios... Necesitaba una cerveza, decidió. Beberse un barril y ahogar la imagen de la chica de su mente. Sacudió la cabeza un par de veces como si con aquel gesto fuese a conseguirlo y decidió marcharse al bar.

Cuando Casey entró en el bar, le sorprendió la cantidad de gente que ya había allí sin haber entrado la noche. Había visto a Jake salir del rancho y, aunque sabía que no podría tener nada más con él, no había podido resistir la tentación de seguirlo hasta allí y despedirse de él con un último encuentro. No quería alejarse definitivamente de él sin haber probado sus labios de nuevo, así que ni corta ni perezosa se había plantado allí con su peluca, unos vaqueros ajustados y un top negro. Dejó el coche aparcado detrás del establecimiento para que no lo pudieran reconocer y entró en el local buscándolo con la mirada. Lo encontró en la barra, apoyado de espaldas a la superficie de madera y mirando la pantalla de plasma que había en la pared en la que retransmitían un partido de fútbol. Bebía de su cerveza hasta que la vio entrar y entonces se detuvo. Su primera reacción pareció de sorpresa, pero después una sonrisa se dibujó en sus preciosos labios y ella creyó morir en ese instante. Jamás había conocido a un hombre tan terriblemente sexy. Se acercó a él lentamente, durante todo el camino sus miradas estuvieron unidas como si no hubiese nadie más en ese bar, solo ellos, y llegó hasta él.

Jake fue a decirle algo, pero ella se lo impidió posando un dedo sobre sus labios. Se colocó entre sus piernas y se pegó a él. Pasó uno de sus brazos alrededor de su cuello mientras con el dedo dibujaba sobre sus labios, perfilándolos, grabando su contacto en las yemas de los dedos, bajó y realizó la misma operación con el contorno de su mandíbula cuadrada y masculina. Lo miró a los ojos y vio como él la miraba embelesado. Aquella era la mirada con la que lo quería recordar el resto de su vida. Como si no hubiera otra mujer para él. Y lo besó. Posó los labios sobre los suyos y el mundo pareció estallar en mil pedazos para ella. Volvió a sentir, como la primera vez, que la sangre se agolpaba corriendo en un torbellino que la dejaba ciega, sorda de deseo. Sus lenguas bailaron en una danza hipnótica e insaciable donde cada caricia contaba como única. Jake la rodeó con fuerza y la pegó a él como queriéndola atrapar entre sus brazos para siempre y ella se dejó acariciar a pesar de no estar solos, a pesar de que el resto del mundo los observase. Casey solo podía pensar en las manos de Jake recorriéndole la espalda, bajando hasta su trasero y aprisionándolo con sus palmas contra él. Su sexo

comenzó a palpar desenfrenado, caliente y exigente como nunca antes había estado y Casey supo que no encontraría anhelo mayor en su vida que el de ser suya por completo.

—Te he esperado tanto tiempo —le dijo él separando sus labios y apoyando la frente en la de ella. La abrazó temiendo que se fuese otra vez.

Casey creyó morir al escuchar esas palabras y una lágrima se derramó por su mejilla sin contención. «¿Por qué amar tiene que ser tan doloroso?», pensó. Lo volvió a besar, no quería que él hablara, no quería pensar en el sabor a despedida de aquellos besos, solo grabarlos en sus labios, en su corazón para siempre. Él la devoró con la misma ansia que la consumía a ella, pero se volvió a separar.

—Tenemos que hablar —le dijo al oído. Y ella se estremeció de los pies a la cabeza. No quería hablar. No quería inventar excusas, no quería ser otra persona, solo ella con él.

Él la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo. Su mirada azul e infinita la hipnotizó por unos segundos, pero finalmente se obligó a retirarla.

—Por favor —le rogó él. Pero Casey sabía que con quien quería hablar él era con la chica de la peluca y algo se encogió en su interior.

En ese momento un chico se acercó a Jake y le dio una palmada en el hombro con fuerza.

—¡Jake, tío! —le dijo el recién llegado. Casey lo observó de soslayo y reconoció al vaquero como uno de los trabajadores del rancho. Desvió la cara inmediatamente para no ser reconocida.

—Invítame a una cerveza —le dijo el tipo evidentemente ebrio.

—Tunner, lárgate de aquí, estoy ocupado —fue la respuesta de Jake. Su tono era seco e indicaba a las claras que estaba molestando. Pero el otro, demasiado borracho, no se dio por enterado e insistió.

—Solo una cerveza, tío. Mi mujer me ha echado hoy de casa, necesito otra birra —volvió a pedirle, pero está vez el tipo perdió el equilibrio y fue a caer sobre ella. Jake la apartó rápidamente del hombre poniéndola a su espalda y enfrentándose a él.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Lárgate de aquí! —le dijo empujándolo para apartarlo—. Tu mujer no te habría echado si no estuvieses todo el día borracho —lo acusó.

El hombre se revolvió y fue a por él, pero Jake le dio un puñetazo y lo tumbó en el suelo.

—Lléváoslo de aquí —ordenó Jake a otros dos vaqueros que lo

acompañaban, uno de ellos trabajaba también en el rancho y se apresuró a recoger a su amigo del suelo. Cuando Jake se dio la vuelta, Casey ya no estaba.

CAPITULO 21

CUANDO JAKE vio que Casey había desaparecido del bar, algo mayor que la decepción se instaló en su pecho. La noche que la había llevado hasta su cuarto, al ver la peluca, supo que era ella la chica rubia del bar que lo había vuelto loco con solo un encuentro. De hecho, no había encontrado explicación a tal obsesión hasta que supo que Casey y ella, eran la misma mujer. Y entonces algunas preguntas comenzaron a formularse en su cabeza. ¿Por qué lo habría hecho ella? ¿Qué la había llevado a plantarse en aquel bar con la peluca rubia y tener aquel encuentro con él?

Primero pensó que se había intentado burlar de él, pero no había hecho mención alguna a aquel encuentro desde entonces. Y una idea paseó por su mente aliñada con una tibia esperanza, ¿y si él le gustaba de verdad? Ante aquella posibilidad su corazón comenzó a latir frenéticamente. Casey llevaba meses, años invadiendo sus sueños, ocupando sus fantasías, cambiándole el humor y torturándolo con cada uno de sus desplantes. Siempre había pensado que ella lo despreciaba, lo veía como alguien inferior a ella, pero ¿y si no era así?

Con el paso de los días las dudas se habían hecho cada vez mayores, las preguntas sobre qué buscaría ella. No pensaba ser el juguete de la princesa. Estaba claro que ella se sentía atraída por él, pero si pensaba que estaría dispuesto a dejarse engatusar y abandonar por ella, no lo conocía en absoluto. Había llegado a convencerse de que la noche que se besaron había sido un espejismo. Ella había ido a buscarlo, pero no había vuelto a hacer nada por estar con él, hasta esa noche. Cuando la vio entrar en el bar, su corazón se paró en seco. Estaba preciosa, aunque estaba deseando quitarle aquella peluca rubia y enredar los dedos en la cascada de seda color azabache que le confería aquella apariencia salvaje que tanto le gustaba en ella.

No pudo evitar que la alegría de verla allí se transformase en una sonrisa invitadora, y cuando ella se acercó a él, con aquellos movimientos de gata, elegantes y sexys casi estuvo a punto de subírsela al hombro, sacarla de allí y llevarla a un lugar privado y hacerla suya sin más juegos, más encuentros “casuales”, más peleas entre ellos. Suya, eso era lo que quería, que fuese suya. Aunque le costase el trabajo, la amistad con Caleb y, posiblemente más de un hueso roto, solo quería a esa mujer que se le había clavado en el alma poquito

a poco, pero que lo había marcado como suyo como se hace con las reses, a fuego, en la piel, en cuanto sus labios se posaron en los de ella. Y decidió que era exactamente lo que haría, iría a buscarla al rancho y aclararía las cosas. Y después la haría suya, para siempre.

Caleb estaba sentado en uno de los grandes sillones de cuero del salón tomando una copa de bourbon que le ayudase a calmar la angustia que habitaba en su interior desde que Allison se cruzó en su camino, cuando la puerta trasera de la cocina se abrió. No esperaba a nadie pues tanto su madre como su hermana estaban en sus cuartos y Jake había ido a tomarse unas cervezas. El resto del personal del rancho no estaba autorizado a acercarse a la casa. Se levantó del sillón y se dirigió a la cocina con sigilo. Se escuchaban ruidos de cajones que se abrían y cerraban. Cuando encendió la luz, un grito agudo y femenino inundó el espacio.

—¡Joder, Caleb, me has dado un susto de muerte! —le dijo su hermana llevando una mano hasta el corazón.

—¿Qué hacías fuera? ¿De dónde vienes? ¿Y por qué llevas esa ridícula peluca? —le preguntó su hermano con cara de pocos amigos.

Casey se dio cuenta entonces de la pinta que debía tener para su hermano. Y dar una respuesta a aquellas preguntas no era sencillo.

—Solo he ido a dar una vuelta...

—Una vuelta, sola, de noche y disfrazada... —apuntó su hermano alterando ya su tono de voz—. ¡Dios mío, Casey! ¿Por qué tienes que ser tan irresponsable? ¿Sabes los peligros que corres ahí fuera?

Casey se sintió encender, estaba harta de aquella sobreprotección de su hermano. De vivir en esa jaula de oro que no la dejaba respirar, que la asfixiaba.

—¡Estoy harta ya! —le gritó a su hermano.

Caleb la miró sorprendido.

—¡Ya no puedo más! ¿Me oyes? Siempre estás hablando de los peligros que corro ahí fuera. Yo podría partir en dos a cualquier tipo que se metiera conmigo. Deberían temerme a mí, no yo a ellos —dijo mientras sus ojos conferían el aspecto de las llamas incandescentes.

—Casey, no son los humanos los que me preocupan, no somos la única raza sobrenatural que hay en la faz de la tierra. Tenemos enemigos...

—El único enemigo que tengo yo eres tú, que no me dejas ser feliz, no me dejas vivir. ¿Crees que como Jefe de la manada, Dios todo poderoso puedes

impedirme que haga lo que deseo?

Caleb sintió la furia acrecentarse en su interior hasta hacer peligrar su control. Casey se estaba pasando, ella no era consciente de los peligros que poblaban el mundo, de las cosas de las que intentaba mantenerla a salvo, pero no podía consentir semejante sublevación.

—Casey, te lo advierto, no sigas por ahí... —le dijo acompañando sus palabras con un poderoso gruñido.

Casey se amilanó un segundo, pero volvió a la carga.

—¿O qué? ¿Me castigarás? ¿Me encerrarás? ¡No tengo miedo! Prefiero marcharme de aquí, como hizo James, a seguir viviendo bajo tu yugo.

Aquel fue el límite que Caleb pudo soportar. En cuanto su hermana menor nombró a James y su marchar, el dolor se apoderó de él, de su control y de su cuerpo y en cuestión de segundos su hermana lo vio transformarse en el gran y poderoso lobo que era. Alcanzó tres veces su envergadura como humano, su pelaje negro, sus ojos ambarinos, su enorme boca de fieros y afilados dientes. Todo en él era un arma letal. La más poderosa que ella hubiese visto jamás. Haber desafiado a su hermano había sido la mayor locura que había cometido en su vida, pero llegados a ese punto no podía amilanarse y su cuerpo reaccionó a la transformación de su hermano con la suya propia, enfrentándose a él como la poderosa loba que era. Su pelaje gris brillaba bajo las luces de la cocina. Agachó la cabeza y erizó el lomo gruñendo. El espacio de la amplia cocina de repente se tornó minúsculo para los dos grandes lobos. Los gruñidos de ambos hicieron retumbar la casa hasta los cimientos. Caleb estaba a punto de caer sobre su hermana y darle una lección cuando alguien los interrumpió.

—¡Deteneos inmediatamente! —dijo Pony colocándose entre los hermanos con los brazos extendidos.

Ambos siguieron gruñéndose desde sus sitios.

—¡No os lo volveré a repetir! Solucionaremos esto porque sin duda, una falta como esta no puede quedar sin consecuencias —le dijo Pony a su hija que bajó la cabeza—, pero ahora vamos a necesitar estar más unidos que nunca. El peligro se acerca como la oscuridad de esta noche. Calmaos y sentaos, porque lo que tengo que contaros cambiará nuestras vidas para siempre.

Los dos hermanos se miraron y siguieron a su madre hasta el salón.

Jake tras la ventana de la cocina, agazapado entre las plantas de Pony, no podía creer lo que acababan de ver sus ojos. Al acercarse a la casa había

escuchado gruñidos que provenían del interior y se asomó a la ventana justo a tiempo de ver como Caleb, tras gruñir a su hermana, se convertía en un lobo enorme y negro. Creyó estar teniendo una alucinación, pero aun así había estado a punto de entrar para protegerla cuando ella se transformó de igual manera ante sus ojos.

Se quedó clavado en el sitio, atónito y sin poder dar crédito a lo que acababa de ver. No sabía qué sentir al respecto. La mujer por la que había estado a punto de jugárselo todo se había convertido en loba ante sus ojos. Su jefe y amigo, también. ¿Qué clase de criaturas horribles eran? Sintió como la vida se le iba del cuerpo en aquel momento. Y salió despavorido de allí.

—¿Cómo que es una Portadora? —preguntó Casey a su madre después de transformarse y sentarse ambos hermanos en el salón—. ¿Qué es eso?

Caleb lo sabía y enterró el rostro entre las manos... «Una Portadora», pensó mientras oía a su madre explicar a su hermana la naturaleza sobrenatural de su cuñada. Él había escuchado las historias de aquellas criaturas cuando era niño. James y él lo habían hecho. Los seres con los poderes más ansiados por las razas. Las portadoras durante milenios habían sido perseguidas, capturadas, explotadas, violadas y usadas para engendrar a los hijos más poderosos de las especies. Por eso mismo habían llegado a esconderse utilizando todos los medios mágicos a su alcance para ponerse a salvo de la degradación, la avaricia, el ansia de poder y destrucción de las razas. Eran seres poderosos y a la vez enormemente frágiles pues su poder residía en su gestación. No tenían poderes activos que les ayudasen a luchar contra sus enemigos. Y Allison era una de aquellas criaturas exquisitas, única y frágil que todos ansiaban. Y su hermano la había puesto en el punto de mira. Ni un ejército podría protegerla si era descubierta ante el resto de las razas. Comenzaría una guerra entre ellas para hacerse con ella como preciada posesión.

La decepción y rabia más absoluta crecieron en él hacia su hermano. ¿Cómo había podido ser capaz de hacer algo así? La repulsión que aquella idea le provocaba amenazó con hacerlo vomitar.

—Y James la ha utilizado, ¿para qué? ¿Qué quería conseguir? ¿Engendrar el semidios más poderoso en milenios? —preguntó Casey atónita.

—No —dijo Caleb levantándose—, James nunca quiso progenie, quería poder. Iba a matar a su propio hijo para beber su sangre y adquirir así el poder que tanto ansiaba.

La expresión de horror de Casey fue el reflejo de lo que él sentía en su interior ante la idea, pero no tenía duda de que era así.

—No puede ser... James... Mamá, ¿tú también lo crees? —preguntó su hermana no queriendo dar crédito.

Su madre se limitó a asentir con la cabeza mientras las lágrimas resbalaban por su rostro desencajado de dolor. Pony llevaba horas llorando, intentando asumir los actos de su hijo, pero no había podido hacerlo ante aquella barbarie.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y qué vamos a hacer? El hijo que Allison lleva en su interior es de James, no podemos dejarla a merced de las razas —preguntó con angustia.

—Lo sé —dijo Caleb en tono impasible—. Si la dejásemos sin protección le arrebatarían el bebé para sacrificarlo y beber su sangre tal y como quería hacer James, y después la obligarían a engendrar otra criatura superior. No podemos consentirlo. No lo consentiré. Yo me ocuparé de todo —dijo con fiera determinación y, ante la mirada estupefacta de su madre y su hermana, se marchó de allí.

CAPITULO 22

CALEB miró su móvil, sorprendido ante el mensaje que acababa de recibir de Jake, su capataz. En este le decía que debía ausentarse unos días. Nada más, sin más explicación que aquella, se había marchado del rancho. No sabía lo que le había podido pasar a su amigo, pero debía ser algo urgente si había tomado la decisión de manera tan precipitada. Lo llamó por teléfono mientras detenía su *Jeep* en la puerta de la tienda de Sally, pero Jake no se lo cogió. Lo volvió a intentar por segunda vez, pero al ver que no contestaba cesó en su empeño. En cualquier otra circunstancia habría vuelto hasta el rancho para averiguar qué había pasado, pero en aquellos momentos tenía cosas más importantes en las que pensar que la marcha de su capataz por unos días.

Miró hacia la puerta del establecimiento de Sally y recordó la primera vez que había visto a Allison, la primera vez que la tuvo en sus brazos. Una descarga lo recorrió ante el recuerdo de las sensaciones que ella provocaba en él. Recordó su rostro pálido y sus labios semiabiertos en queda invitación a ser besada. Se preguntó si aquellas reacciones incontroladas, ese poder que parecía ejercer ella en él, tenían que ver con su naturaleza mágica. Desechó esa idea de manera inmediata. Allison había sido protegida para que no llamase la atención entre las razas. Aun así, su hermano había conseguido dar con ella. ¿Cómo lo había hecho? ¿Habría contado con la ayuda de alguien? De ser así, el peligro de ser expuesta era mayor si cabía. Tenía que averiguar todas aquellas cosas.

—¡Caleb! —lo llamó Sally saliendo de su tienda y haciéndole señales para que se acercara. Él lo pensó unos segundos, tenía que solucionar muchas cosas aquella mañana, pero Sally era una buena amiga, finalmente bajó del vehículo prometiendo no entretenerse demasiado con aquella parada.

—¡Hola, Sally! ¿Qué tal estás? ¿Qué tal Melania? —le dijo entrando en el establecimiento pasando por su lado.

—Bien, hecha una princesa, creciendo por momentos —le dijo ella con una sonrisa que evidenciaba las alegrías que le proporcionaba su pequeña—, y la tienda bien, luchando, como siempre.

—Bien —dijo Caleb con una escueta sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó ansioso por seguir su marcha.

—Sí, no te entretengo. Tú madre me pidió unas semillas especiales para el

huerto hace unos días. Me llegaron ayer. Iba a llamarla para decírselo, pero al verte pensé que se las podías llevar tú, ¿te importa? —le preguntó con una sonrisa.

—Claro que no. Dámelas, yo se las llevo.

—Bien, espérame un momento, las tengo en la trastienda —le dijo dirigiéndose hacia allí.

Caleb se quedó esperando hasta que vio al fondo de la tienda una pequeña cuna de madera de apariencia antigua. Miró hacia la puerta que comunicaba con la trastienda, no se veía a Sally, por lo que decidió echar un vistazo a la pieza. Se acercó a ella mientras el tintineo de la campana anunciaba la llegada de nuevos clientes. Las voces de las dos mujeres llegaron hasta los oídos de Caleb mientras este acariciaba la madera de la pequeña cuna.

—¡Es una fresca! Carol me ha contado que ayer la vio llegar a su casa acompañada de Caleb, y allí se besaron —dijo una de las mujeres bajando el tono al pronunciar estas últimas palabras, pero él tenía un oído sobrenatural y llegaron hasta él con claridad.

—¡Qué poca vergüenza! Hace pocos meses que ha muerto su marido y ya se está liando con su cuñado, jamás he visto tanta desfachatez. A eso en este pueblo lo llamamos de una manera...

La sangre de Caleb comenzó a bullir abrasándolo por dentro. Aquellas estúpidas mujeres estaban insultando a Allison por su culpa; él no había podido resistir la tentación de besarla el día anterior y ahora ella pagaba las consecuencias.

—...Pues se va a enterar. No queremos forasteros de esa calaña en este pueblo —dijo una de ellas.

—Ni yo gentuza como ustedes en mi tienda —les contestó Sally saliendo de la trastienda cargada con sus semillas.

—¿Cómo dices? —preguntó una de las mujeres levantando la nariz muy altiva e incrédula ante las palabras que estaba oyendo.

—Que quiero que salgan de mi tienda inmediatamente. Allison es mi amiga y una de las mejores personas que he conocido jamás. Y ustedes, urracas, alimañas que se dedican a alimentar sus pobres vidas criticando las de los demás, me dan pena y no las necesito entre mi clientela.

Caleb se sintió agradecido con Sally por la defensa que había hecho de Allison y salió al pasillo a la vista de las mujeres. Cuando vieron que Sally miraba en su dirección, ellas la imitaron y al ver a Caleb allí parado, con mirada furiosa y amenazante, salieron corriendo del local.

Caleb apretó los puños y cerró los ojos intentando contener apenas la furia que bullía en su interior. Habría destrozado a aquellas mujeres, pero lo peor era la culpa. Sabía las consecuencias de vivir en un lugar como aquel en el que todo el mundo se conocía. Sabía lo que vendría a continuación. Allison ya había sufrido y estaba en peligro por su familia, y ahora él le complicaba la vida allí por no poder controlar lo que sentía por ella.

—Caleb... —lo llamó en un susurro Sally que lo veía hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para controlarse.

—Lo siento, Sally... Y gracias—le dijo antes de marcharse.

Allison había pasado la mañana en compañía de Lucy, en la librería. La chica estaba resultando ser de una gran ayuda a la hora de documentarse para su novela. Era una gran aficionada a las razas oscuras y seres sobrenaturales, como ella, y no le había costado nada entender por dónde quería llevar ella la novela. Habían pasado más de tres horas hablando de razas y características de las mismas y le sorprendió lo mucho que se había documentado la chica sobre ellas. Por su aspecto gótico, ya había imaginado que le gustaría el tema, pero no sospechó que tanto. Era una chica misteriosa y solitaria, y una parte de Allison se veía reflejada en ella cuando era más joven. En ocasiones le había dado la impresión de que ocultaba algo, pero todos tenían sus secretos, y terminó por pensar que aquella pose misteriosa de la chica no era más que parte de su imagen gótica y oscura.

La mañana había sido muy productiva en cuanto a trabajo y la había ayudado a relajarse un poco con respecto a los acontecimientos del día anterior, hasta que llegó a su casa. En el interior del porche, sentado en los escalones, la esperaba Caleb. Nada más verlo allí, vino a su mente la imagen de la fotografía que le diera el señor Cousin. Caleb, a pesar de los años, seguía manteniendo la misma expresión seria, aunque en aquella ocasión también parecía atormentada. Abrió la puerta del jardín tomando aire. No sabía para qué iba él a visitarla, pero en todas las ocasiones anteriores, los encuentros habían sido cuanto menos inquietantes. En cuanto él la vio junto a la puerta se levantó y su visión enorme y sobrecogedora ocupó todo su campo de visión. Aquel hombre era impresionante en todos los sentidos. Se detuvo ante él.

—¿Qué haces aquí, Caleb? —A pesar de que su tono no era de bienvenida, Caleb sintió como le llegaban sonidos al pronunciar su nombre, como una caricia a través del aire, y sonrió.

Aquel gesto paró el corazón de Allison en seco y se vio obligada a mantener

la mirada unida a la de él.

—Tenemos que hablar —le dijo él.

—Si vienes a responsabilizarme del estado de tu madre...

—No, tú no tienes la culpa de nada —le dijo él con vehemencia. Y Allison se sorprendió más por su tono que por el comentario.

—Entonces... —quiso saber ella que no imaginaba qué podría querer él ya que hasta ese momento se había dedicado a culparla, increparla y acusarla de todo cuanto pasaba por su mente.

Lo vio mirar a un lado y a otro observando la calle.

—De veras que necesito hablar contigo y no quiero hacerlo a la vista de todos. Te prometo que no vengo a culparte de nada. Vengo en son de paz —dijo levantando las palmas de sus manos para dar más énfasis a su palabras.

Allison pensó en lo aterciopelada que sonaba su voz cuando no estaba cargada de furia y se estremeció.

—Por favor... —pidió él, y ya Allison no pudo resistirse.

Terminó de subir las escaleras y lo vio apartarse dejándole espacio para pasar de manera que sus cuerpos no se rozasen lo más mínimo. Ella fue hasta la puerta y abrió con Caleb a su espalda, pero a cierta distancia. Entró en la casa y lo invitó a seguirla hasta la cocina.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó sacando una botella de agua fresca de la nevera.

—No, gracias —dijo él observándola. Allison llevaba un vestido corto, a la mitad del muslo, en tonos verdes que resaltaban sus increíbles ojos. La piel perlada por una fina capa de sudor, debido a las altas temperaturas, brillaba de un modo sexy y arrebatador. La vio beber de su vaso y observó cómo estiraba el cuello, fino y elegante. Sus pechos se elevaron bajo la tela del vestido; llenos, abundantes... Una gota de agua fría resbaló de sus labios y acarició su piel haciendo un surco desde su barbilla hasta sus pechos, perdiéndose en el interior de la tela, y se le secó la boca.

—Cásate conmigo —se oyó decir así mismo. Había ido hasta allí para pedirselo, pero su plan conllevaba previa una larga conversación en la que la convencería de que por su bien y protección debía acceder a casarse con él. Sin embargo, una vez más, ante su presencia, cualquier pensamiento racional dejaba de existir para él.

Allison se atragantó con el agua y comenzó a toser mientras lo miraba con ojos desorbitados.

—Los siento, no debí decírtelo así —se acercó Caleb hasta ella para

comprobar si estaba bien.

—¿Qué no debiste decírmelo así? —le dijo ella atónita.

—Sí, tenía preparado un discurso argumentativo antes...

—¡Dios mío! ¡Estás loco! ¿Qué discurso habría argumentado una pregunta como esa? —le dijo apartándose de él, asustada y confusa.

—Allison, no pretendo hacerte daño, de veras que no. Al contrario, quiero protegerte. De la gente de este pueblo, de todos los peligros que se ciernen sobre ti...

—No sé de qué me hablas...

Caleb no sabía si debía contarle toda la verdad sobre él, su hermano, sobre lo que él había hecho con ella, sus planes. Y no se vio capaz de infringirle semejante dolor.

—Las personas del pueblo hablan sobre nosotros, sobre ti... Nos vieron besarnos —dijo él como si aquella fuera explicación suficiente.

—Claro, y pensaste que si me casaba contigo, con mi cuñado, ¿cesarían las habladurías? ¿Pensaste que esa era la forma de protegerme de los chismes? ¿Qué casándome contigo mis problemas de integración en este pueblo se acabarían y que por eso yo accedería sin problemas?

Caleb tuvo que reconocer que, dicho de aquella manera, parecía una idea estúpida, aunque él sabía que no era así. Si ella se casaba con él, para empezar, estaría obligatoriamente protegida por los miembros de su raza. Mantenerla a salvo sería mucho más sencillo si podía contar con un ejército para hacerlo.

—No es exactamente así, pero tienes que confiar en mí. Es lo mejor para ti —dijo acercándose a ella.

Allison dio un par de pasos atrás intentando evitar que él la tocara.

—¡No te acerques a mí! —le ordenó.

Caleb siguió aproximándose.

—Por favor... —le rogó ella en un susurro, pero él no se detuvo. La tomó en sus brazos sin mediar palabra y la besó como había estado deseando hacer desde que la vio en la puerta. Tal vez sus palabras no fuesen muy coherentes, pero lo que había entre los dos podría ayudarlo a convencerla de que estuviese a su lado. La rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo donde se acopló a la perfección. Era una mujer menuda a su lado y la elevó en el aire levantándola con suma facilidad. En cuanto sus labios estuvieron en contacto, Allison le rodeó el cuello con los brazos, los abrió y él la invadió bebiendo de ellos como si nada más importara, más que le sabor de sus besos, la caricia

de su lengua. Allison enredó los dedos en su pelo y él la sentó sobre la encimera de la cocina, con las piernas abiertas, se colocó entre ellas y la pegó a él. Allison gimió frente a su boca, y él comenzó a besarla en el cuello, aspirando el delicioso aroma de su piel, surcando caminos de fuego con su lengua. Con una mano la sostuvo junto a él y con la otra comenzó a acariciar la cremosa piel de su muslo. Pero quería más, tomó el filo del vestido y lo desgarró haciendo saltar la fila de pequeños botones que lo mantenían cerrado. Ante él apareció la visión espectacular y estremecedora del cuerpo de Allison cubierto tan solo por unas diminutas braguitas y un sujetador que apenas conseguía contener sus exuberantes pechos. Un gruñido escapó de su boca expresando la excitación en la que estaba sumergido, la mayor que hubiese sentido jamás. Necesitaba serenarse si no quería transformarse delante de ella.

—Allison... Allison... Necesito un minuto —le susurró junto a la boca mientras tomaba su rostro entre las manos y apoyaba la frente sobre la suya.

Allison compartió su aliento entrecortado y sintió que no quería estar en ningún sitio más que allí. Era como si toda su existencia hubiese estado dirigida a llevarla hasta él. Aquel pensamiento la aterrorizó. Subió las manos hasta las de él intentando que la soltase.

—Esto no puede ser... —dijo mirándolo a los ojos.

—No lo digas, no nos separen. Por favor...

Las palabras de él la atravesaron.

Allison no entendía lo que le estaba pasando. ¿Qué poder ejercía aquel hombre en ella? Estaba viuda desde hacía pocos meses, pero solo pensaba en Caleb. ¿Qué había pasado con el amor que profesara a su marido? ¿Qué había pasado con su vida desde que llegó hasta allí? Necesitaba pensar, pero no podía hacerlo mientras él la siguiese tocando.

—Necesito pensar... No entiendo lo que pasa entre nosotros. No sé qué quiero ni lo que quieres tú de mí. Solo sé que no me reconozco, que estoy embarazada del hijo de tu hermano, mi marido. Y que esto... no está bien.

Caleb se apartó al escuchar sus palabras y ella aprovechó para bajar de la encimera y poner distancia entre ellos, cerrándose el vestido como pudo y cruzándose de brazos.

—Las cosas no son como tú piensas...

—Pues explícamelas —le pidió—. Hablas como si supieses cosas que yo desconozco. Explícamelas. ¿Tiene algo que ver con la reacción de ayer de tu madre?

Caleb la miró suplicante, y Allison se conmovió.

—No puedo, de verdad que no puedo hacerte esto —le dijo Caleb. Su mirada era atormentada.

—Pues entonces será mejor que nos detengamos aquí —le dijo ella alejándose más de él—. No puedo con esto ahora. Necesito alejarme de ti y pensar. Por favor, no vuelvas a visitarme —le dijo y sus propias palabras se clavaron en su corazón desgarrándolo dolorosamente.

Caleb la miró por largos segundos. Pasó por su lado y cuando estuvo junto a ella le acarició la mejilla con ternura. Depositó un beso en su frente sin romper el contacto y finalmente se separó de ella y se marchó.

CAPITULO 23

HACÍA casi una semana del encuentro entre Caleb y Allison. Una semana, una vez más, en las que los sueños extraños ocupaban sus noches, y Caleb, James y su bebé, los días. Había trabajado, se había reunido con las chicas en la peluquería y la librería para el club de lectura, al que ya pertenecían ocho mujeres, y había intentado llevar una vida lo más normal posible a pesar de las miradas de las mujeres del pueblo, los comentarios a sus espaldas, las llamadas siniestras en mitad de la noche y un pájaro muerto que encontró en el felpudo de su casa. Empezaba a estar cansada de aquel acoso injustificado. Porque ella no tenía que dar explicaciones a nadie de su comportamiento, salvo a su conciencia, y esta estaba hecha un lío.

Había intentado sumergirse en las nuevas rutinas de su vida para sobrellevar aquellos acontecimientos, pero la gente era persistente. Aquel día, sin embargo, sería diferente; iba a recibir la visita de Pony y Casey. Por fin iba a conocer a la pequeña de la familia, tenía mucha curiosidad por saber cómo era. Con Pony había mantenido un par de llamadas telefónicas. La primera para excusarse por su indisposición el día que se conocieron, y la segunda para saber cómo estaban ella y el bebé. Allison había ido hacía un par de días a su primera cita ginecológica y todas las pruebas habían dado resultados positivos. El pequeño o pequeña estaba en buen estado. Un poco grande para sus semanas de gestación, y fuerte como un toro. Su ritmo cardíaco había sido como escuchar a un potro galopar y el médico le había confirmado que estaba de dieciséis semanas de embarazo. Su cuerpo iba cambiando visiblemente y ya empezaba a notar una pequeña tripita que le impedía cerrar los pantalones que solía usar cuando llegó al pueblo. Hacía semanas que no tenía náuseas ni mareos y empezaba a encontrarse con algo más de energía. Estaba segura de que si consiguiese descansar un poco más por la noche, se sentiría definitivamente mucho mejor.

Caleb la había llamado también, cada día, pero ella no le había cogido el teléfono. No sabía qué decirle; ¿qué pensaba constantemente en él? ¿En besarlo, acariciarlo, sentirlo a su lado...? No entendía aquellas reacciones. La necesidad. Ella había estado muy enamorada de James, lo había estado, no había sido un espejismo, sin embargo, cada día le costaba más recordar sus facciones, sus gestos, las cosas que los unían y compartían juntos. En cuanto

hacía el esfuerzo de intentar recordar esas cosas, la imagen de Caleb, frente a ella, besándola y haciéndola sentir viva por primera vez en su vida, inundaba su mente. Había estado tentada de contestar sus llamadas cada día, incluso de ser ella la que marcara su teléfono, pero no lo había hecho. Se preguntaba un millón de cosas sobre él; sus gustos, sus sentimientos, sus preocupaciones y desvelos y sobre todo, qué lo había llevado a hacerle aquella inesperada proposición. Si él se hubiese vuelto a presentar en la casa, no sabía lo que habría hecho, pues cada vez le costaba más ponerse excusas para no conocerlo un poco mejor, pero no lo había hecho. Ella le pidió que no volviese y lo había respetado, muy a su pesar, lo había hecho.

El timbre de la puerta sonó, y Allison, que divagaba sobre Caleb nuevamente, se sobresaltó. Su corazón se aceleró instintivamente ante la posibilidad de que fuese él hasta que la abrió. Allí la esperaban, sonrientes, Pony y una bellísima chica de rasgos exóticos y sensuales que no podía ser otra que Casey. Esta, al verla, no lo pudo evitar y fue a abrazarla con efusividad. Allison recibió el gesto con una mezcla de agrado y sorpresa.

—¡Vaya! Me habían dicho que eras preciosa, pero no imaginaba que tanto... Tu pelo es como el fuego —comentó la chica de manera espontánea mientras admiraba su color.

—Bueno, gracias... —contestó Allison sonrojándose. ¿Habría sido Caleb quién la había descrito como preciosa?, se preguntó—. Pasad, bienvenidas, estáis en vuestra casa, nunca mejor dicho —le dijo Allison invitándolas a entrar. Ya sabía que esa había sido la casa de Pony mientras sus hijos fueron pequeños. Al parecer, en aquella época, el padre de los hermanos Connor viajaba mucho, y Pony prefería vivir en dicha casa con los chicos. Solo cuando su marido dejó de viajar, se establecieron en el rancho.

—Gracias por recibirnos —Pony le dio un par de besos en las mejillas de manera afectuosa.

—No, gracias a vosotras por venir. Últimamente no recibo muchas visitas, y es agradable. Además, me quedé muy preocupada por ti después de nuestro primer encuentro. Me alegra saber que ya estás bien.

—Sí, mucho mejor. Imagino que las emociones me pudieron ese día —se justificó Pony con una sonrisa—, pero todo pasó.

Pony miró a su alrededor con una mezcla de añoranza por los tiempos en los que vivió en aquella casa y admirada por los cambios que había hecho Allison en ella.

—Tienes muy buen gusto, está preciosa.

El tono de Pony era de sincera aprobación, y Allison sonrió. Se ofreció a mostrarles la casa y todos los cambios que había hecho. Tanto Pony como Casey admiraron cada nuevo detalle y le contaron anécdotas de los años que vivieron allí según iban recorriendo las habitaciones. A Allison le gustó escuchar aquellas historias, que le permitieron saber un poco más sobre la familia. Cuando terminaron el recorrido, decidieron salir al porche para beber algo fresco.

—¿Qué os apetece? —preguntó Allison.

—Yo tomaré un té fresco, si tienes —dijo Pony.

—Yo, una cola light —fue el turno de Casey—, pero te acompaño y te ayudo a traerlo —se ofreció acompañándola. Casey guiño un ojo cómplice a su madre sin que Allison lo viera y la siguió hasta la cocina. Mientras, Pony se levantó del asiento y se dirigió al marco de la puerta. Fue recorriendo con las manos la madera blanca del marco, lentamente, sintiendo bajos sus yemas las hendiduras que tenía. Cuando llegó a las marcas que buscaba, pasó los dedos sobre ellas repasando el dibujo, una pequeña cabeza de lobo dentro de un círculo de protección. Recordaba perfectamente el día que dejó allí aquella marca, nunca pensó que tendría que volver a reactivar la magia, pero no lo pensó dos veces y posó la palma de la mano sobre ella cerrando los ojos. De sus labios salieron las palabras que había guardado su corazón durante décadas, cuando necesitó proteger a su familia, y bajo su contacto sintió como se quemaba la madera como si la marcara a fuego igual que a las reses. La marca del lobo se hizo incandescente y después se oscureció. Cerró los ojos y la besó.

—Bien —dijo observando el dibujo perfectamente delineado.

—¡Ya estamos aquí! —Oyó Pony que decía su hija en voz alta con la intención de avisarla.

—¡Qué bien, estoy sedienta! —contestó Pony con una sonrisa.

Pasaron la tarde sumergidas en una animada charla. Pony estaba muy interesada de todos los aspectos de la vida de Allison. Ella les contó su infancia en el orfanato, su amistad con Jane, cómo había comenzado a escribir libros y, sobre todo, cada detalle de su relación con James desde que lo conoció. Las horas habían pasado volando debido a la cantidad de temas de los que hablaron y, gracias a lo cómoda que la hicieron sentir las dos mujeres. Hasta que Allison nombró a Caleb.

—Siento no haberte ido a visitar nuevamente —se excusó Allison—, pero

después de que Caleb me propusiese matrimonio, no me sentía cómoda estando allí por si me lo encontraba.

—¿Qué mi hermano hizo qué? —fue la reacción de Casey sorprendida, más, estupefacta.

Pony la miró con los ojos muy abiertos, era evidente que él no les había contado lo sucedido.

La tensión podía palpase en el ambiente, y en ese momento sonó el teléfono en el interior de la casa.

—Disculpad —se excusó Allison y entró en la casa recriminándose por haber contado lo de la proposición de Caleb. No debía haberlo hecho, pero simplemente lo tenía tan presente en su cabeza, no dejando de pensar en ello, que se le había escapado sin querer. Todavía aturdida por su metedura de pata, tomó el teléfono que estaba sobre la mesa de la cocina y contestó sin mirar:

—¿Diga? —preguntó

—¡Por Dios, Allison! ¿Cuándo pensabas decirme que estás embarazada? — Escuchó que le preguntaba Jane al otro lado de la línea telefónica.

Allison se quedó perpleja unos segundos. ¿Cómo se había enterado Jane de su embarazo? No tenía motivos para seguir ocultándole el hecho, ya se había terminado de instalar y nada iba a hacer que se marchase de allí, pero sabía que cuando Jane supiese de su estado, querría ir a verla, y ella esperaba que lo hiciese cuando su situación con la familia Connor estuviese algo más clara. De cualquier manera, con Pony y Casey esperándolas, no era el momento para darle explicaciones.

—Lo siento, Jane, iba a decírtelo cuando llegase el momento adecuado...

—¿Y cuándo iba a ser eso? ¿Cuándo dieras a luz? —le gritó Jane ofendida.

Allison se apartó un poco el auricular de la oreja y cuando su amiga cesó de hablar para tomar aire, ella continuó:

—Luego te llamo y te lo explico todo, ahora tengo que dejarte, la madre y la hermana de James están aquí. Un beso y te quiero —le dijo antes de colgar.

Sabía que Jane estaría doblemente furiosa con ella en aquel momento, pero más tarde se lo explicaría todo. Regresó al porche junto a sus invitadas, pero justo antes de salir escuchó a Casey preguntar a su madre en un susurro:

—¿De verdad crees que James la manipuló de alguna manera para que ella se enamorara de él y conseguir sus propósitos?

Allison se quedó petrificada en el sitio, se pegó a la pared para que no la vieran.

—Estoy segura de ello, y me duele en el alma que así fuese. James jamás la

quiso, solo quería una cosa de ella y afortunadamente murió antes de poder arrebatársela.

Allison sintió como el suelo se abría a sus pies en aquel momento. ¿Qué estaban diciendo? ¿Qué insinuaban la madre y la hermana de James? ¿Qué podría haber querido James de ella? Estaba a punto de salir e interrogar a sus dos invitadas sobre lo que había oído, cuando una tercera voz se oyó en la entrada.

—¡Hola! —saludó Lucy desde la reja—, estoy buscando a Allison —les dijo a Pony y Casey. Ambas la miraron con recelo.

Casey olfateó a la recién llegada, algo en ella no le gustaba, pero no sabía qué.

—Hola, Lucy —dijo Allison saliendo, aún temblorosa—. Pony, Casey, esta es Lucy, mi ayudante.

—Hola, Lucy.

La saludó Pony en un tono frío que sorprendió a Allison.

—Eres nueva en el pueblo, ¿verdad? No me suena haberte visto antes por aquí —fue el turno de Casey.

—Sí, lo soy. Solo llevo unas semanas, pero me adapto fácilmente —comentó la chica con una enigmática sonrisa.

—Apuesto a que sí —contestó Casey adelantándose un paso para aproximarse a ella, pero Pony la detuvo.

—Casey, será mejor que nos marchemos, se nos ha hecho un poco tarde ya —le dijo Pony a su hija sin soltarla del brazo.

Allison no quería que se marcharan, quería averiguar qué habían querido decir con aquellos comentarios.

—No es tarde, quedaros un ratito más —insistió.

Pony se dirigió a ella y le acarició el rostro con la mano en un gesto tranquilizador.

—No pasa nada, querida. Tenemos muchos días. Volveremos pronto, y tú también puedes venir a visitarnos cuando quieras —añadió dándole dos besos.

Casey se despidió también de ella con dos besos y un fuerte abrazo. Y ambas salieron del jardín delantero pasando junto a Lucy. Cuando estaban a la misma altura, Casey y Lucy cruzaron las miradas de manera poco amistosa, pero no se dijeron una palabra.

—¿Os conocéis? —preguntó Allison a Lucy, sorprendida por aquel gesto.

—Para nada, jamás nos habíamos visto —contestó Lucy subiendo los escalones y encogiéndose de hombros.

—¡Qué extraño! Casey me ha parecido muy simpática todo el tiempo —le dijo invitándola a pasar.

—Pues no sé, no le gustará mi forma de vestir, me pasa con frecuen... — comenzó a decir la chica, pero en el momento en el que cruzó el umbral de la puerta cayó al suelo retorciéndose de dolor.

Allison, asustada, fue hasta ella para ayudarla, pero era incapaz de sostenerla. Lucy se convulsionaba en el suelo con el rostro enrojecido y desencajado. Se agarraba el vientre con fuerza y gritaba por el dolor agónico que sentía. Volvió a intentar acercarse a ella y vio como ésta se arrastraba intentando salir de nuevo al porche. Tiró de su camiseta y la ayudó a hacerlo. En el momento en el que el cuerpo de la chica tocó la madera del exterior, su agónico dolor cesó.

CAPÍTULO 24

CALEB estaba en su despacho atendiendo las cuentas del rancho cuando unos golpes en la puerta lo interrumpieron. No sabía quién era, pero acababa de romper la concentración que le había costado horas conseguir para centrarse en su trabajo, y por esa razón un gruñido fue todo lo que ofreció como respuesta. Al instante, la cabeza de su madre asomó por la puerta seguida de la de su hermana.

—Siento interrumpir —dijo Pony terminando de entrar.

—No pasa nada —masculló entre dientes—, no consigo que mi día sea productivo, así que perder un poco más de tiempo no va cambiarlo en absoluto.

—No vengo a hacerte perder el tiempo hijo —añadió ésta elevando una ceja.

—Lo siento madre, no quise decir que lo hicieras... Es que no tengo la cabeza en mi sitio...

—De eso estoy segura.

Caleb la miró frunciendo el ceño.

—Venimos de ir a visitar a Allison —le informó Pony y lo miró inquisitivamente como si aquella sola declaración diese respuesta a su comentario.

A Caleb, en el momento en el que escuchó el nombre de la mujer que lo tenía trastornado ocupando cada resquicio de su mente, se le detuvo el corazón. Llevaba días intentando no acercarse a ella y estaba siendo la prueba más dura de superar de su vida. La tenía vigilada, sabía que estaba a salvo, pero no quería presionarla, y no estar cerca de ella lo estaba matando.

—¿Y? —preguntó a su madre volviendo a dirigir la vista a los papeles sobre el escritorio haciendo unas anotaciones.

—Y que no sé cómo has podido pedirle matrimonio...

Caleb soltó el bolígrafo sobre los documentos y resopló con fuerza. No había pensado que Allison le contase a su madre lo de la proposición, aunque tampoco tenía por qué mantenerlo en secreto. Él no se arrepentía en absoluto de haberlo hecho, seguía pensando que era lo mejor para ella, para él, para protegerla y tenerla a su lado. Después de saber lo que su hermano había querido hacer con ella y su bebé, no sentía la necesidad de respetar su

memoria. Muy al contrario, lo que lo atormentaba era no ser capaz de arreglar lo que él había hecho, y no conseguir protegerla del peligro al que él la había expuesto.

—Se lo pedí porque creo que es lo mejor, para todos... —contestó a su madre mirándola por primera vez.

—¿Lo mejor para todos...?

—¡Necesito protegerla, madre! Si es mi esposa, nuestra raza tendrá que hacerlo conmigo.

—Entiendo que así sería más sencillo, pero tú ya tienes un compromiso, Caleb. ¿Cómo pensabas eludirlo si ella te hubiese dicho que sí?

Caleb ya había pensado en eso. Tendría que hablar con Anakar y su padre. Anakar y él estaban prometidos desde que eran casi niños. Eran las cargas que tenía un puesto como el suyo, estaba obligado a realizar la alianza de sangre para asegurar la continuidad de su raza con la pureza de su especie. Nunca le había preocupado cumplir con su pacto. Anakar era una mujer hermosa y preparada. No se esperaba que su unión fuese por amor, él no estaba enamorado, desde luego, pero la habría respetado y engendrado los hijos que continuarían con la sucesión de su estirpe. Pero no iba a ser así, iba a conseguir que Allison lo aceptara.

—Aún no me ha dicho que no —fue su respuesta, como si solo aquel hecho importase.

—¡Caleb! ¡No me has contestado! —lo miró su madre perpleja. Mantener el pacto de sangre de la raza era sagrado. Ella sabía el precio a pagar si lo rompía.

—¡Lo solucionaré! Lo arreglaré con el consejo de ancianos, con su familia y con ella. Pero me voy a casar con Allison.

—Pues ella no parece tan convencida de eso... —comentó Casey dejándose caer en uno de los sillones del despacho.

—No entiende aún el peligro al que está expuesta, pero lo comprenderá —dijo con mirada ofuscada.

—Para hacerlo, tendrías que contarle todo... ¿Serás capaz de hablarle de nuestra raza, de la suya, de lo que James quiso hacer con ella? —le preguntó su madre buscando su mirada.

Pony se acercó a él y lo miró atentamente. Lo que leyó en los oscuros ojos de su hijo mayor la dejó paralizada. ¿Cuándo había pasado aquello?

—No lo haces solo por protegerla...

Pony tomó el rostro de Caleb entre las manos y lo miró sabiendo lo que éste

sentía en aquel momento, algo más fuerte que él, algo que no podía evitar, y se vio reflejada hacía muchos años, cuando Hunter Connor se cruzó en su camino. Ella era la hija de uno de los jefes de manada y como tal estaba prometida en matrimonio, como su hijo en aquel momento. Ella conocía las consecuencias de romper un pacto de sangre. En su día había sido repudiada, herida y vejada por defender su amor. No quería eso para su hijo. Caleb había ascendido como jefe de la manada no por sangre, sino por méritos en la batalla. Pero algunos de los miembros más antiguos de los clanes seguían viendo la mancha que pendía en el deshonor de su madre. Había tenido que demostrar doblemente su valía ante los ojos de aquellos que no lo habían considerado digno del cargo que ocupaba. Caleb era temido y respetado por su valía en la lucha, por su cabeza fría, por sus dotes como jefe, pero algunos esperaban impacientes el momento en el que cometiese un error para alzarse en su contra. Faltar a su pacto de sangre sería motivo más que suficiente para que así fuese.

Pero después de ver su mirada, Pony supo que no podía hacer nada al respecto. No podía evitar que Caleb pusiese en riesgo su vida, su posición, por Allison.

—Está bien. Sin duda tendremos que estar preparados para lo peor —dijo Pony y besó la frente de su hijo. Después se dirigió con paso lento a la puerta; Casey se levantó, se acercó a su hermano e imitó el gesto de su madre dándole un beso ella también. Y ambas se marcharon.

Anakar estaba de los nervios esperando que Caleb apareciese para recogerla. Él la había llamado de manera imprevista pidiendo verla esa noche. Llevaba meses esperando que aquello sucediese desde su vuelta de Nueva York al terminar la carrera de empresariales. Hacía años que estaban prometidos y esperaba ansiosa el momento de que él comenzase el cortejo y pusiese fecha a la boda. Toda su vida había girado en torno a ese acontecimiento, y formar parte de Caleb era el sueño de su vida. Desde que lo vio por primera vez había estado enamorada de él en secreto. Sus clanes habían sido rivales en el pasado, algunos de los suyos no estaban de acuerdo con el hecho de que fuese él el jefe de la manada, pero lo había ganado por méritos propios y su compromiso había apaciguado los ánimos entre ellos.

Desde su vuelta, había pensado en muchas ocasiones en ir a visitarlo, tentarlo para que él considerase comenzar el cortejo, pero habría sido criticada duramente por ello. Él debía ir a ella, y por eso lo había aguardado pacientemente. Pero parecía que por fin el momento había llegado. No había

esperado que quisiese citarse con ella esa misma noche. Caleb había mantenido tanto las distancias, que pensó que su cortejo sería de los lentos, que hablaría primero con su padre, pero no iba a ser ella la que pusiese pegas si a él le entraban las prisas de repente. Llevaba años soñando con ese momento. Si tenía la oportunidad de estar con él aquella noche, la aprovecharía.

Con esa intención se había arreglado con esmero poniéndose un vestido rojo ajustado que acentuaba cada una de sus curvas, su piel oscura brillaba resplandeciente por las cremas que se había dado tras la ducha, su larga cabellera negra caía como una cascada de ondas sedosas sobre su espalda al descubierto. Miró nerviosa por la ventana, una vez más, por si había llegado y suspiró al ver que no estaba. Echó un vistazo a su reloj de pulsera y comprobó que aún quedaban cinco minutos para las nueve, hora a la que había quedado en recogerla. Estaba a punto de dejar la ventana cuando lo vio aparcar frente a su puerta. Cerró la cortina antes de que él la viese y se estiró el vestido mirándose en el espejo de la entrada. Cuando Caleb llamó, ella le abrió con una estudiada sonrisa de bienvenida.

—Hola, Anakar —fue el escueto saludo que le dedicó este. Pero ella llevaba mucho tiempo esperándolo, mucho más que aquellas dos horas desde su llamada, casi toda una vida y se acercó a besarlo en los labios.

Caleb, ante el primer momento de sorpresa, no supo cómo actuar. No esperaba que Anakar lo recibiese tan efusivamente. Pero al cabo de un segundo, la tomó por los brazos y la apartó suavemente. Ella lo miró un poco sorprendida, pero finalmente sonrió.

—Deseaba que me llamas, ha sido una sorpresa que lo hicieras esta noche... —comenzó a decirle coqueta.

—Bueno, es que tenemos que hablar —apuntó él sin cambiar la expresión de su rostro.

—Claro —contestó ella impaciente—, pasa. Te serviré algo de beber. —Lo invitó.

—Preferiría que hablásemos fuera.

Aquella respuesta comenzó a poner nerviosa a Anakar.

—Bueno... Si quieres nos sentamos en el porche.

—Perfecto —le dijo dejándola pasar a su lado. La siguió hasta los sillones y esperó a que ella se sentase para comenzar a hablar, sin tomar él asiento.

—Quería hablar contigo, antes de hacerlo con tu padre...

—Me parece bien, ya no soy una niña. Sé que la tradición marca que sea así,

pero no es necesario que lo hagas para comenzar nuestro cortejo. Hace tiempo que estoy preparada para esto —coqueteó con tono meloso. Se levantó y fue hasta él. Quiso rodearle el cuello con los brazos, deseosa de sentir a aquel hombre fuerte y excitante que había llenado sus sueños cada noche, anhelando la vida que le esperaba junto a él, pero Caleb la detuvo tomándola por las manos y bajándolas.

—Anakar, no he venido a comenzar nuestro cortejo. Pensé que merecías que fuese yo quien te lo dijese y no tu padre...

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella con expresión desencajada—. ¿Quieres esperar más?

—No, quiero anular nuestro compromiso —le dijo él en tono suave, pero firme. Aquella chica no le había hecho nada que mereciese que le hiciese daño.

Anakar se separó de él y lo miró con una mezcla de incredulidad, furia y rencor.

—¡No puedes anular nuestro compromiso! —gritó—. ¡Hiciste un pacto de sangre! —le recriminó ya fuera de sí.

—Lo siento, tengo que hacerlo —le dijo él en el mismo tono. Entendía que ella se sintiese decepcionada y dolida por el rechazo, a pesar de no haber habido nada entre los dos. Estaba faltando a su compromiso, para el cual se llevaba preparando muchos años.

—¡Maldito cabrón! —Lo abofeteó, y Caleb no se defendió. Se tocó el labio y vio que le había hecho sangre, pero era lo menos que podía esperar—. ¡Tú y todos los de tu maldita familia sois iguales! No mereces el puesto que ocupas, maldito sangre sucia. ¿Quién te crees que eres para rechazarme a mí? —le dijo completamente furiosa.

—¡Anakar, basta! Entiendo que estés enfadada, pero... —intentó detenerla.

—¿Que entiendes que esté enfadada? ¿Tú sabes lo que acabas de hacer? Cualquier castigo que te imponga el consejo no será nada con las consecuencias que te haré pagar por este deshonor —le dijo señalándolo con el dedo. Su rostro estaba totalmente desfigurado por la ira. Sus ojos mutaron cambiando de color como si fuesen oro líquido. Estaba a punto de transformarse—. Juro que te arrepentirás de lo que acabas de hacer esta noche, Caleb, lo juro —sentenció antes de meterse en su casa y cerrar de un portazo.

CAPITULO 25

JAKE hacía una semana que se había marchado del rancho. Una semana en la que no había hecho más que pensar en lo que vio aquella noche tras la ventana de la cocina de la casa. Había estado en un motel de mala muerte bebiendo y maldiciéndose por no haber sido capaz de ver lo que los Connor le habían ocultado durante tanto tiempo. Sus primeros pensamientos habían sido de incredulidad, debía estar borracho para ver lo que vio, pero sabía que no era así. Después se sintió traicionado y herido, pues aquellas personas que se habían convertido en su familia durante esos años le habían estado ocultando algo semejante. Y finalmente, cuando llevaba unas cuantas botellas de whisky en las que había ahogado la decepción, se resignó a los hechos. Le pareciese imposible o no, solo había una verdad, una que debía estar dispuesto a asumir o rechazar para siempre. Caleb y Casey eran licántropos como los que había visto en las películas. Criaturas sobrenaturales que se transformaban en lobo. Aquello era más de lo que podría admitir ningún hombre. La mujer que le robaba el sueño cada noche era una loba. ¿Cómo podía aceptarlo? Era antinatural, era una aberración... Era Casey.

Si cerraba los ojos y pensaba en ella, no veía al ser que había visto en la cocina del rancho, solo la veía a ella. A sus ojos de mirada salvaje, su melena moviéndose en el viento como una cascada de seda, su forma de andar elegante, sexy. Aquella postura soberbia y desafiante, y sus labios. Esos labios que había besado, de los que había bebido y de los que conservaba el sabor en las venas, abrasándolo por dentro, muy a su pesar.

No podía borrarla de su mente, aunque hubiese intentado hacerlo hasta perder el sentido, no podía hacerlo. Necesitaba hablar con ella. No había otra cosa en la que pensase, y finalmente se decidió.

Casey regresaba con su caballo al rancho cuando vio un coche desconocido aparcado frente a la entrada de la casa. No dejaban que nadie se acercase hasta allí y se preguntó quién sería el visitante y cómo había conseguido acceder hasta ese lugar. Desmontó de Tornado al tiempo que vio a un hombre bajar del vehículo y aproximarse a ella con paso decidido. Lo reconoció finalmente cuando lo tenía a escasos metros. Debía medir poco más del metro ochenta. Llevaba el cabello castaño corto y una barba cuidada que enmarcaba

un rostro varonil de mirada gris y presuntuosa. Lo había visto solo una vez, era Asher, el hermano de la prometida de Caleb, Anakar. Se preguntó qué haría allí y no tardó en averiguarlo.

—¡Vaya! La pequeña de los Connor está hecha una mujer —le dijo en un tono despótico e insinuante que no le gustó nada.

Casey se puso en alerta.

—Llevo una hora esperando al desgraciado de tu hermano, pensando en la forma de hacerle pagar el deshonor con mi hermana, y no ha aparecido, pero ahora creo que mi suerte ha cambiado. Se me está ocurriendo una forma mejor de hacerle pagar su deuda de honor...

—No me gusta tu tono y estoy segura de que no has sido invitado a esta casa, te aconsejo que te vayas —le advirtió Casey advirtiéndole.

—¡Tú a mí no me aconsejas nada! —le dijo acercándose a ella y, cogiéndola del brazo, la pegó a él.

Casey se revolvió con furia y asco, el tipo estaba bebido. Era más grande y más fuerte que ella y, al pertenecer a su misma raza, no tenía con él la ventaja que disfrutaba frente a los humanos. Sintió que estaba en verdadero peligro y forcejeó para soltarse. Pero tal y como habría predicho, él era más fuerte, la tomó por los brazos, inmovilizándola, y le pasó la lengua por la cara, asqueándola. Casey levantó la pierna y le propinó una patada en la entrepierna, haciendo que él aflojara ligeramente su abrazo. Aprovechó su desconcierto para golpearlo esta vez en el estómago con el codo, y después le dio una patada en el pecho. Asher la miró desde el suelo con furia.

—¡Una perra salvaje! Me gusta... —dijo levantándose—. Será mucho más excitante doblegarte y hacerte pagar en nombre de tu familia de bastardos.

Casey no lo soportó más y se transformó frente a él. Solo tendría una oportunidad como loba. Asher hizo lo mismo y fue a atacarla cuando se oyó un disparo. Ambos se detuvieron y miraron en la dirección en la que provenía.

Casey vio horrorizada como Jake les apuntaba con un revólver.

—¡Apártate de ella! —ordenó Jake a Asher.

La respuesta de este fue un enorme gruñido mientras le mostraba una hilera de dientes blancos y afilados, los más grandes que Jake hubiese visto jamás. Casey se puso entonces entre los dos y le devolvió el gruñido. Se giró por un segundo para ver a Jake a su espalda y la expresión de sus ojos, mezcla de temor y preocupación, le acarició el corazón. Asher aprovechó su despiste para saltar sobre ella, que cayó rodando de espaldas bajo el enorme lobo color castaño que la atacaba. Jake no sabía qué hacer. Si disparaba podría herirla, y

si no hacía algo, ella podría morir por defenderlo. En ese momento, un gran lobo negro saltó sobre su cabeza cayendo sobre los otros dos, y lo reconoció al instante como el gran lobo en el que se había convertido Caleb en la cocina. En el golpe, los cuerpos de Asher y Casey se separaron, y Caleb aprovechó para atacar a Asher mordiéndolo en el cuello. Lo zarandó en el aire y lo dejó caer al suelo, partiéndole varias costillas, nada importante gracias a su poder de regeneración, en unos minutos estaría bien, pero, mientras, el dolor lo hacía retorcerse en el suelo, gimiendo quejumbroso. Asher miró a los dos grandes lobos que lo observaban en posición de ataque y supo que no tendrían nada que hacer contra ellos. Se incorporó lentamente conforme su recuperación se lo fue permitiendo y definitivamente decidió marcharse rápidamente de allí.

Caleb aún transformado, se giró y miró fijamente a Jake mientras su enorme pecho se agitaba al ritmo de su frenética respiración.

CAPITULO 26

LA tarde en el club de lectura había sido deliciosa. Las chicas habían decidido comenzar por uno de los primeros libros que escribió, y estaba encantada de recibir los comentarios y opiniones de todas. Los debates se habían hecho muy interesantes, pues entre el grupo de mujeres, de lo más variopinto, jamás se encontraban dos opiniones iguales. La tarde transcurrió en un suspiro entre comentarios, lecturas, pasteles y refrescos que había llevado Sally hasta la librería en la que habían decidido hacer las sesiones del club. Lucy las había invitado a hacerlas allí, pues de esa manera podía participar. Afortunadamente, la chica parecía estar bien después del incidente de su casa. Le dijo que a veces tenía episodios así de dolorosos, que le sobrevenían de manera repentina por una afección estomacal que sufría de manera crónica. Allison lo sintió mucho por ella, pues era una chica muy joven y, por lo que había visto, cuando sufría esos espasmos, lo pasaba realmente mal. Ella se había asustado mucho al verla retorcerse de dolor en el suelo de aquella manera tan horrible, aunque afortunadamente cuando la consiguió sacar al porche, poco a poco, Lucy se fue recuperando, el sufrimiento cesó casi de inmediato y consiguió recomponerse. El resto de su visita había permanecido fuera, pues la chica le dijo que necesitaba aire fresco.

Aquella tarde la vio completamente recuperada y se alegró por ella. Participó en contadas ocasiones de la sesión pues tenía que atender de cuando en cuando a los clientes que iban hasta la tienda, unas veces a comprar, otras por simple curiosidad pues habían colgado un cartel en el escaparate del establecimiento anunciando el grupo de lectura y la presencia de Allison como invitada especial.

Estaban dando por finalizada la sesión cuando Barbie propuso no dar por terminada la tarde de chicas todavía e ir a cenar al Dirty Python, un restaurante de comida rápida, a las afueras del pueblo, bastante popular por sus hamburguesas y costillas texanas. A todas les pareció una gran idea y se repartieron en tres coches para ir todas juntas. Allison decidió acompañar a Sally en el suyo, junto con Annie.

Cuando llegaron ya había algunos coches en el aparcamiento del local. Una construcción baja de madera negra con enormes ventanas y un gran cartel de neón verde con el nombre del local sobre la puerta. Desde fuera se veía ya que

el restaurante estaba bastante animado y al entrar entendieron el por qué. En una de las enormes pantallas de plasma que pendían de las paredes estaban retransmitiendo un partido de fútbol. Los clientes se repartían por la barra, las mesas junto a las ventanas y en otras más pequeñas y redondas que ocupaban el centro del salón.

—Esto está muy animado —dijo Allison mirando con curiosidad el local.

—Suele estarlo, pero los días de partido aún más —añadió Annie al oído. El gran nivel de ruido del local impedía oírse de otra manera—. Tabatta estos días regresa más tarde a casa.

—¿Tabatta? —preguntó Allison que no recordaba haber oído hablar antes de ella.

—¡Hola, chicas! —las saludó alegremente una chica de aspecto jovial enfundada en unos vaqueros y camiseta rosa. Llevaba el cabello muy corto, oscuro y despuntado, de manera informal y divertida, y dos mechones a los costados mucho más largos que le llegaban por debajo del pecho. Tenía el rostro dulce y una mirada decidida que decía muy a claras que no se jugaba con ella—. ¿Hablabais de mí? —preguntó la chica sin dejar la sonrisa y se acercó a Annie y le dio un beso en la mejilla.

—Sí —dijo Annie algo ruborizada—. Allison, te presento a Tabatta, es mi... compañera de piso. Tabbi, esta es Allison, la escritora de la que te hablé el otro día —las presentó.

—Es cierto, tenía ganas de conocerte, Allison. Ya era hora de que te trajeran por aquí, no hay un local mejor en todo el pueblo.

—Ya lo veo, creo que me he estado perdiendo lo mejor —dijo Allison sin dejar de mirar el local y le devolvió la sonrisa a la chica que la inspeccionaba con curiosidad.

—Aquí hay mucho ruido, os acompañaré a una de las mesas, allí estaréis mejor —le dijo Tabatta y las llevó a una amplia mesa rectangular con asientos de banco tapizados en verde, junto a una de las ventanas, en la zona más alejada de la televisión. Efectivamente, allí se estaba mucho mejor.

Tabatta les ofreció las cartas, tomó nota de sus bebidas y, con una sonrisa, se marchó. Allison se dio cuenta de que Annie la miraba marcharse mientras se mordía el labio inferior y tuvo una revelación. A Annie le gustaba Tabatta. La chica se dio cuenta de que la observaba y Allison le ofreció una sonrisa.

—Aconséjame, tú que conoces la carta —le dijo

—Bueno... yo voy a tomar las costillas, media ración porque son enormes. Las de barbacoa y miel son las mejores para mí.

—Pues yo prefiero la hamburguesa de ternera doble, pero como pretendo seguir entrando en mis pantalones, creo que me limitaré a una ensalada —dijo Barbie con una mueca.

—Pues yo sí la voy a tomar, y bien cruda —dijo Lucy analizando la carta.

—¿No te sentará mal? —le preguntó Allison preocupada.

Lucy la observó sin comprender.

—Por tu afección estomacal...—le aclaró

—Ah, no te preocupes, la carne cruda no me sienta mal si no está especiada.

—Perfecto entonces, ¿y tú Sally? —le preguntó Allison, pero Sally estaba más interesada en mirar hacia la barra. Allison siguió su mirada y se encontró con Junior que las saludaba levantando su cerveza. Le devolvió el saludo y vio que Sally hacía lo mismo y desviaba el rostro con demasiada rapidez. ¡Vaya! Segundo descubrimiento de la noche, ¡a Sally le gustaba Junior!, pensó. Parecía que el bar estuviese repleto de amor. Y por lo que pudo comprobar el interés era mutuo, pues, de cuando en cuando, Junior miraba hacia la mesa fijándose en su amiga. Se preguntó por qué no estarían saliendo, harían una buena pareja, decidió.

Tabatta volvió con su libreta y tomó nota de los platos de las chicas y se marchó guiñándole un ojo de manera discreta a Annie, esta se ruborizó hasta las orejas. Allison sonrió. Estaba claro que las chicas estaban juntas, pero debía ser complicado vivir una relación como la de ellas en un pueblo como aquel, con la maldita Liga de la moral metiéndose en la vida de todo el mundo. Ella no había dejado de recibir llamadas inquietantes cada día, primero eran por la noche, ahora las recibía a todas horas. En ellas alguien la llamaba simplemente para atemorizarla escuchando la respiración del interlocutor al otro lado de la línea que no pronunciaba palabra. Al principio, ciertamente, aquella persona consiguió asustarla, sobre todo después de que dejaran el dichoso pájaro muerto en su puerta, pero después decidió ignorarlas y a la primera respiración cortaba la llamada. Pero estas no habían cesado. Lo que no sabía era cómo habrían conseguido esas mujeres entrometidas su número de móvil.

Sus divagaciones sobre este hecho quedaron congeladas en su mente en cuanto vio un cuerpo grande y masculino entrar por la puerta del local. Allison tan solo lo podía ver de espaldas, pero no le hacía falta más para reconocer a Caleb. Este se dirigió a la barra y se apoyó en ella pidiéndole algo al camarero. Llevaba un vaquero negro y una camiseta del mismo color que se ajustaba a su escultural y marcado torso. La boca se le secó de repente.

Entonces él la miró como si hubiese presentido su escrutinio y sus miradas se quedaron colgadas la una en la del otro en un hechizo casi mágico. Con mucho esfuerzo, Allison consiguió desviar la suya y tomó su vaso de refresco llevándoselo a la boca e intentando calmarse.

—¿Es verdad que os besasteis en la puerta de tu casa? —preguntó Barbie sin pudor.

Allison se atragantó con la bebida.

—¡Barbie, por Dios! —la recriminó Annie.

—¿Qué pasa? Vosotras os preguntáis lo mismo, pero no tenéis el coraje de decirlo.

Allison las miró a todas y las vio disimular mientras aguantaban la risa.

—¡Oh, Dios mío! Sois peor que las brujas esas... —les dijo con el dedo levantado como si las regañara, pero su rostro evidenciaba una sonrisa. Imaginaba que era un chisme suficientemente jugoso para un pueblo pequeño como aquel.

Las chicas la seguían mirando interrogativamente sin darse por vencidas.

—¡Está bien! Menudos bichos estáis hechas. Sí, me besó en la puerta de casa —confesó—, pero he de decir que de los besos que me ha dado, no fue el mejor... —dejó caer escondiéndose tras la carta de los postres.

—¡Madre mía! ¿Cómo es posible que hayamos pasado la tarde hablando de historias inventadas, cuando tenías una como esa calladita? —preguntó Barbie.

—Pues porque no sé en realidad qué está pasando. ¡Es mi cuñado! Por el amor de Dios. Estoy embarazada, es todo demasiado complicado...

—Te entiendo —le dijo Sally, aunque Caleb es uno de los mejores hombres que conozco, me alegro de que... las cosas vayan bien entre vosotros —le dijo con sinceridad.

—Bueno, ahora no van ni bien ni mal, le pedí espacio, tengo que pensar.

—Pues no lo hagas demasiado. La vida es muy corta y cuando te vas a dar cuenta, han pasado los mejores años esperando —añadió Barbie mirando el fondo de su vaso perdida en sus pensamientos.

—¡Aquí están vuestros pedidos, chicas! —anunció Tabatta que llegaba con todos los pesados platos colocados en sus brazos con gran maestría—. ¡Que aproveche!

—Gracias —le contestaron todas y comenzaron a comer.

Pero Allison tenía un nudo en el estómago desde que Caleb entró en el bar. Por lo que le costó horrores dar un par de bocados a las exquisitas costillas.

De cuando en cuando, miraba con disimulo a la barra y veía allí a Caleb apoyado de espaldas al partido. En ocasiones sus miradas se cruzaban y Allison sentía como su corazón dejaba de latir. Cuando él no la miraba, ella se deleitaba observándolo con calma. Sus gestos, su pose, la energía que emanaba sin pretenderlo. Era como un enorme imán que la llamaba a gritos. Recordó como la había besado, su gesto tierno cuando se despidieron en su cocina, y un suspiro escapó de sus labios.

—Deberías acercarte a hablar con él, no tiene sentido que sigáis así, es un pueblo pequeño, vais a seguir encontrándoos en cualquier sitio —le aconsejó Sally al oído inclinándose hacia ella.

Allison sonrió y lo miró. Sabía que estaba en lo cierto. Se dejara o no llevar por aquello que la consumía de Caleb, evitarlo no era la solución, lo tenía comprobado.

—Lo mismo podría decirte —contestó a su vez Allison señalando con la cabeza en la dirección en la que estaba Junior.

Sally se sonrojó.

—Eres muy observadora.

—Forma parte de mis súper poderes como escritora. No se me escapa una —le dijo Allison chasqueando la lengua.

Y ambas se rieron.

—Vamos a hacer un trato, yo prometo intentar hablar con él si tú haces lo mismo —la sorprendió Sally con el reto.

Allison lo meditó unos segundos. Nunca se había amilanado ante un desafío y sonrió. Abrió su bolso y dejó unos cuantos billetes en la masa como para pagar la cuenta de todas.

—A esta invito yo, chicas. Me voy, mañana hablamos —se despidió—. Tu turno —le dijo a Sally al pasar por su lado. Salió de la mesa y fue hacia la barra bajo la mirada estupefacta de las chicas.

Cuando Caleb la sintió a su lado, su corazón se detuvo en seco y después comenzó a galopar descontrolado. Allison posó una mano sobre su brazo y él la miró perdiéndose en su mirada infinita y cautivadora.

—¿Me acompañas a casa? —le dijo. Y no tardó ni un segundo en pagar su bebida y seguirla hasta la puerta.

CAPITULO 27

CALEB la invitó a subir en su coche en cuanto salieron del bar.

—¿Te importa si vamos dando un paseo? — preguntó ella con una sonrisa.

Caleb recibió aquella sonrisa como una caricia en el rostro. Lo dejó hipnotizado sin poder apartar la vista de ella y con mucho esfuerzo consiguió decir:

—Bueno, es un paseo largo. Hay un par de kilómetros hasta tu casa...

—No me importa, de verdad. Me gusta andar, me viene bien y, además, hace una noche estupenda.

Caleb miró la preciosa luna, casi llena, sobre sus cabezas y estuvo de acuerdo.

—Bien, pues demos un paseo —le dijo ofreciéndole el brazo para que ella lo agarrara. Podía ser un gesto anticuado, pero a ella le encantó. Lo aceptó y pasó su brazo por el suyo, acercándose a él. Al instante, todos sus sentidos despertaron abruptamente ante su contacto. La piel de Caleb era cálida y estremecedora. Sus dedos acariciaron el suave vello que lo cubría y se sintió excitada inmediatamente.

Caleb carraspeó intentando disimular su turbación, pero una sola mirada le bastó a Allison para saber que ambos estaban sumergidos en la misma pasión.

—Me ha sorprendido tu proposición —le dijo Caleb sonriendo, y a Allison le temblaron las piernas.

—A mí también. No esperaba verte esta noche —confesó—, pero al hacerlo, me he dado cuenta de que no me gusta estar sin hablarte. No quiero decir que haya dejado de pensar que tu proposición sea una locura y vaya a aceptar... — le aclaró rápidamente viendo como él ensanchaba la sonrisa—, solo digo...

—¿Qué la distancia no es fácil?

Caleb volvió a sonreír, y Allison tragó saliva. Eran muchas sonrisas de golpe para un hombre que hasta el momento casi siempre le había enseñado los dientes.

—La cercanía tampoco lo es... —dijo ella ruborizada evitando su mirada.

A Caleb le encantaba verla así. Después de los duros días de distanciamiento entre los dos, de todo lo acontecido, estar con ella era un bálsamo y a la vez todo lo que necesitaba para llenarlo de determinación y esperanza. Después de dejarla en casa, Caleb tenía una cita muy importante

que marcaría su destino y el de ella, por eso había ido al bar, a despejarse antes del encuentro. Nunca pensó que encontraría allí a Allison, pero lo tomaba como una señal que le iba a ayudar a sobrellevar los momentos que estaban por venir.

—¿Entonces? —le preguntó él.

—Entonces... Podemos conocernos —le dijo ella mirándolo a los ojos.

Caleb se detuvo a observarla durante largos segundos. Sabía que no disponían de todo el tiempo que ella requería, pero lo que le ofrecía era más que lo que tenía en aquel momento, una agónica espera sin verla.

—Me parece bien —accedió finalmente—, nos conoceremos. No te volveré a pedir que te cases conmigo —aceptó, y sintió como ella daba un respingo a su lado—. De momento —concluyó.

Allison no contestó nada, pero aquella última aclaración le movió mariposas en el estómago de una manera alarmante.

El camino de regreso a casa de Allison lo hicieron enfrascados en una interesante conversación. Eludieron cualquier tema escabroso que les pudiese enfrentar o recordar cosas que era mejor evitar. Tan solo hablaron de sus gustos, la adaptación de Allison al pueblo, las chicas y las llamadas que recibía de la Liga de la moral. En aquel punto, Caleb se mostró tenso y preocupado y le aseguró que se ocuparía de ello. Para su sorpresa, no volvió con su teoría de que un matrimonio entre ambos acabaría con el problema.

Cuando llegaron a la casa de Allison, ambos se separaron perezosamente, sin ganas.

—Muchas gracias por el paseo —le dijo ella en la puerta.

—Gracias a ti por permitirme acompañarte, Allison.

Sin esperar, Caleb le acarició la mejilla posando su palma sobre ella y la miró con intensidad. Allison contuvo la respiración mientras él se acercaba y sintió como, evitando sus labios, depositaba un beso tierno y demasiado casto en su mejilla.

—Espero que descanses —añadió despidiéndose.

—Tú también

Y entró en la casa.

Caleb tomó el camino de regreso al bar para recoger su coche, enfrascado en sus pensamientos, en la nube de sensaciones que Allison le provocaba, nuevas para él, sin ser consciente de que ambos habían sido observados en todo momento por Anakar que, furiosa, se marchó de allí jurando venganza.

—¿Cómo te atreves si quiera a pedir que el consejo te escuche, maldito bastardo? —lo acusó el padre de Anakar señalándolo con el dedo—. ¡Tu ofensa jamás será perdonada! ¡No lo permitiré!

—Te aconsejo que dejes de hablarme de esa manera, Keller. Cuida tus palabras, te recuerdo que aún soy el jefe de esta manada —le advirtió Caleb en un tono frío que en nada evidenciaba su estado de ánimo real.

Caleb se encontraba frente al consejo de ancianos de su raza, formado por un anciano de cada clan del estado. Él ya había informado de que quería ser recibido por ellos, pero como había hablado con Anakar antes que con ellos, ya estaban todos sobre aviso de su falta. De no ser así, el recibimiento habría sido bien distinto.

El hombre que lo retaba apretó las mandíbulas y lo miró con desprecio antes de decir:

—¡Lo serás por poco tiempo!

—Keller, el consejo decidirá cuál es el destino de Caleb, mientras, será mejor que tomes asiento —le aconsejó uno de los ancianos. Caleb sabía que de entre los pocos que lo tenían en estima, aquel era uno de ellos.

—Sabes cómo se castiga una afrenta como la tuya, ¿verdad Caleb? —preguntó otro de los ancianos mirándolo severamente, ese estaba entre sus detractores.

—¡Claro que lo sabe! ¡Los de su familia se niegan a respetar nuestras leyes como si estuvieran por encima de nosotros cuando no son más que sangre sucia! ¡Jamás debió tener la oportunidad de ocupar el puesto de jefe de la manada! —gritó Asher a la derecha de su padre. Caleb pensó que era muy valiente cuando no era a una mujer a la que se enfrentaba o se resguardaba bajo el patriarca de su familia. Lo miró desafiándolo, pero Asher desvió la mirada buscando la aprobación del consejo.

—Sé cómo se castiga un deshonor como el que he causado a Anakar y a su familia. Entiendo su dolor y decepción y, muy al contrario de lo que aquí se dice, yo respeto las leyes de la raza. No habría faltado a ellas de no haber un motivo superior a la misma ley.

—¿Quién te crees que eres para determinar lo que hay por encima de nuestra ley? —le dijo Keller perdiendo la paciencia y saltando desde su sitio. Se transformó en el aire, convirtiéndose en un gran lobo de pelaje castaño oscuro y cuello plateado, y le gruñó amenazándolo. Asher, que vio que podría verse recompensado por la humillación recibida en el rancho Connor ahora que estaba apoyado por su padre, imitó a su progenitor transformándose y saltando

al círculo. Caleb se vio rodeado por ambos lobos dispuestos a atacar, pero no mutó.

El anciano que había intercedido por él anteriormente se levantó de su asiento y alzó las manos en dirección a los dos lobos diciendo:

—Sí os tomáis la justicia sin haber escuchado el veredicto del consejo, vosotros mismos seréis castigados. Antes de nada, debemos escuchar qué nos tiene que decir.

—¿Acaso importa? —gritó Anakar. Las mujeres no podían estar en aquel consejo, pero como contra ella había sido la afrenta, tenía el permiso de los ancianos para reclamar justicia. Aunque no era justicia lo que pedían sus ojos, sino venganza. Caleb la observó mientras vigilaba los movimientos de los dos lobos que lo flanqueaban—. ¡Yo sé por qué me ha rechazado!

Caleb la miró sorprendido.

—Por otra mujer. Una humana. Ha roto su pacto de sangre para estar con una humana —lo acusó con ira.

—¿Es eso cierto? —le preguntó otro de los ancianos—. ¿Has deshonrado a esta familia por una humana?

Caleb respiró con profundidad.

—No —dijo.

—¡Mientes! ¡Yo lo he visto con ella! ¡Está mintiendo al consejo!

Los lobos a sus costados comenzaron gruñir con furia, bramando y acercándose peligrosamente, pero Caleb no se movió del sitio.

—Hay otra mujer, eso no lo niego —comenzó a decir, y Asher saltó sobre él. Caleb, sin transformarse, lo agarró en el aire y lo lanzó contra una de las paredes de la sala. Asher se quejó gimiendo en el suelo—. ¡Pero no es humana! —siguió hablando con el consejo.

—¿No es humana? —preguntó otro de los ancianos.

—¿Qué más da si no lo es? No es de nuestra raza y, aunque lo fuera, tiene un pacto de sangre que cumplir —volvió a intervenir Anakar.

—Eso es cierto —apoyó el anciano detractor. El resto de los ancianos susurraron entre ellos.

—Es una Portadora —terminó por confesar Caleb, y un silencio sepulcral se instauró en la sala. Los ancianos lo miraron incrédulos y sorprendidos.

—¡No puede ser! ¡Mientes! ¡No quedan Portadoras! —dijo Keller tras volverse a transformar.

—No miento. Era la mujer de mi hermano. No sé cómo, pero él la encontró, se casó con ella y la dejó embarazada antes de morir.

Los murmullos entre los ancianos se hicieron de nuevo presentes. Durante unos segundos, Caleb los vio consternados conversar entre ellos.

Keller, Asher y Anakar lo miraban con una mezcla de sorpresa, asco e ira.

—Mi intención no era la de romper mi pacto de sangre. Pero tengo una obligación mayor de protección hacia ella. La atrocidad que estuvo a punto de cometer mi hermano es responsabilidad mía solucionarla. Es la criatura con el don máspreciado y deseado en la faz de la tierra. Si llega a saberse que está aquí, vendrán a por ella y no lo consentiré. La haré mi esposa y la protegeré con mi vida. La sangre que lleva en su vientre pertenece a mi familia. Su bebé también lleva sangre de esta raza.

Los ancianos que habían guardado silencio ante sus palabras se miraron los unos a los otros. Finalmente, uno de ellos, el que más tiempo llevaba en el consejo y que hasta ese momento se había mantenido en silencio, se levantó.

—Hace milenios que una criatura de ese poder no es encontrada, y el destino ha querido que llegue hasta nosotros. Como bien dice Caleb, en su vientre se gesta una criatura que lleva sangre de nuestra raza, y no sabemos cuán poderosa llegará a ser. Es nuestro deber protegerla. Caleb, eres liberado de tu pacto de sangre y se te permite contraer matrimonio con la Portadora, pero debe ser antes de que nazca la criatura.

—Así será —dijo Caleb inclinando su cabeza.

Anakar gritó enfurecida y salió de allí envuelta en una nube de ira. Su padre y hermano la siguieron sin mirar atrás. Caleb sabía que no dejarían que las cosas quedaran así.

CAPITULO 28

ALLISON se había levantado con un dolor considerable de espalda esa mañana, y decidió darse un baño en su estupenda, enorme y reciente bañera reformada, con la intención de relajarse y desentumecer los músculos, aprovechando también que estaba sola en casa y ni Junior ni sus primos irían a hacer reparaciones. Las obras estaban resultando interminables, pero estaba muy contenta con el resultado. Abrió el grifo del agua caliente y después fue templando el agua hasta conseguir que quedase en una agradable y confortable temperatura.

Se puso un poco de música celta relajante y se introdujo en la bañera con cuidado para no resbalar. Recostándose, cerró los ojos y aspiró el aroma de las sales que había puesto en el agua para suavizar su piel. De repente, un movimiento en su vientre la sobresaltó, se incorporó y se miró a través del líquido, sorprendida. Según sus libros sobre el embarazo, era muy pronto para sentir a su bebé, pero habría jurado notar un desplazamiento en su interior, como pequeñas burbujitas que estallaban. Posó las manos sobre el tripa y la actividad se repitió. Allison sonrió feliz y una lágrima de la emoción más pura resbaló por su mejilla. Siguió acariciando su tripa mientras tarareaba algún tipo de melodía que habría escuchado en algún sitio. El pequeño no cesó de moverse y Allison se sintió pletórica de felicidad por estar viviendo aquel maravilloso momento. Pero súbitamente todo cambió.

Ante sus ojos, el agua se oscureció convirtiéndose en un mar negro y profundo. No era capaz de ver su cuerpo bajo el agua y se sobresaltó, se agarró al filo de la bañera con la intención de salir, pero no pudo moverse. En su reflejo vio sus ojos oscurecerse hasta que sus globos oculares, negros y siniestros, le devolvieron la mirada. Una vez más, las sucesiones de imágenes comenzaron a formarse en su mente; la mujer de pelo largo, rojo y ondulado, que le cubría hasta la cintura, llevaba un vestido por encima de las rodillas desgarrado por algunas zonas que dejaban al desnudo algunas partes de su cuerpo. Corría descalza sobre la hierba con el bebé en los brazos envuelto con su ligero arrullo color lavanda. En ese momento la vio volver a mirar hacia atrás con rostro aterrado comprobando si sus perseguidores estaban más cerca. Aquel movimiento le enredaba algunos mechones de largo cabello alrededor del rostro, pero esta vez consiguió verla con claridad. El corazón de

Allison frenético, dejó de latir.

La vio apresurar el paso y sus pies iban tan deprisa, que parecía despegarlos del suelo y caminar sobre el aire frío de la noche. El bebé se revolvió un poco entre sus brazos, comenzando a gorjear y ella le susurró dulcemente. Las palabras salieron de sus labios como los sonidos de una flauta, parecía cantarle más que hablar al bebé. “Sólo un poco más mi vida” Le dijo en alguna lengua que debía ser extraña para ella, sin embargo la reconoció perfectamente. La pequeña, entre sus brazos, se calmó al instante y le mostró una diminuta sonrisa. La visión regresó a la madre, que volvió a mirar a su espalda y comprobó con terror que sus perseguidores habían ganado terreno. La seguían ahora a pocos metros. Vestidos de negro y encapuchados, era incapaz de ver los rostros de aquellos hombres. Pero el hedor que emanaban la obligo a arrugar la nariz, y las náuseas ascendían por su estómago y esófago hasta llenar su boca, y sus fosas nasales. “Ya hemos llegado”, dijo la mujer. Apretó al bebé contra su pecho. La vio correr hacia un árbol enorme, su tronco inmenso como una pared, franqueaba el camino impidiéndole el paso. La volvió a ver escalando aquel tronco con la facilidad de un mono, hasta la parte superior del árbol. Sus captores se arremolinaron abajo, mirando hacia arriba. Vio sus rostros desfigurados. Cicatrices de quemaduras y unos ojos color púrpura, sus capas negras movidas por la brisa de la noche transformaban la base del árbol en un mar de oscuridad. Y a pesar de saber lo que venía a continuación, no pudo evitar gritar temiendo por ellas. Entonces la mujer saltó de la copa hasta el suelo. Allison soltó otro grito agudo aterrorizada ante la idea de que fuesen atrapadas. Pero antes de caer al suelo, ambas desaparecieron. Pero la visión no terminó allí. Las imágenes siguieron sucediendo por su mente como en una película, pero aquella era otra escena. La misma mujer estaba en una ciudad que ella reconocía a la perfección, Chicago. Sostenía a su bebé en los brazos mientras caminaba por sus calles en mitad de la noche, envuelta en una toga verde oscura con capucha. Se detuvo ante un edificio de ladrillo rojo, lo miró y observó a su pequeña entre sus brazos. La mirada de amor y dolor de la madre, atravesaron el corazón de Allison de manera infinitamente dolosa, El rostro de aquella mujer, el más bello y etéreo que hubiese visto jamás, se impregnó de amor y resplandeció en mitad de la noche. Se acercó a la pequeña, la giró destapándola del arrullo y la besó en la pequeña nuca, al comienzo de su espalda. La marca de un pequeño árbol nacarado apareció sobre la piel durante unos segundos, brilló con un efecto dorado y desapareció. La madre volvió a atender a su hija y se

perdió en su mirada infinita. Con aquel gesto, sin mediar una palabra, le hizo llegar el inmenso amor que sentía y lo mucho que le dolía separarse de ella, pero lo hacía por su bien, para protegerla. Entonces, sus labios se abrieron y le susurró al oído. Allison sintió el aliento de la mujer en su propio oído y se estremeció.

—Eres una Portadora, el ser más mágico y codiciado de la existencia. Pero no temas, amor mío, haré que estés protegida, aunque tenga que abandonar mi vida para que así sea. Te amo, pequeña mía —le dijo envuelta en lágrimas, pero no dejó de sonreír a su bebé. Llamó a la puerta del edificio de ladrillo y esperó a que una monja apareciera en el umbral. La mujer le entregó a la niña y desapareció ante sus ojos.

Allison, con el rostro lleno de lágrimas, vio como el agua de la bañera volvía a su transparencia natural y su cuerpo aparecía ante ella sumergido en el agua. Por primera vez quiso que el recuerdo de la mujer regresara y no la abandonase. Con rapidez, salió del agua y se miró en el espejo del baño. Su rostro se parecía tanto al de aquella mujer... Una idea se paseó por su mente y rápidamente abrió los cajones del mueble del baño rebuscando y revolviendo todo hasta que encontró un pequeño espejo redondo. Se levantó el cabello recogéndolo sobre la nuca, se giró y con manos temblorosas se observó. La marca de aquel pequeño árbol de nácar descansaba sobre su piel reluciente por el agua.

¡Era ella! ¡La pequeña era ella! Había estado viendo el momento en el que su madre la salvó y la dejó en el orfanato. «Una Portadora...», las palabras volvieron a su mente taladrándola. Le había dicho que era una Portadora. «¿Qué significa eso?», se preguntó con miedo mientras se observaba en el espejo como si se viera por primera vez en la vida.

Una hora después, Allison salía de casa con la intención de encontrar respuestas a algunas de sus dudas. Su primera parada fue la biblioteca. Aparcó el coche frente al edificio y con manos sudorosas apagó el motor. Bajó del vehículo y entró en el local. Una señora mayor la saludó con la cabeza desde el mostrador y volvió a mirar el ejemplar que tenía sobre un pequeño atril y que manipulaba con sumo cuidado con las manos cubiertas con guantes. Allison aprovechó la concentración de la mujer y se introdujo en el entramado de pasillos de la antigua biblioteca buscando la sección de seres mágicos. No sabía realmente cómo buscar ni dónde podría encontrar lo que ella ansiaba saber, y se encontró frente a una enorme estantería repleta de libros antiguos

sobre mitología.

—¿Qué buscas? —le dijo una voz a su derecha, y Allison dio un bote asustada. Se cogió el pecho con la mano y respiró aliviada al ver que se trataba de Lucy—. Perdona, te he visto desde la librería y no tenías buena cara. Pensé que podía ayudarte... —justificó su presencia allí.

Allison la miró durante unos segundos y decidió confiar en ella. Le había sido de gran ayuda en sus investigaciones. Tal vez entre las dos pudiesen encontrar lo que buscaba entre tanto libro.

—Sí, quizás puedas echarme una mano, estoy buscando... —comenzó a decirle observando de nuevo la gran estantería delante de ellas y resoplando —, necesito encontrar algo sobre un ser...

—Mágico —terminó Lucy por ella.

—Sí, podría ser... —dijo algo confusa.

—Para tu libro —continuó Lucy dándole las salidas oportunas para justificar su búsqueda.

—Exacto —contestó Allison con una sonrisa.

—Bien, ¿qué ser mágico es ese? —preguntó Lucy haciendo las comillas con los dedos.

—Una Portadora —apuntó ella intentando evitar su mirada. Pero Lucy la observó por largos segundos con gran intensidad. Finalmente, volvió su atención a la estantería. Fue directamente a un enorme tomo que alcanzó con facilidad de una balda alta. Lo bajó, abrió el libro y buscó una página en concreto entre sus hojas, después, se lo ofreció a Allison, y se marchó con la excusa de tener que volver a la librería que había dejado desatendida.

Allison tomó el libro, que era realmente pesado, y lo llevó a una de las mesas de la sala de lectura. Se acomodó y se dispuso a leer.

Lucy entró en la librería y fue derecha tras el mostrador. Sacó su teléfono móvil de uno de los apretados bolsillos de sus vaqueros negros y tecleó con rapidez «lo sabe». Lo envió y guardó de nuevo el aparato.

Allison pasó la siguiente hora y media leyendo. Cuando levantó finalmente la cabeza del libro, las preguntas con las que llegó hasta allí se habían multiplicado por cuatro. No tenía duda de que ella era el ser que se describía en el libro como una Portadora. Entre otras cosas, aquel hecho daba explicación a las visiones que había comenzado a tener desde que quedó embarazada. Su situación de Portadora había estado, de alguna manera, dormida por el hechizo de protección que hizo su madre para protegerla y por el que pagó el caro precio de su vida. Pero el embarazo había revelado su

naturaleza interior, entre ellas, su facultad como ninfa del agua, como náyade, de ver en el líquido de la vida el pasado, el presente y el futuro. El recuerdo de su madre despidiéndose de ella con el rostro quebrado por tener que separarse de su pequeña la superó dolorosamente. Ahora que iba a ser madre sabía lo que era temer por tu bebé. Su madre lo había dado todo por protegerla, por impedir que le hiciesen daño, que la usaran, la explotaran. Afortunadamente, nadie sabía lo que era ella en realidad ¿o sí? Fragmentos de conversaciones tenidas durante los meses anteriores vinieron a su mente, como un torbellino de ideas mezcladas y confusas, que no logró discernir por completo. Pero sobre todas, una se hizo presente sobre las demás; Pony y Casey habían insinuado que James la había utilizado. La frase que más le impactó en ese momento fue la de Pony agradeciendo que su hijo hubiese muerto antes de poder arrebatarse lo que había ido a buscar de ella. ¿Pero qué sería aquello? Por lo que había leído, solo los seres de las razas, hasta ese momento, para ella, fantásticas, podrían querer que ella engendrara un hijo suyo. ¿Pertenece James a una? ¿Si era así, también lo hacían Pony, Casey y Caleb? ¿Cuántas de las personas que la rodeaban no eran simples mortales como los había supuesto? ¿Cuántos buscaban en ella su poder? Se sujetó con fuerza la cabeza que parecía a punto de estallarle. Era demasiada información para asimilar. Sintió que su mundo se quebraba en mil pedazos, ya no sabía qué había vivido de real en sus fantasías, en quién podía confiar, a quién creer. ¿Qué iba ser de ella o de su bebé?

—¿Allison, estás bien? —le preguntó Sally tocándole el brazo.

Allison la miró durante unos segundos sin saber qué responder; finalmente, sonrió con desgana y mintió.

—Sí, solo tengo la cabeza un poco embotada de información. Estaba documentándome. ¿Tú que haces aquí?

—He venido a por un libro para Melania, lo coge de vez en cuando, le gusta que se lo lea por la noche.

—Ah... —dijo algo confusa aún.

—No tienes buena cara, ¿por qué no vienes conmigo a la tienda y nos tomamos una limonada?

—Sí, me vendría bien —accedió ella. Definitivamente le vendría bien estar en compañía de personas normales mientras decidía qué iba a hacer.

Cogió el libro y lo llevó hasta el mostrador de la bibliotecaria y pidió llevarse el, pero esta le dijo que era uno de los ejemplares más antiguos y no se prestaba. Allison le hizo unas fotografías con el teléfono a las páginas con

la información sobre sus orígenes. Sally buscó el libro de Melania y se marcharon juntas de allí.

Cuando llegaron a la tienda de Sally, ambas se quedaron sorprendidas de ver que Junior esperaba en la puerta con una hermosa rosa blanca de tallo largo en las manos. Se movía con gesto impaciente, hasta que las vio llegar y su rostro se iluminó al ver a Sally, que a su vez le devolvió una mirada embelesada. Allison fue consciente de lo mucho que sobraba en aquel momento. Tampoco ella iba a ser muy buena compañía con todas aquellas dudas bullendo en su cabeza y de manera súbita supo lo que debía hacer.

—Chicos, yo os dejo, acabo de recordar que tengo algo muy importante que hacer.

—Allison, no es necesario... —comenzó a decirle su amiga.

—Sí lo es, y de verdad tengo que resolver un asunto —aseguró Allison. Fue hasta su amiga, le dio un beso en la mejilla y prometió ir a visitarla al día siguiente. Después cogió el coche y se marchó en dirección al rancho Connor.

CAPITULO 29

CUANDO PONY recibió la llamada de los guardas de seguridad del rancho informando de que Allison pedía paso para entrar, fue corriendo a avisar a Caleb, que estaba en su despacho, de su llegada. Su hijo se levantó inmediatamente del escritorio y salió al porche a recibirla; a su espalda, Pony hacía lo mismo, algo nerviosa. Cuando Allison bajó del coche, Caleb se acercó a ella y quiso acariciarle el rostro con los dedos, la había añorado tanto que aquella pequeña caricia le ayudaría a soportar el dolor de su ausencia, pero Allison se apartó.

Caleb la miró sorprendido.

—Allison...

Ella pasó por su lado y se detuvo frente a Pony. Después se dirigió a los dos.

—Tenemos que hablar —les dijo en tono serio.

Pony asintió y la invitó a pasar al interior de la casa. Caleb las siguió. Fueron hasta el salón y tomaron asiento los tres, los unos frente a los otros.

—¿En qué podemos ayudarte, Allison? —le preguntó Pony.

Allison tomó aire como cogiendo impulso.

—¿Cuánto hace que sabéis que soy una Portadora? —los interrogó examinándolos directamente a los ojos.

Pony y Caleb se miraron estupefactos.

—Desde nuestro primer encuentro. Cuando atendiste la llamada de tu teléfono, vi el árbol en tu cuello —le confesó Pony. Esa respuesta le aclaraba a Allison algunas de las cosas que sucedieron ese día.

—¿Cuándo lo has sabido tú? —quiso saber Caleb

—Esta mañana, me fue revelado como una... —No encontraba las palabras.

—¿Visión? —dijo Pony.

—Exactamente —confirmó Allison nerviosa. Su siguiente pregunta era la que más temía formular. Era lo que le había estado rondando en su cabeza desde que salió de la biblioteca.

—¿Qué quería James de mí?

El silencio reinó unos segundos haciendo que la tensión se palpara en el ambiente hasta hacer el aire espeso y dificultoso de respirar.

—Quería...

—¡No, madre! —la interrumpió Caleb—. Da igual lo que quisiese, Allison.

No lo consiguió, es lo único que importa. James estaba enfermo, ansiaba algo que jamás iba a conseguir.

—¡A mí sí me importa! Toda nuestra relación fue una mentira. Desde que murió he ido sintiendo que lo perdía como si hubiese sido un espejismo en realidad. Necesito saber por qué me buscó, por qué me dejó embarazada.

Caleb sabía que si revelaba la naturaleza de su hermano, eso haría sospechar a Allison de la de ellos, ¿cómo reaccionaría entonces? No tenía más remedio que confesar al menos una parte de la verdad.

—James era un semidiós. Un semidiós sin poder. Mi padre también lo era, salvo que este aún los conservaba. James siempre ansió ese poder para él. Cuando se fue de aquí, jamás pensamos que intentaría obtenerlo... a cualquier precio. En milenios no se había oído hablar de la existencia de una Portadora.

Allison tragó saliva. Era demasiado para asimilar, creía que no podría soportarlo. Pero necesitaba saber la verdad. Llevaba toda la vida engañada, y los Connor era evidente que tenían algunas de las respuestas que ella necesitaba.

—¿Cómo pensaba conseguir el poder? Nuestro bebé sería el poderoso...

—Allison, de verdad, no creo que sea necesario. Él ya... No puede haceros daño.

—Pero otros sí podrían... Cualquiera como él que ansiase lo mismo —dijo posando una mano sobre su vientre de manera instintiva.

—Caleb, tiene derecho a saberlo. Tiene que ser consciente de su situación —añadió su madre.

Caleb se levantó del asiento y les dio la espalda. Apoyó las manos en las caderas y resopló. No quería pronunciar aquellas palabras en voz alta. Se giró y la miró a los ojos, Allison le devolvió la mirada suplicante.

—James... —comenzó finalmente—, iba a sacrificar a vuestro hijo. Podía haber obtenido el poder de su sangre.

Allison se quedó con el rostro desencajado, se abrazó el vientre y rompió a llorar. Pony fue hasta ella y la rodeó con sus brazos mientras Allison se desahogaba y dejaba el dolor, la decepción y la rabia por haber sido engañada salir a borbotones de su interior. Minutos más tarde, cuando se hubo calmado un poco, se limpió el rostro con las manos y miró a Caleb.

—Necesito pensar, será mejor que me marche —el tono de su voz estaba quebrado por el dolor.

—No puedes irte sola, estás demasiado afectada en este momento. Yo te llevaré a casa y más tarde te acerco el coche.

Allison se sentía demasiado agotada y destruida emocionalmente como para negarse. Y con un simple movimiento de su cabeza, aceptó.

—Quiero que sepas que, independientemente de lo que hiciera mi hijo, nosotros no somos así y estamos aquí para ser tu familia. No dejaremos que nada os pase, Allison —le dijo Pony tomándola de las manos y mirándola a los ojos.

Allison se dejó guiar hasta el *Jeep* de Caleb, subió y se sentó mirando a la ventanilla. En realidad no veía el paisaje, había quedado en estado catatónico. Imágenes de los meses que pasó con James pasaron por su mente una tras otra, sus gestos, sus palabras, la vida que habían tenido juntos era todo mentira. Era un ser horrendo, despreciable, como aquellos de los que intentó protegerla su madre. Cerró los ojos con fuerza y apoyó la frente en el cristal. Hecha un ovillo en su asiento se preguntó cómo iba a proteger a su bebé.

Caleb veía a Allison sufrir sobremanera. Había intentado ahorrarle aquel dolor a toda costa, pero su madre tenía razón, tenía derecho a saber el riesgo que corría, a lo que se estaba enfrentando. Tal vez, así accedería a ser su esposa con mayor facilidad. Como si le leyese el pensamiento, ella dejó de mirar la carretera y le preguntó:

—Cuando me pediste que me casara contigo... dijiste que necesitaba protección...

—Sí, lo hice.

—¿Era por mi bebé? ¿Temes que otras personas, otros seres... quieran hacer lo que tenía pensado James?

Caleb suspiró con fuerza.

—No lo dije solo por el bebé, Allison, tú también corres un gran peligro. Una vez que consiguiesen lo que desean de tu hijo, ¿qué crees que harían contigo?

Allison no se había planteado esa posibilidad, solo pensaba en proteger a su pequeño.

—¿Y por qué crees que tú podrías protegernos de esos seres?

Caleb había temido esa pregunta, y ahí estaba. Todo cuanto había descubierto Allison aquel día era suficiente para volver loca a una persona, ¿qué pasaría si a eso sumaba que en su familia eran todos licántropos?

—Allison, podría hacerlo. Solo tienes que saber eso, confía en mí.

—¿Cómo podría hacerlo?

Aquella respuesta le hizo más daño a Caleb que si le hubiesen clavado un puñal en el pecho. Pero no podía negar que ella tenía razones de sobra para

dudar. Habían llegado hasta la puerta de la casa de Allison y Caleb detuvo el coche frente a ella.

—Sé que no puedes. Ahora te debe ser imposible confiar en nadie, y lo entiendo —le dijo él girándose en el coche hacia ella—, pero te juro, Allison, que daría mi vida antes de dejar que os ocurriese algo a ti o al bebé.

La firmeza con la que él pronunció aquel juramento, la intensidad de su mirada al hacerlo y las sensaciones que la llenaron al escucharlo hicieron que Allison se sintiese sobrecogida. Pero necesitaba pensar. Allison se miró las manos sobre el vientre, no había dejado de acariciarlo desde que descubrió lo que James quería hacer a su pequeño.

—Gracias por traerme, Caleb —le dijo ella, se bajó del vehículo, se dirigió a la entrada de su casa y entró sin mirar atrás.

El sonido del teléfono la despertó sobresaltada en mitad de la noche. Nada más llegar a su casa, se había metido en la cama y estuvo llorando hasta que su cuerpo agotado se dejó llevar por el cansancio y el sopor. Miró el despertador sobre la mesita, eran las dos de la mañana, había dormido lo que restaba del día y parte de la noche. El teléfono seguía sonando de manera desagradable y se apresuró a contestar la llamada. Una vez más, al otro lado de la línea, una respiración profunda le erizaba la piel. Por primera vez se preguntó si había presupuesto demasiado pronto que quien intentaba aterrorizarla era la Liga de la moral. Tal vez se enfrentaba a seres mucho más peligrosos. Colgó la llamada rápidamente y silenció el teléfono. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. El viento movía las ramas de los árboles con fuerza. De repente, se fijó en que, desde el otro lado de la calle, una figura femenina vestida de negro parecía observarla. La chica se parecía a... Lucy, pero no podía ser, pensó. Parpadeó un par de veces e intentó enfocar de nuevo la imagen en la distancia, pero esta había desaparecido. Otro escalofrío la atravesó, recorriéndola desde la nuca hasta el final de la espalda. Decidió volver a la cama y, a pesar del calor, se tapó con la sábana hasta el cuello. Cogió el teléfono y se dejó llevar por un impulso. Entró en su aplicación de mensajes y escribió con rapidez antes de tener la oportunidad de arrepentirse. Al finalizar dejó el teléfono sobre la mesita de noche y se colocó de lado en la cama. Para su sorpresa, la pantalla del móvil se iluminó inmediatamente. Miró y vio que había recibido respuesta. La leyó con el corazón acelerado y una sonrisa se dibujó en sus labios.

CAPÍTULO 30

A las diez de la mañana en punto, Caleb aparcaba frente a la casa de Allison. Recibir su mensaje la noche anterior había sido toda una sorpresa. Cuando la dejó allí, unas horas antes, pensó que, de recibir noticias de ella, sería muchos días después, pues la había visto realmente afectada. No solo lo había sorprendido el mensaje, sino el motivo. Allison lo invitaba a acompañarla a su primera ecografía. No sabía lo que la había movido a tomar esa iniciativa, pero estaba en partes iguales emocionado y asustado. Nunca se había sentido así. Por una parte estaba el hecho de que ella quisiese compartir un momento tan importante con él. Se sintió sobrepasado por la emoción ante esa realidad. Y después, él nunca había presenciado una ecografía. No sabía qué esperar ni cómo debía comportarse con ella. Dejó de pensar en el momento en el que Allison salió de la casa y comenzó a descender las escaleras hasta la entrada. Se bajó del vehículo y la esperó mientras ella cerraba la puerta del jardín. Estaba preciosa; llevaba un pantaloncito corto color turquesa y una blusa blanca sin mangas con un generoso escote que dejaba uno de sus hombros al aire. Se había dejado el cabello suelto a pesar del calor y caía por su espalda en una preciosa cascada color cobre. Al llegar esta a su lado y quedarse prendado en su mirada, sintió como su corazón se henchía y comenzaba a latir a mayor velocidad.

—Buenos días —le dijo ella con una pequeña sonrisa.

—Buenos días, Allison —la saludó él y le dio un beso en la mejilla inclinándose sobre ella.

A Allison se le nublaron todos los sentidos ante la proximidad de Caleb, su aroma y calor embriagador. Al sentir el contacto de sus labios, firmes y llenos, en la mejilla, deseó pegar el rostro al suyo y prolongar el momento. Cada célula de su cuerpo le pedía tocarlo, sentirlo, y la necesidad iba intensificándose por momentos. Afortunadamente él se separó un poco, la miró a los ojos, consciente de lo que sentían ambos en aquel momento. Le acarició la mejilla y pasó el dedo pulgar por la comisura de su labio inferior. Contuvo la respiración, suspiró y finalmente se separó de ella con pereza, abriéndole la puerta del vehículo. Allison parpadeó un par de veces intentando ser consciente de otra realidad que no fuese él, pero era casi imposible. Subió al *Jeep* y se abrochó el cinturón.

—Gracias por dejarme ir contigo —le dijo Caleb cuando puso el vehículo en marcha y comenzó a circular por la calle.

Allison se limitó a asentir con una sonrisa en los labios. Pero la curiosidad pudo con Caleb y decidió indagar en sus motivos un poco más.

—¿Por qué lo has hecho? Podías haber ido con Sally o con cualquiera de tus amigas si no querías ir sola, ¿por qué has querido que sea yo el que te acompañe?

Allison se miró las manos. No podía dar una respuesta coherente a esa pregunta, al menos sin tener que reconocer cosas que aún no estaba dispuesta a asumir. Por lo que decidió decir una verdad a medias.

—De alguna manera, me siento segura contigo...

Él la miró un segundo con intensidad.

—Además, pensé que te gustaría ver a tu sobrino, al bebé por el que dices que estás dispuesto a dar la vida —comentó ella intentando impregnar en las palabras la ligereza que convirtieran ese comentario en algo trivial.

—No lo digo. Lo estoy —dijo con contundencia. Caleb estuvo a punto de decirle que ya lo había hecho, había puesto en riesgo a su familia, su posición, su vida, su cargo, por protegerlos a ella y al bebé, pero ella no debía saber eso. Debía ganarse su confianza de otra forma. Poco a poco conseguiría que lo hiciera y, entonces, tal vez ella estaría más dispuesta a ser su mujer. Tenía que convencerla, aunque faltaban varios meses para que el bebé naciera, el consejo le había dado un plazo. No podía arriesgarse a no conseguirlo.

Allison lo observó apretar las mandíbulas y las manos al sujetar el volante. A Caleb le dolía que ella dudase de él, pero ¿cómo podía estar segura de que no quería utilizarla como lo había hecho James? Él decía que podía protegerla, pero aún no sabía cómo pensaba que podría hacerlo. Si criaturas como las que había visto en su visión iban a por ella y su bebé, cómo conseguiría Caleb mantenerlos a salvo. Sabía que él le tenía que estar ocultando algo, no era estúpida, sin embargo, algo en su interior, un instinto sin describir, la hacía pensar que sí podía confiar en él. Cuando lo miraba a los ojos y se perdía en aquella mirada color chocolate, cuando se dejaba llevar por su energía arrasadora, solo había una verdad cierta para ella: quería estar con él.

—Ya hemos llegado —anunció Caleb y le sonrió.

Allison no pudo evitar devolverle la sonrisa algo nerviosa. Iba a ver a su hijo, el hijo de un semidiós y una portadora, por primera vez. ¿Qué podría encontrar?

Caleb bajó primero del vehículo y le abrió la puerta, después la acompañó hasta la consulta del ginecólogo dejando que pasara primero. Aquellos detalles galantes, a los que Allison no estaba acostumbrada, le encantaron.

—¡Buenos días! —los saludó la enfermera con una sonrisa enorme de dientes perfectos.

—¡Buenos días! —contestó Allison—, tengo cita con el doctor Dawson.

—Sí, claro, ¿su nombre? —le preguntó la enfermera mirando de cuando en cuando a Caleb. Allison se sintió molesta.

—Allison O'Rourck —le dijo en tono seco y suspiró impaciente.

La chica ni se percató, seguía mirando a Caleb, Allison se giró y vio que este miraba a un lado y a otro reconociendo la clínica sin prestar atención a la escena.

—¿Quiere que se lo deletreé? —le preguntó a la chica mirándola molesta.

La chica la observó sorprendida y le respondió.

—No será necesario, ya la tengo ubicada en la lista. Los acompaño a la consulta.

La enfermera salió del mostrador y caminó por el pasillo hasta la consulta con un movimiento de caderas que a Allison le pareció exagerado. Bufó. Estaba claro que intentaba llamar la atención de su acompañante. Se preguntó cuánta desfachatez podía llegar a tener la chica. No sabía si Caleb era su pareja, su amigo o qué, y se atrevía a insinuarse de esa manera. Llegaron a la consulta y esta se hizo a un lado para dejarlos pasar con aquella sonrisa boba en la cara. Entraron y la vio marchar cerrando la puerta tras ella. Allison se sintió menos tensa.

—¿Qué tal, Allison? ¿Cómo se encuentra? —le dijo el ginecólogo con gesto apacible. Era un hombre de mediana edad, con el pelo corto y canoso, el rostro redondo y mejillas caídas que le conferían una apariencia un poco triste, sin embargo, sus ojos pequeños, de color azul, vibraban sonrientes.

—Me encuentro bien, a veces un poco cansada, pero nada más.

—Estupendo... Ya veo que hoy viene acompañada, es bueno que no esté sola en estos momentos.

—Sí... perdone doctor, le presento a Caleb, mi... —Allison se dio cuenta de que no sabía cómo presentarlo.

—Caleb a secas —dijo éste dando la mano al doctor con una sonrisa.

—Muy bien, Caleb y Allison, si os parece, comenzamos —les señaló con la mano tras una cortina blanca que colgaba del techo.

La abrió de un tirón y Allison se subió a la camilla tumbándose, se

desabrochó el botón del pantalón y lo bajó hasta su pubis; Caleb contuvo la respiración al ver la nívea piel de su abdomen. Allison elevó uno de sus brazos y lo colocó bajo la cabeza, con aquel gesto sus pechos se elevaron contra la tela de la fina blusa, y él tuvo que apartar la vista y centrarse en la pantalla negra del monitor.

El doctor puso gel sobre su tripa, que ya mostraba un pequeño montículo, estaba fresca, pero no era desagradable, y comenzó a pasar el ecógrafo por su abdomen. Al principio solo veían manchas en gris, ninguna forma diferenciable. El doctor estuvo haciendo mediciones y anotaciones y, entonces, movió el ecógrafo y tocó la pantalla. La visión de su bebé al completo apareció ante ellos. Allison se sintió tan emocionada que no pudo articular palabra.

—¡Vaya! Es increíble —dijo Caleb alucinado—, se distingue perfectamente; su cabecita, sus brazos, las piernas, ¿eso es el corazón? —dijo pegándose al monitor y señalándolo.

—Sí, así es, tiene el corazón fuerte de un toro.

La sonrisa de orgullo se ensanchó en los labios de Caleb y la miró pletórico de felicidad. Aquel gesto enterneció a Allison que acarició su brazo apoyado en la camilla. Caleb, al sentir su contacto, aferró su pequeña mano cubriéndola con la suya, la miró a los ojos, volvió su atención a la pantalla mientras observaba cada detalle del pequeño y entrelazó los dedos con los de Allison en un gesto más íntimo.

—¿Quieren saber el sexo del bebé? —les preguntó el doctor.

Caleb se moría por saberlo, pero se limitó a observar a Allison esperando su respuesta.

Ella se vio sorprendida por la pregunta. Realmente lo que le dijera el doctor marcaría una diferencia, si su bebé era niña, podría ser una portadora como ella, ¿y qué significaría eso, que tendría que sacrificar su vida como lo hizo su madre para mantenerla a salvo para hacerla invisible a los demás? No quería pasar el resto del embarazo despidiéndose mentalmente de su bebé, por lo que finalmente negó con la cabeza sin decir nada, mordiéndose el labio inferior para intentar contener las ganas que tenía de llorar.

—Bueno, algunas mujeres prefieren el misterio —dijo el doctor—. Por lo demás, está todo perfecto, es un bebé grande y tiene un tamaño ligeramente superior al de su tiempo de gestación. Ahora está de dieciocho semanas —le explicó mientras le daba servilletas para limpiarse la tripa. Allison lo aceptó y comenzó a quitarse el gel.

De improviso, Caleb le tomó el papel de la mano y fue él el que lentamente limpió hasta la última gota. Allison no protestó, se limitó a contener la respiración mientras él se dedicaba, concentrado, a aquella tarea, sintiendo el roce de sus dedos sobre la piel de su vientre. Cuando terminó, lo tiró en la papelería y la ayudó a incorporarse. Desde luego no se podía negar que estaba pendiente de ella, pensó Allison.

El doctor fue hasta su escritorio para pasar al ordenador los datos de la ecografía mientras Caleb le daba la mano para ayudarla a bajar de la camilla, al hacerlo quedaron el uno frente al otro a muy corta distancia, se miraron a los ojos emocionados por el momento que acababan de vivir juntos.

—Bueno, pues como le digo, está todo bien, Allison —rompió el momento el doctor informándola—. Tiene que seguir tomando las vitaminas prenatales, descansar mucho, no tomarse sobresaltos y hacer una vida sana y normal. ¿Sigue teniendo problemas de descanso? —le preguntó.

Caleb y Allison fueron hasta el escritorio y se sentaron.

—Solo a veces... Tengo menos sueños extraños.

—Bien, esperemos que siga así. Cuando me dijo que estaba teniendo insomnio y visiones en la visita anterior, llegué a preocuparme.

Caleb la volvió a mirar de manera interrogativa, serio, pero Allison lo ignoró.

—No se preocupe, doctor, va todo mucho mejor. Me siento estupendamente.

—Perfecto, pues entonces la veo en seis semanas.

—Muy bien, muchas gracias —le dijo Allison levantándose del asiento.

—Gracias —se despidió Caleb con un apretón de manos.

—Esperen, ¿quieren la foto de su hijo? —les preguntó el doctor que los veía querer salir con premura.

Allison iba a decir que no era hijo de Caleb cuando escuchó a éste contestar:

—Claro, por supuesto. Muchas gracias, doctor —añadió tomándola de su mano—. Gracias —volvió a repetir y abrió la puerta para que Allison saliese de la consulta. Una vez en la calle, Caleb no lo aguantó más y la tomó por el rostro rodeándole la cara con las manos. La besó tierna y apasionadamente en los labios, sin profundizar, pero otorgando a aquel beso toda la intensidad y emoción que ella le había proporcionado permitiéndolo acompañarla hasta allí. Apoyó la frente sobre la de ella y le dijo sin aliento:

—Gracias.

Allison sintió como el mundo se detenía en aquel momento y se dejó perder en la mirada color chocolate plagada de motas doradas de Caleb.

CAPITULO 31

CASEY llevaba más de una hora mirando por la ventana y observando a Jake que hablaba animadamente con su madre. En el rancho se respiraba un ambiente distinto desde que este descubriese la naturaleza salvaje de su familia, más relajado y distendido. Después de la pelea con Asher, Caleb se había llevado a Jake a su despacho y allí habían estado hablando más de dos horas, en las que ella creyó volverse loca. «Jake lo sabía», se repetía una y otra vez. Sus mayores temores se habían materializado ante sus ojos, pero él no se había marchado, se había enfrentado a Asher para protegerla. Cuando lo vio allí parado con el revolver en la mano amenazando a Asher, su corazón se sintió dividido; por una parte, él sabía lo que era ella y la estaba defendiendo a pesar de ser un animal ante sus ojos, aquello debía significar algo. Se sintió feliz y orgullosa de él. Otro hombre habría salido corriendo despavorido ante la escena, pero él estaba allí, junto a ella, protegiéndola. La otra parte, la que era consciente de que con aquel revolver Jake tenía poco que hacer frente a Asher, estaba totalmente mortificada y aterrorizada ante la idea de perderlo. Cuando vio aparecer a Caleb y hacerse con la situación, su única preocupación había sido Jake. Asegurarse de que estaba bien, saber lo que pensaba, sobre todo, saber cómo la miraría a ella a partir de aquel momento. Había pasado más de una semana y aún seguía sin saberlo.

Jake había hablado con su hermano, le había explicado que días atrás había presenciado la pelea entre ellos en la cocina viéndolos transformarse en lobos, y por eso había necesitado marcharse unos días, para procesar toda aquella información. El día que regresó, se encontró con la escena de un Asher acosándola e intentando forzarla. Le dijo que, a pesar de sentirse dolido porque le habían ocultado un hecho tan importante como el de que prácticamente convivía con seres de otra raza, había valorado sobre todo las cosas que le había dado su familia durante esos años, las personas que habían significado para él, y que había decidido seguir allí con ellos.

A Casey le gustó saber aquello, pero lo hizo a través de su madre, con la que Jake había pasado a tener grandes conversaciones en las que le preguntaba innumerables cosas sobre su raza y las otras existentes en el mundo. Se interesó por cuanto era concerniente a los suyos y a la historia de su familia, sus costumbres, su herencia licántropa. Jake había estrechado lazos con su

madre y con Caleb de una manera espectacular, pero con ella, nada. De hecho, antes por lo menos se dirigían la palabra para pelear, discutir o sus encuentros clandestinos en el bar, pero desde el regreso de Jake, este se limitaba a tratarla con una educada frialdad que la estaba volviendo loca. Lo prefería mil veces riéndose de ella, buscando pelea, haciéndola hervir por dentro a aquella situación que rozaba la indiferencia. No quería ser invisible para Jake y se estaba volviendo loca.

Volvió a mirar por la ventana y vio que él miraba en su dirección, cuando sus miradas se cruzaron, él desvió la vista rápidamente y comenzó a comentar con Pony sus progresos en el huerto. Casey bufó frustrada y se cruzó de brazos. Comenzó a caminar por la habitación en círculos como una leona enjaulada. De repente se fijó en algo que caía parcialmente bajo un montón de ropa que tenía doblada sobre una silla. Prácticamente cubierta, estaba allí la peluca que usaba para sus encuentros con Jake. Fue hasta ella y la acarició dejando caer el cabello dorado entre los dedos. Y una idea cruzó su mente como un rayo que lo iluminaba todo. La noche en la que Jake descubrió su verdadera naturaleza había sido la misma en la que tuvieron su último encuentro. Si Jake vio la discusión fue porque la siguió hasta la casa, pues esta se produjo nada más salir ella del bar y llegar allí. Lo que significaba que no solo había descubierto esa noche que era una loba, sino que era la chica a la que había besado en el bar.

Se sentó en el filo de su cama preguntándose cómo afrontar eso. ¿Era esa la razón de que él la ignorase? ¿Estaba avergonzado de lo que habían tenido? ¿De haberla besado a ella o de haber besado a una loba? No podía más. No pensaba seguir así. Sí él ya sabía todo cuanto podía saber de ella, no quería pasar lo que le quedaba de vida preguntándose cosas y observándolo a través de las ventanas. Suspiró profundamente y salió de su cuarto con la determinación necesaria para aclarar de una vez por todas las cosas con él.

Lo encontró junto al jardín y el huerto, con su madre, igual que hacía unos minutos.

—¡Jake! —lo llamó a su espalda. Él, que se estaba riendo con su madre, dejó de reír inmediatamente y se giró para mirarla sorprendido—. ¿Podemos hablar un momento?

Jake amplió su sorpresa.

—Por favor —le pidió. Jamás lo había hecho antes y Jake terminó de girarse hacia ella.

—Claro. ¿Es urgente? ¿O podemos hablar más tarde? —le dijo en tono

inexpresivo.

Casey creyó que estaba a punto de estallar. No lo soportaba con esa actitud, ella se sentía bullir por dentro y él parecía a punto de aceptar tomar cortésmente un té con pastas. Resopló y tras aquel gesto le pareció ver un brillo especial en la mirada de Jake.

—Preferiría que fuese ahora, sí, estoy segura de que la conversación sobre los tomates de mi madre puede esperar.

El brillo en la mirada de Jake se intensificó.

—De acuerdo, princesa. Vamos a hablar.

La descarga de deseo instantánea que sintió Casey palpar en su sexo fue tan sorprendente como difícil de controlar al escuchar que él volvía a llamarla de aquella manera. Le dio la espalda y comenzó a caminar hacia los establos para que él lo siguiera.

Pony los vio marcharse en aquella dirección y cabeceó mientras seguía labrando con su rastrillo en la tierra pensando que ojala Jake fuese capaz de domar a la yegua salvaje de su hija, sonrió y continuó con su labor.

Cuando llegaron al establo Casey no lo pensó un momento, pues temía arrepentirse.

—¿Por qué me evitas? ¿Es porque soy...? —no se atrevió a finalizar la frase. Casey bajó la mirada.

Jake estuvo tentado de acercarse a ella y besarla. La expresión de Casey era nueva para él, parecía triste, compungida, nerviosa. Deseaba abrazarla con fuerza y perderse en el sabor de sus labios, pero tenía que contenerse. Casey no era para él. Viviría y sufriría por ello cada día de su vida, pero era un hecho que tenía que asumir. Al regresar, su intención había sido la de hablar con ella, la de decirle lo que sentía, pero la cruda realidad lo golpeó en las entrañas. Cuando la vio en peligro, todo su mundo se paralizó, había entrado en estado de shock al descubrir lo cerca que había estado de perderla para siempre. Y se había visto a sí mismo sacando el revolver que tenía en la guantera del coche y apuntando al lobo enorme que la amenazaba a pesar de que un arma como aquella habría surtido el mismo efecto que una pistolita de agua. Se dio cuenta de lo impotente que se sentiría toda la vida ante ella. No podría defenderla en un mundo como el suyo. Él sería el eslabón débil de la relación. Si Caleb no hubiese aparecido, habría perdido a Casey ante sus ojos, por su culpa, por intentar defenderlo. Jamás se habría perdonado algo así.

—¿Te doy asco? —le preguntó ofuscada al ver que él no lo negaba.

—¡No! ¡¿Por Dios Casey, cómo puedes decir eso?! —le dijo con una mezcla

de enfado y sorpresa. Se acercó e hizo lo que había deseado hacer cada minuto de los que había pasado cerca de ella en aquel rancho. Se aproximó lentamente, posó las manos en sus caderas, sorprendiéndola. Casey lo miró con los ojos muy abiertos. Estaba encantadora, pensó, y la pegó a su cuerpo desde las caderas, después elevó una de sus manos mientras con la otra la mantenía junto a él, la tomó por la nuca, acercó su rostro al de ella, tan bello y salvaje. El rostro que lo atormentaba cada noche haciéndolo anhelarla, desearla por encima de cualquier cosa en la vida. La tenía tan próxima que ambos compartieron aliento y podían sentir sus corazones latir frenéticos. Ella lo miraba a los labios, expectante. Deseaba que la besara y él anhelaba más que nada en el mundo hacerlo. Bajó su boca hasta cubrir sus cálidos labios, con toda el ansia y necesidad que lo consumía por dentro. Casey se abrió exquisitamente para él como una flor temprana ofreciéndose dulcemente a su lengua, a la embestida de su boca exigiendo más y más. La oyó gemir bajo sus labios y la dureza de su sexo se hizo palpable bajo los pantalones. La necesidad que sentía no era capaz de ser saciada con un beso, aunque fuese un beso de Casey, de la mujer a la que amaba y que jamás sería suya. Aquel pensamiento lo devolvió a la realidad. Se apartó de ella como si de repente sus labios le quemasen.

—Te deseo, Casey, desde siempre, y más después de haberte saboreado aquella primera noche en el bar. Jamás podré olvidar ese sabor, tu tacto, lo que siento cuando estás en mis brazos. Porque créeme que jamás una mujer me ha hecho sentir como me siento cuando estoy contigo...

Casey sintió como las lágrimas se arremolinaban ante sus ojos.

—...Pero no podemos estar juntos —Jake pronunció esas palabras bajando la mirada y apartándose de ella—. No es por lo que eres tú, sino por lo que soy yo. Estuve a punto de perderte cuando intentaste protegerme frente al tipo ese. Jamás me lo habría perdonado. Tú tienes que estar con uno de los tuyos, alguien que te proteja, que pueda cuidar de ti... Yo no soy ese alguien.

Casey lo miró estupefacta unos segundos sin entender los motivos que veía él para separarlos. Lo vio desviando la mirada sin atreverse si quiera a mirarla mientras le decía aquellas palabras, y el corazón se le hizo añicos.

Jake levantó la vista esperando encontrar algo de comprensión en los preciosos ojos de Casey. Ella tenía que entender...

Pero lo que recibió fue un bofetón que lo dejó estupefacto ante ella. Se tocó el labio, tenía sangre, la cara de Casey expresaba dolor y decepción sobre cualquier cosa.

—¡Cobarde! —lo acusó y se marchó sin esperar respuesta.

CAPITULO 32

HABÍAN pasado dos semanas y Allison estaba mucho más tranquila. Poco a poco se iba haciendo a la idea de su nueva condición. No había vuelto a tener sueños extraños ni visiones desde aquella que le reveló su origen. Sin embargo, algo le decía que la tranquilidad que experimentaba esos días duraría poco. Mientras, se dejaba llevar por las rutinas de su vida. Las obras habían terminado, se reunía un par de veces a la semana con las chicas, hablaba cada día con Pony, y Caleb la visitaba con frecuencia. En aquellos encuentros, él no había vuelto a hacer mención de su petición de matrimonio. Le dio el espacio que ella le pidió y simplemente se sentaban a charlar sobre sus vidas, sus gustos, sus sueños y esperanzas. La acompañaba a hacer las compras para asegurarse de que no cargaba con peso y le había llevado un par de libros sobre el embarazo que, aunque ella ya tenía, recibió con emoción por el detalle de que él se los hubiese buscado. Lo que sí hacía Caleb era saludarla a su llegada y a su marcha con un beso en los labios que la dejaba excitada y necesitada de él, como si quisiese dejarla marcada con el sabor de sus labios, y lo conseguía, pues no podía dejar de pensar en él todo el tiempo.

Se estaba terminando de vestir cuando llamaron a la puerta. Se echó un último vistazo en el espejo antes de salir y bajó las escaleras para abrir la puerta. Sally la esperaba en el exterior.

—Será mejor que te lleves una chaqueta —le dijo entrando, mirando el fresco vestido que llevaba y dándole un beso en la mejilla—. Parece mentira que hace unos días siguiésemos asfixiándonos de calor. El cielo está cubierto, tiene pinta de que va a llover y se ha levantado viento.

Allison asomó la cabeza por el umbral de la puerta y comprobó que así era. Aunque aún no llovía. Era normal, ya estaban a finales de septiembre, de un momento a otro se tenía que producir el cambio del tiempo.

Fue hasta el zaguán y tomó una cazadora vaquera fina que se puso sobre el vestido largo de algodón color chocolate. Después, descolgó el bolso y se marcharon. Tenían cita con las chicas en el club y no querían llegar tarde. Fueron en el coche de Sally que tenía aparcado frente a la puerta.

Minutos más tarde hacían su aparición en la librería en la que ya se congregaban una quincena de mujeres. El club era cada vez más popular y divertido. En la entrada de la librería habían dispuesto una mesa con bebidas y

pasteles para amenizar la sesión de lectura. Uno de ellos, en una preciosa blonda color lavanda, llevaba una etiqueta con su nombre. Le pareció un detalle muy mono. Casi siempre esperaban a finalizar la sesión para atacar las bandejas, pero estaba hambrienta. Últimamente su apetito se había acrecentado, y ahí había unos preciosos *cupcake* recubiertos de chocolate que tenían una pinta exquisita. Sin poder resistirse, lo tomó junto con una servilleta. Fue hasta el círculo de sillas dando el primer mordisco. Estaba delicioso, aunque el chocolate dejaba un sabor final amargo un poco extraño. Pensó que se debería a la pureza del chocolate y le dio un mordisco más mientras saludaba a las chicas.

La encargada de comenzar la sesión del día era Annie, que se colocó en el centro del círculo para explicar lo que iban a hacer. Allison se sintió un poco mareada y buscando un apoyo se agarró al brazo de Sally.

—¿Estás bien? —le preguntó su amiga preocupada.

—No... lo sé. Me siento un poco... aturdida —consiguió decir agarrándose la cabeza con la mano. El *cupcake* se le cayó al suelo justo antes de que todo se volviese negro a su alrededor y desplomarse en el suelo junto a él.

Allison, en un manto de oscuridad, sintió alboroto a su alrededor, gente que hablaba alterada, entre las voces le pareció distinguir el nombre de Caleb y quiso llamarlo, pero sus labios enmudecieron, la oscuridad tiró de ella haciéndola caer en un pozo sin fondo. Incapaz de hacer ningún movimiento se dejó llevar. Unas punzadas de dolor comenzaron a atravesarle el pecho como agujas heladas, desde allí los pinchazos se expandían con cada latido de su corazón por sus venas hasta cada recóndito rincón de su cuerpo. Las sacudidas de las convulsiones hicieron que su cabeza golpease varias veces contra el suelo, hasta que un cuerpo fuerte la tomó elevándola. Allison supo que se trataba de Caleb en cuanto este posó sus manos sobre ella. Quiso gritar su nombre, pero no pudo y volvió a sumergirse en la oscuridad.

Tres horas más tarde, volvía a escuchar ruidos a su alrededor. Percibía el movimiento de otras personas que la rodeaban. Intentó moverse y, quejándose por el dolor en todos los músculos de su cuerpo, gimió y se retorció.

—Allison, cariño, no te muevas, estás en casa. Mi madre hará que el dolor desaparezca pronto, yo estoy contigo —escuchó que le decía Caleb al oído. Su voz fue como un bálsamo para su cuerpo y su mente turbia se aferró a ella como el naufrago a una tabla. Sintió su mano grande y cálida posarse sobre su frente y decir—: le está subiendo la fiebre —su tono era angustiado.

—Tranquilo, está bien. Es como debe ser, es una de las formas por las que el

antídoto hace que salga el veneno de su cuerpo. Sube la temperatura para que lo elimine por la piel. Habrá que vigilarla durante varios días. Es un proceso lento y doloroso. Algunas de las hierbas que le he dado aliviarán los dolores, pero no todos...

—¿Y el bebé? — preguntó Caleb acariciándole el vientre.

—Los dos tendrán que luchar, hijo —le dijo posando una mano en su hombro intentando consolarlo. Sabía que la impotencia superaba a su hijo. Saber que poco más podía hacer por ella y no podía evitar el calvario por el que iba a pasar, lo estaba matando—. El doctor Dawson va a venir más tarde, escuchará el corazón del bebé para ver cómo está.

Él asintió y se sentó junto a Allison en la cama.

—Yo me quedaré con ella —dijo sin dejar de mirarla. Allison parecía apacible, pero de cuando en cuando su rostro se contraía por el dolor que duraba unos segundos. Se retorció, gritaba ahogada y volvía a relajarse.

—Nos quedaremos los dos, hijo.

—No hace falta, madre. Yo puedo cuidarla solo, prefiero asegurarme de que estas tranquila y a salvo en casa, con Casey.

Pony vio en los ojos de su hijo que este no iba a cambiar de opinión y se marchó tras darle las indicaciones necesarias para cuidarla ese día, prometiendo volver en unas horas.

Y así lo hizo, cuarenta y ocho horas después, Allison seguía en la cama pasando por un infierno. Fuesen quienes fuesen los responsables de aquello, habían metido suficiente veneno en los pasteles como para matarla. Y pagarían por ello con sus vidas, se repetía Caleb una y otra vez. Su madre había estado allí con él ya en cuatro ocasiones, revisando los progresos de su estado. El doctor Dawson también había ido un par de veces y había corroborado que el corazón del bebé latía con normalidad. Le había hecho una ecografía con un ecógrafo portátil que llevaron hasta allí y estaba bien. Ahora restaba que Allison terminase de superar la dura prueba.

Eran las diez de la noche del tercer día después de su envenenamiento, cuando Allison abrió por fin los ojos. Junto a ella, en la cama, vio a Caleb que le sostenía la mano y la miraba con preocupación.

—Hola —consiguió saludarlo con voz espesa.

—Hola —le devolvió el saludo con una sonrisa.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —preguntó intentando incorporarse.

—No te muevas, cariño, es mejor esperar.

A Allison no se le escapó que él la había llamado cariño y, a pesar del

agotamiento, sintió pequeñas mariposas pasearse por su estómago.

—Estás en casa, llevas tres días inconsciente, intentaron envenenarte —le informó él.

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó ella entre estupefacta y furiosa.

—No lo sé, pero lo averiguaré y pagará por ello, te lo aseguro —dijo con gesto pétreo.

Allison no tuvo ninguna duda de que Caleb lo haría de tener la oportunidad. Se miró sobre la cama, estaba conectada a una máquina que controlaba sus pulsaciones y las del bebé, también tenía un suero en el brazo. Caleb contestó a sus preguntas sin necesidad de que las formulara.

—Necesitábamos mantenerte hidratada y nutrida. Temíamos por ti y por el bebé. Tranquila, el pequeño está bien. No ha sufrido daño en ningún momento.

Allison se sintió aliviada y se dejó caer relajada sobre los mullidos cojines de su cama.

—¿Podrías desconectarme de todo esto? Tengo hambre —pidió a Caleb y él le devolvió una sonrisa.

—Claro, te lo quito todo y te preparo algo de comer —decidió. Fue hasta ella, con cuidado la desconectó de todos los aparatos, le quitó el suero y la vía. Antes de salir de la habitación le dio un suave beso en los labios que dejó a Allison casi sin aliento.

—Me alegro de que estés de vuelta. Te he echado de menos —le dijo junto a sus labios, se separó de ella con pereza y salió de la habitación.

CAPITULO 33

NO es necesario que te quedes aquí para cuidarme, imagino que tendrás cosas que hacer en el rancho —le dijo Allison y se metió un trozo de tortilla de queso en la boca. No solo olía de maravilla, también era la mejor que hubiese probado jamás. No sabía si aquella apreciación se debía al enorme apetito que sentía, pero si Caleb, además de todo lo ya evidente, sabía cocinar, había que ser una tonta para no casarse con él. Tras ese pensamiento se reprimió mentalmente y se mordió el labio con expresión ofuscada.

—¿Qué pasa? ¿No está buena? —le preguntó Caleb al tiempo que le quitaba el plato de las manos y olía la comida.

—¡Ey! Tráela de vuelta aquí ahora mismo, ¡soy capaz de matar por ella! —lo amenazó entre bromas con el tenedor.

Caleb no pudo menos que reír a carcajadas ante su expresión.

—Está muy buena, muchas gracias —le dijo sin dejar de sonreír—, solo estaba pensando que me siento mal porque hayas tenido que quedarte cuidándome y dejar así de lado tus obligaciones. —Dio un mordisco al trozo de pan que tenía en la bandeja.

—Lo he organizado todo, no tienes de qué preocuparte. No pienso moverme de aquí, aún no he averiguado quién ha intentado hacerte daño, no pienso dejarte sola.

Allison tenía que reconocer que se sentía mucho más segura con él en casa, aunque eso implicase acabar con su sistema nervioso.

—Es muy extraño, cualquiera de la razas que quisiesen... conseguirte —completó la frase y su mirada mostró angustia—, no se arriesgarían a hacerte daño de esa manera y perder su mayor posesión. El veneno que te dieron era muy fuerte, la intención no era la de mandarte al hospital...

—Ya... así que no solo hay quién quiere secuestrarme para matar a mí hijo y tenerme sometida toda la vida, también tengo enemigos interesados en acabar conmigo... Desde luego, desde que llegué a este pueblo me he hecho muy popular —dijo Allison resoplando y apartando la bandeja, había perdido el apetito—. El día que encontré el pájaro muerto en la puerta de casa, supe que las mujeres de la maldita Liga de la moral estaban mal de la cabeza, pero jamás imaginé que fuesen capaces de cometer intento de asesinato —añadió frotándose los brazos, el pensamiento hizo que se le erizase la piel. Levantó

las piernas y se abrazó a sus rodillas.

—No creo que fueran ellas. No es la primera vez que encuentran una cruzada en la que embarcarse, pero no pasan de los comentarios malintencionados, amenazas e intentar el aislamiento de la persona, según ellas, inmoral. No las veo capaces de intentar matar a nadie —reflexionó Caleb.

—¿Entonces, quién podría estar interesado en hacerme daño? ¡No lo entiendo! —se preguntó Allison realmente confusa.

—No lo sé, pero lo averiguaré. Mientras, me quedaré aquí...

Ella intentó protestar.

—No me moveré, digas lo que digas, no pienso dejarte sola. No tendrás que preocuparte por mí, me he instalado en la habitación libre. No te molestaré, pero necesito asegurarme de que estás a salvo.

Allison bajó la cabeza. Que él estuviese allí le provocaba, en partes iguales, seguridad e inquietud. Cómo sería dormir cada día sabiendo que estaba a tan solo unos metros. Levantarse cada mañana y verlo en su casa, tenerlo tan próximo... No había tenido tiempo de asimilar las cosas que él le hacía sentir, de decidir cómo actuar con él y lo tenía viviendo en su casa. Era una locura, pero no quería pensar en que se marchara. La verdad es que no imaginaba nadie que la pudiese hacer sentir tan segura como él.

—Sólo podrás quedarte aquí con una condición —comentó con gesto serio.

—¿Cuál? Haré lo que sea.

—Tendrás que hacerme una tortilla de estas con frecuencia.

Caleb sonrió, y ella no pudo evitar imitarlo.

Como si aquella sonrisa fuese el néctar que él necesitase beber para vivir, se inclinó sobre ella sin que Allison lo pudiese esperar, enredó los dedos en su nuca y la pegó a su boca, apoderándose de ella. La besó con anhelo, con pasión desmedida, con unas ganas inmensas de perderse en su boca y jugar con su lengua; cuando se dio cuenta de que su cuerpo no se conformaría con menos que absolutamente todo, apartó los labios de los suyos que protestaron con un gemido.

—Me encanta besarte —confesó junto a la boca de una Allison jadeante y excitada—, me paso el día soñando con recorrerte entera con la lengua. — Aquel comentario hizo que ella sintiese como su cuerpo ardía por dentro, estaba a punto de sufrir una combustión espontánea—. Necesito una ducha fría, ahora vuelvo —le dijo Caleb levantándose de la cama y saliendo por la puerta de la habitación.

En cuanto él desapareció de su vista, Allison apretó los muslos y gimió.

Aquel era el hombre más excitante con el que se hubiese cruzado jamás. Y vivir con él iba a ser una prueba diaria de autocontrol que cada vez estaba más segura de que suspendería.

Caleb regresó a la casa casi a la hora de cenar, había estado haciendo compras y algunas gestiones aprovechando que Allison estaba al cuidado de su madre y su hermana. Las tres mujeres se habían pasado la tarde charlando animadamente. Él estaba tranquilo dejándola con ellas o con Sally, que había ido a visitarla con frecuencia, pero no se permitía separarse de la mujer que lo volvía loco por mucho tiempo. Independientemente de pensar en su seguridad, cuando se alejaba de ella, la anhelaba. La echaba de menos como jamás lo había hecho por nadie. Lo que lo convencía de lo importante que era persuadirla de que se casara con él. Tenía que aprovechar aquellos días juntos para hacerla entender que debían estar juntos.

Después de la cena, su madre y su hermana se marcharon, y Allison volvió a la cama, no sin antes darle un apasionado beso de buenas noches. Aquellas eran las únicas licencias que se permitía con ella, pues no quería asustarla, forzar la situación y que huyese de él. Tenía que hacer las cosas despacio, darle tiempo a pensar y hacerla suya para siempre. Cuando Allison se fue a acostar, él revisó que todas las puertas y ventanas estuviesen cerradas y se fue a su cuarto, se desnudó por completo y se metió en la cama, colocó las manos bajo su cabeza y suspiró con fuerza. No era fácil tenerla tan cerca y no hacerla suya, pero debía esperar. Con aquel desagradable pensamiento se quedó dormido.

En mitad de la noche, un sollozo despertó a Caleb. Se incorporó en la cama no estando seguro de si lo había soñado o no, y entonces otro quejido llegó con claridad hasta sus oídos desde la habitación de Allison. Fue corriendo hasta allí y la encontró inmersa en un sueño agitado que la tenía llorando y tiritando. Se acercó, se metió en la cama a su lado y la rodeó con sus brazos. Tras unos segundos, ella aspiró con profundidad, aún dormida, y se relajó pegada a él. Caleb inhaló el embriagador olor de sus cabellos cobrizos sobre la almohada, sintió la suavidad de su piel y el cuerpo femenino tan perfectamente acoplado al suyo, de espaldas, en posición fetal, y supo que estaba perdido. Inmediatamente reaccionó a su proximidad mostrando su deseo hacia ella de la manera más evidente. Allison llevaba tan solo unas braguitas y una escueta camiseta de tirantes, y él estaba completamente desnudo. Con la respiración dificultosa contuvo un gruñido de necesidad

contra su oído. Le estaba costando horrores no poseerla en aquel momento. Allison se removió entre sus brazos rozando su trasero contra su dura erección y Caleb pensó que estaba a punto de morir de deseo. Entonces, ella se giró dejando su rostro, precioso y etéreo, frente a él, se acurrucó contra su pecho y él la abrazó. No pensaba moverse un milímetro en toda la noche, solo quería estar junto a ella. Y ese pensamiento hizo henchir su corazón como si fuese a reventarle en el pecho dolorosamente.

La melodía del teléfono en su mesilla despertó a Allison abruptamente haciendo que se sobresaltase y se incorporase en la cama de manera mecánica. Al hacerlo vio que a su lado estaba Caleb que la miraba con gesto afable. Parpadeó sorprendida mientras el sonido taladraba su cabeza de manera persistente. Tomó la llamada para darse unos segundos y pensar.

—¿Sí? —preguntó cerrando los ojos con fuerza e intentó recordar qué había pasado la noche anterior para que Caleb estuviese en su cama con ella. Sintió un movimiento a su lado y lo vio levantarse y dirigirse al baño completamente desnudo. Aunque le hubiese gustado tener la fuerza de voluntad que la ayudase a apartar la vista, la visión espectacular de su maravilloso y perfectamente cincelado cuerpo desnudo inundó sus retinas haciéndola arder al instante. Jamás había visto unos glúteos tan perfectos, una espalda tan ancha y fuerte, unas piernas tan perfectamente formadas... Intentó tragar saliva y se encontró con que su boca estaba seca y áspera como una lija.

—¿Cuántos días crees que puedo esperar a qué me devuelvas una llamada? —le preguntó Jane al otro de la línea.

CAPITULO 34

CALEB estaba en el baño, que había en la habitación de Allison, mirándose al espejo y preguntándose cómo iba a salir de la situación. Estaba totalmente excitado, pensando en arrancarle el teléfono de la mano a Allison y poseerla en ese momento. La tenía en sus brazos, disfrutando de su contacto, como cada minuto de aquella agónica noche en la que solo pensaba en hacerla suya mientras ella descansaba sobre él, tranquila y relajada, pero entonces sonó el dichoso aparato y ella se separó como un resorte. Saber que la hacía sentir segura era maravilloso, pero necesitaba más. Se miró completamente desnudo y excitado. Jamás pensó que podía pasar una noche entera empalmado, pero ahí estaba. La voz de Allison, alterada y contenta hablando por teléfono, llamó su atención. Pegó la oreja a la puerta y la escuchó conversar con quien parecía ser una amiga.

—¿De veras?... ¿Una película?... ¡Jamás lo habría imaginado!

La oyó decir emocionada.

—Jane... No creo que pueda ir en este momento —continuó—. Ya sé que estás preocupada por mí, pero estoy bien... ¡No te miento! ¿Y no puedes enviarme el contrato para que lo revise y ya está?... ¡No te estoy ocultando nada!... No te dije lo del embarazo porque no quería que me montaras una escena e intentases impedirme venir, ¡esto es lo que quiero! —La oyó decir a su amiga con vehemencia, y Caleb sonrió satisfecho. A continuación se hizo un silencio, Allison debía estar escuchando el discurso de su amiga, la oía resoplar de cuando en cuando—. Bueno, lo pensaré —terminó por conceder ella—. Si dices que es tan importante que vaya a Chicago, lo pensaré, en serio. —Aquella respuesta ya no gustó a Caleb. Se envolvió en una de las toallas que tenía Allison allí, un poco escueta para su cuerpo, pero la enroscó a su cintura y salió del baño con los brazos cruzados y mirada de pocos amigos.

Allison lo observó allí frente a ella, con aquella pequeña toalla apenas suspendida alrededor de sus caderas y el resto de su escultural cuerpo a la vista para recreo de sus alucinados ojos y tragó saliva. Caleb la miraba con expresión ceñuda.

—Jane, tengo que dejarte —anunció a su amiga—, sí, prometo pensarlo, pero ahora tengo que dejarte. Un beso —se despidió a toda prisa. Colgó el

teléfono y miró a Caleb sin saber qué decir. Pero él parecía tener claro cómo quería comenzar aquella conversación.

—No puedes irte a Chicago —le dijo con gesto pétreo.

Allison chasqueó la lengua contra el paladar.

—Vaya, no sé lo que ha pasado entre nosotros esta noche, pero no creo que te dé derecho a decirme lo que puedo o no hacer, Caleb Connor —protestó ella cruzándose de brazos, imitando su gesto. De lo que ella no se había percatado era de que al hacerlo sus pechos se elevaron mostrándole parcialmente los pezones que asomaban sobre la camiseta. Caleb tragó saliva y contó hasta diez para no tirarse sobre ella, empotrarla en la cama y hacerle el amor hasta que no pudiese rebatirle más ninguna de sus decisiones.

—Si te vas, iré contigo. De otra forma, no podría protegerte.

Allison no sabía qué decir ante eso. Se mordió el labio y desvió la mirada.

—¿Qué hacías en la cama conmigo? —le preguntó volviéndolo a mirar. Bajó los brazos y Caleb aflojó un poco la tensión de sus mandíbulas. Se acercó sentándose en el filo de la cama junto a ella.

—Anoche tuviste una pesadilla. Llorabas en sueños. Me quedé contigo para calmarte —le explicó mirándola a los ojos fijamente.

—Desnudo... —apuntó ella señalando con la mirada su torso.

El rubor de sus mejillas, a Caleb, le pareció sencillamente encantador.

—Duermo así siempre —dijo él con una sonrisa—. Cuando te oí llorar, no me paré a pensar si necesitaba ponerme pantalones —se explicó.

—Ya —dijo ella tragando saliva.

Caleb sabía que estaba igual de excitada que él. Podía estar preguntándole por la situación que se había encontrado al despertar, pero en ningún momento le había pedido que se marchara, al contrario, de vez en cuando deslizaba la mirada por su cuerpo evidentemente satisfecha con lo que veía, y eso lo excitaba más aún si cabía.

Sin esperarlo, Allison levantó una de sus manos y le acarició el rostro, descendió por su cuello y siguió bajando por su pecho. Cuando esta rozó sus pezones, Caleb contuvo la respiración, pero no se movió, quería ver hasta dónde era capaz ella de llegar. Pero Allison no se detuvo ahí, continuó con su lento recorrido, acariciando cada uno de los músculos de su abdomen, llegó hasta la toalla y se mordió el labio con duda.

—¿Recuerdas ayer cuando me dijiste que deseabas recorrerme con la lengua? —le preguntó con voz seductora. Caleb se quedó maravillado con el brillo excitante que bailaba en sus ojos.

—Sí —contestó con voz ronca de deseo.

—Pues... —se tumbó en la cama—. Tal vez te apetezca hacerlo ahora... —le dijo ella en una irresistible invitación.

Caleb no se lo pensó dos veces, se levantó y frente a ella dejó caer la toalla al suelo, revelándole su poderosa erección. Quería que viera lo que acababa de hacer con él.

Allison levantó las manos sobre su cabeza y sonrió maravillada. Caleb era increíblemente hermoso y excitante. Tenía el cuerpo más escultural que ella hubiese imaginado jamás y su energía la magnetizaba irremediamente dejándola hipnotizada ante él. No tenía dudas, aquello era lo que había deseado desde que lo vio el primer día, desde que la besó por primera vez y, de alguna manera, su cuerpo lo reconoció. No había sentido nada más real en su vida. No sabía lo que pasaría al día siguiente, ni siquiera unas horas después, pero en ese momento, cuando él la miraba como si no hubiese nada más en el mundo para él, solo quería una cosa, ser suya.

De no haber estado embarazada, Caleb habría saltado sobre ella, no tenía duda de que se habría dejado llevar sin pensar en nada más, pero aunque la deseaba como no había deseado a una mujer jamás, con ella, en su estado, debía tener cuidado. Con lentitud se posó sobre ella sin dejar caer su peso, solo para que ella lo sintiese, cubriéndola por completo, encajando entre sus piernas. Apoyando ambas manos a los lados de la cabeza de Allison, dejó que ella le recorriera el torso mientras devoraba su boca con avidez, sabiendo que debía contenerse con cada caricia que quería dilatar hasta el extremo. Sin usar las manos, hizo que Allison girara la cabeza y se apoderó de su cuello, primero lo besó despacio haciendo que ella sintiese el contacto de su piel, de sus labios, de su lengua saboreándola. Su incipiente barba raspó suavemente su piel que se sonrojó bajo su contacto. No se detuvo, prosiguió su camino descendiendo, tal y como le había dicho iba a deleitarse recorriéndola entera con la lengua, quería saborear cada recóndito lugar de su cuerpo bello y perfecto. Descendió hasta su pecho y lo mordisqueó sobre la tela, Allison se arqueó y gimió sensible. Caleb se separó incorporándose y la levantó a ella para sacarle la camiseta por la cabeza, sus pechos llenos quedaron expuestos. Sus pezones se elevaban orgullosos, excitados y duros, volvió a hacer que se dejase caer sobre el colchón y tomó uno de los pechos en su mano, lo presionó ligeramente y pellizcó con suavidad el pezón. El gemido de Allison hizo que se estremeciera de placer. Acercó su boca a su disco dorado y lo lamió con ganas, después sopló lentamente para ver cómo este se endurecía aún más,

receptivo a cada una de sus caricias, lo introdujo en su boca y lo succionó con ansia. Su erección se hizo mayor y se acercó a su pubis para que comprobase su estado de descontrol. Allison elevó sus caderas buscando las suyas, enloquecida ante la necesidad de ser penetrada por él. Pero Caleb se dedicó a jugar con sus pechos un poco más, después descendió lentamente, surcando caminos de fuego con su lengua, marcando cada centímetro de su piel como suyo. Allison jamás volvería a ser de otro hombre que no fuera él, se juró. Era suya. Cuando su rostro se encontró frente a su pubis, lo enterró en él, queriendo empaparse de su olor, de su esencia. Allison enredó los dedos en su cabello y apretó su cabeza contra ella mientras levantaba las caderas, su respiración era entrecortada, jadeante y la música más excitante para Caleb. Con las manos, él desgarró sus braguitas destrozándolas por completo.

—Me vas a dejar sin ropa —le dijo encantada entre jadeos.

—Deberías estar siempre desnuda, no veo el problema —contestó él con los labios contra su sexo. Allison sintió su aliento frente a la piel palpitante de su clítoris y contuvo la respiración anticipándose al lametón de Caleb, que lo recorrió con su lengua en un baile frenético, lo mordisqueó, y Allison pensó que en aquel mismo momento iba a morir de placer.

—Por favor —le suplicó.

—¿Qué quieres, cariño? —le preguntó él sin dejar de saborearla.

Allison volvió a gemir con fuerza dejándose llevar por una oleada de placer que la recorrió entera como una descarga, seguida de otras más de menor intensidad que contrajeron su vientre que se convulsionaba por el deleite. Jamás había sentido algo tan intenso y cerró los ojos intentando capturar cada una de las sensaciones únicas y extremas a las que estaba despertando su cuerpo.

Verla entregarse de aquella manera al placer, hizo que Caleb no pudiese soportarlo más. Se tumbó a su lado y la giró para que quedara de espaldas a él. La tenía como la noche anterior cuando la rodeó con sus brazos. Introdujo una mano entre sus piernas y le acarició el sexo húmedo y palpitante mientras besaba su cuello, su nuca, su precioso árbol nacarado. Sintió como ella se estremecía nuevamente entre sus brazos y entonces la embistió desde atrás. Allison gritó, y temió haberle hecho daño.

—¡No pares por Dios! —le dijo ella cuando vio que él se detenía unos segundos, y él respondió con una nueva embestida. Poseerla de aquella manera, sentir como su miembro duro y poderoso era rodeado y bienvenido por la cavidad húmeda y cálida del interior de Allison, hizo que el animal que

llevaba dentro despertase haciendo que sus ojos se convirtiesen en dos fuegos ambarinos cegados por el deseo. Se introducía una y otra vez en ella y con cada embestida una oleada de placer mayor a la anterior lo estremecía hasta volverlo loco. Finalmente, se derramó en su interior mientras gruñía descontrolado en su oído.

Caleb apoyó la mejilla sobre la de Allison y cerró los ojos intentando calmarse antes de que ella lo viera. Minutos después, cuando sus respiraciones se acompasaron mucho más reposadas, la giró para dejarla frente a él y la miró a los ojos perdiéndose en la verde eternidad de su mirada.

—Por favor... Cásate conmigo.

CAPITULO 35

CALEB estaba en la habitación del bebé admirando su obra cuando Allison llegó a casa. Había salido con su hermana y con Sally a buscar un disfraz para aquella noche. A pesar de no ser una situación muy segura, se había empeñado en celebrar allí una fiesta de Halloween a la que estaban invitadas todas sus amigas y conocidos del pueblo. Había intentado negarse, pero ella llevaba casi un mes prácticamente encerrada en casa desde que intentasen envenenarla. Habían sido unas semanas increíbles para él que, aunque no había conseguido que ella le diese el «sí, quiero» aún, había vivido el prelude de lo que sería su relación con ella. Desde que hicieron el amor por primera vez, Allison estaba completamente relajada a su lado. Se había mostrado confiada y dispuesta. Lo habían hecho cada día, entregándose a ella como no se había entregado a ninguna otra mujer y se sentía pleno y feliz. Tan solo la sombra del peligro que planeaba sobre Allison hacía que estuviese continuamente en alerta temiendo en cada momento perderla. Se había vuelto celoso con ella, intentando protegerla. Cuando no salía con él a la calle, lo hacía en compañía de su hermana, en la que confiaba para su protección. Otra cosa que le preocupaba era saber que las cosas habían avanzado tanto entre ellos y de manera tan rápida sin que él se hubiese sincerado con ella sobre su naturaleza, que a veces parecía demasiado tarde. Tenía que hacerlo cuanto antes y había decidido que esa era una buena noche. Después de la fiesta y de que Allison disfrutase junto a sus amigas de manera relajada, le revelaría el único secreto que podía separarlos. Creía que durante aquellas semanas había conseguido que su relación fuese lo suficientemente fuerte como para que lo aceptase como era sin importarles su naturaleza.

—¡Dios mío, Caleb, es preciosa! —le dijo Allison desde la puerta de la habitación admirando la bonita cuna de madera oscura que acababa de terminar de montar para el bebé. Era la misma que, hacía meses, él había visto en la tienda de Sally. Allison entró en el cuarto y acarició la madera recorriéndola con la mano.

—¿Te gusta? —preguntó él abrazándola desde atrás. Allison se dejó abrazar y apoyó la cabeza en el pecho fuerte de Caleb, este le acarició el vientre abultado y besó su mejilla.

—Me encanta —dijo con voz compungida. Caleb la giró y vio que sus

preciosos ojos verdes brillaban rebosantes de lágrimas.

—Ey, cariño, ¿qué pasa?

—Nada, soy feliz, solo eso.

Caleb la besó con ternura y lo intentó una vez más.

—Pues cástate conmigo —susurró contra sus labios. Su mirada era intensa, casi implorante.

Allison se soltó de su abrazo sin contestar y se dirigió a la puerta de la habitación.

—Vamos, tenemos una fiesta que preparar —comentó eludiendo premeditadamente tener que dar una respuesta y le brindó una sonrisa.

—Allison...

—Si nos damos prisa en preparar las cosas, tal vez nos dé tiempo a darnos una ducha... juntos, antes de que llegue todo el mundo —le dijo ella con una mirada sugerente.

Caleb gruñó excitado y salió tras ella por el pasillo, obediente.

A las nueve de la noche, los primeros invitados llegaban a la fiesta disfrazados y ellos habían terminado hacía solo unos minutos de tenerlo todo listo, con lo que la ducha había quedado suspendida hasta que el último de los amigos se hubiese marchado. La casa lucía espectacular. Halloween era la fiesta favorita de Allison y se había esmerado en que todo estuviese perfecto. La decoración terrorífica plagada de telas de araña, murciélagos, velas e iluminación siniestra. Habían dispuesto la comida tematizada, acorde con la fiesta, en una larga mesa en el comedor junto a la pared. Después de despejarlo de muebles, había quedado un gran espacio para bailar y charlar. Allison había decidido disfrazarse de uno de los personajes de sus series habituales: Kahlan Amnell, la confesora de *La leyenda del buscador*. Con su vestido blanco hasta los pies, frente al espejo, tuvo que admitir que no estaba nada mal. El brillo de sus ojos y su cabello se intensificaba. Pero su disfraz favorito fue el de Caleb, que se había vestido de guerrero, parecía recién sacado de la serie *Xena, la princesa guerrera*. Llevaba un pantalón ajustado de cuero marrón en dos tonos, el pecho descubierto, dos brazaletes del mismo material en los puños, otro más a mitad del brazo derecho, y pertrechado con una espada a la espalda de apariencia bastante real. Cuando lo vio aparecer así vestido, a Allison se le secó la boca, solo pensaba en recorrer cada centímetro de ese pecho enorme con la lengua. Sintió un fuego creciente apoderarse de su sexo y se preguntó cuánto tiempo aguantaría viviendo

consumida en las llamas de la pasión que despertaba en ella.

Las alabanzas de un grupo de invitadas hacia la decoración la despertaron de sus pensamientos incendiarios, lo que agradeció mentalmente y se dejó llevar por el grupo hasta la mesa de las bebidas. Había preparado un ponche de Halloween para los adultos y otro para los niños, del que bebería ella por no contener alcohol. Se sirvió un vaso y fue recorriendo la sala ya llena de gente. Sally y Junior se habían apartado un poco del grupo y él le ofrecía bebida de su vaso mientras le apartaba un mechón de cabello del rostro. Sally lo miró embelesada y la magia del momento unió sus labios en un beso tierno e íntimo. Allison suspiró feliz por la pareja y continuó su recorrido. La siguiente en divisar fue Barbie, que parecía charlando muy animada con uno de los ganaderos más importantes de la zona, Jhon Peterman. Su amiga se había disfrazado de azafata y el hombre no le quitaba los ojos de encima; cuando pasó por su lado, la mujer le guiñó un ojo. Un poco más adelante, Pony charlaba animadamente con el señor Broderick, de la ferretería, le comentaba sus nuevos proyectos para el huerto y éste le aconsejaba cómo hacer un eficiente sistema de riego para el mismo. Las chicas del club se agrupaban en el centro de la sala y comentaban una escena subida de tono que habían leído en el último libro del club mientras echaban miraditas a Caleb. Este, sin darse cuenta del hecho, charlaba con Jake, su capataz, sobre temas del rancho. Se lo habían presentado hacía un par de semanas y le parecía un buen hombre. Algo le decía que su cuñadita estaba interesada en él, pues no le quitaba ojo desde el otro extremo de la sala, pero cuando era él el que la observaba, ella evitaba el cruce de miradas y se esforzaba por parecer indiferente a su presencia, cosa que a duras penas conseguía. Se acordó entonces de Lucy, la pobre no había podido ir, la había llamado hacía un par de horas para excusar su ausencia por estar indispuesta. Lo sintió por ella pues imaginaba que una fiesta con decoración siniestra debía gustarle de manera especial, como a ella. Dio unos pasos más en dirección a la cocina y vio a Annie y Tabatta, esta última acariciaba el tirante del vestido de hada en tonos naranjas que se había puesto su amiga. Annie se ruborizó, pero al sentirse observada por Allison se apartó de la caricia. Allison no lo pudo evitar y se dirigió hasta ellas. Las saludó con dos besos y cuando su mejilla rozó la de Annie, le dijo al oído:

—El amor cuanto más extraño, único e insólito, más bello es. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Annie la miró con sorpresa y después sonrió. Se despidió de las chicas y continuó su paseo por la fiesta, tranquila, feliz de estar rodeada de toda

aquella gente que formaba parte de su nueva vida. Detuvo sus pasos cuando una manita tiró de su falda y se giró para saludar a Melania que le sonreía bajo su capa de caperucita roja.

—¿Te gusta mi disfraz? —le preguntó la niña con una gran sonrisa.

—Ya lo creo que sí, deberías dejármelo el año que viene. Eres la chica más guapa de esta fiesta —le dijo Allison con entusiasmo—. ¿Has visto los emparedados de fantasmas que hay en la mesa? —tentó a la niña que negó con la cabeza.

La acompañó hasta allí y le ofreció un sándwich de pan de molde con forma fantasmagórica relleno de crema de cacao. La niña le devolvió una preciosa sonrisa y salió corriendo con él.

—Cuanto más des de comer a caperucita, más comida tendrá el lobo —le dijo Caleb al oído provocándole la risa. Su piel se erizó al instante, lo miró y vio en los ojos de él la misma pasión loca que la consumía a ella, y allí, frente a todo el mundo, se puso de puntillas y besó los labios carnosos y firmes del hombre que ocupaba su mente, su cama, sus sueños y su corazón.

—Esta noche tengo algo que decirte... —le susurró ella contra la boca.

Caleb la observó, sus ojos refulgían como preciosas esmeraldas, su piel nacarada resplandecía de una forma casi mágica. Parecía feliz, y quiso conjurar en su mente cualquier cosa que lo ayudase a mantenerla así para siempre.

CAPITULO 36

CERCA de las dos de la mañana, casi todos los invitados se habían marchado de la fiesta. Tan solo se encontraban en casa Sally, Melania y ella, recogiendo cosas de las mesas. Caleb había ido a llevar a Pony y Casey al rancho, pues al coger el coche de Casey para hacer el camino de regreso, se dieron cuenta de que tenía dos ruedas rajadas. Jake se había ido antes de la fiesta, y a Caleb no le quedó más remedio que acercarlas él. Pero Sally se había quedado para hacerle compañía. Cuando Allison volvió al salón desde la cocina, vio que su amiga tapaba a Melania dormida sobre las sillas.

—Deberías llevarla a casa —le dijo Allison a su espalda viendo como Sally mesaba los cabellos de su pequeña agotada de tanta fiesta.

—Prometí a Caleb que me quedaría contigo hasta que volviese.

—Caleb está preocupado desde que intentaron envenenarme, pero si no he muerto hoy después de beberme casi todo el ponche de colorante negro, no creo que lo vaya a hacer ya —contestó ella con una sonrisa—. De veras que no es necesario, cielo. Vamos a llevarla hasta tu coche. Mañana te llamo para que veas que sigo aquí dando guerra.

Sally miró a su pequeña y a Allison y pensó que realmente no parecía necesario seguir allí. Caleb apenas tardaría unos minutos más en regresar, se había ido hacía más de una hora.

—Está bien, pero de llamarme mañana nada. Te llamo yo en cuanto llegue a casa y hablamos hasta que regrese Caleb.

—Trato hecho —le dijo Allison con una sonrisa y un abrazo.

Minutos más tarde, madre e hija se marchaban calle abajo en el viejo *Ford* de Sally. Allison entró en la casa y siguió recogiendo vasos de las mesas y llevándolos a la cocina. Había por todas partes; sobre los muebles, por el suelo, encima las encimeras y, según veía, hasta en el jardín. A través de los cristales vio tres vasos en la mesa redonda que tenía allí. Estuvo a punto de no salir a por ellos ya que hacía un poco de frío, pero como estaban cerca de la puerta, finalmente abrió y los cogió. En el momento en el que sus dedos se posaron sobre el frío cristal, una mujer de color vestida de negro de los pies a la cabeza con el cabello largo, suelto y mirada furiosa, salió de entre las sombras. Allison pegó un grito por la sorpresa y se llevó una mano al pecho.

—Vaya, vaya... ¿A quién tenemos aquí? La pequeña Portadora... —le dijo

dando un par de pasos hacia ella con gesto amenazador—. ¿Te ha dejado por fin solita tu perro guardián? —le preguntó inclinando exageradamente la cabeza.

Allison pensó que parecía una loca salida de una película de miedo. ¿Quién demonios era aquella mujer? Una cosa estaba clara, sabía lo que era ella, y eso le helaba la sangre en las venas. Por primera vez, estaba en auténtico peligro. ¿Pero qué querría de ella?

—Mira, no sé quién eres ni lo que quieres de mí, pero no estoy sola, será mejor que te marches antes de que las cosas se compliquen para ti —intentó disuadirla Allison mientras daba un paso atrás buscando la entrada de la casa a su espalda.

—Ni se te ocurra moverte de donde estás si no quieres que te destroce ahora mismo —la amenazó la mujer y por sus ojos se paseó un haz de luz dorada que le resultó familiar.

Allison tragó saliva.

—Sé que estás sola. Llevo observándote desde que intenté matarte con aquel ridículo pastelito. Nunca debí hacerlo, solo quería deshacerme de ti y lo que conseguí fue que él se quedara aquí contigo, de día... y de noche... —escupió las últimas palabras como si estuviesen cargadas del veneno con el que ella había intentado matarla—. Pero por fin te ha dejado sola, un gran error que pasará la vida reprochándose.

La desconocida se acercó más a ella y el brillo dorado de sus pupilas se instaló entonces en sus ojos. Su cara se transfiguró por la ira. ¿Qué ser era aquel? ¿Por qué quería matarla? ¿No se suponía que querían explotarla, robarle a su bebé? Pero ella había intentado matarla...

—No sé lo que quieres, pero...

—¿No sabes lo que quiero? —la interrumpió la otra—. ¿Creías que saldrías indemne de esto? ¿Pensabas que podías robarme a mi macho y me quedaría sentada tan tranquila?

Tras esas preguntas, Allison vio como, de manera espectacular, el rostro de la mujer terminaba de transfigurarse borrando sus bellas facciones y dándole una apariencia animal de horrible bestia, se encorvó y con un gruñido desgarrador se transformó en una enorme loba negra ante sus ojos. Allison gritó aterrorizada y se pegó a la pared. La loba volvió a rugirle mostrándole su enorme y poderosa mandíbula llena de gigantescos dientes que podrían partirla en dos de una sola tacada. Allison se abrazó el vientre y comenzó a temblar. Un sonido en la copa de los árboles más cercanos, detrás de la loba,

llamó la atención de esta que se giró, Allison llegó a ver unos ojos azules que brillaban de manera electrizante en el cielo negro de la noche, pero, de repente, otro gruñido irrumpió en la escena y estos desaparecieron. Allison miró a su lado y vio a Caleb que observaba a la loba con furia, quiso correr hacia él y gritarle que no se acercara, pero entonces ante su mirada, este volvió a gruñir, un rugido terrorífico que hizo retumbar hasta el suelo que pisaba. Sus iris se tornaron del color del oro fundido, y la miró un segundo antes de transformarse en un enorme lobo color negro, mucho mayor que la loba que la amenazaba. Allison se quedó estupefacta, pegada a la pared, sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos. Caleb era un licántropo. La afirmación retumbó en su cabeza otra vez sin encontrarle sentido aún. Mientras, este se batía en una lucha encarnizada con la loba que segundos antes quería robarle la vida. Los vio forcejear retozando sobre la grava del jardín. Cada vez que Caleb se la quitaba de encima, ella arremetía de nuevo. En el último impacto consiguió que Caleb cayese golpeándose el lomo contra uno de los grandes árboles, momento que aprovechó ella para volver a intentar atacar a Allison. Enfurecida, corrió hacia ella con la mandíbula abierta, dispuesta a partirla en dos. Cuando estaba a punto de alcanzarla, Caleb saltó sobre ella, ambos se empotraron contra la puerta de la casa, reventando todo el mobiliario del porche y la misma entrada a la cocina. Caleb la agarró por el cuello con su mandíbula, la zarandeó en el aire como un trapo y la estampó contra el suelo partiéndoselo en dos. Su cuerpo inerte volvió a transformarse en la mujer que la había amenazado.

Allison miró a Caleb con ojos desorbitados por el horror. Él dio un paso hacia ella, aún convertido en lobo, y Allison, a su vez, intentó poner distancia entre los dos. No entendía nada. Caleb la había estado engañando todo el tiempo, igual que James. Había sido todo un espejismo. Él era un licántropo, pertenecía a otra de las razas que podían querer aprovecharse de ella. Lo miró con una mezcla de decepción, incredulidad, horror y asco y se marchó corriendo a su habitación.

CAPITULO 37

CALEB se apoyó en la puerta del dormitorio de Allison, el que habían compartido las últimas tres semanas. Ahora estaba cerrada con pestillo y prohibida para él. A través de la madera podía escucharla llorar desconsoladamente, le partía el corazón. Había querido evitarle de todas las maneras posibles ese sufrimiento, intentado hacer las cosas bien y estuvo tan cerca de conseguirlo... Durante todo el camino de regreso a la casa estuvo pensando en cómo revelarle su verdadera naturaleza, en la manera de hacerle entender que, a pesar de dicha condición, no buscaba más que estar junto a ella, su protección... pero entonces apareció Anakar. Ella había jurado venganza, le había asegurado que las cosas no quedarían así, pero una vez él había conseguido el apoyo del consejo, cualquier acción de rebeldía y búsqueda de tomarse la justicia por su mano era considerado un acto de traición a la manada, y el castigo era la muerte. Pensó que aquello la detendría, ni siquiera se le ocurrió que pudiese estar detrás del incidente del envenenamiento. Tenía que haber sido más precavido. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la puerta del dormitorio y con las rodillas levantadas se pasó las manos por el pelo en un gesto de desesperación. Había estado a punto de perderla, cerca de morir por su incompetencia. Jamás se lo perdonaría, como tampoco ella iba a exonerarlo por su falta de sinceridad. Pero tenía que hacerlo, no podía vivir sin Allison y tenía que saberlo. Se levantó del suelo y apoyó la frente y las palmas de las manos en la puerta.

—Cariño... Por favor... —le rogó.

Los sollozos cesaron momentáneamente.

—¡Márchate de aquí, Caleb! ¡No quiero verte más! Eres igual que James, igual que todos... —le gritó furiosa.

Las palabras se clavaron en el pecho de Caleb como puñales en el corazón. Lo estaba comparando con James... Ambos le habían mentado, lo merecía, pero eso no hacía que fuese menos doloroso.

—Yo nunca he querido haceros daño, ni a ti ni al bebé. Solo quiero protegeros. Me equivoqué, lo sé. No quería hacer las cosas de esta manera, lo juro, Allison, iba a contártelo, pero tenía miedo. Miedo a tu rechazo, a que te alejaras de mí si sabías lo que soy en realidad...

Allison no sabía qué pensar. ¿Qué habría hecho si él se lo hubiese contado?,

¿cómo habría aceptado la idea de que el hombre que lo significaba todo para ella fuese un lobo? Vino a su mente el día que la besó por primera vez, hacía pocos meses de aquello, y, sin embargo, parecía que hubiese pasado toda una vida. Recordó que vio un lobo, que ella pensó que era un espejismo, visualizó la forma en la que sus ojos cambiaron de color. «¿Por qué no lo había visto?», pensó. «No había querido verlo», decidió finalmente. Caleb le hacía sentir cosas que no había sentido jamás, ni siquiera con James, nunca su matrimonio significó para ella lo que habían representado esos meses con Caleb. ¿Pero cómo podría créele? No podía. Volvió a llorar, rota por dentro.

—Allison, por favor, ábreme la puerta y hablaremos. Sabes que puedo echarla abajo... —comenzó a decir.

Allison levantó el rostro de la cama y miró la puerta, asustada.

—Pero no lo haré —continuó—, respetaré la decisión que tomes, pero quiero que sepas que no soy como James, que jamás he pensado en hacerte daño ni a ti ni al bebé, que... —iba a decirle lo que sentía por ella, pero ésta lo interrumpió.

—Quiero que te marches. Has dicho que respetarías mi decisión, y quiero que te marches. Necesito pensar, sola, lejos de ti, de tu influencia, del dolor... —le dijo ella al otro lado de la puerta.

Caleb podía sentirla tras la madera, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Solo quería derribar ese muro entre los dos, si pudiese tocarla, ella entendería... Si pudiese besarla, ella comprendería lo que le quería decir, pero no podía obligarla a hacerlo. No iba a forzarla ni acercarse mientras ella no quisiese que lo hiciera. Tenía que demostrarle que no era como los tipos que querían aprovecharse de ella, él no usaría artimañas para engatusarla, él quería que ella estuviese con él porque así lo deseaba. Se apartó con pereza de la puerta, respiró profundamente y tomó la decisión más dura de su vida, rezando para que ella entrara en razón lo antes posible.

—Está bien, me marcho. Volveré mañana cuando estés más sosegada y hablaremos. Puedes estar tranquila, doblaré la seguridad de la casa. Nadie se atreverá a acercarse a ti.

Allison lo oyó bajar por las escaleras, segundos después, cerrar la puerta de la entrada. Se quedó mirando por la ventana mientras el *Jeep* de Caleb abandonaba la calle, a continuación se dejó caer de nuevo sobre la cama y siguió llorando.

Minutos más tarde sonaba el teléfono. Allison lo buscó entre las sábanas de la cama, era Sally. Decidió no coger la llamada, la cortó y le envió un mensaje

diciéndole que todo estaba bien y que la llamaría al día siguiente. No quería hablar con nadie en aquel momento.

A la mañana siguiente, Allison seguía rota de dolor sobre el colchón de su cama, hecha un ovillo. Ya no lloraba, no podía, se le habían secado las lágrimas de sufrimiento y decepción. Simplemente se había dejado abandonar por un estado en el que parecía que ni sentía ni padecía. Un estado en el que su mente vagaba en blanco por un mar de dudas e incertidumbres en el que todo el mundo sabía lo que era y lo que buscaba en ella, y ella, mientras, se limitaba a ser utilizada por unos y por otros a su antojo. Era un títere. Caleb y Pony la llamaron varias veces, pero se negó a coger las llamadas. No quería hablar con nadie ni escuchar más mentiras, ya había tenido suficiente. Caleb no solo la había engañado con relación a su naturaleza de lobo, aquella mujer le había preguntado que si creía que podía robarle a su macho y quedar impune. Caleb era algo suyo, ¿cuántas cosas más no sabría de él? Se negaba a seguir pensando. Se levantó decidida y sacó una maleta del armario, la llenó vaciando el contenido de los cajones directamente en su interior. Tomó su bolso y abandonó la casa.

Caleb estaba saliendo del rancho en dirección a la casa de Allison cuando recibió la llamada de Toni, uno de los chicos que había trabajado allí, pertenecía a su manada y durante aquellos días había estado vigilándola junto a su primo.

—Jefe, la señorita O'Rourck se acaba de marchar —le informó.

El corazón de Caleb se detuvo en seco.

—¿Adónde?

—No lo sé señor, pero llevaba una maleta grande.

—¿Cuánto hace que salió? —preguntó este apretando los dientes.

—Unos minutos, señor —contestó el chico.

—Seguid vigilando, ya me ocupo yo —le dijo Caleb y pisó a fondo el acelerador.

Mientras se dirigía al centro del pueblo fue llamando a cada una de las amigas de Allison esperando que una de ellas le confirmara que estaba en su casa, pero no tuvo tanta suerte. La desesperación se cernió sobre él asfixiándolo. Allison se había ido, no le había dado tiempo a explicarle, a convencerla, simplemente se alejó de él, sin pensar en ella, en el peligro que corría. La necesidad de estar alejada de él había sido más acuciante para ella

que la de estar protegida. El dolor lo atravesó.

Tres horas y media más tarde, Allison se encontraba frente al mostrador de embarque del Aeropuerto Internacional de San Antonio. Esta vez no haría el viaje en su coche, solo pensaba en salir de allí cuanto antes, regresar a su apartamento y refugiarse en las paredes que habían constituido su seguro hogar hasta que James murió. No sabía qué haría después, estaba claro que si James la había encontrado, otros también lo harían. Tenía que pensar en cómo desaparecer para siempre, pero de momento solo quería estar en el último lugar en el que se sintió una persona normal y corriente por última vez. Había avisado a Jane ya de su llegada y ella se preocupó por su repentina decisión de volver, pero Allison se había negado a contestar a cualquiera de sus preguntas. Lo haría a su llegada, eran tantas cosas que no sabía cómo iba a ser capaz de sincerarse con su amiga sin que la creyese loca.

Estaba a punto de entrar en el avión cuando oyó que una voz masculina la llamaba a gritos por el pasillo de embarque. Su corazón se detuvo en seco y comenzó a temblar. Se giró sobre sus talones y vio a Caleb correr hacia ella. En dos zancadas la alcanzó. Saberlo allí la dejó sin respiración.

—No puedes irte —le dijo él frente a ella.

—No puedes impedir que lo haga ni obligarme a estar contigo —fue su respuesta mirando el suelo. Aunque Allison sabía, después de conocer su naturaleza, que si Caleb se proponía sacarla de allí, lo haría.

—No es lo que quiero —añadió levantándole la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos. Allison sintió como se le encogían las entrañas de manera dolorosa. No podía mirarlo sin que todos los sentimientos que tenía hacia él se removiesen, sin que su cuerpo reaccionara con desesperada necesidad a ser tocada por él.

—Ya no sé lo que quieres de mí —le dijo ella comenzando a girarse para marcharse, pero Caleb la tomó del brazo y la detuvo. Allison no se giró, si lo miraba, las cosas serían más difíciles.

—Te quiero a ti, Allison, te amo —se declaró él a su espalda.

El tono de su voz, afectado, implorante, le decía que posiblemente él le dijese la verdad. Y Allison sintió como el dolor se acentuaba en su interior haciéndose insoportable. Él le decía que la amaba, pero no era la primera vez que un Connor lo hacía. Sin mirarlo, se soltó de su agarré y continuó caminando por el pasillo marchándose ante los ojos atónitos de Caleb que sintió como su corazón se rompía en su interior infringiéndole el mayor de los dolores que hubiese soportado jamás.

CAPITULO 38

TIENES que comer un poco. No le estás haciendo ningún bien a tu bebé —le dijo Jane sentada frente a ella en la mesa de la cocina de su apartamento. Jane se había negado a dejarla sola y puesto que su apartamento estaba vacío, decidió por ella que la mejor solución era que fuesen al suyo. Llevaba dos días con su amiga y la sensación de vacío y dolor no había menguado un ápice. Lo que a Allison le hacía preguntarse cuánto más podría soportar—. ¿Me has oído, Allison? —le preguntó Jane que seguía aguardando una respuesta—. Si no lo haces por ti, hazlo por tu bebé. Él necesita que comas y te cuides.

Allison asintió con la cabeza y dio un pequeño mordisco a su tostada con mantequilla. La volvió a dejar en el plato y siguió con la mirada perdida en algún punto del parquet.

—Tal vez, pensar en tu carrera y revisar el contrato que te ofrece la productora para hacer la película del libro te distraiga —comentó sacando su faceta de editora.

Allison no dijo una palabra, se limpió una lágrima solitaria de la mejilla y asintió con la cabeza.

—¿Dónde están los papeles? —preguntó.

—En mi despacho, sobre el escritorio. Un sobre grande y marrón con el membrete de la productora.

Jane se levantó y comenzó a recoger las cosas del desayuno y dejarlas en el fregadero. Solía tener una asistenta en casa que hacía todas aquellas cosas, pero le había dado unos días libres para poder estar a solas con su amiga.

Allison fue hasta allí y tomó el sobre que le había indicado, pero entonces unas fotografías que asomaban en el interior de uno de los cajones entreabiertos del mueble llamó su atención. Terminó de abrirlo y se quedó paralizada. Eran fotografías de ella en Brawnsville. Momentos de su rutina diaria, con las chicas en el club, con Sally haciendo compras, con Caleb... En una de estas se daban un beso frente a la puerta de su casa. El corazón se le cerró en un puño. Tan solo su imagen le hacía daño... ¿Pero qué hacían aquellas fotografías allí?, ¿por qué Jane tenía fotos suyas de su vida en Brawnsville? Comenzó a temblarle el pulso y la habitación dio vueltas a su alrededor.

—¿Lo encuentras? —le preguntó Jane entrando en el despacho. Cuando la

vio con las fotografías en la mano, su rostro palideció de inmediato—. Te lo puedo explicar, no es lo que parece...

—Parece que me has estado siguiendo, que me has tenido vigilada, ¿no es así? —le dijo Allison en tono frío e incrédulo, su mirada, sin embargo, no mostraba ninguna emoción, estaba vacía. Ya no sabía qué más podía esperar.

Jane la miró intentando adivinar qué pasaría por su mente en aquel momento.

—¡Contesta! —le gritó Allison sorprendiéndola—. ¿Me espiabas? ¿Por qué, Jane? ¿Es lo que has estado haciendo todos estos años, espiarme? ¿Vigilando a la Portadora?

Jane se quedó paralizada, con los ojos desorbitados y la boca abierta, la miró atónita.

—¿Cuándo has sabido que eres... una Portadora? —consiguió que sus palabras saliesen de sus labios.

—Me interesa más saber desde cuándo sabes tú que lo soy —le escupió Allison las palabras.

—Allison, soy tu amiga...

—Yo ya no sé lo que eres, no sé lo que es nadie... No sé ni quién soy yo... —se rompió.

Jane fue hasta ella y la abrazó con fuerza. Ambas lloraron la una en el hombro de la otra.

Unos minutos después, Jane se apartó y tomándola de la mano la llevó hasta el sofá.

—Ven, te lo contaré todo —le dijo.

Allison tomó asiento. No sabía lo que le iba a contar Jane ni si le creería, solo que ya todo le daba igual.

—Soy una musa —fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Jane, y Allison la miró aturdida.

—¿Una musa? ¿Las musas existen?

—¿Existen las portadoras, los vampiros, los licántropos, los dioses, las ninfas, los trolls...?

—Está bien, déjalo, demasiada información —contestó Allison levantando una mano y después colocándola en su frente mientras cerraba los ojos—. Una musa —repitió finalmente y la miró como si intentase ver en ella algo distinto a la misma Jane de siempre, pero no lo vio—. ¿Y a qué te dedicas, a inspirar a escritores para que escriban *bestsellers*? —preguntó en tono sarcástico.

—Muy graciosa, que yo no tenga el don de la vida y la purificación como tú, no hace menos válido mi don, guapa.

Allison no pudo menos que sonreír al ver la expresión ofuscada de su amiga mientras se defendía.

—¿Usabas tu don conmigo? —le preguntó Allison cayendo en la cuenta de que así podía haber sido.

—Nunca me hizo falta, esa fue una de las razones que me convencieron para convertirte en mi mejor amiga. Jamás necesité inspirarte, todo cuanto escribías habitaba ya en tu mente. Tú conocías esos mundos, una parte de ti, la que heredan los seres mágicos inherentes a su especie. Eres una Portadora, los milenios de magia y sabiduría que conviven en tu interior sobran para despertar tu creatividad —le dijo con una sonrisa.

—¿Y desde cuándo sabes lo que soy?

—Lo he sabido siempre. Desde la primera vez que te vi. Somos pocas las razas que tenemos el don de rastrear la magia, las musas somos una de ellas. Leemos las energías de las personas y otros seres sobrenaturales. Cuando te vi por primera vez, supe que eras algo especial, aunque no cuánto hasta que no investigué un poco más. No se había sabido de una Portadora en milenios. Cuando descubrí que, además, tú eras ignorante de tu propia naturaleza, no lo pude creer y supe lo expuesta que estarías si algún día lo descubrieras o alguien más daba contigo. Yo siempre he sabido lo que soy. Pertenezco a una familia de musos y musas, he crecido consciente de mi poder, mi don y mis limitaciones, pero tú no. Me esforcé por mantenerte a salvo hasta que te fuiste a Brawnsville, entonces todo escapó a mi control y necesité pedir ayuda para que te siguieran y asegurarme de que estabas a salvo.

—¿Ayuda? ¿A quién? —quiso saber Allison preocupada. ¿Quién más sabía que ella era una Portadora?

—A Los guardianes de las razas —le dijo Jane en un tono inquietante.

Allison se levantó y empezó a caminar por la habitación.

—¿Quiénes demonios son Los guardianes de las razas? —preguntó sin saber si realmente quería conocer más.

—Son nuestros gobernantes, los encargados de hacer cumplir las leyes de las razas. Somos muchas, con poderes muy diversos. Durante milenios, además, hemos batallando los unos contra los otros en luchas de poder, dominio y supremacía. Los Guardianes están constituidos por un consejo formado por miembros de todas las razas, tienen un ejército y ojos en todas partes. Tú no sabías de ellos, pero ellos sí de ti. Tenían vigilado a James.

—A James...

—Sí, yo no lo sabía, en su día, cuando lo conociste, hice que lo investigaran,

pero él, imagino que con ayuda, consiguió borrar sus huellas. Jamás supe que era un semidiós, pues sus energías eran las de un humano. No tenía poderes. Sólo conocí su verdadera condición cuando me puse en contacto con los guardianes y les hablé de ti. Ellos no sabían de tu naturaleza. En el momento en el que James contrajo matrimonio contigo mandaron a un rastreador para saber cuál era tu naturaleza, pero el rastreador dio informes falsos. Les dijo que eras humana. Cuando yo les revelé tu verdadera condición se quedaron realmente sorprendidos y asumieron tu protección y vigilancia de inmediato. De ahí que yo tenga esas fotos, la persona que te ha estado vigilando enviaba la información y ellos me la pasaban a mí.

—¿Quién era esa persona? ¿Quién ha estado protegiéndome? ¿Caleb? — quiso saber ella.

—Caleb lo ha hecho, de hecho, estuvo a punto de morir y perderlo todo por ello... Pero no era él el destinado para tu protección. Y no puedo decirte quién era pues no se me ha revelado esa información. Intuían que podías estar vigilada ya desde hacía tiempo por seres que querían hacerse con tu poder, y por eso mandaron a alguien con dones especiales, pero desconozco quién es.

Allison tenía millones de preguntas; quería saber quién la había estado protegiendo, quién la había estado espiando mandado por los seres que querían apoderarse de ella, quiénes eran esos seres, pero sobre todo, quería saber una cosa.

—¿Por qué dices que Caleb ha estado a punto de perderlo todo?

Jane resopló. Aquella era demasiada información para alguien que hasta hacía una semanas desconocía totalmente la existencia de su mundo, pero llegados a ese punto, Allison tenía derecho a saberlo todo.

—Caleb no es un licántropo cualquiera. Es el jefe de su manada por sus habilidades, hay cuatro en Estados Unidos, incluso podría llegar a convertirse en rey, es su destino.

Allison se tapó la boca con la mano, sorprendida, contuvo el aire en los pulmones y se preguntó cómo de ciega había estado. Recordó la reverencia que le habían hecho los primos de Junior en su cocina. Todo el tiempo había tenido las señales ahí, y ella no las había visto.

—Sigue —instó a Jane a proseguir.

—Está bien... El cargo que ocupa conlleva unas responsabilidades. Tiene obligaciones, sobre todo, para con su especie. Son las leyes de la raza, de la manada. Entre ellas está el pacto de sangre. Caleb debía contraer matrimonio con la hija de uno de los cabezas de familia de la manada para asegurar la

descendencia pura de su raza. Pero él quería protegerte a ti y tu bebé, para eso necesitaba conseguir el apoyo del consejo de ancianos y convertirte en su esposa. Rompió su pacto de sangre arriesgando su vida, la seguridad de su familia y su cargo al hacerlo, pero finalmente lo logró, siempre que se casase contigo antes de que nazca el bebé.

—Se jugó la vida por mí... ¿Por qué? —preguntó Allison atónita.

Él le había insistido una y otra vez en que se casara con él, pero ella tenía miedo. En una ocasión había entregado su vida a un hombre y él solo quería dejarla embarazada para sacrificar a su bebé. También pensaba que Caleb se sentía en la obligación de cuidar de ella por lo que su hermano le había hecho... Muchas eran las dudas que la habían llevado a no aceptar, pero ahora se preguntaba por qué él se lo había propuesto realmente. Le había dicho que la amaba, pero ¿qué podía creer en realidad? ¿Lo había hecho por intentar resarcir la atrocidad que había querido perpetuar James, obligado por el consejo de ancianos de su raza, por ella o por el amor que le había dicho que le profesaba? Ahora entendía el ataque de la loba y sus intentos de asesinato. Aquella era la prometida de Caleb y él la había matado sin dudarlo por protegerla...

—Necesito pensar —le dijo finalmente a su amiga—, creo que me va a reventar la cabeza. No puedo más —se acarició el vientre y rompió a llorar.

CAPITULO 39

CALEB llevaba dos semanas desesperado desde la marcha de Allison. Sabía que estaba bien. Había sido informado a través de los Guardianes de las razas, pero él no podía estar tranquilo si no era él personalmente el que se ocupaba de estar a su lado. Solo quería estar con ella, y cada vez se le hacía más duro entender por qué debía estar allí mientras ella, a miles de kilómetros, se enfrentaba a los peligros que se cernían sobre ella. No había cesado, de manera incansable, de llamarla cada día. Le constaba que tanto su madre, como Casey y Sally, lo habían hecho de igual manera, pero ella se negaba a hablar con todos. No podía más y estaba a punto de tomar una decisión al respecto. Decidió volver a llamarla y estaba marcando su número cuando la puerta de su despacho se abrió sin previo aviso. Jake asomó por ella.

—Hola, ¿puedo hablar un momento contigo? —le preguntó su amigo.

—Claro, pasa —le dijo—, me vendrá bien distraerme con cosas del trabajo.

—Pues entonces será mejor que me marche porque no vengo a hablar del rancho.

Aquel comentario consiguió que Caleb se sintiese intrigado.

—¿Qué te ocurre? —se levantó preocupado por lo que fuera que su amigo quería decirle. La cara de Jake era un poema, de hecho, podría asegurar que se parecía a la suya cuando se miró aquella mañana en el espejo.

—¿Estás enamorado, amigo? —le preguntó Caleb riendo y dejándolo atónito. Jake casi se atragantó antes de tomar asiento.

—Bueno... Sí, no puedo negarlo más tiempo —le confesó.

—¡Enhorabuena! ¿De quién? —le preguntó Caleb feliz por su amigo.

—De tu hermana —se limitó a contestar Jake y esperó a que Caleb fuese a destrozarlo en ese momento.

—¿Estás loco? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? —le dijo Caleb elevando la voz, su gesto era impertérrito. Lo miró inquisitivamente y Jake le devolvió la mirada sin temor.

—Lo lamento, pero es lo que siento, estoy enamorado de ella. Sé que jamás podrá ser mía, pero no aguantaba más en este rancho sin decírtelo. Tarde o temprano ibas a descubrirlo, no me quedan esquinas que babear cuando la veo, estoy perdido —le confesó su amigo con pena.

—Debería partirte la cabeza en dos ahora mismo —le dijo Caleb.

—Lo sé, es lo que merezco, es más, me evitarías seguir sufriendo de esta manera...

Caleb observó a su amigo y rió con ganas, lo que hizo que Jake lo mirara desconcertado. Cuanto más se reía Caleb, más aumentaba la turbación y enfado del capataz.

—De verdad, Jake, que no te creía *kamikaze*, siempre mostraste una cabeza fría para el amor, y de entre todas las mujeres de este planeta te has ido a enamorar de la más problemática, tozuda, rebelde e indomable. Te gusta el peligro, ¿eh? Bueno si crees que puedes con ella... No lo dudes.

Las palabras de Caleb dejaron a Jake clavado en el sitio.

—¿Qué no lo dude? —preguntó incrédulo.

—Claro, si la amas, ¿qué tienes que pensar? Personalmente, como cuñado, no podría encontrar otro mejor, estaría encantado de acogerte en la familia, hace años que te considero ya un hermano, Jake. Como amigo, lo siento por ti, Casey es de armas tomar —volvió a reír con ganas—, a menudo me he preguntado qué tipo de tío sería capaz de lidiar con la indómita de mi hermana.

—Pues uno que ame ese aspecto de ella sobre todas las cosas —dijo Jake en tono sincero mientras retumbaban en su cabeza las cosas que le acababa de decir Caleb.

Caleb lo miró con interés.

—Estás realmente enamorado de ella —afirmó en tono suave viendo el sufrimiento de su amigo. Se acercó a él—. ¿Qué ocurre? ¿No te corresponde? —Se sentó a su lado.

—Pues creo que ahora está más en el lado del odio que del amor...

—Esa línea es fina, sin duda —dijo Caleb, más para sí que para su amigo.

—Lo último que recibí de ella no fue un beso precisamente —continuó Jake y se frotó la mejilla donde había recibido la bofetada de ella.

—¿Te pegó? —preguntó Caleb riendo—. ¿Tú sabes que no es muy inteligente enfadar a una loba? ¿Qué le hiciste para enfurecerla así?

—Le dije que no era hombre para ella. Caleb... Cuando la atacó ese tipo, yo creí que moriría en ese momento. Y lo único que podía hacer yo era apuntarlo con un revolver... ¿Cómo voy a cuidar de ella? Vuestro mundo es peligroso, yo solo sería una carga para ella. Casey intentó protegerme y el tipo la tiró al suelo, y si no hubiese sido por ti...

—¿Sabes cuántos licántropos habrían salido corriendo sin enfrentarse a

Asher como tú aquel día?

Jake lo miró sin comprender.

—Jake, nuestra raza es fuerte y poderosa, pero más aún lo es la valentía y el amor. Casey no es la típica mujercita desvalida que necesita ser protegida, pero no me cabe duda de que si en algún momento ella está a tu lado y corre peligro, darías tu vida por ella. Eso es lo único que cuenta. Y ese no es un don de razas, sino de amor. Si la amas más que a tu vida, no deberías dejarla escapar, porque será lo más maravilloso que tendrás jamás. Tu vida no será sencilla, ciertamente, pero te hará feliz por encima de cualquier cosa.

Jake pareció reflexionar las palabras de Caleb. Había ido allí pensando que al confesarle sus sentimientos por Casey, este no dudaría en arrancarle la cabeza, y así acabaría con su sufrimiento, pero lejos de ser así, le había dado la enhorabuena y animado a luchar por su hermana. ¿Tendría razón Casey? ¿No habría más barrera que la que él se había impuesto? ¿Era un cobarde? Jake se levantó de inmediato del sillón habiendo encontrado la respuesta a sus preguntas.

—Gracias, amigo —le dijo a Caleb con un abrazo y una sonrisa.

—De nada, hermano —le contestó este devolviéndosela—. ¡Y suerte! Te va a hacer falta —añadió entre risas al tiempo que Jake salía del despacho con apremio.

«Jake y Casey», pensó Caleb volviendo a su escritorio, sonriendo. ¿Quién lo habría dicho? Cabeceó un par de veces y volvió a intentar concentrarse en su trabajo.

Casey estaba cepillando a Tornado en el establo cuando sintió a Jake a su espalda. Lo había estado evitando desde que discutiesen por última vez. Así que dejó al caballo y se dispuso a marcharse de allí, pero al pasar junto a Jake este la sujetó del brazo impidiéndole continuar.

—¿Qué haces? —le preguntó perpleja.

Jake no respondió, la miró durante largos segundos, acercándola a él. La respiración de Casey se agitó al instante. Su mirada salvaje mostraba multitud de emociones, no todas buenas, pero no se marchó, y él lo tomó como una invitación a seguir. Agarró el rostro de Casey entre las manos y fue a besarla cuando esta se apartó.

—¡No te atrevas a jugar conmigo, Jake! ¡Estoy harta!

—Cariño, fuiste tú la que empezó este juego —le dijo él con una sonrisa, recordándole las citas clandestinas con peluca. Casey se ruborizó.

—Eso fue antes...

—¿Antes de qué? —preguntó volviendo a acercarse a ella. Pasó una mano por la nuca de Casey acariciando la cascada negra de su cabello con los dedos, como hacía en sueños cada noche desde que la besó por primera vez. Casey tomó aire y entreabrió los labios. Jake apoyó la frente en la suya, quería tenerla muy cerca antes de decir sus siguientes palabras—. ¿Antes de hacer que me enamorase de ti? ¿De que desease cada minuto estar a tu lado? ¿De necesitar hacerte el amor a todas horas? ¿De querer que seas mía para siempre? —pronunció cada frase contra sus labios en una suave caricia de su cálido aliento.

Casey creyó que se desplomaría en aquel instante. Las rodillas se le habían vuelto de gelatina, la sangre corría por sus venas en un torbellino frenético haciendo que pareciese que le iba a reventar el corazón en el pecho. Se sintió tan encendida y excitada, emocionada y fuera de sí, que por sus ojos se paseó un brillo dorado incontrolado que no pasó inadvertido para Jake.

Se separó unos centímetros de ella para admirarla.

—Eres tan hermosa... —le dijo acariciándole el rostro.

—Bésame, Jake —le pidió ella maravillada y perdida en la mirada azul de él.

—No puedo —negó sin apartarse.

Casey lo miró ceñuda.

—¿Por qué demonios no puedes? —le preguntó enfadada intentando alejarse de él pero no se lo permitió.

—Me he vuelto un hombre formal, ¿sabes? —comentó con una arrebatadora sonrisa—, y los hombres formales solo besan a sus prometidas...

Casey se quedó allí con la boca abierta, sin saber qué decir.

—¿Esta es tu forma de pedirme que me case contigo? —terminó por preguntar.

—No —negó Jake, la soltó separándose de ella. Dio un paso atrás e hincó una rodilla en el heno del establo—, esta es mi forma de pedírtelo.

Casey lo vio sacar un anillo de su bolsillo y ofrecérselo con una sonrisa.

—Casey Connor, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Casey no podría soportar más el temblor de sus piernas y los latidos desenfrenados de su corazón amenazando con hacerla estallar y se tiró sobre él tumbándolo de espaldas contra el heno.

—Sí, Jake. Seré tu esposa —le dijo contra los labios—, y ahora por favor, bésame.

Jake puso el anillo, un precioso solitario con un diamante negro, en el dedo de Casey, entre risas la miró a los ojos embelesado y la besó infinitamente.

CAPITULO 40

ALLISON estaba sentada en la mesa de desayuno esperando que Jane saliese de vestirse para ir a trabajar, quería hablar con ella antes de su marcha.

—Hola, madrugadora —le dijo su amiga saliendo por fin a la cocina—. Si yo no tuviese que ir a trabajar, me quedaría en la cama hasta bien tarde, y tú necesitas descansar, ¿por qué no estas allí?

—Tengo que hablar contigo —contestó Allison con gesto serio.

Jane se sentó frente a ella a la mesa. Allison había estado muy reflexiva las dos últimas semanas, desde que ella le contase todo lo que sabía sobre su situación. Apenas habían tenido unas pocas conversaciones en las que Allison intentaba conseguir más información haciéndole preguntas de todo tipo sobre Los guardianes, sobre las razas que podrían estar más interesadas en ella y sobre la naturaleza de su bebé con sangre de semidiós, licántropo y portadora en sus venas.

Parecía mucho más tranquila, aceptando la idea del mundo que la rodeaba y que hasta hacía unas semanas solo habitaba en su imaginación. Se sorprendió al saber la cantidad de razas que poblaban la tierra y eran meras leyendas para los humanos. Pero durante la noche, a pesar de que los días habían sido más tranquilos, los sueños invadían la mente de su amiga, que terminaba gritando el nombre de Caleb con una angustia desgarradora.

Allison se acarició el abultado vientre dejando la mirada perdida en la preciosa curva que dibujaba, y a Jane le habría gustado poder meterla en una urna de cristal y protegerla para siempre.

—Me voy el viernes —le dijo sorprendiéndola.

—¿El viernes? ¿Adónde? ¿Cuándo has decidido eso? —le preguntó su amiga preocupada.

—Lo he pensado mucho, no quiero estar aquí. Mi vida pertenece ya a Brawnsville. No me imagino en ningún otro lugar.

—Junto a Caleb —apuntó Jane comprendiendo.

—Tal vez. Aún tengo muchas cosas que hablar con él, pero tanto si lo nuestro sale bien como si no, quiero que mi bebé crezca con una familia que, además de protegerlo, le muestre su naturaleza, lo comprendan, lo quieran..., Quiero para él todo lo que no pude tener yo.

—Eso lo entiendo, pero no estoy segura de que un viaje en este momento sea

seguro. Allison, estás de veintinueve semanas ya de embarazo. Aquí estas protegida por los guardianes.

—Unos guardianes a los que no he visto.

—Lo harás, cuando sea el momento, pero tienes que confiar en mí, aquí estarás más segura.

—Voy a marcharme el viernes, Jane. Y no te preocupes por mi seguridad, se me ha ocurrido algo.

Tras una larga discusión, Jane se había marchado definitivamente a trabajar. El lujoso ático en el que vivía estaba fuertemente asegurado por miembros del ejército de los guardianes y Jane se quedaba tranquila dejándola allí. En cuanto su amiga se marchó, Allison se dispuso a hacer una llamada.

Caleb estaba en el salón del rancho junto a su madre, Casey y Jake. Estos últimos acababan de comunicarles su compromiso. La celebración, besos y abrazos no se hicieron esperar. Entonces sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo y en la pantalla vio que se trataba de Allison. Con apremio, se disculpó del grupo y tomó la llamada impaciente por saber de ella y escuchar su voz.

—Hola —la saludó nervioso.

—Hola —dijo ella tras un largo suspiro.

—Me alegra que me hayas llamado... Me moría por escuchar tu voz... —comentó Caleb sin poder evitar confesar cómo se sentía con ella.

A Allison la emocionaron sus palabras, tenía ganas de llorar, pero se contuvo, volvió a respirar con fuerza.

—Quería decirte que vuelvo a casa...

Caleb sintió que se le iba a salir el corazón del pecho al escucharla. Allison quería volver. Estaba feliz.

—Pero quiero pedirte un favor —continuó Allison.

—Claro, cariño, lo que quieras —le dijo él, feliz por la decisión que había tomado ella.

El corazón de Allison comenzó a latir con apremio al escuchar que él la llamaba cariño.

—¿Puedes recogerme del aeropuerto el viernes? Me gustaría tener la oportunidad de hablar contigo, sobre nosotros, antes de llegar a Brawnsville.

Caleb no sabía qué pensar sobre aquello. Tal vez la vuelta de Allison no significaba que quería estar con él y solo lo hacía por el niño, para que creciese con una familia, tal como pensó al mudarse allí. La posibilidad de que ella no lo quisiese en su vida le encogió el corazón. Suspiró con fuerza y

apoyó la cabeza en la pared, ofuscado. Tenía que pensar en positivo, lo más importante era que ella volvía, una vez allí, tendría toda la vida para convencerla de que estuviese con él.

—Claro, está bien. Yo te recojo del aeropuerto —le confirmó finalmente.

—Perfecto —contestó aliviada—, te mandaré los datos del vuelo en un mensaje. Gracias.

—No tienes por qué darlas, Allison. Y... me alegro mucho de que hayas decidido regresar, todos te echan de menos...

—¿Todos?

—Principalmente yo —confesó Caleb intentando acariciar con su voz a Allison a pesar de los kilómetros que los separaban. Quería que Allison lo sintiese junto a ella.

Allison se estremeció.

—Adiós, Caleb —dijo Allison tras unos segundos en los que le pareció estar junto a él.

—Adiós no, hasta el viernes, cariño —se despidió él.

Y Allison colgó el teléfono envuelta en lágrimas.

CAPITULO 41

EL viernes a las nueve de la mañana, Allison estaba sentada en el filo de la cama del cuarto de invitados de Jane, nerviosa y bastante contrariada. Llevaba una hora intentando recordar los sueños de aquella noche, pero los fragmentos se mezclaban en su mente como pequeñas piezas de un inmenso puzzle deshecho que acaban de tirar sobre una mesa. Nada tenía sentido para ella. Pero la sensación de pánico, angustia y terror que le había dejado, como una huella persistente, la tenía en alerta. Era una náyade portadora. Se suponía que tenía visiones sobre el pasado, el presente y el futuro, y que estas eran más nítidas en el agua, por eso, tras levantarse, se había sumergido en la bañera con abundante agua templada, pero su mente se negó a revelar las imágenes que estaba buscando. Tan solo tenía una clara; gritaba el nombre de Caleb mientras lo veía caer con un puñal en el lomo. Esa era la imagen que la había despertado, y desde entonces se había esforzado por recordar los hechos anteriores en el sueño, pero no lo había conseguido.

Echó un vistazo a la maleta que tenía a los pies, aquella mañana cogía el vuelo con destino Texas, y solo podía pensar en su reencuentro con Caleb. Él la iba a esperar en el aeropuerto y después iban a pasar la tarde charlando sobre ellos, su relación, las cosas que este le había ocultado, las que podrían superar y las que no. Se levantó y se estiró el vestido premamá en verde oliva que se había puesto para el viaje. Acarició su vientre y tarareó una canción para su bebé que comenzó a moverse en su interior. Allison sonrió a su pequeño y le dijo cuánto lo amaba. Lo hacía cada mañana, quería que, pasara lo que pasara con ella, su pequeño supiese que su madre lo había amado sobre todas las cosas.

—¿Estás lista? —le preguntó Jane asomándose a la puerta—. Se te está enfriando el desayuno.

—No tengo hambre, ya salgo. Estaba intentando recordar un sueño inquietante de esta noche.

Jane se detuvo al escucharla y la miró con preocupación.

—¿No recuerdas nada? —le dijo tratando de que el miedo que asomaba a sus ojos no se viese reflejado, pero Allison la conocía demasiado.

—Solo recuerdo que clavaban un puñal a Caleb y yo gritaba su nombre, no hay más.

Jane pareció meditarlo unos segundos y finalmente, forzando una sonrisa, le dijo:

—Bueno, seguramente son los nervios por el reencuentro, nada más.

—Seguramente.

Ninguna de las dos parecía lo suficientemente segura.

—Tal vez deberías posponer el viaje... —dejo caer Jane—. Piénsalo, tampoco es necesario que salgas hoy mismo. Si no estás segura, tomate unos días más. Aquí estas a salvo —su tono iba adquiriendo seguridad conforme avanzaba en la explicación.

Allison negó con la cabeza.

—Caleb está en Texas, él me recogerá en San Antonio, en el caso de que ese maldito sueño fuese premonitorio, no pasaría nada hasta llegar allí, y en su territorio estaré protegida por su manada. Y como tú dices, debe tratarse de una sugestión propia de los nervios que tengo por el reencuentro. No va a pasar nada, me cuidáis muy bien —le dijo a su amiga y la abrazó con fuerza.

Jane la miró a los ojos y sintió más confianza al ver la seguridad de Allison que parecía resplandecer con determinación renovada.

—Muy bien, entonces, vamos allá. El dispositivo de seguridad de Los guardianes ha sido activado. Llevaremos escolta durante todo el trayecto y en el aeropuerto.

—Perfecto, entonces no hay ninguna duda de que todo saldrá bien —le dijo a Jane mientras se agachaba y recogía su maleta del suelo. Cogieron bolsos y documentación y se dirigieron a la puerta.

Justo allí, un chico de color, guapísimo, enorme, pero de apariencia joven, vestido con un vaquero negro, camiseta y cazadora del mismo color con botas militares, las saludo con la cabeza y, colocándose tras ellas, las siguió por el pasillo. No habían dado ni dos pasos, cuando otros dos, de menor tamaño, pero igual vestimenta, tras saludarlas de la misma forma, se colocaban delante de ellas y las guiaban hacía la escalera de emergencias del edificio. Bajaron dos pisos y después salieron a un pasillo que daba a una zona de servicio del rascacielos. Tomaron un ascensor, mucho más pequeño y menos lujosos que el que usaban los inquilinos de los apartamentos, hasta el sótano. Un *Audi A8*, negro, las esperaba allí. Su conductor se bajó para abrirla la puerta, y Allison se sorprendió al comprobar que se trataba de una chica, igual de joven que los anteriores, menuda, rubia, con una cara preciosa y delicada. No parecía en nada un efectivo guardaespaldas. Las saludó con una sonrisa y la invitó a pasar.

—Gracias —le dijo Allison y entró en el vehículo. Jane, a su vez, lo hizo por el otro lado, y se encontraron en el centro del asiento trasero—. No parece una gran defensa —le comentó a Jane susurrando.

—Te aseguro que no te gustaría nada enfrentarte a ella —le dijo su amiga—, es un ángel, un ángel de verdad. Su poder es mucho superior al de la mayoría de las razas. Su capacidad de destrucción es casi infinita.

La chica entró en el vehículo y se sentó en el asiento del conductor, Jane continuó:

—Gabriel ha sido asignada como parte de tu protección especial, precisamente por lo eficaz que es.

La chica asintió con una sonrisa, pero no dijo una palabra.

Allison, a su vez, se había quedado sin palabras y la miró anonadada.

Un minuto después, el coche se puso en marcha en dirección al Aeropuerto Internacional O'Hare. El tráfico era denso y bastante dificultoso. Por lo que, al rato, Allison se acomodó en el asiento intentando relajarse lo que les quedaba de trayecto.

En el momento en el que dejó reposar la cabeza sobre el respaldo, el vehículo de delante, que pertenecía a su escolta, explotó; un segundo después, mientras la turbación, el caos y el pánico se apoderaban de la situación, el vehículo que les franqueaba por la espalda, también lo hizo.

Los gritos de los transeúntes, el fuego, el humo y la gente corriendo eran la imagen que Allison podía ver a través de su ventanilla blindada como si fuese una película de acción. Incapaz de moverse, se quedó pegada al cristal. La mano de Jane tocándole el brazo la sobresaltó y pegó un grito agarrándose el pecho.

—¿Estás bien?... Allison, ¿estás bien? ¡Contesta! —Oyó que le decía.

Allison se tocó el vientre, su bebé le dio una patada.

—Estoy bien, estoy bien. ¿Qué está pasando?

No le dio tiempo a decir nada, los cierres de las puertas del coche se abrieron y tres individuos vestidos de cuero negro bloquearon la salida de las puertas de Jane, Gabriel y Allison.

Gabriel dio un puñetazo en el pecho del que franqueaba la suya y este salió despedido por el aire cayendo en el suelo a varios metros.

—Yo de ti no volvería hacer una cosa como esa, guapa —le dijo el que se encontraba junto a Allison.

El ángel se giró y vio la cara de horror de Allison que se abrazaba el vientre. El ser que la mantenía prisionera debía medir cerca de dos metros,

tenía la cabeza afeitada y, tanto esta como el rostro, cubiertos de tatuajes tribales, dos pequeñas protuberancias en la frente a modo de cuernos semiocultos bajo la piel y los ojos del más estremecedor color púrpura que hubiese visto jamás.

Allison se preguntó que si existían los ángeles, si también lo harían los demonios y de ser así, si ese sería uno de ellos, pues parecía sacado del mismísimo infierno.

—Debajo de tu asiento hay una bomba que acabamos de activar. Si bajas del coche, explotará.

—¿Crees que una bomba puede acabar conmigo, majadero? —le dijo Gabriel con una sonrisa.

—Contigo no, pero sí con tu preciosa carga —le contestó el tipo señalando a Allison.

Gabriel cambió el gesto.

—Y ahora te explicaré lo que vamos a hacer. Tú te quedas ahí quieta, como una niña buena, el coche no explotará y ellas vivirán. Yo me las llevaré de aquí.

—En cuanto te alejes lo suficiente, iré a por ti y juro que te destrozaré con mis propias manos, hijo del demonio.

El tipo tragó saliva, pero entonces sacó un brazaletes que al pegarlo a Allison se adhirió a su brazo enganchándose a él. Esta pegó un bote en el asiento, el frío metal le apretaba la carne hasta casi cortar la circulación.

—Tu bomba está conectada a la de ella. Sí la tuya explota, ella explota. ¿Nos vamos entendiendo ya?

Gabriel apretó los dientes y lo miró desafiante. Los otros dos tipos las sacaron de allí a la fuerza, cogiéndolas en volandas como si no pesaran nada. Una vez fuera del coche, Allison vio con pavor como les colocaban una capucha en la cabeza, las subían a un coche, entre patadas y gritos de ambas, y se las llevaban de allí.

CAPITULO 42

ALLISON abrió los ojos, pesados como losas, totalmente desorientada, se preguntaba dónde estaba. De manera súbita recordó lo ocurrido en el coche durante el trayecto al aeropuerto. Cuando las introdujeron a Jane y a ella en el vehículo, Allison sintió como la pinchaban en un brazo y segundos después caía inconsciente en el asiento. Lo siguiente que vio fue un enorme foco de metal sobre ella. Intentó incorporarse, pero fue cuando se dio cuenta de que estaba atada sobre una camilla fría de metal. Sus brazos y piernas estaban amarrados con correas que le impedían moverse por completo, otras dos mantenían su cuerpo pegado a la camilla. Una de ellas bajo su vientre y otra por encima del pecho. Miró a su alrededor con horror. Estaban en lo que parecía una enorme nave desolada, oscura y mugrienta. Un olor metálico inundaba el aire de manera nauseabunda. Un sollozo llegó a sus oídos, pero el poco campo de visión que le permitía su posición impidió que viese de dónde provenía.

—¡Jane! —llamó a su amiga.

Los sollozos aumentaron como respuesta. Intuyó que en algún lugar de esa nave se encontraba su amiga amordazada.

De repente, unos pasos sobre el suelo de cemento la pusieron en alerta, se dirigían hacia ella con parsimonia. Cuando tuvo al hombre frente a ella lo reconoció inmediatamente.

—Buenos días, señora Connor —le dijo aquel hombrecillo extraño que ella conoció meses atrás como el señor Cousin, el abogado de James.

—¿Qué demonios hace usted aquí? ¡Suélteme inmediatamente! —forcejeó ella contra las correas, pero estas no cedieron un ápice.

—Será mejor que no se mueva. No tiene posibilidad de escapar de aquí. Mis jefes son tremendamente cuidadosos, y peligrosos...

—¿Sus jefes? —quiso entender Allison.

—Claro... ¿No pensará que yo haría todo esto? Yo solo soy un intermediario. Una herramienta muy útil en algunos casos en los que se quiere encontrar a una persona o criatura...

—Es un rastreador... —le dijo Allison encajando una pieza en el puzzle.

—Veo que ha aprendido mucho estos días. En efecto, lo soy —confesó el hombrecillo arrastrando la montura de sus gafas por el puente de su enorme

nariz—. En su día fui contratado por el señor Connor para encontrarla. Tengo que decir que al principio pensé que era un loco más en busca del gran mito, la Portadora —añadió haciendo grades aspavientos con las manos—. Pero él tenía algunas sospechas, lo que no poseía era la capacidad de rastrear su huella, su origen. Pero para eso estaba yo —se señaló el pecho y comenzando a caminar a su alrededor—. Imagine cuán grande fue mi sorpresa al descubrir lo que era usted. Fue algo... ¡maravilloso, glorioso! —hizo una pausa—. Su marido tenía grandes planes para usted ¿sabe? Era un hombre ambicioso...

—¡Era un monstruo, como usted! ¿Qué es lo que quiere de mí? —le gritó Allison furiosa y asqueada.

El hombre la miró un segundo en silencio, se acercó a ella y le olisqueó el rostro.

—Yo no quiero nada de usted, ya he recibido mi pago. Como le dije, son mis jefes los interesados en sus... dones —terminó por decir sosteniendo uno de sus mechones rojizos entre los dedos. Allison se retorció en la camilla.

—Señor Cousin, no es necesario que prosiga. Imagino que lo que le ocurre a la señorita O'Rourck es que se muere por conocernos, a nosotros. Soy Raynard. —Se oyó que decía una profunda y siniestra voz masculina que se aproximaba a ella. El señor Cousin bajó la mirada y se apartó escabulléndose entre las sombras en cuanto los recién llegados hicieron acto de presencia.

Allison vio acercarse a tres hombres de aspecto muy diferente. El primero, que parecía llevar la voz cantante, la miraba casi con admiración. Muy elegante, vestido con un traje gris oscuro de corte exquisito y caída perfecta que acompañaba de una corbata rojo sangre. Tenía el cabello oscuro, aparentaba unos cincuenta años y sus ojos eran de un gris profundo. No tenía un aspecto amenazante, salvo por la pose fría y esa voz que parecía acariciar como una cuchilla. A su derecha, un hombre algo mayor, de aspecto espeluznante, la observaba con crueldad. Tenía el rostro marcado con dos horribles cicatrices que partían desde sus labios haciendo una curva hasta sus ojos, y otras dos encuadraban su barbilla hasta su cuello. Su semblante era aterrador, pero más, la mirada de demente que le obsequiaba. El tercero tenía el aspecto físico del típico vecino bonachón, de rostro redondo y sonrisa perpetua, salvo que en sus dientes se podía apreciar aún la sangre viscosa de su última víctima, por sus ojos se paseaba una mirada lasciva y sanguinaria.

—Creo que hasta ahora no ha tenido usted la suerte de cruzarse con nuestra especie —le dijo el mismo hombre, los otros dos se limitaban a mirarla como si fuese comida.

—No sé quiénes son ni lo que quieren de mí, pero no se saldrán con la suya...

La risa grave del hombre retumbó por las pareces vacías de la nave.

—Me temo que estás muy equivocada. Eres una criatura única, valiosa por lo excepcional de tu naturaleza, pero no eres más que una herramienta. Según mi parecer, fuiste creada para servir a seres como yo, y eso es lo que voy a hacer contigo, usarte —le dijo acariciado con el dorso de la mano la piel suave de su brazo—. Sin duda, será una experiencia doblemente satisfactoria.

Allison se retorció con fuerza y eso pareció excitar al tercero de los hombres que rio con ganas. De improviso, Allison sintió una fuerte bofetada en la mejilla, el dolor se le extendió hasta la sien de manera dolorosa.

—No me gusta que me interrumpen, es mejor que lo aprendas ahora, será menos doloroso para ti —le dijo justificando su golpe—. Como le decía, no se ha cruzado con seres como nosotros, al menos, que usted sepa. Yo la recuerdo cuando apenas era un bebé, su madre consiguió esconderla de nosotros, pero las cosas siempre vuelven a su cauce, tan solo hay que saber esperar.

Allison abrió los ojos desorbitadamente, «¿aquellos eran los seres que perseguían a su madre?», se preguntó.

—Hemos tenido que esperar muchos años, ¿pero no te parece un reencuentro precioso?

Allison lo miró con odio.

—Por norma general, no me gusta esperar, pero si hay algo de lo que disponemos los vampiros, es de tiempo —le dijo éste aclarándole su naturaleza.

—¿Puedo ya ocuparme de la musa? —preguntó el de la boca manchada de sangre.

—Blaz, no seas impaciente. Tendrás tiempo de degustarla —le contestó Raynard—. Tienes que perdonarlo, Allison, Blaz es un tanto impetuoso y, aunque entiendo el interés en su amiga, pues la sangre de musa es ciertamente deliciosa y revitalizante, un perfecto tónico reconstituyente, creo que la ocasión merece tomarnos nuestro tiempo.

Allison lo miró con horror. Vio como el tal Blaz se alejaba unos pasos escapando a su campo de visión y volvía arrastrando una silla por el respaldo. En ella estaba sentada Jane, atada y amordazada, y la miraba con el rostro desencajado por el horror.

—¡Jane! —la llamó a gritos Allison. Volvió a forcejear y solo consiguió hacerse daño en las muñecas. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus

mejillas.

El rostro desfigurado del segundo hombre quedó pegado al de Allison en una centésima de segundo, ni siquiera lo vio acercarse, se aproximó a ella y le lamió la cara.

—Solo hay una cosa que me gusta más que la sangre —le dijo aquel ser horrible en un susurro al oído—, las lágrimas de las víctimas antes de morir. Son tan excitantes...

—Kendrick, te he dicho muchas veces que no se juega con la comida —recriminó Raynard a su amigo con aburrimiento.

—Bueno, ella no es exactamente comida... —contestó el monstruo con una sonrisa.

—Es cierto —corroboró Raynard—. Te voy a contar lo que haremos, pequeña Portadora. Primero, Blaz y Kendrick van a desangrar a tu amiga muy lentamente —al decir aquello Kendrick se separó de ella, fue junto a Jane a gran velocidad y comenzó a olisquearla de manera asquerosa.

—¡Dejadla en paz! —gritó Allison entre lágrimas. Jane no dejaba de llorar también. Su amiga cerró los ojos con fuerza para evitar ver el rostro de Kendrick junto al suyo.

—Shhhh... Tranquila, dentro de unos minutos, el menor de tus problemas será la muerte de tu amiga, Allison. Después de ella, nos ocuparemos de tu bebé.

Allison sintió que se le helaba la sangre en las venas. Su bebé...

—Lo siento, pero necesito que desaparezca. Para el ser patético que era tu marido tenía un valor, él necesitaba su sangre; yo solo necesito tu vientre. Cuanto antes quede libre, antes podré utilizarlo para que gestes a la criatura que necesito.

Los ojos de Raynard mostraron la mayor de las codicias. Ambicionaba un poder más allá de el que ella era capaz de imaginar, y la quería usar para conseguirlo.

—Pero basta ya de palabrería. Llevamos mucho tiempo esperando, demasiado, y esto está a punto de terminar.

Los rostros de aquellas horribles criaturas se transfiguraron frente a ella, se deformaron quedando llenas de cicatrices terroríficas, sus ojos se volvieron del más intenso púrpura que ella hubiese visto jamás, sus mandíbulas se abrieron en un gruñido feroz y una fila de afilados dientes con unos colmillos enormes aparecieron ante su mirada aterrorizada. Su bebé estaba a punto de morir fue el último pensamiento de Allison.

CAPITULO 43

LA rotura de unos cristales sobre sus cabezas hizo que todos desviarán la atención al techo de la nave, de la que, de manera súbita, comenzaron a descender una docena de soldados cubiertos con ropas negras. Entre ellos, Allison distinguió la melena rubia de Gabriel. En cuestión de segundos, los soldados entraron en una lucha encarnizada contra los vampiros que, aunque eran superados en número, se defendían sin problemas. Allison vio con estupor a Blaz cortar el cuello de Jane, lamer de la daga la sangre de su amiga y se disponía a entrar en batalla. El cuello de Jane caía hacia un lado desangrándose, desde su camilla Allison no pudo ver su rostro. La llamó a gritos, desesperada. Las lágrimas le abrasaban las mejillas. Seguía gritando cuando vio entrar en la nave otro grupo de hombres que comenzaron a enfrentarse a los soldados guardianes de las razas. Las cosas se ponían cada vez más feas. Vio caer a miembros de uno y otro bando. Gabriel se movía con rapidez blandiendo una espada y provocando un gran número de bajas, pero los soldados de los vampiros no dejaban de entrar en la nave, cada vez más llena de cuerpos.

Entre los soldados de los guardianes, otra chica llamó su atención. De complexión menuda, era la única que vestía con ropas diferentes a las de sus compañeros. Ésta llevaba un corpiño de cuero negro ajustado a su torso, sobre un pantalón del mismo tejido, botas altas casi hasta la rodilla y accesorios de cuero rojo sobre los que portaba multitud de armas. Su rostro estaba parcialmente cubierto por una máscara de cuero negro. La guerrera se movía como si volase entre los cuerpos de los vampiros, no desenfundó las armas en ningún momento, con movimientos felinos llegaba hasta su víctima, se subía sobre sus hombros y les partía el cuello en dos segundos con un movimiento seco; antes de que el cuerpo de su contrincante cayese al suelo, ella ya se encargaba del siguiente. De repente, algo llamó la atención de la chica. Blaz corría en dirección a Jane, la guerrera abandonó el cuerpo inerte de su último contrincante en el suelo y saltó en el aire, por encima de las cabezas de los luchadores, para caer sobre Blaz en una pirueta perfecta. Este consiguió zafarse de ella dándole un golpe en el pecho. La chica cayó de espaldas en el suelo, se levantó con lentitud y lo miró fríamente. Sus ojos eran de una azul electrizante, brillante y luminoso. A Allison le resultó familiar, pero no supo

identificarlo.

—Dakata —la llamó Blaz paladeándose al pronunciar su nombre—. ¡Qué placer volver a verte! —le dijo la repulsiva criatura.

—Yo no lo llamaría placer, mutilador, aunque no negaré que disfrutaré con nuestro ajuste de cuentas.

—¡Tú! Pequeña criatura —dijo con desprecio—, debí acabar contigo cuando tuve la oportunidad —añadió el tipo mostrando sus dientes manchados de sangre.

—Nunca la has tenido, engendro asqueroso, ni la vas a tener —aseguró ella saltando sobre el hombre. Él la esquivó echándose a un lado pensando que así conseguiría evitar la patada de la guerrera. Pero, en un movimiento tan rápido como un pestañeo, Dakata desenfundó su espada y girando sobre la espalda de Blaz, subió hasta sus hombros y se la clavó en el cráneo. Con otro giro en el aire, cayó frente a él viendo como se desplomaba inerte en el suelo con los ojos abiertos. Dakata se agachó y sacó la espada de la cabeza de la criatura como si estuviese incrustada en mantequilla. Volvió a enfundársela. Fue hacia Jane y posó dos dedos sobre su cuello comprobando que aún tenía pulso. Informó a Allison con una afirmación de su cabeza y volvió a la batalla.

Allison respiró más tranquila sabiendo que Jane seguía con vida. Pero el peligro no había terminado. Un rugido estremecedor hizo vibrar las paredes metálicas de la nave y los soldados se giraron a ver quién era el nuevo invitado a la fiesta. Caleb apareció entre la masa de guerreros yertos en el pavimento, caminando sobre ellos con solemnidad. Las imágenes de su sueño comenzaron a pasar unas tras otras delante de sus ojos. Pero una prevalecía sobre el resto, Caleb apuñalado.

—¡Caleb! —lo llamó con un grito desgarrador. Este gruñó con fuerza en respuesta y se dirigió a ella dejando a su paso una ristra de cadáveres. Los soldados enemigos iban cayendo sobre él intentando matarlo, pero se los iba quitando de encima apagando sus vidas uno por uno. Con sus fuertes mandíbulas los destrozaba en cuanto caían sobre él, desmembrándolos. Allison contuvo el aliento cada uno de los segundos que lo vio en la lucha, temiendo por su vida, sufriendo y rezando por no ver materializada su visión. Un movimiento llamó su atención, de entre la masa de luchadores, un cuerpo se elevó levitando sobre los demás. Era Raynard que la miraba directamente a ella con una sonrisa diabólica en los labios. Voló sobre los demás y fue hacia Allison. Ella miró en dirección a Caleb, pero éste luchaba contra cuatro vampiros que habían descendido sobre él. Cuando Raynard estaba a punto de

caer sobre ella, Dakata lo interceptó en el aire, y ambos se desplomaron sobre los guerreros. Comenzó una lucha sin tregua entre ambos. Raynard parecía más fuerte, pero Dakata era tremendamente rápida e intuitiva, parecía prever los movimientos de su adversario poniéndole a estas cosas realmente difíciles.

Caleb volvió a llamar su atención, se había deshecho de todos los vampiros a su paso y se dirigía hacia ella. Allison vio una sombra a punto de caer sobre él y gritó su nombre advirtiéndole de que Kendrick iba a desplomarse encima de él con una daga. Caleb se giró justo a tiempo de evitar el ataque, girándose. Le propinó un zarpazo desgarrándole la pierna, el vampiro bramó con furia y dolor cayendo al suelo. Lo miró con odio, observó su pierna desgarrada y pareció sopesar su siguiente movimiento. En la nave apenas quedaban un par de soldados vampíricos, Raynard y él, luchando contra los soldados de la guardia. Raynard y él se miraron y como si mantuviesen algún tipo de comunicación telepática. Ambos se elevaron por encima de los demás, Raynard la miró y la señaló con gesto frío y provocador diciendo:

—Esto no quedará así, pequeña portadora —y ambos desaparecieron.

Allison vio que Dakata y otros dos soldados atendían a Jane que parecía estar bien. Suspiró aliviada.

Caleb fue corriendo hacia ella. Se transformó recobrando su apariencia humana y comenzó a desatarle las correas. Cuando Allison quedó libre, lo abrazó con fuerza dejándose perder entre sus fuertes brazos; la calidez de su cuerpo la recibió como si no hubiese más hogar que él de estar en sus brazos. Caleb se apartó un poco de ella y comenzó a inspeccionarla asegurándose de que estaba bien, la tomó por el rostro y lo giró a un lado y a otro, vio un golpe en su mejilla y bramó entre dientes.

—¡Juro que los mataré!

Allison tomó el suyo, cegado por la ira, entre las manos.

—Estamos bien, estamos bien —le repitió. Se perdió en su mirada ambarina y lo besó ligeramente en los labios. El rostro de Caleb se relajó de inmediato. Apoyó la frente contra la suya y bebió su aliento entrecortado. Había pasado tanto miedo... Se acarició la tripa y cerró los ojos. Caleb depositó un beso sobre su cabeza, después bajó hasta su vientre y la besó allí también. Las lágrimas de Allison rebotaron expulsando la multitud de emociones que la habían embargado las últimas horas, días y meses. Caleb la abrazó con fuerza y volvió a besarla en los labios, enjugando sus lágrimas.

—Algo me decía que tenía que venir a por ti y no esperarte en Texas. No sé lo que habría hecho si te hubiese perdido... —le dijo Caleb frente a sus labios.

—No lo has hecho —contestó ella—, y jamás lo harás.

Caleb sonrió como nunca antes lo había visto hacer Allison y pareció iluminar aquella enorme y siniestra nave de la que estaba deseando salir.

—Vámonos, voy a sacarte de aquí, tampoco me vendría mal algo de ropa — le dijo Caleb bajándola de la camilla.

—Sí, me parece que estás llamando demasiado la atención —confirmó Allison viendo que algunas de las féminas de la guardia no podían evitar mirarlo. Mientras comenzaban a marcharse, miró alrededor buscando a la guerrera a la que habían llamado Dakata y a la que quería agradecer en especial que hubiese salvado a Jane e intercedido para ayudar a Caleb, pero ella ya no estaba. Había desaparecido.

CAPITULO 44

SEIS semanas después, Allison miraba por la ventana mientras los primeros copos de nieve caían de manera espectacular sobre la grava del jardín. Era de noche y apenas se podían ver en el haz de luz de las farolas que iluminaban la calle. En el exterior de su hogar, el frío desafiaba a los pocos locos que se atrevían con las bajas temperaturas, sin embargo, ella podía apreciar las múltiples presencias que rodeaban su casa. Unos ojos ambarinos salieron de entre los arbustos y la saludaron con una reverencia. Ahora sabía que estaban allí para protegerla y les devolvió el saludo. Caleb había designado un grupo bien entrenado dentro de la manada para su protección, y eso ayudaba a que durmiese mejor por las noches. Al igual que el hecho de hacerlo entre los brazos de su recién estrenado esposo. Dos semanas después de su regreso a Brawnsville, habían contraído matrimonio. Ya no tenía sentido darle más vueltas, ella quería estar con Caleb por encima de cualquier cosa, y él con ella, que se había jugado la vida por protegerla. No tenía ninguna duda con respecto a él.

Lo que no habían hecho era una gran celebración, pues Allison no se sentía con ánimo de hacerlo después de haber estado casada con James. Lo que ella quería hacer con aquel matrimonio era legalizar el amor entre los dos, pero no creía oportuno celebrarlo de otra forma. No era por James, pues era evidente que no merecía ningún tipo de respeto o reparo hacia su memoria. Simplemente le dolía aún pensar en ello. Las alianzas y uniones en el nuevo mundo que le había tocado vivir y que cada vez entendía más como suyo, se hacían por cuestiones muy diversas, no tenían la imprenta romántica que ella les confería. Y aunque en su caso, de no estar enamorada de Caleb, no se habría casado con él, había tantas otras alrededor de aquel matrimonio que no quiso hacer una fiesta con ello.

Tan solo se habían reunido en el juzgado Pony, Casey, Jake, Sally y una Jane completamente recuperada. Caleb, como jefe de la manada, sí se debía a unos rituales de la raza, pero habían sido también realizados de manera íntima. Allison fue presentada al consejo de ancianos como su esposa, y en un par de días todo había terminado.

Para Caleb y ella, sin embargo, cada día desde su vuelta había sido un festejo constante de su regreso. De que estaban juntos por fin. Caleb no había

dejado de besarla, cuidarla, abrazarla y hacerle el amor como si temiese que ella volviese a desaparecer. La hacía muy feliz, tan solo el hecho de saberse en peligro contante sombreaba la felicidad que sentían.

Allison veía día a día como su vientre iba creciendo, ya estaba bastante abultado, aquella semana había llegado a la semana treinta y seis de embarazo y los miedos se hacían cada vez más grandes. ¿Y si su bebé era una niña? De ser así ¿sería una nueva portadora? Si lo era, la manera más segura de mantenerla a salvo era sacrificar su vida, como había hecho su madre con ella. No lo había hablado con Caleb, pero era lo que haría, sin duda, si con eso podía mantenerla oculta y a salvo de criaturas como las que había conocido. Un escalofrío recorrió su cuerpo sacudiéndola. Por otra parte, si no lo era, al ser el hijo de una portadora y un semidiós que habría heredado los poderosos dones de Hunter Connor, y a la vez tener sangre licántropa corriendo por las venas, aquella mezcla lo podía convertir en un ser poderoso y en peligro constante de querer ser atrapado.

No quería separarse de su pequeño, se acarició la tripa y cantó la suave melodía que su madre cantaba para ella, para su bebé, lo acunó en su vientre y sintió como su pequeño se movía contento. Estaba deseando verle la carita, pero una parte de ella le decía que estaba más seguro en su interior.

En el exterior, llamó su atención el movimiento de las ramas más altas de los abetos. Las observó unos minutos más, pero nada extraño parecía pasar.

—Cariño, vuelve a la cama —le dijo Caleb llegando hasta ella y rodeándola por la espalda—, vas a coger frío —añadió frotando sus brazos a través de la fina tela de su camisón.

—No soy yo la que va desnuda —le hizo notar ella. Su marido iba completamente sin ropa, tal y como lo había dejado en la cama.

—Te recuerdo que no tengo frío, podría retozar ahora mismo así en la nieve —le dijo con una sonrisa que encandiló a Allison, era tremendamente peligrosa y sexy. Una bastaba para encender cada recóndito rincón de su interior de manera instantánea. El fuego que la consumió se hizo relevante en su mirada verde que refulgió con intensidad.

—Vamos a la cama, mi hombre de sangre caliente —ordenó ella tirando de su mano hacia el dormitorio mientras lo miraba provocadora.

Caleb gruñó como única respuesta a su invitación.

Cuando llegaron al cuarto, Caleb no dejó que ella se introdujese entre las sábanas. La detuvo frente a él y, colocándose delante de su mujer, comenzó a desabrocharle los pequeños botones del camisón.

—¿Desde cuándo eres tan cuidadoso? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

Caleb captó la provocación al instante, tomó la parte delantera del camisón y tirando de ella para los lados desgarró la tela liberando el cuerpo perfecto, redondeado y excitante de su mujer. Sus pechos llenos, hinchados y extremadamente sensibles le dieron la bienvenida, erguidos, orgullosos, sus discos dorados eran excitantes y deliciosos. Se sentó en el filo de la cama con Allison frente a él de pie, acarició con las yemas de sus dedos la piel sensible de los costados de su cuerpo mientras poseía sus pezones con los dientes, los introducía en su boca y los succionaba sintiendo las reacciones del cuerpo femenino. Allison se arqueaba hacia atrás disfrutando de la excitación devastadora que le proporcionaba su marido cada vez que la tocaba. La sensación incandescente que la recorría desde los pechos hasta su vientre no se detuvo allí, bajando hasta su sexo que comenzó a palpar de manera desenfrenada. Cuando pensó que llegaría al límite de la locura, Caleb introdujo dos dedos en el interior de sus pliegues más íntimos, rozando y jugando con su clítoris torturado por una pasión incontrolable; era el delirio más turbador, abrasador e incontrolable. Allison creyó morir de placer cuando le sorprendió una oleada que sacudió su cuerpo de manera súbita. El interior de su vientre se contrajo y sintió estallar el deleite nuevamente. Inclino el rostro hacia Caleb que la acercó a él abrazándola y apoyando su cabeza en el pecho exultante y corazón desenfrenado de Allison.

De repente otra sacudida convulsionó el cuerpo de Allison, pero esta vez de manera dolorosa. Se encogió con agonía soltando un pequeño grito. Sin darle tiempo a reponerse, otra más la recorrió desde el vientre hasta los riñones, esta, aún más fuerte, la obligó a caer de rodillas.

—¡Allison, cariño! —la sostuvo Caleb asustado.

—Creo que viene el bebé —dijo ella entre jadeos.

—Pero... es pronto... —apuntó Caleb aturdido.

—Él no opina lo mismo —concluyó antes de soltar otro grito desgarrador y aferrarse a su brazo con fuerza.

Caleb la levantó del suelo y la colocó sobre la cama. El rostro de Allison se contraía por el dolor. Habían decidido que Allison tuviese al bebé en casa, asistida por el doctor, para evitar incidentes, pero Caleb estaba preocupado por la intensidad de los dolores de Allison.

—Creo que es mejor que te lleve al hospital —decidió preocupado.

—¡No! Llena la bañera con agua templada —le ordenó.

Caleb la miró sin comprender.

—Cariño, soy una náyade, mi elemento es el agua, algo me dice que necesito hacerlo así —le explicó ella con la respiración entrecortada.

Caleb no lo pensó dos veces y fue con diligencia al baño y siguió las instrucciones de Allison al pie de la letra. Mientras la bañera se llenaba, llamó a su madre, su hermana, Sally y el doctor. Cuando regresó al dormitorio, Allison sufría otra de aquellas sacudidas de dolor, tenía una mano en su vientre y la otra en los riñones. Su rostro estaba desencajado y un sudor perlado lo cubría como una fina capa de pequeños diamantes que le conferían un aspecto irreal. Estaba bellísima. Esperó a que pasara de nuevo el dolor y entonces le preguntó:

—¿Y ahora? —le dijo abrazándola.

—Llévame hasta el agua —susurró ella que parecía agotada entre sacudidas agónicas.

Caleb la tomó en brazos y muy lentamente la introdujo en el agua templada de la gran bañera. Allison se colocó de rodillas en el interior agarrándose al filo, manteniendo la tripa lo más sumergida posible. Su bebé comenzó a moverse y ella sonrió cansada. Comenzó a mecerse en el agua y otra sacudida la atravesó agarrotándole toda la espalda, pero el vientre no le dolió tanto. Lo acarició lentamente y comenzó a cantarle la canción a su bebé. Cuando pareció más relajado, Allison se dio la vuelta, se sentó en la bañera apoyándose en el filo, de espaldas a Caleb, que comenzó a acariciarle la tripa mientras Allison respiraba con fuerza apoyando la cabeza en el pecho de Caleb. Este le besaba la mejilla con infinita ternura mientras masajeaba su vientre con suavidad. Allison, con las piernas abiertas y flexionadas, iba aguantando las contracciones cada vez más rítmicas. Hacía respiraciones alternando algunas cortas y seguidas con otras más profundas.

—Te amo, Allison O'Rourk —le dijo al oído Caleb con un sentimiento y devoción que hicieron que ella se estremeciera.

—Yo también a ti, Caleb Connor —contestó ella girando el rostro y besándolo en los labios. Bebieron de sus bocas, sabiendo que no recordarían un momento con la belleza de aquel en su vida. Se miraron a los ojos perdiéndose uno en la del otro y otra contracción sacudió a Allison con mayor intensidad. Con cada una, Caleb acariciaba su vientre y la besaba. Veinte minutos más tarde eran tan seguidas que Allison casi no tenía resuello para reponerse entre una y otra. Estaba a punto de sufrir otra, la mayor hasta ahora, cuando unos pasos se oyeron en el pasillo. Entraron en el baño Pony y Casey

al tiempo que Allison se dejaba llevar por esta última y devastadora sacudida agarrada a sus rodillas. Un haz de luz blanca y pura se abrió entre sus piernas, tan intensa que tuvieron que entrecerrar los ojos para adaptar la visión. Caleb presionó su vientre hacia abajo con suavidad como le había indicado Allison que hiciera. Las últimas fuerzas de Allison fueron para aferrar a su bebé con las manos mientras salía de entre sus piernas, sacándolo del agua y llevándolo al pecho donde lo depositó uniendo los dos corazones. Pony puso una toalla sobre el pequeño. El contacto de la piel extremadamente suave de su hijo, el latido de su fuerte corazón y el olor puro de la vida que inhaló de su cabello mojado, fueron las últimas percepciones que tuvo Allison antes de caer en un profundo pozo negro.

La voz de Caleb la rescató sacándola de la oscuridad minutos más tarde.

—Allison, cariño —le susurraba al oído mientras besaba cada centímetro de su rostro con amor.

Ella fue abriendo los ojos que le pesaban como losas. Estaba agotada. El primer pensamiento fue para su bebé. Se vio tumbada en su cama cubierta con una sábana, pero su bebé no estaba.

—¿Dónde está? —preguntó asustada.

—Aquí —le dijo Pony girándose hacia ella y enseñándole al bebé en sus brazos con una enorme sonrisa—, es un niño, Allison. Un niño grande y fuerte —se acercó a ella y le entregó al pequeño que acomodó sobre ella embargada por una emoción que superaba con creces cualquier cosa que pudiese describir. Nada más en su vida había tenido sentido hasta el momento en el que su mirada verde se perdió en la turquesa de su hijo. Era tan perfecto que daba miedo tocarlo. El mayor de los terrores se apoderó de ella en ese momento. No quería perder a su bebé. Tenía que protegerlo por encima de todas las cosas, con su vida, con su alma, con todo su ser. El pequeño sonrió y fue como si el mundo se detuviese para él. Allison miró a su alrededor y comprobó, aturdida, que así había sido en realidad. Estaban todos petrificados excepto ella. Acarició el rostro pétreo de Caleb a su lado, caliente, pero estático. Entonces acarició el rostro del pequeño que volvió a sonreír y todo regresó a ser como antes. Caleb la besó en la frente y ofreció un dedo al pequeño que se lo aferró con fuerza.

Allison, perpleja por lo que acababa de suceder, miró a su hijo embelesada sin saber cómo explicar a su marido lo ocurrido.

—¡Vaya, Noah, creo que vas a ser un niño muy travieso! —le dijo con una

sonrisa condescendiente.

—¿Noah?—le preguntó Caleb sorprendido.

—Sí, Noah —aspiró ella suspirando feliz y besando su frente.

Las siguientes horas pasaron volando, el doctor Dawson llegó para comprobar el estado del bebé y corroboró, como ya sabían, que era un niño, a pesar de nacer prematuro, grande, fuerte y sano. A continuación llegaron sus amigas, Sally, Barbie, y Annie, acompañada por Tabatta, que fueron para conocer al pequeño que enamoró a cuantos fueron a verlo, bajo la atenta vigilancia de Caleb, Pony, Casey y Jake que no quitaban ojo de los presentes mientras ejercían de orgullosos padre, abuela y tíos del pequeño. Jane llegaría al día siguiente para unirse a su felicidad como madrina del niño.

Unas horas más tardes, el dormitorio estaba repleto de flores, dulces, regalos para el bebé y para la madre. Pony y Casey se llevaron todas las cosas al cuarto del niño para que tuviesen más sitio, y Jake acercó la cuna de Noah a la habitación de los orgullosos papás. Cuando se marchó hasta el último de los invitados, al igual que Pony, Casey y su prometido, Jake, Allison estaba tan agotada que apenas conseguía mantener los parpados abiertos. Caleb quiso dejar al bebé en la cuna, pero Allison se negó. Quería dormir con él entre sus brazos, entre ambos. Caleb aceptó de buen grado y se tumbó en la cama dejando al bebé entre los dos, acunándolo. Sintió una paz enorme instalarse en su pecho, aquel pequeño, que le había robado el corazón con una única mirada, acababa de sellar su destino, y supo que lo seguiría hasta la muerte.

EPÍLOGO

LOS primeros rayos del sol iluminaban el alba cuando un sonido despertó a Allison y a Caleb abruptamente de su sueño. Miraron al pequeño entre sus brazos que dormía plácidamente, pero los sentidos de ambos seguían alerta. La cortina del balcón se movió mecida por una fresca ráfaga de aire que invadió el dormitorio. Tras la fina tela apareció ante ellos una chica vestida de cuero negro.

Caleb se levantó de la cama en un segundo y con un gruñido comenzó su transformación.

La chica levantó la palma de la mano indicándole que se detuviese.

—Caleb, espera —le dijo Allison que observaba a la chica con sorpresa. La reconocía. Ya la había visto antes, el día que la secuestraron los vampiros. Iba vestida de negro con un corpiño negro ajustado a su torso y unos pantalones del mismo material, unas botas negras hasta casi la rodilla y multitud de armas sujetas a su cuerpo con aplicaciones de cuero rojo en los brazos, muslos, cadera y una espada a la espalda, su rostro estaba parcialmente cubierto por una máscara negra que permitía ver unos increíbles ojos azul electrizante.

La chica se llevó una mano por encima de la cabeza y Caleb pensó que iba a sacar la espada. Gruñó y la joven le indicó silencio con un dedo con frialdad absoluta mientras seguía llevando la otra mano tras su cabeza, con un movimiento de sus dedos desató su máscara que cayó al suelo a sus pies.

—¡Lucy! —la nombró Allison sorprendida.

Ésta mostró una perezosa sonrisa.

—En realidad, mi nombre es Dakata. Soy una dhampira de la orden de los Guardianes de las razas.

Ambos la miraron sin poder articular palabra.

—...Y la protectora de Noah.

Las palabras de la chica quedaron suspendidas en el aire frío de la noche, mientras los tres se miraban. Noah sonrió en sueños, y el mundo se detuvo para él.

FIN

Muchas gracias por adquirir este ebook.

Si quieres saber más sobre este libro y otras de mis obras, puedes visitar:

www.lorrainecoco.com

<https://www.facebook.com/groups/219104291622789/>

<https://www.youtube.com/channel/UCloIRYOYNnksPsFW60kYxpw>

Te animo a compartir tu opinión en la ficha del libro y en las redes sociales, puede ser útil para otros lectores y yo te lo agradezco desde el corazón.

AGRADECIMIENTOS

Quiero enviar un agradecimiento especial a Mimi, por su incalculable ayuda corrigiendo esta novela en un tiempo record, anteponiendo mi proyecto al suyo. Mil gracias por tu profesionalidad y cariño.

A Sheila Irizarri por su inestimable talento y ayuda creándome el maravilloso booktrailer del libro.

A Yolanda Revuelta, amiga y escritora, por tu apoyo incondicional, tus palabras de aliento y tu fe inquebrantable, que me dio ánimos cuando más los necesité.

A mis preciosas y maravillosas encadenadas. Mi trabajo no tendría ningún sentido sin vosotras que me animáis a seguir cada día y, con vuestros comentarios, alimentáis mis ganas de seguir creando historias.

A Laura Frías, Esther Damon, Naitora McLIne, las chicas del Club de lectura y el Club de las escritoras de la pluma azul, por estar siempre para mí, dispuestas a ayudarme en cuanto precise, día a día. No sé qué haría sin vosotras.

A mi maravilloso marido, Bruno, por la paciencia, el sacrificio, el amor y los besos.

Y a mi hermano Álvaro, por esta preciosa portada que refleja sin lugar a dudas la historia que lleva dentro y que durante tanto tiempo guardé en el corazón

AUTORA

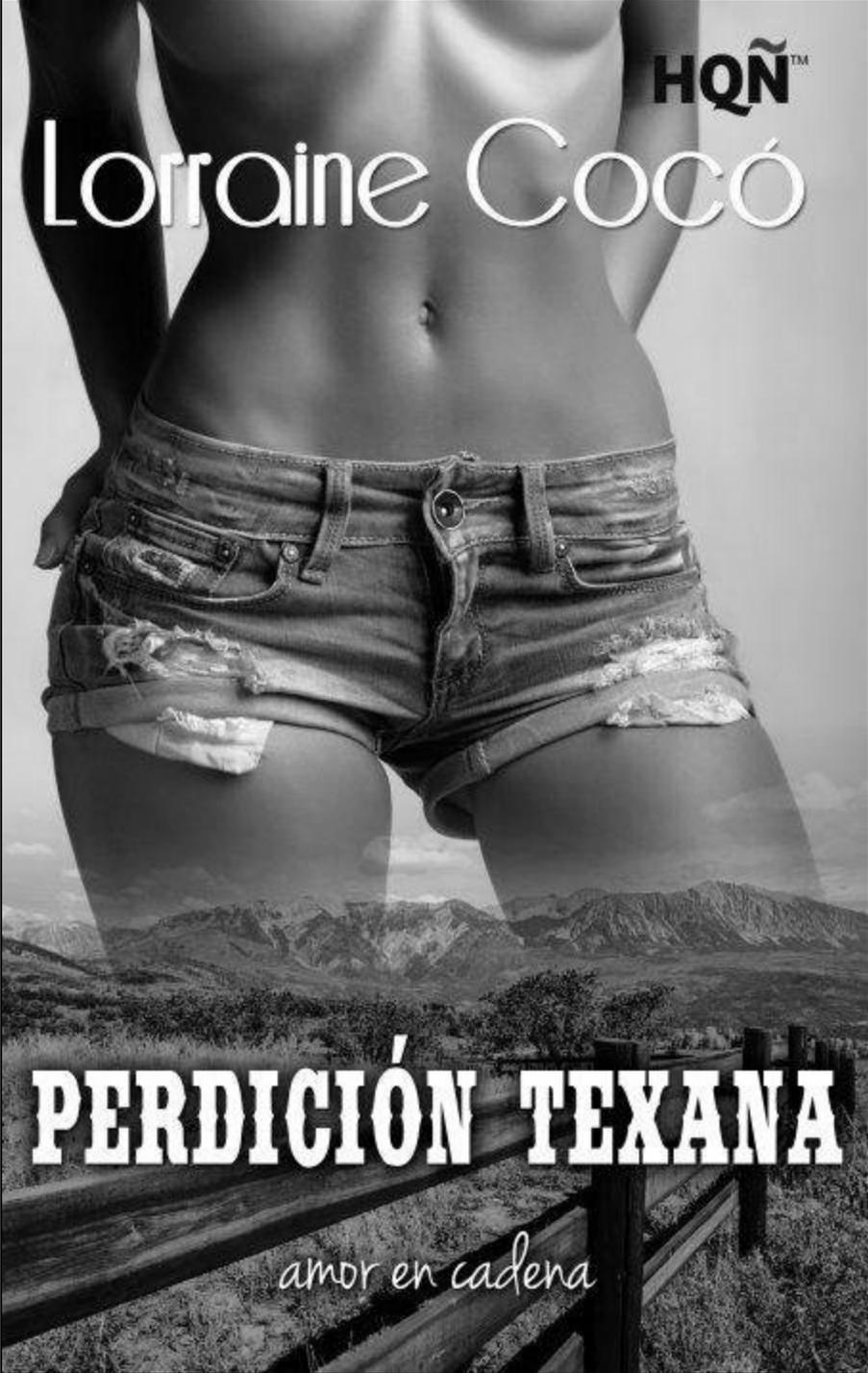


Lorraine Cocó

Es autora de ficción romántica desde hace más de quince años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia

y la escritura a tiempo completo. Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación. Sueña con seguir haciendo lo que hace, y viajar por todo el mundo recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo

MIS OBRAS

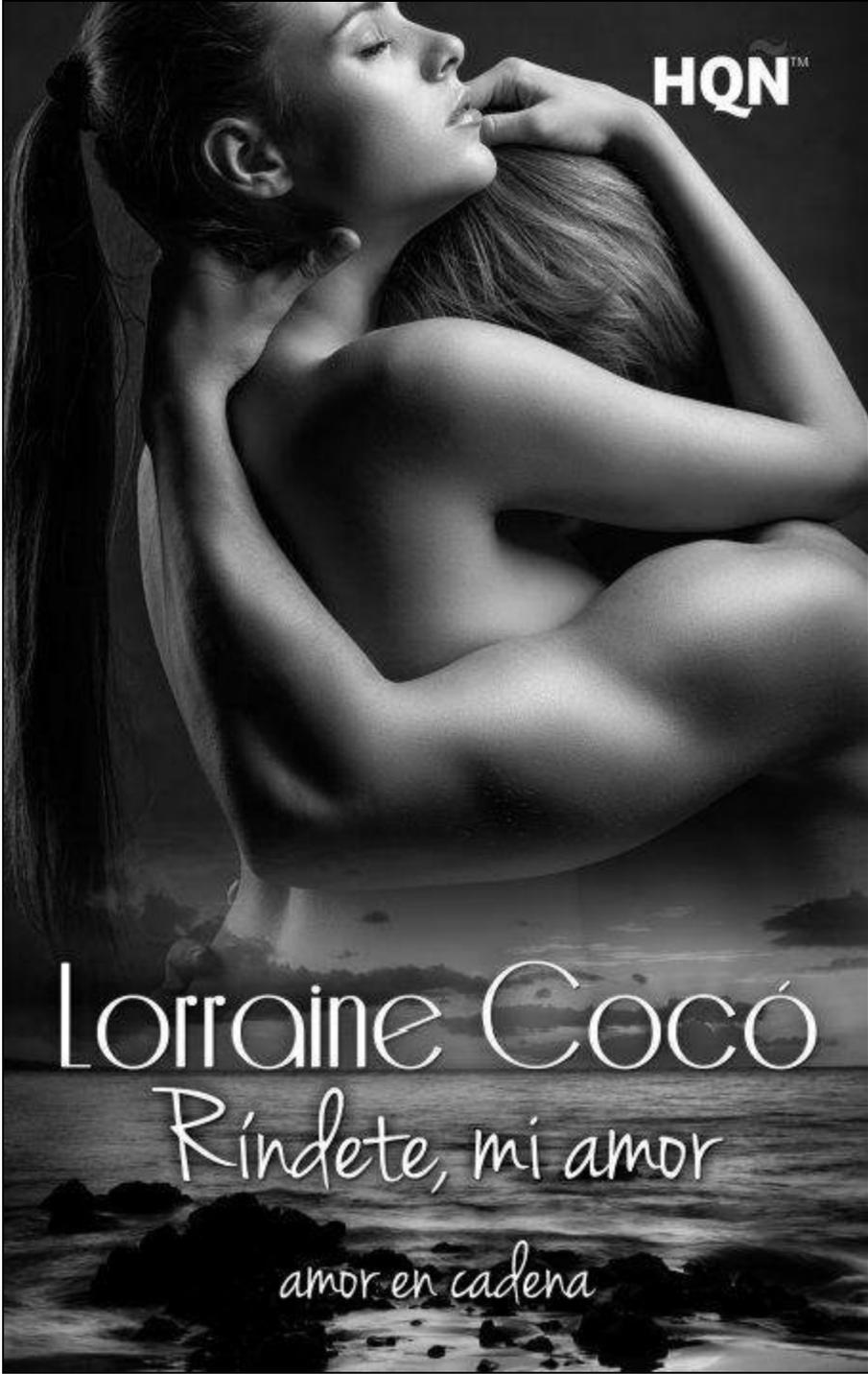


HQÑ™

Lorraine Cocó

PERDICIÓN TEXANA

amor en cadena



HQN™

Lorraine Cocó

Ríndete, mi amor

amor en cadena

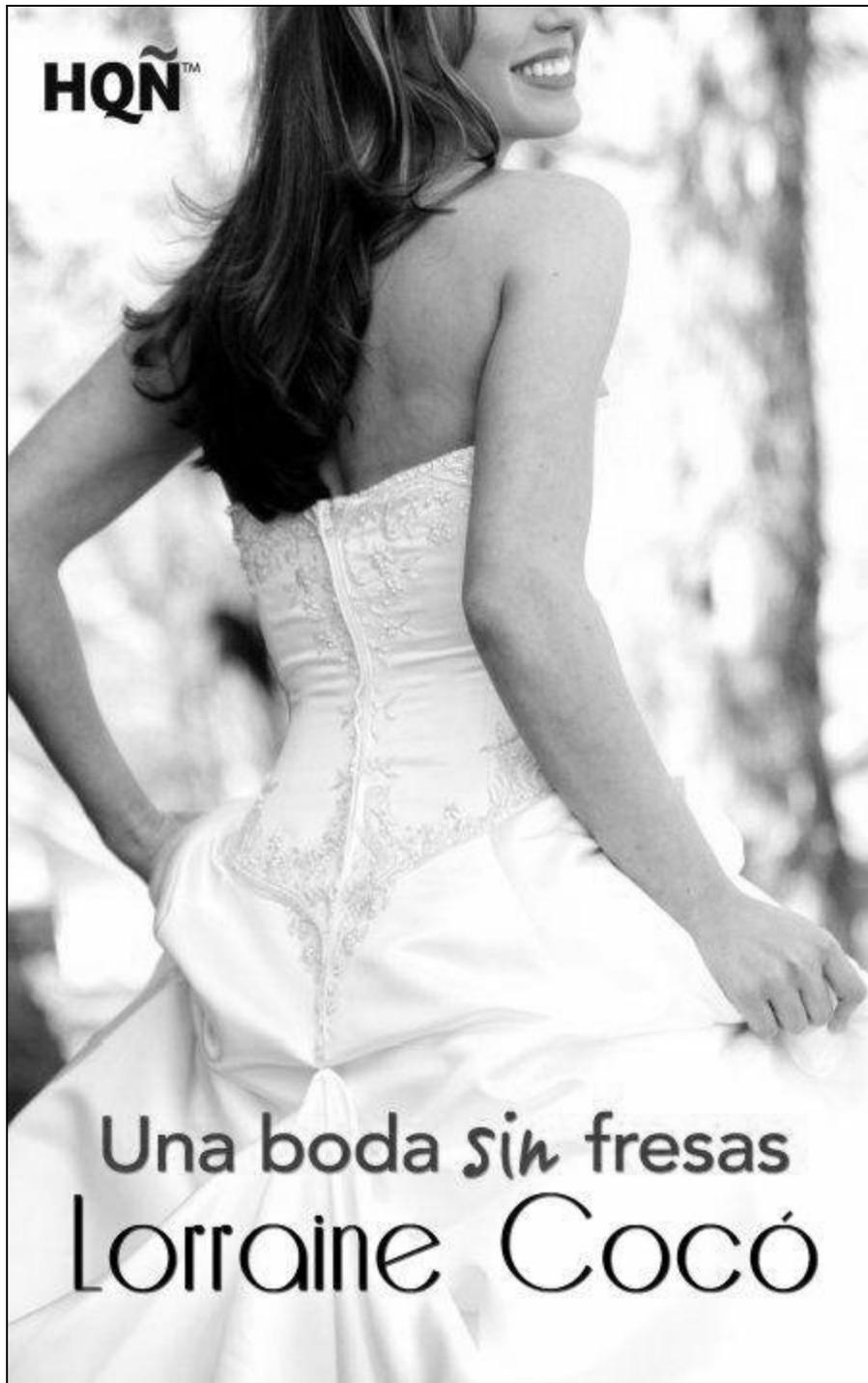
HQN™

Lorraine Cocó



Unidos por un ángel

amor en cadena



Una boda *sin* fresas
Lorraine Cocó

Table of Contents

CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4
CAPITULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPITULO 20
CAPITULO 21
CAPITULO 22
CAPITULO 23
CAPÍTULO 24
CAPITULO 25
CAPITULO 26
CAPITULO 27
CAPITULO 28
CAPITULO 29
CAPÍTULO 30
CAPITULO 31
CAPITULO 32
CAPITULO 33
CAPITULO 34
CAPITULO 35
CAPITULO 36
CAPITULO 37
CAPITULO 38
CAPITULO 39
CAPITULO 40

CAPITULO 41

CAPITULO 42

CAPITULO 43

CAPITULO 44

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

AUTORA

MIS OBRAS